Si tiene que ser...

Sumar años contigo



JOSEPHINE WIND

SUMAR AÑOS CONTIGO

Si tiene que ser...

Josephine Wind

Beatriz Llaneza Mielgo

Derechos de autor © 2025 Josephine Wind

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13: 9798305358827
ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Francisca Paixão
Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309
Impreso en los Estados Unidos de América

Para todos aquellos que se atrevieron a amar y vivieron en el intento.

TODO HA CAMBIADO

Septiembre de 1998

El ruido se agolpaba en los pasillos. Decenas de voces que rebotaban en las paredes del amplio hall mezclándose unas con otras haciendo imposible entender ni una palabra. Los alumnos de primero y segundo subían por las escaleras hacia el piso de arriba mientras las profesoras de la primera planta contaban y recontaban a sus alumnos, que formaban una fila agarrándose unos a otros por la parte inferior del abrigo del de enfrente, para asegurarse de que estuviesen todos. Solo cuando sonó la sirena que indicaba el comienzo de la clase los niños y niñas se dirigieron a sus respectivas aulas. Era la segunda semana de colegio, todos los días habían sido así y por lo que los años de experiencia de Sophia, tutora de los alumnos de párvulos, le decía, siempre lo serían. Aunque había alguien para quien todo ese jaleo era totalmente nuevo y fascinante; una infante de ojos marrones y pelo castaño recogido con un lazo (rojo de lunares negros) llamada Ronie. Se colocó la última en la fila de los alumnos de cinco años que se dirigían al aula de parvulitos. Cuando sonó la campana y entraron en clase, Sophia le dio la mano mientras todos sus compañeros se dispersaban en busca de su pupitre.

—¡Un momento de atención! —dijo la profesora—. Hoy es un día especial porque tenemos con nosotros a una nueva compañera, se llama Ronie Honely y espero que todos nos llevemos muy bien con ella y haga amigos pronto —terminó diciendo, aunque nadie le estaba haciendo caso.

La clase estaba distribuida con grupos de mesas de colores; azul, rojo, verde y amarillo, y en todas y cada una de ellas se escuchaban las voces de todos sus integrantes a la vez, lo que daba como resultado un barullo ininteligible.

—Ve a la mesa amarilla y siéntate con los demás —indicó Sophia.

Ronie cruzó la sala y se sentó al lado de un niño moreno con el pelo rizado que, por lo que pudo distinguir entre todo ese jaleo, respondía al nombre de Martin. A su lado se encontraba una niña con el pelo castaño y los ojos azules muy delgada, Cecily, sentada junto a otra chica castaña de ojos marrones aún más delgada que ella, Rachel, que jugueteaba con los cordones de su sudadera.

Sophia se las ingenió para captar la atención de los allí presentes y aprovechó esos minutos de silencio para indicarles que iba a necesitar la ayuda de tres de ellos para pasar por las mesas repartiendo unos folios, pintura y pinceles para que, con motivo de la llegada de Ronie, dibujasen algo que les representase o les gustara. Una vez terminados los dibujos servirían para decorar el aula. Albert, Tamara y Robin fueron los elegidos para hacerlo. El primero, un chico con una espesa melena rubia en forma de tazón, se encargó de los folios, la segunda, una chica con una cascada de pelo negro, piel rosada y regordeta, pasó por todas las mesas dejando unos botes con pinceles y la tercera, castaña con la piel tan blanca que parecía transparente, iba y volvía a la mesa de la profesora llevando unos botes de pintura a cada grupo.

Colocaron las témperas en el centro de la mesa para que todos pudiesen llegar, aunque algunos alumnos estaban más disconformes que otros con la distancia a la que estaban y no dudaban en proclamarlo a los cuatro vientos. En la mesa amarilla, el bote de los pinceles pasó de Rachel a Cecily y de Cecily a Martin.

—Vaya, es el último... —dijo Martin enseñándole a Ronie el pincel en una mano y el bote vacío en la otra—. Toma, si quieres pinta tú —dijo dispuesto a extenderle la brocha para que pudiese usarla, pero Ronie le interrumpió.

—No te preocupes, puedo pintar así. —Y metió el dedo índice en el bote de pintura amarilla.

Ronie le dedicó una sonrisa a Martin y este se la devolvió, parecía sorprendido ante la ingeniosa actitud de la niña.

Al cabo de un rato Ronie había terminado su dibujo, que estaba compuesto por una serie de animales domésticos y salvajes, los cuales le gustaban desde siempre. Mientras, sus compañeros seguían absortos en plasmar en esa hoja en blanco lo que imaginaban en su cabeza, de ahí el silencio. Martin estaba dibujando algo que bien podría ser un extraterrestre o un plato de brócoli, seguramente lo primero.

Ronie se miró las manos, estaban llenas de pintura, colores unos encima de otros mezclados entre sí. Se separó del pupitre como pudo tratando de no ensuciarlo y se acercó hasta la mesa de Sophia.

—Seño. —Ronie no tenía muy claro cómo dirigirse a ella, pero había oído a algunos de sus compañeros llamarla de aquella forma.

—¿Sí? —preguntó la mujer sin levantar la vista del crucigrama que estaba haciendo.

Ronie extendió las manos. Al cabo de unos instantes Sophia alzó la vista.

—Por Dios, ¿pero qué has hecho? Ve a lavarte inmediatamente —dijo acompañándola a la puerta y cerrando rápidamente tras ella. Sus compañeros empezaban a revolucionarse, el barullo iba subiendo de volumen hasta que un «SILENCIO» dos octavas por encima de lo normal enmudeció la sala de nuevo. Los niños parecían olvidar con facilidad que la paciencia de su profesora tenía un límite.

Ronie avanzó por el pasillo en busca de los lavabos. Por lo que parecía Sophia había olvidado por completo que era su primer día de clase por lo que no sabía dónde se encontraban. Delante de ella se encontró con dos chicas apoyadas sobre una de las columnas naranjas que había en el pasillo. Debían de ser del piso de arriba, el de los mayores.

—¿Sabéis dónde está el baño? —preguntó la niña enseñando las palmas de las manos llenas de pintura.

Las chicas se miraron y sonrieron con malicia.

—Claro, acompáñanos.

Avanzaron hasta el fondo del pasillo, junto al aula de preescolar, donde los gritos eran tan altos que la clase de Ronie, a su lado, era música relajante.

—Es aquí —indicaron las dos invitándola a entrar.

Ronie les dio las gracias, se arremangó y se puso de puntillas para alcanzar el grifo. La pintura estaba prácticamente seca así que le costó un poco quitársela por completo. Se secó las manos y se giró a la puerta, que se había cerrado. Ronie agarró el pomo y tiró, pero no se movió lo más mínimo. Lo intentó con las dos manos, con todas sus fuerzas y tampoco. Empezó a ponerse nerviosa hasta que escuchó unas risillas al otro lado.

—¡Eh! No puedo abrir la puerta. —Las risas subieron de volumen —. No puedo abrir la puerta —repitió, esta vez tirando del pomo, que seguía sin inmutarse. Más risas. Ronie se quedó en silencio un momento intentando entender qué pasaba, pero al seguir escuchando las risas comprendió que no iban a ayudarla.

—¡Abrid! —dijo golpeando la puerta mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Abridme! —suplicó y ante la impotencia retrocedió y se puso a llorar a moco tendido. Ya no podía oír las risas.

Ronie estaba desesperada, era su primer día de clase y no tenía ningún amigo, nadie que fuese a ayudarla. Seguramente se quedaría ahí toda la vida, o hasta que sus padres notasen su ausencia, pero con lo ocupados que estaban aún con la mudanza a saber cuándo sería eso. Para ella llevaba una eternidad allí metida y no sabía cuánto más tendría que estarlo. Quizás se moriría de hambre...

No dejaba de pensar en todo eso hasta que de pronto el pomo se movió y la puerta se abrió. Ronie paró de llorar al instante. Frente a ella se encontró con unas espesas pestañas que enmarcaban unos

grandes ojos marrones que la miraban impasibles. Ronie sonrió de oreja a oreja. Al ver esa enorme sonrisa los grandes ojos marrones se abrieron como platos y el chico se sonrojó, apartando la mirada.

—¡ME HAS SALVADO! —proclamó Ronie agarrándole de las manos sin dejar de sonreír, aliviada. El chico seguía sin decir ni una palabra mirando al suelo. Pese a su piel morena se notaba el rojo en sus mejillas. Tiró de la niña en dirección al pasillo, la cual se dejó llevar, y la acompañó hasta clase.

—¡Jimmy! ¿Dónde estabas? —preguntó Robert, uno de sus mejores amigos y compañero de mesa azul. Jimmy se sentó de nuevo en su pupitre y Ronie, en vez de volver al suyo, se puso de rodillas junto a él y observó su dibujo.

—¡Hala! Cuánto rojo, ¿es tu color preferido? El mío también, aunque también me gusta el azul, el rosa, el violeta, el amarillo, el verde...

Jimmy estaba tieso como un palo y el rojo de sus mofletes se extendía cada vez más por su cara. Ronie ni se inmutó ante su tímida actitud y siguió hablando.

—Y el negro, porque donde vivía antes teníamos un gato negro. Me gustaría poder tener otra mascota aquí. ¿A ti te gustan los animales? ¿Cuál es tu preferido? A mí me gustan los perros, los gatos, los conejos... —continuó diciendo demostrando su capacidad pulmonar y que si hubiese un concurso de «palabras por minuto sin parar a coger aire» sería la vencedora absoluta.

Puesto que la mayoría de sus compañeros habían terminado el dibujo, el coro de voces empezó a volverse poco a poco más estridente hasta que Sophia no pudo seguir ignorándolos.

—YA ESTÁ BIEN —sentenció. Toda la clase enmudeció, menos Ronie, que seguía enumerando lo que parecía una lista interminable de sus animales favoritos—. ¡Ronie! ¿Qué haces ahí? Esa no es tu mesa... —dijo acompañándola a su asiento, tenía el presentimiento de que esa niña iba a darle más trabajo del que pensaba. Algunos de sus compañeros se reían en voz baja.

Ahora sí, con toda la clase en silencio, Sophia volvió a su escritorio y se dispuso a terminar con las palabras de su crucigrama que más se le resistían y había dejado para el final hasta que...

—Delfines. También me gustan los delfines, porque son el animal favorito de mi mamá. Mi madre cocina muy bien, ¿y la tuya? la mía sabe preparar espaguetis, macarrones, coliflor...

Ante la verborrea de Ronie el resto de sus compañeros se sintieron invitados a hablar también, y poco a poco las voces aumentaron como quien sube el volumen de un televisor hasta el punto que todos los esfuerzos de la tutora por llamar su atención se perdían entre ellas como una más.

Cuando sonó la campana del patio Ronie fue la primera en levantarse, cogió su bolsa del almuerzo y salió disparada hacia el pupitre de Jimmy, que aún no había ni recogido las pinturas. Se quedó mirándola de nuevo con su enorme sonrisa frente a él y sintió cómo volvían a encenderse sus mejillas. Salieron al patio y se sentaron junto al campo de fútbol y baloncesto a ver jugar a los mayores. Mientras comían Ronie seguía raja que te raja, esta vez listando sus frutas favoritas.

—Las manzanas, las naranjas y las mandarinas ¿y a ti? ¿Qué te gusta? —preguntó, callándose por fin y mirando a Jimmy con una gigantesca sonrisa.

Jimmy empezó a ponerse nervioso, su cara roja por completo. Sabía que esperaba una respuesta pero no era capaz de articular una sola palabra, no lo había sido en todo el día, pero Ronie seguía mirándole expectante. Jimmy sintió como si algo le subiese por la garganta, se puso aún más nervioso pensando que quizás fuese su bocadillo y entonces...

—Sí, me encanta el rojo, mis animales preferidos son los leones, los tigres y los leopardos, mi madre cocina muy bien, sabe preparar todo tipo de cosas como ensalada, pescado... —Jimmy empezó respondiendo todas y cada una de las preguntas que Ronie le había hecho en el orden que las había hecho arrebatándole así el título del

concurso «palabras por minuto sin parar a coger aire». Ronie parecía sorprendida, pero no tanto como él mismo—. Los plátanos, las frambuesas, las fresas, las naranjas, TÚ. —Jimmy se calló de golpe. Sus mejillas se pusieron al rojo vivo y sintió que se mareaba por el calor, aunque seguramente fuera por haber estado tanto tiempo sin respirar.

Jimmy se quedó petrificado mirándola sin saber qué hacer. Entonces Ronie empezó a reírse a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas. Jimmy quieto como una estatua.

—¡Qué gracioso eres! —dijo Ronie sin parar de reír.

Jimmy suspiró aliviado y por primera vez desde que la había visto sonrió y dejó de estar colorado.

A partir de ese momento fueron inseparables, allí donde iba Jimmy estaba Ronie (salvo en los grupos de clase, muy a su pesar). Todos los días se encontraban a la entrada, pasaban los recreos juntos y a la salida se despedían, ella con una gran sonrisa, él con su pequeña sonrisa torcida.

SUMAR AÑOS CONTIGO

Septiembre de 1998

La semana siguiente fue muy especial para los dos porque, por primera vez desde que se conocieron, Jimmy y Ronie se vieron seis días en vez de cinco. Fue una tarde de sábado más calurosa de lo habitual para estar en septiembre. Ese fin de semana se celebraba un mercadillo tradicional (conocido como «el mercadillo de la bruja») en la plaza del pueblo. Decenas de vecinos salían con sus tenderetes a ocupar sus zonas habituales dejando sitio para aquellas personas que pese a ser de pueblos vecinos conocían la tradición y querían sumarse a presentar sus propias creaciones. En los puestos se podía encontrar todo tipo de cosas, desde manualidades principalmente, hasta leche, velas, productos de belleza, dulces... Todos los años desde que Jimmy podía recordar (aunque la verdad es que no eran muchos) había acompañado a su madre a ver los puestos, algo que no le parecía especialmente entretenido porque consistía en pasarse un montón de horas siguiéndola y parándose cada dos pasos a hablar con alguien, ya fuese dependiente del mercadillo o algún otro vecino. Jimmy no prestaba mucha atención, aunque ese día le fue especialmente inevitable.

—Jamie, ¡cuánto has crecido! —gritó una mujer regordeta que llevaba su corto pelo rojizo alborotado. Jimmy se limitó a alzar la vista y mirarla sin decir nada—. La última vez que te vi tu madre aún te llevaba en el carricoche, ¿cuántos años tienes? —continuó.

Jimmy frunció el ceño y alargó la mano mostrando cuatro dedos extendidos. Su madre soltó un suspiro.

—Ya lo hemos hablado... —dijo reprendiendo a Jimmy con la mirada—. Hoy cumple cinco años, pero por alguna razón se niega a reconocerlo. Es como si quisiera seguir siendo un bebé para siempre —dijo con cierto retintín y, aunque miraba a la mujer, las palabras iban claramente dirigidas a Jimmy.

A medida que escuchaba a su madre Jimmy iba alargando más el morro. Llevaba escuchando el sermón toda la mañana desde que esta había ido a despertarlo y le felicitó por su cumpleaños, momento en el que Jimmy se giró en la cama escondiéndose bajo las sábanas mientras anunciaba que no quería cumplir años.

La mujer se rio y se despidió de Jimmy no sin antes felicitarle por su cumpleaños y estrujarle los mofletes. El resto de la tarde fue una repetición constante de ese encuentro:

Mujer: ¡Cómo has crecido!

Madre: Es su cumpleaños.

Jimmy pone morros.

Madre: Por lo visto no quiere crecer nunca.

Mujer: Niños...

Y estrujón de mofletes.

A estas alturas Jimmy estaba convencido de que el día no podía ir a peor, y tenía razón, porque el día estaba a punto de mejorar.

A unos metros de allí, en otro puesto, una sonriente niña que llevaba un vestido blanco y negro con una rebeca roja jugaba con una mariquita que se le había posado en la mano. Ronie la miró fascinada mientras el pequeño insecto recorría su mano.

—*Mariquita-quita-quita, rabo de cuchara, cuéntame los dedos y échate a volar...* —cantó una y otra vez hasta que el bichito, tras corretear un rato, se paró en uno de sus dedos y empezó a volar.

Ronie la siguió con la mirada esperando ver adónde se dirigía, pero de pronto se fijó en algo que captó su atención. O mejor dicho, en alguien. Justo siguiendo el camino que la mariquita había trazado

se encontraba un pequeño niño de piel morena y ojos grandes que llevaba una camiseta azul celeste y unos pantalones vaqueros. Estaba cabizbajo y con cara de fastidio. Sin pensárselo dos veces Ronie salió corriendo hacia él.

—¡Holaaa! —proclamó a gritos mientras se acercaba.

Jimmy sabía a quién se encontraría incluso antes de levantar la vista, reconoció esa voz al instante. Se había convertido en su sonido preferido del mundo entero.

—¡Qué alegría! ¿Es la primera vez que vienes? Yo sí y no me esperaba tantas cosas, aunque no he comprado nada todavía porque solo estamos mirando, o eso dice mi madre. También dice que no hay que tocar las cosas de los puestos. Aunque me ha prometido que si me porto bien me comprará un trozo de tarta.

Ante ese alarde de verborrea Jimmy no pudo reprimir una sonrisa, como casi siempre que estaba Ronie, aunque aun así seguía un poco desanimado.

—Jimmy, cielo, ¿quién es tu amiga? —saludó alegremente su madre girándose hacia ellos y sorprendida por lo lengüeta que era.

—¡Hola! Me llamo Ronie. Eres muy guapa —dijo con total inocencia. La madre de Jimmy era algo bajita, tenía el pelo negro y la piel morena como Jimmy. Sin duda había heredado de ella sus pequeños labios carnosos. Elizabeth se rio alegremente ante su comentario.

—Vaya, muchas gracias. ¿Os habéis conocido en el cole, verdad? —Elizabeth nunca había oído hablar a Jimmy de ella, siempre que le preguntaba a su hijo por el cole este se limitaba a responder «sí» o «no», sin más explicación.

—Sí. Es la primera vez que voy porque antes vivía en otro sitio y allí no tenía colegio. Jimmy me salvó en los lavabos porque me quedé encerrada, ¡es mi mejor amigo! ¿Sabías que le gustan los tigres? A mí también, me gustan todos los animales...

Ronie siguió hablando mientras la madre de Jimmy la observaba sin decir ni una palabra, sentía tanta admiración como si estuviese viendo un perro verde. En cuanto a Jimmy se había quedado petrificado desde que escuchó «es mi mejor amigo», frase que repetía una y otra vez en su cabeza. Había dos razones por las que Jimmy no había hablado sobre Ronie con sus padres: la primera era que Jimmy no era un chico de muchas palabras, y la segunda, probablemente la razón más importante, era que aunque no sabía por qué, quiso guardarlo para él. Pero no como un secreto, sino como un tesoro. Para Jimmy, Ronie era un cofre que, en lugar de estar enterrado en la arena, estaba sobre ella, a la vista de todos, aunque estos no siempre fueran capaces de pararse a apreciarlo, pero él sí lo hacía.

—¿Estás bien? —preguntó Ronie, sacándole de su ensoñación.

Jimmy estaba a punto de decir algo cuando su madre le interrumpió.

—Está algo triste porque no quiere cumplir cinco años... lo que es una tontería. —No dejó escapar la ocasión para meter una pullita.

Jimmy habría fruncido el ceño y sacado morro como las cientos de veces anteriores de no ser por lo avergonzado que se sentía ahora que estaba Ronie.

—¿Es verdad? ¿No quieres cumplir años? —preguntó la niña sorprendida mientras la madre de Jimmy se acercaba a saludar a la decimosexta mujer esa tarde.

Jimmy asintió con lo cabeza.

—No quiero dejar de tener cuatro años... —dijo casi susurrando.

Ronie se rio alegremente.

—Yo ya tengo cinco años y es muy fácil, solo hay que extender un dedo más —dijo agarrándole la mano—, mira. —Y apoyó su mano con los cinco dedos extendidos sobre la suya, como si chocasen los cinco.

El corazón de Jimmy se disparó como loco y su primer instinto fue quitar la mano rápidamente, pero no lo hizo. Se quedó prendado (más de lo que ya estaba) mirando a Ronie; su enorme y característica sonrisa, sus mofletes rosados, la nariz chata, su lacio pelo castaño, y su inconfundible lazo rojo con lunares negros. En ese momento nació una idea en el interior de Jimmy, un deseo; seguir sumando años así, con ella.

—¡Ronie! ¿Cuántas veces te hemos dicho que no te vayas sin avisar? —la regañó una mujer morena de ojos marrones y piel clara que sin duda, a juzgar por el parecido y por su forma de hablar, era su madre. La acompañaba un alto y corpulento hombre de pelo oscuro y facciones redondeadas que sin decir nada apoyaba las palabras de su mujer con la mirada.

—Perdón... es que estaba jugando con una mariquita y vi a Jimmy y me acerqué a saludarle.

Jimmy seguía aún con la palma extendida en alto así que cuando los padres de Ronie le miraron la agito hacia los lados, saludando.

—Ho-hola... ¿Qué tal? —dijo sintiendo cómo se calentaban sus mejillas. Creía haber superado ya esa fase.

La madre de Jimmy terminó de hablar con otra de las mujeres que paseaban por la plaza justo a tiempo de presentarse.

—Hola, soy la madre de Jamie, Elizabeth.

—Yohana y Michael, los padres de la criatura —respondió el hombre amigablemente inclinándose a estrecharle la mano.

Los padres de ambos coincidían en que había sido un placer conocerse, aunque Ronie y Jimmy no prestaron demasiada atención a su conversación hasta que les involucraron en ella.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Yohana dulcemente.

—Oh, veréis, está algo triste porque no quiere cumplir... —empezó diciendo su madre, hasta que una aguda pero firme vocecilla le interrumpió.

—¡Cinco! —dijo Jimmy lleno de determinación mientras extendía la mano hacia ellos.

La familia Honely se rio mientras Elizabeth miraba anonadada a su hijo, el cual no tenía nada que ver con el niño que la había acompañado el resto de la tarde. Jimmy sonrió satisfecho.

—Tenemos que irnos, hemos quedado para cenar con tus padres, ¿recuerdas? —dijo Mike a su esposa.

—Tienes razón —coincidió esta—, por eso hemos venido a buscarte, jovencita —dijo Yohana con tono divertido mirando a Ronie, que se reía.

—Vaaaaaale... —Se giró para despedirse de Jimmy, el cual se veía más decidido y seguro de sí mismo que nunca—. Feliz cumpleaños. —Y acto seguido le dio un beso en la mejilla.

Jimmy sintió que el corazón se le detenía y pensó que era demasiado joven para que se le parase, como aquella vez que habían tenido que acompañar a su tío Gerver al médico porque, según decía su madre, «se le había parado el corazón». Pero de pronto y para su sorpresa un sonoro golpe en su pecho le reanimó; estaba vivo, y era más consciente de ello de lo que lo había sido en su corta vida.

—Qué niña tan guapa —comentó Elizabeth, pero Jimmy no la estaba escuchando, igual que cuando le dijo que la acompañase unos puestos más antes de volver a casa. Jimmy la siguió de forma automática, pero seguía sin prestarle atención. Lo único que tenía en la cabeza era a Ronie, por lo que caminaba por ahí como un zombi con una tímida sonrisa en la cara, otro regalo suyo.

Recorrieron el resto de la plaza y volvieron al punto de partida, un pequeño puesto cubierto con un toldo carmesí. Jimmy se giró hacia la mesa, que también estaba cubierta por una tela de color rojo, y paseó la vista por todos los objetos que la decoraban, hasta que se fijó en uno que le hizo volver a la Tierra. Era una figura redonda pintada con los mismos colores que llevaba Ronie en su lazo del pelo. Jimmy echó un vistazo a toda la mesa, esta vez mirando con

atención. Estaba lleno de mariquitas de escayola de todos los tamaños y varios colores. Al verlas Jimmy no pudo evitar pensar en Ronie y la sonrisa de su cara se agrandó.

—Mamá, quiero una —dijo tirándole de la falda y señalando las figuras.

—¿Te gustan? —preguntó sorprendida por el cambio de actitud de Jimmy y porque por lo general siempre la acompañaba en silencio sin ni siquiera fijarse en los puestos, como hasta ese momento. Jimmy sonrió y asintió con la cabeza—. Está bien... disculpe, ¿podría darme una de estas?

—¡No! —interrumpió Jimmy—. Quiero pintarla yo.

Su madre no salía de su asombro, la dependienta no puedo contener una risilla.

—Seguro que podemos hacer algo, tengo que tener alguna por aquí... —dijo girándose y buscando en una de las cajas que tenía detrás—. *Voilà*, aquí tienes, pequeño —dijo tendiéndole una mariquita completamente blanca, aunque con el relieve que daba forma a la figura. Jimmy la cogió con sumo cuidado, sus ojos brillaban de entusiasmo mientras su madre cogía el cambio y se despedía de la amable dependienta.

—¿Qué piensas hacer con eso? —preguntó intrigada.

—Pintarla —respondió Jimmy como si fuera lo más evidente del mundo, pero no era eso a lo que su madre se refería. Jimmy no era impulsivo, pero sí inteligente, si de repente sentía tanto interés por esa figura sabía que tenía algún propósito, aunque no podía ni imaginar cuál y, conociendo a su hijo, no iba a ser fácil que este se lo contara.

—Niños... —suspiró Elizabeth y sonrió. Sin duda, el suyo era de lo más peculiar.

SIN CASTILLOS NI DRAGONES, SOLO LA PRINCESA

Febrero de 1999

El jueves cinco de Febrero se convirtió en un día memorable para los habitantes de aquel pequeño pueblo debido a la gruesa capa de nieve que había teñido todo de blanco, aunque Jimmy y Ronie lo recordarían el resto de su vida por una razón diferente.

Para los niños y la mayoría de los padres, una nevada así significaba una cosa que para los primeros era motivo de celebración; no había clase. Los profesores que vivían lejos de allí no podrían llegar con tanta nieve, por lo que ni lo intentaban, y los autobuses escolares tampoco podrían realizar su ruta habitual recogiendo a los alumnos de pueblos cercanos. Pero había adultos que no eran como la mayoría, como Yohana, la madre de Ronie, quien al ser nueva allí desconocía esa información, por lo que se abrigó como un esquimal y se dispuso a acompañar a Ronie andando al colegio. Por su parte Elizabeth, la madre de Jimmy, se enorgullecía de decir que este no había faltado ni un día al colegio desde que empezó en el jardín de infancia, de modo que una nevada, por grande que fuera, no iba a manchar ese historial. Además por si fuera poco, ese día Robert, uno de los mejores amigos de Jimmy, había pasado la noche con ellos. Su educación dependía de ella y no iba a fallarles. Así fue como ese día a las nueve de la mañana en el hall del colegio se encontraban los

alumnos de párvulos Ronie, Jimmy, Robert, Hannah, Robin, un par de alumnos de primero y segundo, todos junto a sus respectivos padres (menos Robert, claro) y el director del colegio, que intentaba explicar a sus progenitores como buenamente podía que le era imposible hacerse cargo de los niños y que tendrían que irse.

—Lo siento mucho... —repitió por quinta vez—, si hubiese algún profesor podrían quedarse pero me temo que no es el caso... Tendrán que marcharse...

Los padres se disponían a protestar otra vez cuando el chirrido de la puerta principal al abrirse llamó su atención. Todos dirigieron la vista a Cency, la profesora de primero que acababa de llegar. Vivía cerca de allí y se había dirigido al colegio con la esperanza de que ningún alumno hubiese asistido, pero al ver el panorama se imaginó la que se le venía encima y no pudo evitar hacer una mueca. El director sonrió de satisfacción.

Cency se llevó a todos los alumnos a la clase de párvulos mientras el director prestaba su ayuda trayendo el carrito de la tele, una mesa con ruedas con una pequeña televisión en la parte de arriba y un reproductor de VHS en la de abajo. La profesora iba a recurrir a su mejor aliado a la hora de mantener a los niños distraídos; películas. Mandó que tomasen asiento, puso una de las cintas y se sentó en la mesa en la que normalmente solía estar Sophia para hacer lo mismo que solía hacer esta en su tiempo libre; crucigramas.

Cency era conocida por los alumnos como «la dentista» debido a su habilidad a la hora de sacar dientes. Cada vez que un alumno se quejaba de que se le movía Cency le llamaba a su mesa. «Abre la boca» decía mientras el niño, temeroso, le preguntaba si se lo iba a quitar. «¡No soy dentista!» respondía ella. Y acto seguido una vez el niño confiando en su palabra abría la boca... ¡zas! un tirón y diente fuera.

Todos estaban absortos mirando la pantalla, las únicas voces que se escuchaban eran las de los actores a través del televisor, todo un hito para esa aula acostumbrada al bullicio y los gritos. Solo una voz interrumpía los diálogos de vez en cuando y no era la de Ronie. Se

trataba de Robin, la niña de pelo castaño y piel casi transparente, que cada cierto tiempo llamaba susurrando a Robert, las veces que hicieran falta, hasta que este se giraba y le preguntaba qué quería, a lo que ella siempre respondía «nada».

Jimmy les observaba con interés y recordó la conversación con Robert en su casa el día antes después de cenar. Robert le explicó que ahora tenía novia.

—Es Robin. Juega muy bien al fútbol —presumió con una enorme sonrisa.

—¿Qué hay que hacer para ser novio de alguien? —preguntó Jimmy.

—Bueno... cuando estás muy a gusto con una chica (o un chico) podéis ser novios... pero tienes que pedírselo.

Jimmy pensó en esas palabras. «Cuando estás muy a gusto». Él sin duda se sentía a gusto con Ronie. Siempre que estaba con ella se divertía, hablaban (ella, la mayor parte del tiempo) incluso se ponía colorado. Si tuviese que compartir lo que más le gustase en el mundo con alguien definitivamente elegiría a Ronie.

Jimmy les miraba y se preguntaba si era así como se portaban los novios. De pronto una suave vocecilla que le llamaba le sacó de sus pensamientos. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

—¡Jimmy! —insistió la voz y le dio un tirón del pantalón. Jimmy bajó la vista y se encontró con una cara ya conocida.

—Ronie, ¿qué estás haciendo? —preguntó agachándose para hablar mejor con ella.

—Me aburro, aquí no se puede jugar, ni hablar... vamos fuera.

A Jimmy se le heló la sangre. Miró a Cency la cual solo tenía ojos para su crucigrama, aunque le daba la sensación de que se estaba quedando dormida y de nuevo a Ronie, que le miraba expectante.

—¿Qui-quieres que nos vayamos?

Ronie asintió.

—¡Pero es una locura! —dijo poniéndose nervioso.

—Que va, solo tenemos que gatear hasta la puerta. ¡Es muy fácil! Sígueme —dijo Ronie reptando por debajo de su mesa. Jimmy ya no tenía tiempo para dudar. Se escurrió debajo de la mesa todo lo rápido que pudo y siguió a Ronie hacia la puerta. La única que pareció percatarse del inicio de su aventura fue Hannah, que les observó en silencio desde su asiento. Cuando llegaron a la puerta Ronie se levantó y poniéndose de puntillas bajó la manilla, se colaron por un pequeño hueco y cerró la puerta de nuevo sin hacer ruido.

—¡Lo conseguimos! —celebró alzando los brazos.

Jimmy sentía como si se hubiese fugado de prisión, el corazón le iba a mil por hora.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó la niña.

—Pero si has sido tú la que quería salir.

—Ah, es verdad... —Ronie se quedó pensando unos minutos mientras Jimmy la miraba atónito. Se había convertido en un fugitivo pero estando con ella resultaba divertido y emocionante. Pensó entonces que tal vez ellos podrían ser novios. «Pero tienes que pedírselo». Las palabras de Robert resonaron en su cabeza de forma inconsciente dejándole petrificado. Es verdad, si quería ser su novio tendría que pedírselo, pero Jimmy no sentía que pudiese hacerlo. ¡Necesitaría un millón de años para hacerse con el valor suficiente!

—Ya sé —anunció Ronie—. Vamos a disfrazarnos. Me ayudarás a encontrar un disfraz de princesa. Tú puedes ser caballero si quieres. O princesa, no me importa. Lo primero que necesita una princesa es una varita, así que... ¡vamos a buscarla! —dijo emprendiendo la marcha hacia el aula de música.

Jimmy la siguió y pensó que sin duda él sería su escudero.

Era la primera vez que entraban ellos dos solos en el aula y sin la presencia de sus compañeros de clase correteando por la habitación

parecía enorme. Estaba decorada con dibujos de instrumentos, cuadros con portadas de discos y compositores de música clásica.

—Yo miraré por aquí, tú busca en la otra habitación.

Jimmy no sabía qué estaba buscando exactamente pero aun así obedeció y se dirigió a la puerta que había a su izquierda, donde su padre guardaba algunos instrumentos, la radio, discos... Su padre era el profesor de música del colegio pero nunca antes había entrado en el aula a solas con él, solo cuando daban clase. Hurgó entre los cajones del armario que había al fondo buscando algo que se pareciese a una varita pero no hubo suerte. Aunque en el último cajón encontró algo que le dio una idea.

—Yo soy el león, soy el más fiero y el más cazador. Todos tienen miedo y en la selva, solo, solo mando, solo, solo mando, solo, solo mando yo.

Ronie se giró hacia la voz y se encontró con Jimmy, que llevaba una peluca de león en la cabeza. Estaba imitando uno de los números más famosos de su padre. Ronie se echó a reír.

—¡Qué bien te sale!

Jimmy sonrió de satisfacción orgulloso de haberla impresionado.

—He encontrado la varita —dijo mostrándole una flauta—. Lo siguiente que necesita una princesa es una capa. Todos los superhéroes tienen una, ¿sabes?

Jimmy no entendía qué relación tenía una cosa con la otra pero estaba dispuesto a ayudar a Ronie en todo lo que necesitase.

—Eh, tú puedes ser un león, ¡como el de la película! —exclamó la niña.

Jimmy se quedó pensativo. Tenía razón, en la película que puso Cency aparecía una chica pelirroja junto a un hombre de hojalata, un espantapájaros y sin duda el personaje más chulo de todos era el león, aunque pensándolo bien era un cobarde... De pronto Jimmy tuvo una idea. Al igual que el león, que acompañaba a Dorothy

porque quería ser valiente, él podía acompañar a Ronie y encontrar valor, así podría pedirle ser su novio.

—Está bien —dijo ajustándose la peluca y deseando volverse valiente como el león en su viaje.

Salieron del aula de música no sin antes echar un vistazo al pasillo por si había alguien. Subieron las escaleras al piso de arriba no porque Ronie supiese adónde se dirigía, sino porque sentía curiosidad por ver cómo era la clase de los mayores. Le sorprendió descubrir que no se diferenciaba tanto de la suya, salvo que los dibujos en las paredes estaban mejor hechos que los suyos. Cuando Martin fuese al piso de arriba ya no tendría que explicar que su dibujo no era un extraterrestre sino un plato de brócoli porque dibujaría tan bien que todo el mundo lo sabría. Ronie recorrió toda la habitación fascinada. Se paró a mirar por una de las ventanas, aunque tuvo que subirse a una silla. Jimmy arrastró otra junto a ella y observó las vistas desde allí. Se veía el pabellón, el patio y la entrada al colegio, todo cubierto de blanco por la nieve.

—Qué bonito —suspiró Ronie—. Tengo una idea —dijo bajándose de la silla y arrastrándola delante de la pizarra, amontonó las tizas en el centro y se puso a dibujar. Jimmy se quedó mirándola intentando averiguar qué estaba dibujando. (Por la melena parecía un león).

—¿Qué haces? —preguntó por fin Jimmy.

—Te estoy dibujando.

Jimmy abrió los ojos como platos y se convirtió en el primer león colorado de la historia. Miró el dibujo de nuevo y, efectivamente, era él, con su peluca de león. Rápidamente arrastró la silla que había dejado junto a la ventana delante de la pizarra y con toda la vergüenza del mundo se dispuso a dibujar a Ronie. Se quedó bloqueado un momento con la tiza apoyada en el encerado incapaz de hacer un movimiento. Ronie dibuja muy bien, muchísimo mejor que él y ella era muy guapa, lo que aumentaba la dificultad... ¿Y si no le salía bien? Volvió a mirar a su amiga disimuladamente la cual

estaba añadiendo los últimos detalles a su dibujo. Le estaba pintando como un león, y si quería ser más valiente tenía que arriesgarse. Jimmy respiró hondo y empezó a mover la tiza. Al principio su dibujo era abstracto, pero poco a poco fue rellenando los huecos con colores y finalmente ahí estaba: una princesa. Cuando hubo terminado se bajó de la silla para admirar su obra junto a Ronie. Las proporciones no estaba muy bien hechas, pero ni Jimmy ni Ronie sabían lo que significaba la palabra «proporciones», ellos solo veían un león valiente y una princesa. Ronie sonrió de oreja a oreja.

—¡Ha quedado genial! Estamos muy guapos, aunque... —Ronie miró a Jimmy, a la pizarra y de nuevo a Jimmy, que empezaba a ponerse nervioso—. Te falta algo...

Jimmy se quedó de piedra. ¿Le faltaba algo? No se referiría al valor, ¿verdad? Ronie había dibujado un león valiente y al mirarle se había dado cuenta de que él no lo era. Entonces la niña aterrizó delante de él de un salto con un rotulador permanente en la mano.

—Bigotes.

Jimmy miró el dibujo y se fijó en que, efectivamente, el león de la pizarra tenía bigotes en sus mejillas. Se quitó un peso tan grande de los hombros que sintió que iba a salir volando.

—No te muevas... —dijo Ronie guiñando un ojo y mordiéndose la lengua, como si de un cirujano a punto de hacer una incisión se tratase—. ¡Ya está! Ahora eres un león de verdad.

Jimmy intentó reprimir el rubor en sus mejillas, aunque no estaba seguro de cómo se hacía eso. Le alegraba parecer un león, aunque por dentro no se sentía del todo como tal, pero estaba dispuesto a lo que fuera para cambiar eso.

—Eh, fíjate —dijo Ronie corriendo hasta el fondo del aula, donde de un armario entreabierto asomaba una tela roja. Ronie se la ató alrededor del cuello y volvió corriendo junto a Jimmy—. ¡La capa! Ahora solo nos falta la corona.

Bajaron las escaleras, nuevamente Ronie comprobó que no hubiese moros en la costa, y a toda prisa salieron al patio. La nieve les cubría las botas casi por completo. Se dieron de la mano y corrieron rumbo al edificio que se encontraba en la parte de atrás y que era mucho más grande que el suyo. Allí se encontraban el despacho del director, el aula de ciencias, el comedor y los cursos de tercero a sexto. Aunque a Ronie y a Jimmy aún les quedaban tres años antes de estudiar allí oficialmente, estaban a punto de conocer cómo era por dentro. Cuando llegaron a la puerta pegaron la cara al cristal para echar un vistazo. Quedaron boquiabiertos al ver el belén tan grande que había justo enfrente. En su clase solo tenían un pesebre. Sin hacer ruido, abrieron la puerta y se colaron en el interior.

—La corona tiene que estar por aquí —aseguró Ronie—, echemos un vistazo.

Jimmy no sabía muy bien por dónde empezar. Miró a su alrededor, el enorme pasillo y las escaleras que subían a cada lado hasta el piso de arriba y se sintió muy pequeño. Se preguntó si sus padres se habrían sentido así también alguna vez, o ese actor de la tele que tanto le gustaba. Puede que hacerse mayor significase no sentirte pequeño por muy grande que fuese el lugar donde te encontraras. De pronto reparó en una puerta que estaba entreabierta al lado de las escaleras. Estaba muy oscuro pero aun así pudo ver una caja muy grande en la que ponía «OBJETOS PERDIDOS». Jimmy no sabía leer, pero esa caja era la única que tenía algo escrito en ella y eso para él fue señal suficiente de que era lo que estaba buscando. Se puso de puntillas e intentó cogerla, pero estaba en una estantería demasiado alta. Salió al pasillo y llamó a Ronie en voz baja, que se encontraba hurgando en el armario que había junto al belén. Cuando Ronie vio la caja sonrió fascinaba.

—¡ERUEKA! ¡La has encontrado! —exclamó loca de contenta—. ¿Cómo la cogemos? —preguntó al darse cuenta de que estaba lejos de su alcance.

—Te ayudaré a subir —dijo Jimmy entrelazando las manos a modo de peldaño. Ronie se agarró al hombro de Jimmy, apoyó un pie en sus manos y trepó hasta la caja. Había objetos de lo más variopintos y entre todos ellos un saquito de terciopelo con un brillante collar plateado dentro. Ronie estaba a punto de cantar victoria cuando unos pasos que se acercaban hasta ellos les sorprendieron.

—¡Baja! —le apresuró Jimmy.

Ronie bajó lo más rápido que pudo pero al hacerlo el collar se le resbaló. Los pasos sonaban cada vez más cerca, así que corrieron a guardarse en una esquina detrás de unas sillas.

El autor de los pasos entró en la sala, que se iluminó al pulsar un interruptor. Se trataba del director del colegio, un hombre de piel oscura y pelo rizado. Llevaba consigo una bufanda y una serie de coches de juguete que depositó en la caja de objetos perdidos que Ronie había examinado hacía escasos minutos. Se disponía a marcharse cuando un destello en el suelo captó su atención. Ante sus pies se encontró con un collar de plata elegantemente decorado. El director se agachó a recogerlo y lo miró detenidamente, después a la caja de objetos perdidos y de nuevo miró el collar que sostenía en su mano.

—A mi hermana le encantará —sentenció dando media vuelta y dejando la habitación a oscuras tras de sí. Sabía que cuando algo iba a parar a la caja de objetos perdidos rara vez volvían a reclamarlo. En sus tres años dirigiendo el centro solo había visto un caso en el que uno de esos objetos se hubiese reencontrado con su dueño.

Cuando se hubo alejado Jimmy y Ronie salieron de su escondite y se asomaron al pasillo.

—Noooo... ¿qué hacemos? Se la ha llevado —se lamentó Ronie retransmitiendo lo que acababa de pasar.

Jimmy observó al hombre meterse en su despacho. No quería que Ronie estuviese triste y no estaba dispuesto a permitir que la aventura fracasase. Su destino dependía de ello.

—Vamos a recuperarla —dijo con una seguridad que no había aflorado hasta ahora.

Avanzaron sigilosamente por el pasillo hasta llegar a la esquina que daba al despacho del director. La puerta estaba abierta y desde allí Jimmy pudo ver el collar, estaba encima del escritorio.

—No podemos acercarnos, nos verá...

Parecían haberse invertido los papeles porque al oírle decir eso Jimmy no dudó en ponerse a cuatro patas y colarse en la habitación. Al llegar a la mesa, que estaba en el centro de la sala, Jimmy fue consciente de lo que acababa de hacer. Estaba acorralado, si el director, que estaba metiendo y sacando papeles de un archivador, se acercaba a la puerta, le pillaría inevitablemente. Jimmy alzó la vista y miró al pasillo, la cabeza de Ronie asomaba a lo lejos detrás de la pared mirándole expectante. Entonces Jimmy supo exactamente lo que debía hacer. Sigiloso como un gato (con peluca de león) se incorporó poco a poco y asomó la cabeza por encima de la mesa para ver dónde se encontraba el director. Seguía revisando papeles en la esquina derecha de la habitación, y justo encima de la mesa tras él se encontraba el collar. Jimmy se dispuso a llevar a cabo su plan. Se deslizó por el lateral de la mesa hasta llegar al teléfono, se puso de puntillas, lo descolgó y empezó a pulsar números. Cuando el teléfono dio tono se agachó y volvió a su posición inicial. Unos segundos después alguien contestó.

—¿Diga?... ¿Hola? ¿Hola? —insistía la voz.

El murmullo del teléfono captó la atención del director que extrañado se acercó a responder.

—Colegio Montreal, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Disculpe? No, yo no le he llamado. Le digo que no le he llamado, ¿qué es lo que quiere? ¡Eso quiero saber yo...!

Mientras el director se entretenía con el teléfono Jimmy aprovechó para ir al otro extremo de la mesa, extendió la mano y fue palpando la superficie hasta dar con el collar. «Erueka» dijo para sí mismo.

—Buenos días. ¡He dicho buenos días! —dijo sulfurado el director antes de colgar el teléfono y volver a organizar las carpetas del archivador.

Jimmy guardó el collar en el bolsillo, respiró hondo y salió gateando tan despacio como había entrado. Ronie ya estaba dando saltos de alegría.

—Espera un momento... —dijo el director. Jimmy no se paró a ver si iba dirigido a él o no, se levantó, agarró a Ronie de la mano y empezó a correr como alma que lleva el diablo. Salieron al patio y corrieron por el césped enterrado bajo la nieve hasta llegar a la parte de atrás del pabellón, zona a la que los alumnos habían bautizado como «el patio de las mariquitas» debido a la cantidad de mariquitas que había a partir de primavera.

Jimmy se paró a recuperar el aliento. Le ardía la garganta y el corazón seguía corriendo en su pecho, pero se sentía mejor que nunca. De pronto se dio cuenta de que seguía agarrando a Ronie de la mano, quien, pese a estar exhausta, no podía contener su emoción.

—¡No me lo creo! Lo has conseguido... ¡Eres muy valiente!

Al oírle decir eso, Jimmy se quedó de piedra por un segundo. Tenía razón, no sabía cómo pero de alguna manera había plantado cara a su inseguridad y había conseguido recuperar la corona. Soltó a Ronie, metió la mano en el bolsillo, sacó el collar y lo puso sobre la cabeza de su amiga como si de una tiara se tratase. Habían llegado al final de la aventura, ella era una verdadera princesa y él un león valiente.

—¿Qué tal me queda? —preguntó Ronie.

—Muy bien —respondió Jimmy embelesado.

Ronie sonrió y Jimmy sonrió también.

—Oye, Ronie... —Jimmy respiró hondo y la cogió de las manos—. ¿Quieres ser mi novia?

UN PRESENTE PARA EL FUTURO

Febrero de 1999

Jimmy se había pasado todo el camino en silencio desde que su madre había ido a recogerle hasta llegar a casa. Elizabeth estaba acostumbrada, prácticamente desde que había empezado el curso cada vez que Jimmy se subía al coche era como si se fuese a su propio mundo.

Llegaron a casa, Jimmy dejó las cosas en su habitación y se puso a jugar con sus juguetes mientras Elizabeth y James preparaban la cena. Cuando todos se reunieron para comer Jimmy interrumpió la conversación de sus padres, a la que no estaba prestando atención, con una noticia bomba que soltó como si tal cosa.

—Tengo novia.

Sus padres enmudecieron y le miraron atónitos.

—Vaya, ¿y de quién se trata? —preguntó su madre que aún no se creía lo que acababa de oír. Ignoraban por completo que su pequeño Jamie estuviese interesado en tener novia.

—Ronie —respondió sin más.

Elizabeth recordó la primera vez que la vio en el mercadillo de la plaza. Era la misma niña que acompañaba a Jimmy todos los días a la salida cuando iba a recogerle. Recordó lo contento que estaba él siempre que salía y lo callado que se quedaba durante un rato después de despedirse. Sonrió para sí. «Será cosa de niños» pensó.

—¿Ronie? ¿Verónica Honely? Tendré que ponerle las pilas en música, siempre hace *playback* con la flauta.

—¡James! —le reprendió divertida su mujer.

A partir de ese día Jimmy y Ronie no solo se veían en clase como hasta entonces, también por las tardes cuando iban a casa del otro a hacer los deberes (aunque a Ronie a veces le costaba concentrarse) y los fines de semana. Los padres de ambos se pusieron de acuerdo para turnarse a la salida e ir a buscarlos después de cenar. Cuando le tocó a Elizabeth recogerles descubrió que Jimmy ya no estaba en silencio cuando se subía al coche porque ya no tenía que despedirse. Las voces y las risas de los niños hablando entre ellos o contándole qué habían hecho en clase le acompañaban durante todo el camino y en casa hasta después de cenar, cuando los padres de Ronie iban a buscarla.

Pasaron las semanas y los meses. Las estaciones cambiaban mientras Jimmy y Ronie seguían igual, jugando y riendo. Daba igual lo que estuviesen haciendo, donde estuviese uno se encontraba el otro. Como Peter Pan y su sombra. Cuando llegaron las vacaciones de verano Ronie se puso loca de contenta. No solo porque eso quería decir que faltaba poco tiempo para su cumpleaños (al cual había invitado a todos sus compañeros el último día de clase) sino porque era su estación favorita del año y, aunque en clase podía ver y estar con Jimmy, no siempre podían hablar todo lo que a ella le gustaría ni jugar cuando les apetecía. Jimmy también estaba entusiasmado aunque tuviese otra forma de demostrarlo. Las palabras seguían sin ser lo suyo cuando se trataba de Ronie o expresar cómo se sentía con ella, todo lo que sabía es que era bueno y que no quería que se acabase nunca.

Cuando llegó el cumpleaños de Ronie ninguno de sus compañeros se presentó. Nadie salvo Jimmy, por supuesto. Entre las vacaciones y que había pasado casi un mes algunos no pudieron o no se acordaron de ir. Pero a Ronie no le importó, porque se comieron la tarta entre ella, sus abuelos, sus padres y Jimmy. Fueron a bañarse

a la piscina y después al camping. Y así pasaban los días, con carreras y risas interminables hasta que el sol se iba a dormir, momento en el cual volvían a casa con sus padres.

Al llegar a casa con una sonrisa todavía en su cara Jimmy se tumbó en la cama de su habitación a oscuras y se puso a mirar las pegatinas fluorescentes que tenía en el techo imitando a las estrellas. Respiró hondo y se sintió plenamente en paz. Estaba a punto de dormirse cuando de pronto recordó algo que le hizo levantarse de golpe y correr hacia la pared de su cuarto donde tenía un calendario colgado que su madre se había encargado de colocar en la nueva página.

SEPTIEMBRE

Jimmy abrió los ojos como platos. Esa fecha se acercaba. No su cumpleaños, después del año pasado guardaba un buen recuerdo de aquel día y asumiría como un adulto que pasaría a tener seis años, tal y como le enseñó Ronie. Y esa era precisamente la cuestión. Se dirigió a su escritorio, abrió el cajón y del fondo sacó una pequeña caja que contenía una mariquita de cerámica pintada de negro y rojo, pero sin ningún lunar en su cuerpo. Aún.

Aquel día, en su último cumpleaños, Jimmy tuvo una idea, un deseo más bien, y le había dicho a su madre que quería una mariquita de cerámica totalmente blanca. Cuando llegaron a casa Jimmy se sentó un momento en la cama de su habitación mirando la figura. Al cabo de un rato fue hasta el comedor donde su madre se encontraba leyendo un libro de su autor favorito.

—¿Me ayudas a pintarla? —preguntó en voz baja.

—Claro —sonrió su madre.

Dejó el libro a un lado y mientras Jimmy iba a la cocina, ella se dirigió al garaje a por pinceles y unos botes de pintura de color negro y rojo.

Se sentaron a la mesa, Elizabeth untó el pincel en la pintura roja y con cuidado se lo extendió a Jimmy, que tras dudar unos segundos

lo cogió y cuando parecía que se disponía a pintar la mariquita se quedó quieto. Su madre miró con dulzura cómo fruncía los labios. Sabía que estaba nervioso.

—Píntalo —dijo suavemente. Jimmy la miró—. Da una pincelada, luego otra y luego otra.

—Es que... No quiero estropearlo... —admitió Jimmy.

—No pasa nada, si te sales te ayudaré a arreglarlo.

Jimmy miró la seguridad que su madre transmitía con su mirada. Sus palabras le ayudaron a intentarlo, si algo iba mal ella le ayudaría a solucionarlo. Inspiró hondo y apoyó el pincel en la superficie blanca, arrastró con cuidado hacia abajo dejando una línea roja en el medio de esta. Volvió a apoyar de nuevo el pincel junto a la línea roja y volvió a arrastrar hacia abajo.

—Eso es, siempre en la misma dirección —indicó su madre.

Jimmy sonrió, se sentía cada vez más confiado. Continuó con las líneas rojas, su madre hundía el pincel en pintura cada vez que este lo necesitaba y observaba a Jimmy totalmente concentrado en pintar a la perfección esa figura. Desconocía para qué la quería pero era la primera vez que su hijo tenía una iniciativa como esa y la pasión que le ponía le resultaba fascinante. Cuando terminaron con el caparazón Elizabeth cogió un nuevo pincel, untó la punta de negro y Jimmy prosiguió con la cabeza y las patitas. Ahora que la pintura roja se había secado solo faltaba dibujar una línea negra que la dividiese en dos, representando las alas. Jimmy extendió el pincel a su madre.

—¿Puedes hacerla tú?

—Por supuesto, cielo.

Elizabeth hundió el pincel en la pintura negra y con un firme movimiento dibujó una línea recta perfecta. Jimmy sonrió al ver lo bien que había quedado.

—Bueno, ahora faltan los lunares. ¿Quieres hacerlos tú? —dijo su madre ofreciéndole de nuevo el pincel, pero Jimmy lo rechazó.

—No.

—Está bien, ¿quieres que los haga yo...?

—No —la interrumpió Jimmy—. No tiene lunares.

Casi un año después ahí se encontraba otra vez, mirando la mariquita de cerámica sin lunares. Pero un aniversario aún más importante se acercaba; el primer día de clase. El día que conoció a Ronie. Razón por la cuál era el momento de dibujar un lunar a la mariquita. El primero de muchos, o eso esperaba Jimmy.

Cuando Jimmy conoció a Ronie su vida cambió por completo. Era la primera vez que conocía a alguien tan divertido y abierto con quien se lo pasaba tan bien. Se sentía feliz todos los días cuando sabía que iba a verla. Gracias a ella era más valiente y había hecho locuras como fugarse de clase. El día de su cumpleaños, cuando Ronie apoyó su mano en la suya, pasó de tener cuatro a cinco años y ese fue el mejor año de su vida. Aquello le hizo desear que fuese así siempre, seguir sumando años con ella, que cada vez que extendiese un dedo ella estuviese ahí. O en este caso, la forma de rememorarlo era con cada lunar de esa mariquita. Puntos negros sobre fondo rojo, igual que el inconfundible lazo que siempre llevaba Ronie en el pelo.

Fue al garaje, se subió en una banqueta y rebuscó entre la estantería hasta encontrar un bote de pintura negro y un pincel pequeño. Volvió a su cuarto, encendió el flexo del escritorio, destapó el bote de pintura y bañó en ella la punta del pincel. Esta vez su madre no estaba con él, no podría ayudarle si algo iba mal, si se salía o lo estropeaba. Pero era algo que tenía que hacer por sí mismo. Visualizó la imagen en su mente antes de empezar y entonces apoyó el pincel en el centro de la mariquita, justo en la línea que su madre había dibujado el año pasado. No dudó ni un segundo, de una sola pasada el lunar estaba hecho. Aunque tenía una forma peculiar, había dibujado medio corazón. Dejó que se secase, metió la mariquita de nuevo en la caja y la guardó en el cajón. Recogió las cosas y se echó otra vez en la cama.

Le costó dormir pensando en cuando se la diese a Ronie, en qué cara pondría, si le gustaría... Una sensación que antaño le resultaba muy familiar le recorría el estómago. «Si solo de pensarlo me pongo nervioso a saber qué será de mí cuando se la dé...». Aún faltaban unos días hasta que empezase el cole, esperaba poder hacerse a la idea hasta entonces. A Jimmy le gustaba ser valiente, a esas alturas no podía desandar lo andado.

Pasaron los días, Jimmy cada vez un poquito más nervioso y repitiéndose que estaba listo, aunque no parecía poder convencerse fácilmente. Hasta que por fin llegó el primer día del curso. Su madre achacó su estrés a que ese año empezaba el colegio de verdad. Iba a ir a primero, donde tendría exámenes y todo. A partir de aquí su carrera estudiantil empezaba, pero Jimmy no podía estar menos preocupado por eso. Preparó la mochila, guardó el almuerzo que le había dejado su madre y volvió a la habitación para coger la caja del escritorio que contenía la razón de su ansiedad. Su padre le estaba esperando fuera junto al coche. Se subieron y pasaron todo el camino en silencio escuchando música clásica en la radio. James echaba un vistazo de vez en cuando al retrovisor para ver a su hijo, que no dejaba de entrelazar los dedos de las manos y morderse el labio. Cuando llegaron a la entrada Jimmy se dispuso a bajar del coche.

—Eh —dijo su padre—. Si te esfuerzas mucho verás cómo todo sale bien.

James obviamente se refería a los estudios, pero Jimmy seguía sin pensar en eso. En ese momento lo único que tenía en mente era la mariquita y cómo dársela a Ronie, así que interpretó el mensaje de ánimo de su padre como un estímulo de valor para llevar a cabo su propósito.

Jimmy subió la rampa hasta la entrada, donde todos los niños se amontonaban esperando a que abriesen las puertas. Miró a su alrededor en busca de Ronie aunque una parte de él temía encontrarla porque, ¿qué haría entonces? De pronto escuchó una

voz a su espalda y una cara familiar aterrizó delante de él de un salto.

—¡Qué pasa, Jimmy! ¿Me has echado de menos? —preguntó Robert, uno de sus mejores amigos de toda la vida a quien no había visto durante el último mes de verano. Sus padres estaban separados así que cada dos fines de semana y durante vacaciones se turnaba para ir a verles.

Jimmy se sintió aliviado pensando que aún podía posponer un poco más su encuentro con Ronie.

—Sí, ¿qué tal con tu padre?

—¡Genial! Me ha enseñado a pescar y a hacer nudos. ¿Te lo demuestro con los cordones de tus zapatillas? —dijo dispuesto a enredarlos entre sí.

—Mejor luego —dijo Jimmy cortando sus alas.

—Nadie quiere que se lo enseñe... — protestó Rob.

—Hola, chicos... —saludó la voz más aguda del mundo, casi inaudible. Se trataba de Albert, el otro mejor amigo de Jimmy y Robert. Tenía el pelo rubio cortado en forma de tazón. Albert era el cómplice de Robert a la hora de hacer trastadas, por lo que se pasaba la mayor parte del día con él. Aunque para ser sinceros, era Robert quien organizaba las bromas, Albert solo le acompañaba.

—¡Albert! Se me ha ocurrido la forma perfecta de inaugurar la planta de arriba como los nuevos estudiantes...

—¡Hola a todos! —le interrumpió una alegre y enérgica voz que hizo que a Jimmy le diese un vuelco el corazón.

—Hola, Ronie...

—Hola, Roniiiie —respondió Albert en un susurro y Robert con tono empalagoso para burlarse de Jimmy que había enmudecido. Ronie se rio.

—Oye, Jimmy, ¿estás bien?

—S-sí... estoy bien... ¿por qué lo preguntas? —dijo sin dejar de morderse el labio.

—Estás haciendo cosas raras con la cara.

Pese a que ese día hacía bastante frío Jimmy empezó a sentir cómo su temperatura corporal se elevaba y empezaba a sudar. En ese momento sonó la alarma del patio que indicaba que las clases estaban a punto de comenzar.

—E-estoy bien —zanjó metiéndose para dentro a toda prisa.

Ronie le siguió desconcertada junto a los dos niños. Robert iba explicando su ocurrente plan mientras subían las escaleras. Entraron todos en el aula de primero y se encontraron con una mujer de pelo negro corto que llevaba una bata blanca con su nombre bordado a la altura del bolsillo.

—Buenos días, chicos y chicas. Soy Lola, profesora de idiomas y vuestra tutora durante este curso. Por favor, id sentándoos a medida que paso lista.

Los niños obedecieron, se habían tomado muy en serio lo de cambiar de planta y todos se sentían más mayores y responsables. Bueno, la mayoría. Los primeros en faltar en la lista fueron Robert y Albert. Lola les saltó y continuó dejando sus asientos libres para cuando apareciesen. Jimmy se sentaba en la primera fila, miró hacia atrás y vio a Ronie, que se sentaba en la segunda fila, observando a su alrededor. Como si un sexto sentido la avisase, cuando Jimmy se la quedó mirando la niña le devolvió la mirada junto con una enorme sonrisa saludándole con la mano. Jimmy se giró rápidamente.

—Aunque os conozcáis entre vosotros yo aún estoy empezando, así que haremos lo siguiente: en el orden que estáis sentados os iréis levantando, diciendo vuestros nombres y algo que os guste. Puede ser cualquier cosa. Empezamos.

En ese momento la puerta se abrió y entraron Albert y Robert, el primero con cara de consecuencias y el segundo con una radiante sonrisa que decía «travesura realizada».

—Justo a tiempo. Tomad vuestros asientos. Albert, antes de sentarte dinos cómo te llamas y algo que te guste. Adelante.

Albert enmudeció. Desde pequeño no le gustaba nada hablar en público. Debido a la voz tan aguda que tenía, incluso para un niño, todos sus compañeros de clase se habían reído de él desde párvulos. Eso había hecho que se volviese un chico de pocas palabras, solo cuando se encontraba con sus amigos como Cecily, Jimmy, Robert, Robin o Ronie se sentía lo suficientemente seguro como para hablar, aunque aun así no lo hacía a no ser que tuviese algo importante que decir. Esa era una de las razones por las que era tan amigo de Jimmy y Robert. Desde pequeño Jimmy era casi tan callado como él sin razón aparente, y Robert hablaba por los tres. Siempre le estaba defendiendo y dando la cara por él, por la que muchas veces cuando no estaba castigado por alguna travesura lo estaba por pelearse.

—Adelante —insistió Lola.

—Me llamo Albert Aiken. —Algunos niños empezaron a reírse. Primero en voz baja y cada vez más alto. «¡Silencio!», ordenó la profe—. Y... me gustan los deportes...

Las risitas continuaron.

—¡Callaos! —bufó Robert dispuesto a levantarse de la silla.

—Basta ya. Siguiente.

Un par de compañeros se levantaron. Le tocaba el turno a Jimmy.

—Me llamo Jimmy Byegood. Y me gusta... —Jimmy se quedó en silencio. Le daba vergüenza decir «Ronie» delante de todos. Entonces pensó en algo que le recordaba a ella, algo que le ponía tan nervioso como cuando la conoció—, me gustan las mariquitas.

Unos murmullos empezaron a extenderse por el aula. La profesora ordenó silencio por segunda vez. Jimmy se sentó un poco avergonzado pero orgulloso de la relación que acaba de hacer. Continuaron presentándose, a partir del comentario de Jimmy las respuestas empezaron a ser de lo más variadas (como la de Robert, que dijo que le gustaban los deberes).

—Me llamo Hannah Davis. A mí también me gustan las mariquitas.

—Me llamo Verónica Honely y me gusta Jimmy. —Jimmy se quedó de piedra al escucharla. Algunos niños se rieron y luego murmuraron entre ellos, salvo Hannah. Jimmy se giró para mirar a Ronie la cual estaba tan sonriente como siempre. Jimmy esbozó una sonrisa al verla tan contenta. Sentía algo en su pecho que no sabía describir. Se sentía especial por gustarle a Ronie.

—Me llamo Robin Reed. Me gustan los deportes.

—Y se le dan muy bien —añadió Robert, dibujándole una sonrisa a Robin.

Las presentaciones terminaron justo a tiempo de que sonase la campana.

—Esperad aquí en silencio mientras viene el profesor de plástica —dijo Lola antes de abandonar la clase. Cuando salió al pasillo pegó un grito—. ¡¿SE PUEDE SABER QUIÉN HA HECHO ESTO?! —gritó como una furia.

Todos los alumnos corrieron en estampida a la puerta del aula para ver a qué se refería. Empezaron a reírse como locos al ver que toda la planta, los baños y las escaleras estaban cubiertos de blanco. Rollos de papel colgaban del techo y dibujaban todo tipo de recorridos en el aire allá donde mirasen. Lola volvió a la clase en busca de sus dos principales sospechosos.

—Habéis sido vosotros, ¿verdad? —dijo mirando a Robert y Albert, que no se habían levantado del pupitre.

—No sé a qué se refiere.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —respondió la mujer intentado contener su enfado.

—Cuando nosotros entramos en clase todo estaba normal, se lo puedo asegurar —dijo Robert, el cual por la costumbre o porque sabía que no tenía forma de demostrar nada estaba tan tranquilo, lo que hacía que Lola se desesperase aún más.

—A partir de ahora no os quitaré la vista de encima... —Y abandonó la sala.

—¡Queda inaugurado el curso! —exclamó Robert levantándose triunfante.

Cuando el profesor de plástica entró en la sala el barullo enmudeció y todo el mundo volvió a su asiento. Francis, un hombre de mediana edad con gafas de cristales muy gruesos, se dirigió a su mesa sin quitar la vista de encima a Albert y Robert. Lola le habría informado de sus sospechas respecto a ellos. Sacó una pila de folios de un cajón y fue llamando en orden a los alumnos para que recogiesen uno cada uno junto a una pintura de un color aleatorio. A Jimmy le tocó rojo. Francis anunció que disponían hasta que sonase la campana para terminar su dibujo. Jimmy, como no podía ser de otra manera, en vista de que el universo estaba conspirando en su contra (o a su favor, aún era difícil de decir) dibujó lo que llevaba todo el día sin quitarse de la cabeza; una mariquita. Ronie quería dibujar un león, y pese a que le había tocado una pintura azul y los leones no son azules, no iba a dejar que eso la detuviese. Robin tenía una pintura naranja y dibujó una pelota de baloncesto. A Hannah le tocó una pintura rosa, y lo primero que le vino a la cabeza fue una mariposa. Albert y Robert fueron los únicos en recibir una pintura negra junto con un «pensad en lo que habéis hecho». Robert dibujó un oso panda y se durmió el resto del ejercicio. Albert dibujó una vaca.

La mañana transcurrió con normalidad hasta que sonó la campana que indicaba que tocaba el recreo. Los niños sacaron los almuerzos de sus respectivas mochilas y bajaron en tropel las escaleras. Todos, salvo Jimmy, que se quedó paralizado con el brazo metido en la mochila, sujetando una pequeña cajita. «Puede que esta sea mi oportunidad...», pensó Jimmy mientras notaba cómo los nervios aumentaban. Guardó la cajita en el bolsillo de su cazadora y se acercó al pupitre de Ronie. Allí vio dibujado su león de color azul. Jimmy inspiró hondo y tomó una decisión. Recordó que así era como le veía Ronie, como un león valiente, y él quería corresponder a esa

imagen. Bajó las escaleras y salió al patio en su busca. Normalmente esta se sentaba junto a la cancha de baloncesto para ver a sus compañeros jugar mientras comía. Y ahí estaba. Jimmy se acercó hasta ella, que le recibió con una calurosa sonrisa haciéndole hueco para que se sentase.

—Ronie, tengo que decirte una cosa...

—¡Ey, Ronie!

Jimmy se giró en busca de la autora de la voz que había interrumpido su discurso. Era Hannah, la chica rubia de ojos verdes que siempre llevaba el pelo recogido con un prendedor. Se sentaba al lado de Ronie en clase.

—Hola, Hannah —respondió Ronie amablemente.

—Me ha encantado tu dibujo, ¡dibujas muy bien! —La sonrisa de Ronie se agrandó.

—Muchas gracias, ¡el tuyo también me gusta!

Jimmy empezaba a sentirse invisible.

—¿Puedo almorzar contigo?

—Claro —respondió la niña, y antes de que acabase Hannah se había sentado a su lado en el sitio que había dejado para Jimmy.

Jimmy seguía en silencio enfrente de ellas sin saber qué hacer.

—Jimmy, siéntate con nosotras —exclamó Ronie.

—Vale...

—Oh, hola Jimmy... —saludó Hannah, como si acabase de ver que estaba ahí.

—Hola.

—¿Qué querías decirme? —preguntó Ronie.

Jimmy miró a Ronie y luego a Hannah, que le miraba con timidez.

—A mí también me gustó mucho tu dibujo.

Sus palabras hicieron que Ronie se pusiera loca de contenta y empezase a enumerar todos los animales de color azul que se le ocurrieron dibujar hasta que finalmente se decidió por el león tal y como había pensado desde un principio.

Jimmy no le había mentido, era verdad que le gustaba su dibujo, aunque eso en realidad no era lo que quería decirle. Quería decirle lo importante que era para él, lo bien que se lo pasaba con ella, que deseaba que fuese así toda su vida y entonces darle la mariquita.

Pasaron todo el recreo hablando. Bueno, más bien escuchando a Ronie hacerlo. Hannah intervenía de vez en cuando para aportar algún dato relevante, no por nada era hija de dos profesores. Jimmy solo escuchaba y miraba fascinado a Ronie cada vez que se ponía a divagar de un tema a otro.

Sonó la campana y todos volvieron a clase. El resto de la mañana transcurrió prácticamente igual que las horas anteriores al recreo; Lola sin quitar la vista de encima a Albert y Robert, Jimmy planeando cómo y cuándo entregarle la mariquita a Ronie y esta última cotorreando con su nueva amiga y vecina de pupitre Hannah.

Sonó la sirena por última vez en el día para anunciar el final de las clases. Los niños salieron corriendo mientras Lola recitaba los deberes para el día siguiente con la certeza de que ninguno le estaba haciendo caso. Jimmy y Ronie bajaron juntos las escaleras y se dirigieron a la entrada en busca de sus respectivas madres. El corazón de Jimmy empezaba a latir cada vez más deprisa, era consciente de que esta era su última oportunidad. Llegaron a la rampa donde se habían encontrado esa mañana. Se quedaron uno enfrente del otro mirándose hasta que, por una vez, Jimmy rompió el silencio.

—Ronie, quiero decirte una cosa. Tú eres la persona más especial que conozco y...

—¡Ronie! Cariño, tenemos que ir a recoger a tu padre, date prisa —apremió su madre que la esperaba al otro lado de la verja que rodeaba el colegio.

—¡Ya voy, mamá! Lo siento, Jimmy, tengo que irme corriendo. Pero no te olvides de lo que me ibas a decir —gritó mientras bajaba la rampa de una carrera en dirección a su madre.

«Como para olvidarlo...» pensó Jimmy que se quedó mirando cómo el coche de su amiga-novia se alejaba. Soltó un suspiro de derrota y se dirigió hacia el coche de su madre, que le esperaba con una sonrisa.

—¡Qué orgullosa estoy de ti! —exclamó.

«Yo no tanto...» pensó abrochándose el cinturón.

Se pasó todo el viaje en silencio, aunque no era como las otras veces, estaba desanimado, no pensativo. Llegaron a casa, Jimmy se bajó del coche y se dirigió en piloto automático hacia su habitación. «La he fastidiado. He perdido mi oportunidad... ahora es demasiado tarde...».

—¡No es demasiado tarde!

Una voz proveniente del salón le sacó de su ensimismamiento. Fue corriendo al salón, donde su madre había dejado encendida la tele mientras preparaba la comida. Jimmy se quedó totalmente absorto con la escena. Un hombre que vestía un esmoquin muy elegante escenificaba una escena romántica declarándose a su amada.

—¡Nunca es demasiado tarde! —Jimmy sintió que le estaba hablando a él—. Lo que siento por ti no ha cambiado. Quiero estar contigo. Tú eres la razón de mi felicidad... Eres la chica más especial que conozco y quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Jimmy abrió los ojos como platos, se sentía completamente identificado con aquella escena. En ese momento supo lo que debía hacer.

Fue corriendo a su habitación, abrió el armario y sacó un esmoquin que sus padres le habían comprado el año pasado. Se cambió, cogió la caja con la mariquita y la guardó en el bolsillo. Se puso unos zapatos y por último se dirigió al jardín. Allí recogió varias flores de distintos colores y entonces, y sin avisar a nadie,

emprendió el rumbo a casa de Ronie. La gente con la que se cruzaba le miraba intrigada, parecía como si ese pequeño niño se dirigiese a su propia boda.

Se plantó frente a la casa número cuatro, de Ronie. Inspiró hondo, se llevó el ramo de flores a la espalda y apretó el timbre.

—¡Ya voy! —anunció la voz de Yohana desde el interior.

La puerta se abrió. Yohana se quedó de piedra al ver al niño. Unas cuantas flores de colores asomaban por encima de su cabeza. Había cortado el tallo demasiado largo.

—¿Está Ronie? —preguntó Jimmy.

—S-sí, claro —respondió Yohana sin salir de su asombro—. ¡Ronie...!

Ronie fue corriendo hasta la puerta y se puso loca de contenta al ver a Jimmy y el gigante ramo de flores que intentaba esconder a su espalda. Yohana no quería perderse la escena así que fue hasta la cocina y asomó la cabeza para observarles discretamente. Ronie empezó a reírse.

—¿Qué haces aquí?

Jimmy extendió las flores a Ronie.

—Ronie, tú eres la persona más especial que conozco. Siempre me lo paso bien cuando estoy contigo y a veces me pongo tan nervioso que no sé ni lo que hago... Me gustaría que fuera así siempre. Quiero seguir sumando años contigo.

En ese momento el niño apoyó una rodilla en el suelo mientras se llevaba la mano al bolsillo del pantalón y sacó una pequeña cajita del bolsillo, la misma que había llevado consigo durante toda la mañana. Yohana, que no daba crédito a lo que estaba viendo, abrió los ojos como platos y llamó a toda prisa a su marido en un grito ahogado.

—¡MIKE!

Jimmy abrió la cajita y le entregó la mariquita a Ronie. La niña la recogió con una enorme sonrisa, se fijó en el único lunar que esta

tenía dibujado y entendió el mensaje. Volvió a mirar a Jimmy el cual sentía que debía de estar nervioso, creía que estaría muy nervioso, pero al verla ahí en frente, con esa enorme sonrisa, y con su regalo en la mano solo podía sentir felicidad. La niña le extendió una mano y ayudó a Jimmy a levantarse. Se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla. Jimmy se puso rojo como un tomate.

—Yo también —respondió Ronie.

YO CUIDARÉ DE TI

Junio de 2001

—¡VAMOS, JIMMY! —gritaba Ronie. A su lado, en las gradas, el resto de sus compañeros también vociferaban animando.

—¡VAMOS, ALBERT! —gritó Robert mientras intentaba zarandear (sin éxito) la valla que les separaba de la pista.

Hacía un par de años, James, el padre de Jimmy, había insistido en que tenía que apuntarse a alguna actividad extraescolar y la elegida fue atletismo. Todo gracias a Albert, quien le convenció de que sería lo menos aburrido básicamente porque él también iba a apuntarse. Era eso o kárate, pero la complexión fibrosa de su rubio amigo no le hacía el más indicado para dicha actividad. Ese era el primer año que los alumnos de tercero del colegio Montreal llegaban a la final de atletismo y para celebrarlo habían trasladado a toda la clase para que apoyase a sus compañeros. Pese al calor que hacía todos saltaban y animaban con una energía ejemplar. No era para menos, puesto que sus amigos se estaban dejando la piel en cada prueba.

Tocaban los mil metros lisos, prueba en la que Jimmy destacaba sobre los demás, aunque Albert se lo pusiese un poco más difícil. Cuando sonó el disparo todos salieron corriendo a toda velocidad. A falta de unos metros, Albert adelantó a Jimmy.

—¡VAMOS, JIMMY! —gritó Robert como si le fuera la vida en ello.

—¿A quién estás animando? —preguntó Robin.

—Al que vaya perdiendo. Los dos son mis amigos, no puedo elegir —respondió girándose hacia ella.

En ese momento Jimmy volvió a pasar a Albert. Las chicas empezaron a saltar y a aplaudir como locas. Robert se giró rápidamente.

—¡VAMOS ALBEEEEERT!

Cuando la prueba terminó procedieron a comunicar los resultados. Los estudiantes del colegio Montreal se alzaron victoriosos con la medalla de oro por equipos. A nivel individual Jimmy se hizo con la medalla de oro en los mil metros lisos, mientras que Albert se hizo con la medalla de plata en esa misma disciplina, de oro en salto de longitud y en salto de altura. En la categoría femenina, Cecily y Robin habían salido victoriosas en cien metros vallas y salto de longitud con medalla de oro y de plata respectivamente.

El director del colegio no podía estar más contento, tal era su devoción que en pleno mes de junio llevaba puesto su jersey con el logo del equipo de atletismo del colegio. Lo había encargado el invierno pasado al ver los buenos resultados que estaban teniendo «sus chicos» (como empezó a llamarles) y no había especificado curso para que «fuese atemporal» (también dicho por él mismo).

—Mis chicos... ¡Qué orgulloso estoy de vosotros! —dijo con los ojos vidriosos y la frente llena de sudor—. Vamos a inmortalizar este glorioso momento. Poneos todos juntos.

—Nosotros también queremos salir en la foto —protestó Robert desde el otro lado de la valla.

—Tenéis razón, este acontecimiento es muy importante. Venid todos.

Los chicos corrieron hacia sus compañeros e ignoraron al director que pedía un poco de orden para poder sacar la foto. Lo primero era felicitar a sus amigos.

Después de la ceremonia recogieron sus cosas, sacaron sus respectivos bocatas de las mochilas y siguieron a el director hasta el

autobús que les llevaría de vuelta a casa mientras este les contaba batallitas de su juventud, sobre cómo a él le hubiese gustado hacer atletismo... aunque nadie le estaba prestando atención. Todos estaban tan cansados que la mayoría de los chicos se durmieron durante el viaje. Cuando llegaron el director se despidió de ellos felicitándoles por millonésima vez.

—¡Recordad que la semana que viene es el campamento! Portaos bien... —les recordó aunque, para variar, nadie estaba escuchando.

—Ronie, date prisa, vamos a llegar tarde.

La voz de su madre la apremió desde la parte de abajo de las escaleras.

—Ya voy —respondió la niña que estaba de rodillas frente a su cama tomando una difícil decisión. Era la primera vez que iba a estar tanto tiempo fuera de casa, sin ver a sus padres, y había alguien a quien no sabía si llevar consigo durante ese tiempo para que la acompañase; su osita de peluche.

—Venga, seguro que te diviertes mucho y estarás en casa otra vez en menos que se dice pío...

Era difícil saber si decía eso para convencer a su peluche o a sí misma. Se mordió el labio inferior y tras unos instantes tomo una decisión.

—Por fin, estaba a punto de subir a buscarte —dijo su madre cuando la vio bajar las escaleras. Entonces se fijó en la figura de felpa que llevaba abrazada al pecho—. ¿Te llevas a Franky?

Ronie asintió.

—Nos divertiremos mucho...

Yohana conocía tanto a Ronie que no necesitaba que le dijese nada para saber que le pasaba algo. En este caso, entre lo que había tardado en prepararse y lo poco habladora que estaba sabía que se debía a los nervios.

—Escucha, sé que parece mucho tiempo, pero te lo pasarás en grande. Vas a estar con tus compañeros, con tus amigos, con Jimmy. —Su madre sonrió con entusiasmo para animarla y le sacó una pequeña sonrisa a Ronie—. Aprenderás un montón de cosas interesantes y en el futuro cuando te acuerdes de estos días lo recordarás con cariño. Te lo prometo. —Acto seguido le dio un beso en la frente.

Subieron al coche y enseguida llegaron al colegio. A la entrada esperaba un enorme autobús repleto de niños que miraban por la ventana a sus padres y agitaban los brazos dramáticamente para despedirse de ellos. Yohana cogió de la mano a Ronie y se acercó a Max, el profesor de educación física, que era quien iba a acompañarles hasta su destino.

—Ronie, al fin. Empezaba a pensar que no venías.

—Lo siento, no encontraba las llaves del coche —se disculpó Yohana guiñándole un ojo a su hija, que sonrió divertida.

—Como dijo alguien una vez, «los últimos serán los primeros»; tendrás que ponerte delante —dijo Max.

—No hay problema. Te quiero mucho, cielo —dijo Yohana abrazando a su hija—. Pasadlo bien, ¿vale?

Ronie sonrió y se dirigió a la puerta del autobús. A medida que subía los peldaños el zumbido que se oía en el exterior se fue convirtiendo en decenas de voces que rebotaban en las paredes del vehículo. Ronie echó un vistazo en busca de Jimmy, pero no hubo suerte. Se sentó junto a la ventana y miró a su madre desde allí, que aún le dedicaba su mejor sonrisa. Ronie miró a su alrededor estirando el cuello todo lo que pudo en un segundo intento por encontrar a su Romeo y al final optó por ponerse de rodillas en el asiento. Desde allí podía ver a todo el mundo. Las primeras caras amigas que localizó fueron Ralph y Oscar, que se sentaban detrás de ella. Un par de filas más atrás Hannah y Zoey, Cecily y Tamara detrás de ellas y al final de la fila Rachel y Robin. Al otro lado Álex y Christopher (los mellizos), James y Martín y detrás de ellos ahí

estaban, Jimmy y Albert. Ronie sonrió. Debían de ser los únicos en todo el autobús que estaban en silencio. Estaba a punto de saludarles cuando su compañero de viaje apareció.

—Robert, ponte aquí con Ronie. Ronie, siéntate bien —la regañó Max mientras empezaba a contar a los alumnos—. Ya estamos todos, podemos irnos.

—¡BIEEEEEEEEEEEEN!

El chillido de todas las voces al unísono estuvo a punto de dejar a Max sordo.

—Todos los años lo mismo, maldita sea... ¿por qué no aprenderé a decirlo en voz baja? —refunfuñó mientras se rascaba la oreja. Se giró y miró al chico que estaba a su lado, tieso como un palo con las manos clavadas al asiento—. Robert, el cinturón de seguridad es obligatorio, póntelo.

Robert obedeció y al «clic» de su cinturón le siguió el eco del de sus compañeros por todo el autobús.

—Nunca falla —dijo Max mientras se sentaba en la primera fila junto al conductor.

El autobús arrancó y todos los niños comenzaron a despedirse de sus padres como si de un pelotón que va a la guerra se tratase. A medida que se alejaban de sus progenitores el bullicio fue convirtiéndose en un murmullo que terminó en un sepulcral silencio cuando les perdieron de vista.

La primera media hora de viaje la pasaron todos callados, el único sonido que bailaba en el interior del autobús eran las canciones de la radio. Max intentaba sacar temas de conversación para charlar con el conductor, pero al cabo de un rato se quedaban otra vez silencio. Unos kilómetros más tarde una pareja de asientos empezó a jugar a veo veo, al principio casi susurrando pero poco a poco se iban emocionando tanto que acabaron dando voces. Max se levantaba de vez en cuando de su asiento para recordarles que bajasen el volumen. Aunque dadas las circunstancias lo prefería a seguir más

tiempo en silencio. Ronie observaba el paisaje por la ventana. Cómo los árboles, la carretera y las señales de tráfico se difuminaban al pasar a su lado. Se imaginó que el autobús estaba moviéndose en el sitio y que era el resto del mundo el que avanzaba, como cuando se montaba en un tiovivo. Aunque pensándolo bien cuando se bajaba del tiovivo estaba en el mismo sitio que cuando se subía, así que no podía ser. Pensó que ojalá cuando llegase a su destino su madre y su padre estuvieran allí esperándola, eso le gustaría. Un suspiro (el quinto que escuchaba en lo que iba de viaje) la sacó de sus pensamientos. Ronie miró a su compañero de viaje que estaba de brazos cruzados hundido en el asiento con la mirada fija en el suelo. Escuchó las voces de sus compañeros, los que seguían jugando a veo veo y los que gracias a la iniciativa de estos se habían animado a empezar a charlar. Normalmente Robert se encontraría en ese grupo, es más, habría sido él quien propusiese jugar a algo, pero en vez de eso se había pasado todo el viaje en silencio y de morros.

—¿Te mareas? —aventuró a preguntar Ronie.

—¿Qué?

—¿No quieres mirar por la ventanilla por si te mareas? A mí también me pasa a veces, por eso mi mamá me puso una moneda en el ombligo —dijo enseñándole la moneda que llevaba cubierta con un esparadrapo tapándole el ombligo—. Dice que si no me la quito en todo el camino no me marearé. A lo mejor podemos encontrar otra moneda para que te la pongas tú también...

—No, no es eso, es que... este campamento es un rollo.

—Mi mamá dice que cuando me acuerde de estos días me pondré muy contenta. La verdad es que yo tampoco quería venir porque nunca he estado tanto tiempo lejos de mis padres y les echo mucho de menos... por eso me he traído a Franky.

Robert miró el peluche que iba sentado al lado de Ronie.

—¡Ja! Yo no tengo peluches desde que tenía cinco años —dijo Robert intentando presumir de lo mayor que le hacía ese hecho, pero vio que a su amiga no le impresionaba esa actitud—. Yo...

también echo de menos a mis padres... —confesó en un hilo de voz —. Esta semana íbamos a estar los tres juntos por mi cumpleaños. Están divorciados, ¿sabes? Nunca hemos pasado el cumpleaños los tres juntos, bueno, al menos yo no lo recuerdo, y esta vez iba a ser diferente... pero justo esta semana tenía que ser el estúpido campamento —dijo poniéndose otra vez de morros.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El sábado.

—Entonces aún estás a tiempo de pasarlo con ellos. ¡Puede que vengan a verte para celebrarlo!

—No, no lo creo. Mis padres solo vendrían si hiciese algo muy gordo... ¡eso es!

Una bombilla pareció encenderse sobre la cabeza de Robert. Una enorme y habitual sonrisa traviesa volvió a decorar su rostro.

—Tengo que pensar. Gracias, Ronie.

La niña sonrió contenta de haber ayudado a su amigo. El viaje transcurrió con normalidad, ya nadie jugaba a veo veo y pocos quedaban charlando entre ellos. Ralph preguntaba de vez en cuando si faltaba mucho, a lo que Max respondía siempre diciendo que no.

—¡Mirad, el lago! —anunció Robin pegando la cara a la ventanilla.

Todos sus compañeros quisieron hacer lo mismo y como podían se incorporaban del asiento sin llegar a quitarse el cinturón para verlo.

—Chicos, chicos, menos alboroto. ¿Ves cómo falta poco, Ralph?

La emoción se palpaba en el aire. Robert seguía tramando su misterioso plan mientras Ronie miraba por la ventana admirando el paisaje. El lago estaba rodeado por un bosque a un lado y las montañas por el otro. Nunca había visto un sitio igual. Rachel, al fondo del autobús, tampoco perdía detalle de nada y se pasó un cuarto de hora asegurándose de que ninguno de sus compañeros lo hiciera, en especial su amiga Hannah.

—Mira, Hannah, ¡cabras! Y allí hay una casa. Hannah, mira, eso es un roble. Y un águila, una granja...

—Rachel, me siento delante. Todo lo que veas tú yo ya lo he visto —respondió Hannah por fin para el alivio de sus compañeros, que empezaron a reír divertidos.

Cuando llegaron a su destino Max les recordó que para que la experiencia fuese agradable para todos debían llevarse bien unos con otros, respetar el medio ambiente dejando plásticos y demás residuos en un cubo de basura y sobre todo, y lo más importante, respetando y obedeciendo a los monitores del mismo.

—Dicho esto, vamos a bajar ordenadamente para que conozcáis a Félix y... —Antes de que pudiese acabar la frase todos los niños se desabrocharon el cinturón y corrieron por el pasillo del autobús como locos en dirección a las salidas—. Empezamos bien... —suspiró Max.

Abajo, enfrente del autobús, les esperaba una preciosa chica de ojos castaños y una enorme melena rubia junto a un chico rubio con el pelo alborotado y ojos azules. Llevaban puesto un uniforme del campamento y les miraban sonrientes.

—¡Hola a todos! Me llamo Félix y esta es Marcia, mi novia. Nosotros seremos vuestros monitores durante el campamento.

—Esperamos que hayáis tenido un buen viaje y que vengáis dispuestos a portaros muy bien y a divertiros —añadió la chica de melena rubia.

—Parece Rapunzel —soltó espontáneamente Ronie. Sus compañeros se rieron.

—A diferencia de la historia, si aquí estáis en apuros será ella quien os rescate. Bueno, o yo... pero esperemos no tener que llegar a eso. Bien, ¿quién quiere instalarse en las cabañas? —preguntó Félix con dramático entusiasmo consiguiendo el efecto deseado, ya que todos los niños empezaron a dar saltos y a gritar «¡yo!».

—Coged vuestras mochilas y seguidnos. Los chicos id con Félix, las chicas conmigo. ¡Vamos!

Ronie obedeció y al recoger su mochila (que era casi tan grande como ella) se quedó mirando cómo Jimmy se alejaba con Albert y Robert. No había tenido ocasión de hablar con él pero esperaba poder hacerlo a lo largo del día.

Avanzaron por un camino de tierra que serpenteaba desde la zona donde les había dejado el autobús hasta llegar a una valla de madera que encerraba en su interior una gran llanura de hierba con una hoguera en el centro, y al fondo a los lados un grupo de cabañas. Los chicos estaban distribuidos en las de la parte derecha, mientras que en la izquierda estaban las chicas. Marcia les indicó que fuesen entrando en grupos de seis y que se repartiesen las literas.

—Dentro tenéis una sorpresa.

Efectivamente, encima de cada litera tenían un precioso disfraz de india. Las chicas empezaron a repartirse dónde dormirían y cuando quiso darse cuenta Ronie se había quedado sin sitio. Ronie se quedó de pie mirando a sus compañeras que se estaban poniendo el vestido sin saber qué hacer. En cuanto Marcia se percató se acercó hacia ella.

—Vaya, veo que somos una más... ¿Cómo te llamas, cielo?

—Ronie.

—Bien, Ronie, ven conmigo. Estarás en la cabaña de al lado, ¡con una cama para ti sola! —dijo como si fuera algo especial y eso le pareció a Ronie—. Además tendrás ocasión de hacer nuevos amigos ya que estarás con chicas de otro colegio, verás qué bien. —Ronie acompañó a Marcia hasta la cabaña de al lado—. Niñas, os presento a Ronie. Es del colegio Montreal, pero no había literas para todas. Se quedará con vosotras en esta habitación, ¿vale? Tu cama es esa de allí —dijo indicándole con el dedo la cama que se encontraba al lado de la ventana, que era la más grande.

—Jo, ahí quería ponerme yo... —dijo una de las chicas, tenía el pelo negro y ojos claros.

—Mirta, sin rechistar... os veré dentro de un rato para las actividades, podéis ir colocando vuestras cosas.

Las cuatro chicas que se encontraban en la habitación empezaron a cuchichear entre ellas mientras Ronie dejaba sus cosas. Cogió el vestido de india para ponérselo pero entonces recordó que no se había quitado la moneda. Levantó la camisa de color rosa que llevaba y con cuidado empezó a despegar el esparadrapo, algo que no pasó inadvertido para una de sus compañeras de habitación, que rápidamente se lo comunicó a las demás. Todas empezaron a reírse.

—¿Se puede saber qué es eso? —preguntó la más delgada de todas. Ronie no se percató de que la pregunta iba dirigida a ella—. Hablo contigo —insistió la rubia.

—Oh, ¿esto? Es una moneda para el mareo. Me la puso mi mamá, dice que si no me la quito...

De pronto las cuatro chicas estallaron en carcajadas.

—¡Qué tontería! —dijo la pelirroja.

—No me lo puedo creer —continuó la morena.

Ronie se quedó desconcertada. No sabía por qué se reían, o si había dicho algo que fuese gracioso.

—¿Qu-qué os hace gracia?

—Tiene razón. April, Tori, no deberíamos reírnos de algo así —interrumpió Mirta, la de pelo negro—, después de todo somos mayores, hay que dar ejemplo...

Las chicas dejaron de reírse en cuanto la que parecía ser la cabecilla les llamó la atención. Ronie no quiso dar más importancia a lo que acababa de pasar, de modo que se giró para guardar la moneda en su mochila, le haría falta para el viaje de vuelta.

—¡Oh Dios mío! Christy, dime que no es verdad —dijo Mirta señalando la cama de Ronie—. ¿Eso es un peluche?

—¡Qué fuerte! —coincidió la rubia.

Ante los comentarios de sus amigas Tori y April volvieron a reírse de nuevo.

—Se llama Franky —dijo Ronie dispuesta a presentarles a su compañera de viaje, pero desistió al ver que las risas de las chicas no cesaban.

—¡Reunión en la hoguera! —anunció Marcia desde el exterior de la cabaña.

La cuadrilla salió de la habitación todavía entre risas, Ronie se puso el disfraz de india lo más rápido que pudo y salió fuera. Había empezado a formarse un corro entorno a la pila de madera y piedras que había en el patio. Ronie se sentó junto a Christy y buscó a sus compañeros de clase a lo largo del círculo que se había formado. A su derecha junto a Marcia vio a las compañeras de su colegio, todas vestidas de india hablando alegremente. En el semicírculo de enfrente, junto a Félix, estaban los chicos de su clase y otros que parecían mayores a los que no conocía, debían de ser del mismo colegio que sus compañeras de habitación. Todos llevaban puesto su atuendo nativo americano. Ronie se quedó mirando a uno de los indios que, como si algo le advirtiese, le devolvió la mirada y le dedicó una tímida sonrisa. A Jimmy le quedaba muy bien el disfraz, con su piel morena parecía un indio de verdad.

—Prestad atención, chicos y chicas. Hoy vamos a montar en canoa, cocinaremos, haremos una ruta por el bosque hasta la montaña y a la noche nos reuniremos aquí para contar historias antes de dormir.

—¿Quién quiere montar en canoa con Félix? —preguntó el propio Félix con su exagerado entusiasmo aunque de nuevo consiguiendo el efecto deseado. Todos se pusieron en pie y corrieron hacia el monitor que sonreía orgulloso de sí mismo con los brazos en jarras.

—En el orden que estáis haced grupos de seis y seguid a Félix hasta las canoas —indicó Marcia.

Los niños se alborotaron y saltaron alrededor de Félix de camino al lago, el cual estaba encantado con tanta devoción. Ronie miró a su alrededor en busca de sus compañeros de grupo. En frente tenía a sus ya conocidas compañeras de habitación. Ronie se puso nerviosa, no quería darles más motivos para que se riesen de ella. Entonces reparó en un chico rubio de pelo rizado que estaba a su espalda, callado y cabizbajo. Era muy alto y delgado.

—¡Qué alto eres! —dijo a modo de saludo—. ¿Estás en mi grupo? Me llamo Ronie.

El chico abrió los ojos como platos y se quedó mirando fijamente a la niña, aún sin decir ni una palabra. A decir verdad se parecía mucho a Albert; los dos tenían la piel pálida, eran altos, con el pelo rubio más largo de lo habitual, ojos verdes y mudos como una hache. A grandes rasgos la única diferencia era que el chico alto y callado que tenía delante tenía el pelo rizado.

—Ronie, Evan, no os quedéis atrás.

Los dos miraron a Marcia y la cuadrilla de chicas que la acompañaba cuchicheando, el resto de su equipo, las cuales ya estaban llegando al bosque que se encontraba detrás de las cabañas. Los dos salieron corriendo tras ellos y siguieron la hilera de niños hasta llegar al lago. Junto a la orilla había una fila de canoas cada una con un par de chalecos salvavidas en su interior.

—Bien, ahora que cada grupo se coloque por parejas junto a las canoas y poneos los chalecos. Yo iré delante y Marcia detrás. Además, en caso de que caigáis al agua los chalecos impedirán que os ahoguéis, así que no tenéis que preocuparos por nada. —Aunque la intención de esa frase era hacer sentir seguros a los niños pareció haber surtido el efecto contrario, todos se miraron inquietos.

—¡Es una broma! Esto es muy seguro. El lago siempre está en calma y nunca ha pasado nada, tranquilos —dijo Marcia lanzando una mirada de advertencia a su novio.

Todos siguieron las instrucciones de Félix sin hacer un ruido ni poner ni un pero. Al parecer seguían algo inquietos por el

comentario de su monitor. Se pusieron el chaleco y de forma ordenada entraron en el agua poniéndose detrás de él.

La excursión resultó más ajetreada de lo que habían prometido. Tras pasar unos minutos en el lago y ver que todo iba con normalidad Félix y Marcia decidieron que sería divertido llevar a los chicos a la parte alta del río y desde allí descender hasta llegar al lago. En el primer tramo todo fue agradable y tranquilo, pero varios metros más abajo, en una parte del trayecto, el agua estaba más agitada de lo normal por lo que la canoa de Félix fue arrastrada por la corriente y todos los niños, que ignoraban este hecho, le siguieron creyendo que era parte del recorrido siendo arrastrados río abajo sin poder evitarlo. Al principio estaban aterrados, pero cuando pisaron tierra firme todos estaban deseando repetir. Volvieron a las cabañas, donde Marcia les reclutó para ayudar a preparar la comida. Les informo de que, con la idea de que aprendiesen algunas recetas y los beneficios de una dieta equilibrada, siempre les ayudarían en la cocina a la hora de preparar las comidas y las cenas.

—Además, la comida preparada por uno mismo sabe mejor —añadió.

El plato que tocaba ese día era pizza vegetal, algo que de primeras no convenció a muchos de los presentes, de hecho ni siquiera imaginaban que esas dos palabras pudiesen estar en la misma frase, pero cuando llegó la hora de catar su creación todos quedaron gratamente sorprendidos. De postre les ofrecieron una pieza de fruta y para los paladares más «exigentes» que se negaban a comerla un yogur con sabor a frutas.

—Cargad bien las pilas, lo necesitaréis para la ruta que tenemos preparada esta tarde —advirtió Félix.

A diferencia de lo que había ocurrido esa mañana con las canoas, en este caso no exageraban. La ruta por el bosque fue pan comido, pero a medida que se acercaban a la montaña la cosa se fue complicando. El suelo pedregoso y la inclinación del terreno les impedía disfrutar de las vistas como Marcia y Félix habrían querido, que se pasaron todo el camino indicándoles puntos de interés y

recordándoles que bebiesen mucha agua mientras los chicos a duras penas seguían sus pasos. Cuando llegaron a la cima los monitores sonrieron orgullosos y se giraron hacia los chicos para compartir el sentimiento de victoria con ellos, pero la mayoría se habían desparramado por el suelo exhaustos.

—No siento las piernas... —dijo Robert.

—Serás flojo... —le picó Robin.

—No todos somos atletas como tú —le respondió haciendo una mueca.

Ciertamente aquellos miembros del equipo de atletismo habían tenido una facilidad notable a la hora de hacer la ruta, por lo que eran los únicos que mantenían el tipo.

—Bueno, ya conocéis el dicho: todo lo que sube...

—¿Se queda quieto diez minutos hasta recuperar el aliento? —interrumpió Ralph.

—Casi. Baja —continuó Félix—. Ánimo, que es más fácil que la subida.

—Solo porque más difícil es imposible —protestó Rachel.

Marcia emprendió la marcha de vuelta y todos la siguieron sin rechistar. No por falta de ganas, sino porque no tenían fuerzas para hacerlo. Félix se quedó en la parte de atrás para asegurarse de que ninguno se perdía e intentando animar a los más rezagados, por lo que se pasó prácticamente todo el camino con Evan, Rachel, Zoey y Ronie.

—La perseverancia es la clave del éxito, chicos. Esta experiencia os ha hecho más fuertes. Mañana nos lo agradeceréis.

Un colectivo sonido gutural, aunque ininteligible, parecía asegurar que no sería así.

—Tenéis veinte minutos para asearos y cambiaros de ropa. Cuando hayáis terminado id a la cocina y prepararemos la cena.

Todos obedecieron y puntuales como un reloj se dirigieron a la cocina para ayudar a la pareja con los espaguetis. Todos menos Robert, el cual estaba tan cansado que se había tumbado en el césped y no se había movido de ahí en todo ese tiempo.

—Robert, con esas manos tan sucias no vas a poder ayudarnos a preparar la comida... —le reprochó Marcia—. Bueno, no pasa nada, vigila la cazuela.

—¿Que vigile la cazuela?

—Sí, cuando el agua empiece a hervir baja la ruleta al dos.

—Vale...

No era la actividad más interesante del mundo, pero si no requería tener que moverse le servía. Robert observó a sus compañeros danzando de un lado a otro durante varios minutos.

—Como veis una pizca de sal es más que suficiente —dijo Marcia con un corro de niños a su alrededor que la miraban como si fuese un científico enseñándoles a preparar una poción. Entonces Robert tuvo una idea.

—El plan está en marcha —dijo para sí.

Cuando Félix y Marcia les dieron el visto bueno a sus ayudantes el siguiente paso fue ir al comedor a preparar las mesas, momento que Robert aprovechó para coger el bote de sal y vaciarlo en la enorme cazuela donde se estaba cociendo la pasta. Cuando la pasta estaba en su punto, Félix y Marcia la llevaron hasta el salón junto con un par de chicos de otro colegio que llevaban una segunda cazuela con la salsa. Los alumnos del campamento se pusieron en fila y pasaron frente a ellos para recibir su ración de cena. Una vez estuvieron servidos, Félix y Marcia anunciaron que podían empezar a comer. Nada más meterse el primer bocado en la boca todos lo escupieron de nuevo al plato.

—¡PUAAAAG!

Marcia y Félix se miraron horrorizados.

—Es como si le hubiesen echado un kilo de sal, ¿cómo es posible? —preguntó Marcia.

Los niños empezaron a ponerse nerviosos. Después de un largo día de ruta estaban hambrientos y pese a lo agotados que estaban seguro que con el enfado hallarían fuerzas en su interior para empezar un motín. Tenían que hacer algo. Marcia y Félix se miraron.

—No podemos hacerlo —dijo Félix, adivinando lo que su novia estaba pensando.

—No tenemos otra opción... —dijo y acto seguido se puso en pie —. Niños... vamos a pedir unas pizzas.

La sala se llenó de jolgorio, y algo que pudo haber acabado en desastre se convirtió en una agradable experiencia. Cuando llamaron a la pizzería más cercana (que se encontraba a treinta kilómetros de allí) y le explicaron que necesitaban veinticuatro pizzas lo antes posible el dependiente pensó que le estaban tomando el pelo, pero finalmente Marcia consiguió convencerle de que no era ninguna broma. Salieron al patio, encendieron la hoguera y se sentaron alrededor del fuego a contar historias y cantar canciones. Casi una hora más tarde el repartidor apareció en una furgoneta cargada con cajas de pizza. Los niños se lanzaron hacia él como una horda de zombis, comieron pizza al aire libre y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente Ronie se despertó de un sobresalto cuando Marcia golpeó la puerta de su cabaña.

—¡Chicas, todas en pie! Poneos los bañadores y coged las toallas, vamos a bañarnos al lago —anunciaba con voz alegre.

Los niños salieron legañosos, frotándose los ojos y bostezando sin ton ni son. Félix y Marcia les esperaban sonrientes en el centro de la explanada.

—¿Habéis dormido bien, chicos? —preguntó Félix.

—¿Qué hora es? —preguntó Robert mientras bostezaba.

—Las siete de la mañana.

—¿Quéééééé? —preguntaron todos al unísono.

—Me gusta esa energía. ¡Vamos! —dijo girándose hacia el bosque.

Repitieron la ruta que habían hecho el día anterior para llegar hasta las canoas aunque esta vez, por suerte o por desgracia, no iban a usarlas.

—Félix, tengo agujetas... —protestó Martin.

—¿Pues para eso sabes qué viene muy bien? —preguntó con un exagerado tono alegre. El niño negó con la cabeza aunque ya se temía la respuesta—. Nadar.

Y eso hicieron durante más de dos horas. Justo cuando estaban entrando en calor Marcia y Félix les dijeron que era la hora de desayunar. Como si del bolso sin fondo de Mary Poppins se tratase, ambos empezaron a sacar de las cestas de mimbre que habían traído una gran manta de cuadros que extendieron en el suelo, sándwiches y botellas de agua para todos. Y allí pasaron la mañana hasta después de comer, cuando regresaron a las cabañas para prepararse para las actividades de la tarde; escalada y tirolina.

Ronie fue a la habitación y rebuscó en su mochila, de donde sacó un casco rosa que imitaba la cara de un gato. Se lo colocó en la cabeza, se puso los guantes y fue a reunirse fuera con sus compañeras, las cuales, igual que el día anterior, comenzaron a reírse en cuanto la vieron.

—¡Un casco de gato! ¡Qué hortera! —dijo April.

—Justo cuando crees que no puede ser más ridícula... —continuó Tori.

Algunas de sus compañeras de clase también se quedaron mirándola y escuchando los comentarios de las otras chicas empezaron a reírse. Ronie se sintió avergonzada, quería salir corriendo de allí y esconderse en algún sitio, pero en lugar de eso trató de ignorar las risas y los comentarios y se dirigió hacia Marcia y Félix que les estaban esperando junto con los chicos.

A Ronie le encantaba su casco desde el momento que lo vio, le encantaban las orejas y el morro en relieve. De hecho le seguía encantando, pero debido a los comentarios empezó a sentirse mal al respecto y no sabía por qué tenía que sentirse así.

—¿Ronie, va todo bien? —preguntó Marcia al verla con mala cara.

Ronie asintió sin decir nada.

—Está bien... —dijo a sabiendas de que aunque insistiese la niña no querría hablar de ello, así que lo dejó estar—. Bonito casco —añadió con una sonrisa.

Ronie miró a la monitora con una gran sonrisa en su rostro. Por suerte siempre había personas como Marcia. Cuando todos se hubieron reunido Félix y Marcia comenzaron a explicar lo que harían esa tarde.

—Como sabéis hoy haremos tirolina y escalada. Podréis repetir tantas veces como queráis, el único requisito es que os pongáis en orden. Así que... ¿Quién quiere tirarse en tirolina con Félix?

Como de costumbre los niños empezaron a saltar revolucionados en torno a su monitor gritando «yo» todos a la vez. Félix sonreía con su habitual sonrisa de satisfacción. Para instaurar un poco el orden Marcia propuso hacer los grupos del día anterior y que algunos la acompañasen al rocódromo ya que no iban a poder tirarse todos a la vez y si todos iban con Félix se quedaría más rato mirando que otra cosa. Evan, al igual que el día anterior en las canoas, parecía no sentir especial atracción por la tirolina ni el exagerado entusiasmo de Félix para crear expectación, de modo que siguió a Marcia encantado. Ronie estaba contenta de volver a reunirse con su compañero.

Llegaron a una explanada donde se encontraba una gran pared vertical con formas de colores que sobresalían y, a unos cuantos metros de allí, un árbol al que se podía acceder desde una escalera con un cable enganchado a varios metros de distancia. Los chicos escucharon las instrucciones de sus monitores atentamente y formaron una fila para participar en cada actividad.

—Nunca he hecho escalada, aunque creo que puede ser muy divertido. Seguro que con lo alto que eres no tienes problema en llegar arriba del todo —conversaba Ronie con su compañero. Bueno, lo intentaba, ya que este seguía tan poco hablador como siempre.

Evan sonrió tímidamente ante su comentario.

—La verdad es que me dan miedo las alturas...

—¿En serio? No te preocupes, seguro que Marcia te ayuda, y si no podemos quedarnos mirando desde aquí.

Uno a uno sus compañeros de grupo fueron subiendo todo lo que podían en la pared hasta que le tocó el turno a Evan, el cual subió un par de metros y tuvo que pedirle a Marcia que le bajase porque se estaba mareando. Cuando descendió Marcia le ayudó a quitarse el arnés. Unas risas junto al rocódromo hicieron que Evan se sintiese más avergonzado de lo que ya estaba. A Ronie no le hizo falta mirar para saber de quiénes se trataba. Evan se quitó el casco y se dirigió hacia Ronie con la frente llena de sudor.

—¡Lo has hecho muy bien! —le animó la niña.

Evan no parecía estar de acuerdo pero agradeció su amabilidad. Ambos se quedaron mirando al resto de sus compañeros escalar jugando a averiguar lo alto que llegaría cada uno. Hasta que de pronto y con muy mala suerte, un chicle que provenía del árbol donde el resto del campamento estaba haciendo tirolina, cayó en el pelo de Evan, y con peor suerte todavía porque Robert pasaba por ahí y lo vio.

—¡Robert! ¿Qué haces aquí? Creí que estabas con la tirolina —dijo Ronie.

—Ya me he tirado, iba a subir otra vez. Tu amigo tiene algo en el pelo.

Evan abrió los ojos como platos y empezó a palparse la cabeza hasta que dio con una masa pegajosa y húmeda adherida a sus rizos.

—Oh no. Oh no, oh no, oh no...

—¡Tranquilo! Yo puedo ayudarte. Sé exactamente lo que hay que hacer en estos casos —dijo Robert con una sonrisa maliciosa.

—¿De verdad? ¡Qué suerte, Evan! Robert va a ayudarte —celebró Ronie.

El niño no parecía del todo seguro pero se moría de vergüenza solo de pensar en ir hacia Marcia con el chicle pegado en la cabeza, así que consideró al niño de pelo despeinado su mejor alternativa.

—¡Seguidme! —exclamó iniciando la marcha.

Ronie y Evan siguieron a Robert hasta que fueron a parar a la cocina del campamento.

—Aquí encontraremos todo lo que necesitamos. Lo primero es humedecer el chicle, para lo que necesitamos mermelada. Vale de cualquier sabor, pero si es de fresa mejor.

Robert se dirigió a la estantería y cogió un bote de cristal con el interior granate y echó una generosa capa sobre la cabeza del rubio. A continuación se dirigió de nuevo a la estantería y cogió otro bote, esta vez de plástico.

—La crema de cacahuete tiene propiedades despegantes. —Y acto seguido derramó una cucharada sobre su cabeza.

Ronie miraba intrigada, estaba aprendiendo mucho sobre cómo quitar un chicle del pelo. Mientras, Evan mantenía en su expresión la cara de espanto, pero puesto que no había marcha atrás rezaba para que funcionase.

—¿Y ahora qué? —preguntó la niña.

—Eeeemmm, sí, pues... —Robert miró a su alrededor, cualquiera diría que estaba improvisando—. ¡Salsa de tomate! Eso es. Infalible contra los malos olores y famosa por sus propiedades despegantes.

Robert se disponía a vaciar el bote sobre la cabeza de su inocente compañero cuando de repente una voz les sobresaltó.

—Os he estado buscando... Pero bueno ¿¡qué estáis haciendo!? —gritó Marcia horrorizada al ver la escena. Robert y Evan se quedaron

en silencio, uno sorprendido, el otro avergonzado.

—A Evan se le ha pegado un chicle en el pelo, le estamos ayudando a quitárselo —explicó Ronie.

—Madre mía... madre mía... está bien. Robert, deja la salsa de tomate donde estaba. Evan, ven conmigo.

Ronie y Robert acompañaron a Marcia a los lavabos de chico aunque esta insistió un par de veces en que volviesen con sus compañeros mientras ella «intentaba arreglar ese desastre». A Evan no le gustaba nada que se refiriese a su cabello con esa palabra. Marcia aclaró el pelo del niño con agua hasta que dio con el chicle, el inicio de la catástrofe.

—No habrá que cortar, ¿verdad? —preguntó Evan aterrorizado. Sus rizos de oro eran su bien más preciado.

—No hay más remedio —respondió la chica.

Para cuando sus compañeros de campamento acompañados por Félix volvieron, Marcia ya había terminado de cortar el pelo al pobre Evan. Había sido necesaria la intervención de la maquinilla eléctrica, por lo que la cabeza de Evan estaba ahora rapada al cuatro. Ronie opinó que le quedaba muy bien, pero Evan tenía la sospecha de que sus otros compañeros no serían tan amables por lo que estaba al borde del infarto pensando en lo que dirían, pero cuando se reunieron donde la hoguera antes de cenar todos se deshicieron en halagos con su nuevo aspecto.

—¡Es como Eminem! —dijo Christopher.

El peinado causó furor, tanto que a la hora de hacer la cena Félix capitaneaba a los niños en la cocina mientras Marcia cortaba el pelo a los que hacían cola para «parecerse a Eminem». A diferencia del día anterior la cena transcurrió con normalidad y al igual que habían hecho entonces, antes de ir a dormir se reunieron en torno al fuego de la hoguera para contar historias con sus disfraces de indio.

A la mañana siguiente Ronie volvió a despertarse de un sobresalto cuando Marcia golpeó la puerta. Ese parecía ser el despertador allí

así que pensó que tendría que acostumbrarse.

—¿Quién quiere montar en canoa con Félix? —preguntó este desde el exterior.

El hecho de que no fuesen las siete de la mañana y el peculiar entusiasmo de Félix surtió un increíble efecto a la hora de hacer que los niños se espabilasen. Todos estaban deseando repetir la experiencia con las canoas que, pese a aterradora, había dejado muy buen sabor de boca. Ronie miró a los chicos, que saltaban en torno a Félix en dirección al lago. Su sonrisa se ensanchó al ver a Jimmy, que como de costumbre iba acompañado por Albert a un lado y Robert al otro.

—Buenos días —dijo una suave voz.

—¡Hola, Evan! ¿Listo para navegar?

Evan sonrió. El nuevo corte de pelo le favorecía y, pese a los nervios iniciales, incluso parecía que tenía más confianza en sí mismo.

Igual que el primer día, los niños se pusieron los chalecos de sus respectivas canoas y siguieron a Félix lago adentro mientras Marcia les seguía por detrás. Félix comunicó que estaba vez se mantendría alejado de las corrientes para que no se repitiese el incidente de la última vez, cosa que causó desilusión a la mayoría de los presentes. Aun así el monitor les prometió una ruta diferente digna de recordar. Y vaya si lo fue, puesto que la canoa de Zoey y Hannah estaba agujereada y cuando llegaron al centro del lago empezó a hundirse. Los gritos de las chicas podían oírse a kilómetros a la redonda, pero había una voz aún más aguda e histérica que gritaba por encima de las suyas. Era la de Félix, que remó lo más rápido que pudo hacia ellas y se tiró al agua para cederles su canoa.

—¡MARCIAAAAAAAAAA! —gritaba su novio sin parar.

Marcia recogió a su empapada pareja y remaron de vuelta a la orilla. Cuando consiguieron sacar la canoa averiada del agua

observaron que tenía una serie de agujeros que, casualmente, formaban una R.

—Lo siento mucho, chicos, nunca había visto nada igual... debe de haber sido un mapache —explicó Félix el cual estaba todavía algo alterado—. Pero no os preocupéis, iré a por otra canoa y realizaremos la ruta como teníamos previsto.

Tal y como Félix había dicho esa mañana, la ruta alternativa era digna de recordar, lo único que empañaba la tranquilidad de aquellos hermosos paisajes eran los niños a los que al entrarles algo de agua en la canoa, se ponían nerviosos pensando que se iban a hundir y empezaban a gritar. Félix se pasó más tiempo en el agua nadando hacia aquellos que creían que un mapache había agujereado su canoa para asegurarse de que no era así que en su propia canoa.

Regresaron al campamento a la hora de comer y prepararon unos bocadillos para la excursión de por la tarde. Un autobús les esperaba para llevarles a una granja que estaba a varios kilómetros del campamento. Allí vieron todo tipo de animales y aprendieron cómo se cultivaban hortalizas y verduras. Ronie estaba en el paraíso, adoraba a los animales. Se quedó mirando embobada cómo las cabras jugaban entre ellas.

—¿Quieres darles de comer, pequeña? —preguntó la mujer que les había estado enseñando la granja.

Ronie asintió loca de contenta. Entró en el corral y les ofreció la comida que la mujer de pelo grisáceo le había dado. Todas se acercaron a Ronie y en menos de un minuto no tenía nada en la mano. La mujer le extendió otro puñado a Ronie que volvió a ofrecérselo a los animales. Otro compañero se sumó a su iniciativa y se puso a su lado con un puñado de heno en la mano. Se trataba de Jimmy, el cual dedicó una tímida sonrisa a la niña.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —preguntó el niño.

Ronie dudó un poco antes de responder.

—Bien, el campamento es muy divertido...

—¡Eh, Jimmy, yo también quiero! —le interrumpió Álex.

La iniciativa de Ronie seguida por Jimmy provocó que el resto de sus compañeros también se acercasen a acariciar y dar de comer a las cabras. Salvo Rachel y Cecily, que se negaban en rotundo pese a los intentos de Marcia por convencerlas de que no pasaba nada, pero ellas seguían diciendo que podían morderles en cualquier momento.

Al cabo de un rato la mujer les indicó que la siguiesen, iba a enseñarles cómo se preparaba el queso. Comparado con estar con los animales les pareció un rollo pero resultó una actividad más interesante de lo esperado y además tuvieron ocasión de probarlo y estaba buenísimo. Cuando estaba anocheciendo todos se dirigieron al autobús que les esperaba para llevarles de vuelta al campamento. Se pasaron todo el camino comentando unos con otros lo guay que había sido la granja. Si les preguntasen qué querían ser de mayores muchos ya sabrían qué responder.

Cuando llegaron al campamento Marcia les recordó que disponían de veinte minutos para asearse y cambiarse antes de cenar e igual que los días anteriores, todos, incluido Robert, obedecieron y fueron a la cocina puntualmente. Después de cenar se sentaron junto a la hoguera y escucharon las historias que Marcia y Félix les contaban antes de dormir.

—Que descanséis, chicos, buenas noches —se despidieron los monitores.

Ronie se dirigió a su habitación, se disponía a meterse en la cama cuando se fijó en que su peluche Franky no estaba donde lo había dejado. Ronie lo buscó debajo de la cama, dentro de su mochila, en las literas... pero no dio con él.

—¿Has perdido algo? —preguntó Mirta al entrar en la cabaña.

Entonces Ronie comprendió que era cosa suya.

—¿Dónde está Franky? —preguntó queriendo sonar valiente.

—Ummm ¿Franky? ¿Conocéis a alguna Franky? —preguntó al resto de su cuadrilla, las cuales negaron con la cabeza—. Tendrás que ser más específica.

—Mi peluche...

—Oh, así que tiene nombre, qué mona... —dijo sarcásticamente.

—No lo hemos visto desde esta mañana —comentó April.

Ronie no las creía, sabía que estaban mintiendo pero no podía hacer nada al respecto. Tenía ganas de llorar pero no quería hacerlo delante de ellas.

—Parece que se ha perdido... bueno, ya iba siendo hora de que crecieses. Solo los bebés duermen con peluches —añadió Christy.

Al oír eso Ronie apretó los puños y salió corriendo de la habitación, dejando a sus espaldas a las chicas riendo y cotorreando. Ronie corrió hacia el bosque. Quería dejar de oír sus risas, quería alejarse de esas chicas que la hacían sentirse mal, pero por mucho que corriera la sensación en el pecho no desaparecía. Corrió todo lo que pudo y cuando llegó al claro frente al lago se detuvo. Intentó recobrar el aliento, el corazón le latía a toda velocidad, y entonces las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. No quería ser una llorona, no quería que unos comentarios la hiciesen ponerse triste, pero no podía evitar sentirse sola. Incluso al estar rodeada de compañeros de clase, de haber conocido a personas agradables como Marcia o Evan, ninguno de ellos se preocupaba por ella. Ni siquiera había tenido ocasión de estar o hablar con Jimmy. Allí no tenía a nadie que la cuidase. Ronie miró el cielo, estaba totalmente despejado. La luna se reflejaba en la superficie del agua iluminando todo el bosque de un color blanco azulado. Las estrellas decoraban el cielo como si fueran pecas, nunca había visto tantas ni que brillasen con esa intensidad. Se quedó unos minutos en silencio observando ese bonito paisaje aún con lágrimas brotando de sus ojos.

—¿Ronie? —la llamó una voz a su espalda. Ronie se giró sorprendida y se quedó de piedra al ver a Jimmy—. ¿Qué te pasa? —

preguntó al ver que estaba llorando.

«Nada» quiso responder, pero no le salían las palabras. No quería que Jimmy la viese triste, y menos llorando, pero al verle corrió a abrazarlo y empezó a llorar aún más fuerte.

—¡No quiero estar aquí! Esas chicas se portan mal conmigo, siempre se están riendo de mí y me siento como una estúpida... Echo de menos a mis padres. Las personas que te quieren son las que te cuidan y aquí estoy sola... ¡No tengo a nadie que me cuide!

Jimmy dejó que se desahogase. Desde que habían llegado no habían podido estar juntos en ningún momento, pero Ronie era siempre tan alegre y tan brillante que Jimmy ni se imaginaba que pudiese llegar a sentirse de otra manera que no fuese así, ni que lo estuviese pasando tan mal. La abrazó con más fuerza mientras la niña sollozaba.

—Ronie...

La pequeña se apartó para mirarle y se encontró con los enormes ojos marrones de Jimmy, sus pestañas espesas. Esa mirada le resultaba tan familiar como si mirase un reflejo de sus propios ojos. Jimmy se acercó hacia ella y, aprovechando los centímetros de ventaja que la irregularidad del terreno le proporcionaba, le dio un beso en la frente. En ese momento Ronie notó cómo las lágrimas se detenían. Jimmy apoyó su frente en la de Ronie, justo donde hacía unos segundos la había besado y se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—Yo cuidaré de ti.

Ronie volvió a sentir que se le humedecían las mejillas, pero esta vez con lágrimas de alegría. Jimmy siempre estaba ahí para ella. Por mal que se sintiera él siempre conseguía animarla. Al escucharle decir eso comprendió que nunca estaría sola y por primera vez allí se sintió a salvo. Jimmy le dio la mano a Ronie, esta la tomó y los dos regresaron a las cabañas en completo silencio. No necesitaban decir nada más.

Cuando llegaron Jimmy le hizo un gesto a Ronie para que le siguiese en silencio. Entraron en la cabaña de Jimmy y este se acercó con cuidado a la litera de Albert, que dormía en la parte de abajo de la suya.

—Pss, Albert... despierta —dijo susurrando mientras le empujaba suavemente.

Albert abrió los ojos y se encontró con Jimmy y Ronie frente a él.

—¿Qué pasa?

—¿Te importa cambiarle el sitio a Ronie para que pueda dormir aquí?

Albert sopesó la idea, aún medio dormido.

—Está bien —respondió estirándose.

—Gracias —susurró Ronie.

Jimmy subió las escaleras y Ronie se tumbó en la parte de abajo.

—Buenas noches, Ronie.

—Buenas noches, Jimmy.

A la mañana siguiente no se despertaron con el golpe de puerta habitual, sino por los gritos que venían de la caseta de Marcia y Félix.

—¡QUÍTAMELO, QUÍTAMELO DE ENCIMA! —chillaba. Debido a la agudeza de la voz todos pensaban que se trataba de Marcia.

Los niños salieron corriendo de las cabañas y se quedaron mirando la de los monitores mientras se reían. Robert estaba pletórico.

—¡MARCIA, AYÚDAME! —gritó la voz desesperada.

En ese momento Félix salió corriendo en dirección al bosque seguido de su novia, que reía divertida sujetando entre las manos lo que parecía ser una rana gigante.

—Félix, vuelve aquí, no va a hacerte nada —dijo la chica.

Todos empezaron a reírse a carcajadas.

—No es lo que esperaba pero no ha estado del todo mal —dijo Robert pensando en alto.

—¿Has sido tú? —preguntó Jimmy.

—Podría decirse que sí —respondió Robert con su sonrisa traviesa.

Los chicos a su alrededor empezaron a felicitarle por la trastada y justo en ese momento se escuchó otro grito que venía de la antigua cabaña de Ronie. Todos miraron a Robert, que parecía confuso.

—¿Eso también es cosa tuya? —preguntó Martin.

Robert negó con la cabeza. La puerta de la cabaña se abrió y Tori, Christy, April y Mirta salieron corriendo cada una en una dirección gritando. Todos los ojos seguían clavados en la cabaña, querían saber cuál era la razón del alboroto. Tras unos instantes Albert salió por la puerta y al ver cómo todos miraban hacia él se quedó paralizado.

—Será posible, ¿yo me curro una broma y tú consigues el mismo efecto sin hacer nada? —protestó Robert. Albert seguía sin entender qué había sucedido.

—Espera un momento, señorito —dijo Marcia acercándose hacia él.

—Oh, oh —sonó al unísono de todos los presentes excepto Robert, que parecía esperar esa reacción—. ¿Has sido tú?

—Sí —confesó el niño.

Marcia frunció el ceño. Era la primera vez que un niño acusado de hacer una trastada afrontaba la responsabilidad sin desmentirlo o mintiendo para librarse. Había algo más. Entonces Marcia calló en la cuenta.

—¿Fuiste tú el que vació la sal en los espaguetis el primer día?

Robert asintió.

—¿Le pegaste el chicle a Evan?

—No, eso no.

—Pero le embadurnaste el pelo a propósito —adivinó Marcia.

—Eso sí.

El grupo de niños a su alrededor observaban la escena perplejos. Evan tenía sentimientos encontrados.

—¿Hiciste tú los agujeros a la canoa? —preguntó cada vez más cabreada.

—¿Los mapaches saben escribir?

—Estás castigado —dijo apretando los dientes—, te pasarás el día entero pelando patatas en el almacén.

—¿No va a llamar a mis padres? —preguntó Robert decepcionado.

—Aquí podemos aplicar la disciplina necesaria. Tendría que saltar algo por los aires para que llamásemos a vuestros padres —dijo agarrándole de la mano y llevándolo hacia la cocina.

Ronie se fijó en la cara que puso Robert al oír esa frase. Era la misma que había puesto en el autobús cuando habló con ella, parecía ser su expresión de «tengo una idea». Justo entonces apareció Félix corriendo hacia ellos. Estaba lleno de hojas, ramas y arañazos.

—Ey, chicos... ¿Quién quiere ir a bañarse con Félix? —dijo intentando recobrar el aliento, casi ahogándose.

Los niños, aún atónitos por lo que acababa de suceder, respondieron con un escueto «yo» que pareció acabar con las fuerzas que a Félix le quedaban.

—Pues ya sabéis; poneros el bañador, coger las toallas y vamos allá.

Los niños obedecieron y en un silencio sepulcral entraron en sus habitaciones y siguieron a Félix hacia el lago. Ronie iba junto a Jimmy con una enorme sonrisa. Recordó la noche anterior cuando los dos fueron por el bosque, entre esos mismos árboles. Parecía un paisaje completamente diferente con la luz del sol.

Félix estaba tan fatigado que en lugar de organizar grupos y hacer actividades como la última vez, se sentó en una roca y se limitó a observar a los niños, por lo que Ronie se pasó toda la mañana jugando con Jimmy. También les advirtió que no fuesen lago a dentro por precaución, pero que en caso de hacerlo si necesitaban ayuda él acudiría enseguida, aunque a juzgar por su estado nadie pareció creerse sus palabras. A la hora de comer Marcia fue a buscarlos. Aquel día cada plato del menú incluía patatas y todos sabían gracias a quién. Por la tarde Félix y Marcia organizaron un taller de manualidades con los chicos.

—Poneos por parejas. Tenéis que moldear la arcilla hasta que quede como el cuenco y el vaso que tenemos nosotros aquí —dijo Marcia señalando los utensilios que tenía junto a ella—. Podéis ver cómo lo hacemos Félix y yo antes de empezar vosotros.

Evan quiso acercarse a Ronie para que fuese su compañera en la actividad como los demás días, pero al ver que estaba con Jimmy no se atrevió.

—Ey, Evan. Puedes ponerte con Albert, es muy majo —dijo Ronie al verle ahí parado.

Evan miró al joven que estaba a su lado, llevaba el mismo corte de pelo que él, seguramente fue uno de los que se apuntó a cortárselo debido al incidente del otro día. Por lo visto estaba en su misma situación ya que Jimmy había sido su compañero hasta ese momento.

—Hola... —saludó Albert con timidez.

—¿Quieres ponerte conmigo? —propuso Evan.

Albert asintió y a partir de ese momento se convirtió en su pareja para las actividades del campamento, donde descubriría que los dos tenían mucho en común. Mientras todos se embadurnaban de arcilla intentando hacer los objetos que Félix y Marcia habían indicado Robert salió un par de veces de la cocina para quejarse de que tenía cansadas las manos.

—Haberlo pensado antes de cometer tus fechorías —se limitó a decir Marcia.

Robert soltó un suspiro de fastidio y volvió dentro. Cuando empezó a anochecer todos habían terminado con las manualidades. Algunos cuencos parecían sacados de un cuadro de Dalí, pero en general los monitores estaban orgullosos. Todos los niños lo celebraron cuando les dijeron que podían llevarse sus creaciones de recuerdo.

—Bien, chicos, ¡es hora de preparar la cena! —anunció la pareja—. Lavaos las manos e id a la cocina.

Todos empezaron a dispersarse cuando Robert apareció otra vez protestando.

—Marcia, estoy harto de pelar patatas... Haré cualquier otra cosa, lo que sea. ¡Colocaré los palos de la hoguera si hace falta!

Marcia sopesó su oferta. Lo cierto es que el chico había obedecido y no había dado ningún problema en todo el día. Tenía el mantel lleno de tierra y habría patatas de sobra para la cena de esa noche e incluso para el día siguiente.

—Está bien, Robert. Coloca los troncos en la hoguera y habrás terminado tu castigo. Espero que hayas aprendido la lección —dijo alejándose en dirección a la cocina.

Devoraron la cena y como de costumbre se dirigieron a sus habitaciones para ponerse su disfraz mientras Félix encendía la hoguera fuera. Se disponían a sentarse alrededor del fuego cuando la madera empezó a crepitar con un sonido muy extraño. Era un silbido que se iba haciendo cada vez más fuerte. De pronto unas chispas de fuego empezaron a saltar de la hoguera y una ráfaga de color rojo salió disparada hacia el cielo, captando la atención de todos los presentes. Otra ráfaga, esta vez de color azul, salió volando e imitó el recorrido de la primera. Y luego otra y otra y otra, hasta perderse de vista justo antes de empezar a explotar en cadena formando figuras de luz en el cielo. Todos los niños se quedaron boquiabiertos y empezaron a aplaudir ante el espectáculo de luces. Por un momento Félix y Marcia se miraron horrorizados pero al ver la

bonita escena que estaban formando pensaron que quizás no era tan malo. Hasta que uno de los cohetes, en lugar de salir volando hacia arriba como los demás, salió disparado hacia una de las cabañas de las chicas, rompiendo la ventana y explotando en su interior. Un montón de chispas de colores iluminaron la habitación y cuando la explosión cesó una pequeña columna de humo empezó a salir por la ventana.

—Dios mío, ¡fuego! —gritó Marcia—. Niños, ya sabéis lo que hay que hacer —dijo esperando que los niños recordasen la historia de indios que les contaron el otro día donde les enseñaban a apagar un fuego.

—¡CORRED! —gritó Félix.

Todos los niños empezaron a gritar y a correr en círculos ante el alarido de Félix.

—No, no, no, no, no. Chicos, coged los cubos de la cocina, llenadlos de agua y traerlos aquí. ¡Venga, rápido! —ordenó Marcia.

Como si de un pelotón entrenado se tratase, los niños se serenaron y siguieron a Félix en fila hasta la cocina y en menos de un minuto volvieron todos con los cubos a rebosar de agua. Marcia comenzó a vaciarlos uno a uno lanzándolos contra la madera de la cabaña. Algunos alumnos del otro colegio, los mayores, le ayudaban también. En unos minutos la columna de humo desapareció y Tori, Christy, April y Mirta pudieron entrar a la cabaña a comprobar los daños. Su llanto se oía por todo el bosque.

—¡Mi ropa está destrozada!

—¡Mi mochila se ha chamuscado!

Se lamentaban.

—¡Es culpa suya! —gritaron las cuatro a la vez señalando a Robert.

Marcia le lanzó una mirada iracunda.

—Está bien, tú lo has querido. Mañana llamaré a tus padres para que vengan a buscarte —sentenció severa—. Ahora, todos a dormir.

Los niños volvieron cada uno a sus respectivas habitaciones, salvo la cuadrilla afectada y Albert, a quienes Félix y Marcia les dieron un saco de dormir para que se tumbasen en el suelo de su habitación.

—Ronie, espera, tengo algo para ti —dijo Robert yendo hacia su cabaña.

Cuando salió llevaba en brazos una osita de peluche.

—¡Franky! ¿Cómo la has encontrado?

—En el almacén había un montón de cajas con objetos perdidos y confiscados, creo que alguien la escondió allí.

—¿Fue donde cogiste los fuegos artificiales?

—Sí, ¡me va a caer una buena! —dijo Robert riendo.

Esa noche los niños apenas pegaron ojo, como si a todos fuesen a ir a buscarles sus padres. Estaban nerviosos pese a que el único que había salido mal parado era Robert. Se lo habían pasado muy bien, el espectáculo de los fuegos artificiales fue increíble y, quitando el accidente de la cabaña, fue muy divertido.

Los padres de Robert fueron a buscarle a primera hora. Todos sus compañeros le acompañaron hasta el exterior de la habitación aunque se quedaron atrás cuando el niño fue a hablar con ellos. Era la primera vez que Robert parecía estar avergonzado.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó su madre.

—Es que... quería pasar el cumpleaños con vosotros, los tres juntos... —confesó con un hilo de voz mirando al suelo.

—Podemos celebrarlo otro día. No tienes que portarte mal para que te castiguen —dijo su padre.

Robert seguía cabizbajo sin decir nada.

—¡No te vayas, Robert! —gritó Ralph.

—Eso, quédate, Robert —dijo Martin.

Robert se giró hacia sus compañeros. «¡Que se quede, que se quede!» coreaban. Robert se volvió a girar hacia sus padres, que miraban confusos a Marcia y Félix.

—Parece... que se lo han pasado muy bien con él —comentó la chica.

Robert se quedó de piedra ante la reacción de sus compañeros. Los padres miraron de forma severa a su hijo.

—Si te quedas, ¿prometes no causar más problemas ni meterte en líos?

—¿Celebraremos mi cumple todos juntos cuando vuelva?

—Lo prometo —respondió su padre.

—¡De acuerdo! —dijo Robert con una sonrisa.

—¿Le parece bien? —preguntó a Marcia, la cual asintió.

—Vuelve con tus compañeros.

En cuanto acabó la frase Robert salió corriendo hacia ellos, que coreaban su nombre y le recibieron como si fuese una celebridad. Ronie se alegraba de que hubiese podido hablar con sus padres y de que fuese a celebrar con ellos su cumple ya que parecía algo muy importante para él. Fue la primera vez que Robert celebró dos veces su cumpleaños, una vez rodeado de sus compañeros y amigos y otra con su familia.

—¡Vamos a bañarnos! —gritó alguien, y todos le siguieron.

Jimmy agarró de la mano a Ronie y juntos corrieron por ese enorme bosque en dirección al lago, recorrido que ya se sabían de memoria. Ronie pensó que, como siempre y a pesar de todo, su madre tenía razón. Estaba segura de que cada vez que recordase los días allí se sentiría tan feliz como en ese momento.

HANNAH

Marzo de 2004

El despertador sonó a las 9:15, igual que cada mañana, acto seguido su madre abrió la puerta.

—Hannah, despierta, cariño.

—Cinco minutos más... —respondió ella.

Dory cerró la puerta con una sonrisa, como cada mañana, la chica se estiró en la cama y se quedó mirando cómo entraba la luz por las rendijas de la persiana. Tenía las paredes decoradas con algunos posters de sus grupos de música y cantantes favoritos, el escritorio perfectamente ordenado y la ropa que se iba a poner ese día doblada sobre la silla. Debía de ser una de las pocas personas en el mundo que no acababa sepultándola con medio armario encima.

—Un día más... —dijo soltando un suspiro.

A las 9:20 Hannah se levantó de la cama y fue al baño a prepararse. Se lavó la cara con agua tibia y se quedó mirando los ojos verdes que la observaban a través del espejo. Miró sus cejas oscuras, su piel clara, sus labios rosados y puso una mueca. «Demasiado espesas, demasiado pálida, demasiado finos...» pensó. Sin dejar de mirarse llevó una mano hasta su cabeza y se acarició el pelo, se lo había cortado el día anterior y extrañaba lo rápido que terminaba de recorrerlo con sus dedos. Entonces sonrió, le gustaba cómo le quedaba así. Bajó las escaleras y se encontró a su madre y a su padre ya en la mesa, desayunando en silencio, como de costumbre. Solo hablaban para comentar algo del trabajo o para

preguntarle a Hannah si tenía algún examen. Pese a todo a Hannah le gustaba compartir esos momentos de tranquilidad con ellos por la mañana, ver a su padre leyendo el periódico y a su madre revisando el temario de ese día. Ambos eran profesores en la universidad y habían inculcado a Hannah desde muy pequeña la importancia de los estudios, haciendo de ella la mejor alumna de su curso.

Hannah terminó el desayuno, se puso la mochila y dio un beso a sus padres antes de marchar. En la acera de enfrente la esperaba Zoey junto a sus padres, los cuales las llevaban a clase todos los días desde el jardín de infancia. Hannah y Zoey llevaban siendo amigas toda la vida. Más que una amiga era como si fuese un miembro de su familia, como una prima. Sus padres se conocían hacía muchos años y también eran buenos amigos, incluso antes de que ellas nacieran. Dada su buena relación y el hecho de que vivían unos en frente de otros siempre celebraban las festividades juntos.

—Eh, ¡te has cortado el pelo! —dijo Zoey a modo de saludo.

Hannah sonrió y en un acto reflejo se llevó una mano a la cabeza.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Estás muy guapa —respondió Zoey con una sonrisa.

Hannah agradeció el halago y se subieron al coche. Zoey era alta para su edad, tenía el pelo de color café, los ojos marrones, pequeñas pecas en las mejillas y los dientes muy grandes. Sin embargo Hannah apenas medía un metro cuarenta, tenía el pelo rubio y los ojos verdes, piel clara y su boca no destacaba en nada. Miraba a su amiga y podía ver lo guapa que era y sin embargo todas las mañanas frente al espejo se sentía decepcionada al verse a sí misma. «Al menos el pelo ha mejorado» pensó.

Cuando llegaron al colegio la madre de Zoey las despidió dándole dos besos a cada una. Avanzaron hasta la entrada comentando cómo les habían ido los deberes cuando Hannah vio a Ronie.

—Te veo luego —dijo girándose hacia Zoey.

Ronie llevaba un jersey de estrellas y unos pantalones vaqueros, tenía el pelo suelto y una sonrisa en la boca que se ensanchó al ver que se acercaba. Hannah admiraba tanto la forma de estar siempre alegre de Ronie que a veces más que admiración sentía que era envidia, aunque a su modo de ver no le faltaban motivos, después de todo siempre estaba con...

—¡Jimmy! —escuchó detrás de ella y su corazón pegó un salto.

Se giró y vio a Robert haciendo gestos al chico moreno para que se acercase. Hannah se quedó perpleja al verle. Jimmy se acercó alegremente a saludar a su amigo y se quedaron charlando unos minutos cuando, de pronto, Jimmy alzó la vista y miró en dirección a Hannah. Su corazón dio otro vuelco, se dio la vuelta rápidamente y siguió andando hacia Ronie, que ahora agitaba el brazo sonriendo a alguien que se encontraba detrás de ella.

—Cómo no —susurró.

—Me encanta cómo te queda el pelo, ¡estás muy guapa! —dijo Ronie cuando Hannah llegó a su lado.

—Gracias —respondió tímidamente.

Ronie sin duda era la persona más amable que había conocido. Cuando eran pequeñas hablaban de vez en cuando, sobre todo animadas por el hecho de que cada vez que las sentaban en orden alfabético les tocaba juntas, pero no había llegado a conocerla personalmente. Sabía de ella las mismas cosas que cualquiera de sus compañeros podía ver; que dibujaba muy bien, que le encantaba hablar y que adoraba los animales. No fue hasta el año pasado cuando descubrieron que tenían gustos y aficiones en común; a las dos les encantaban los videojuegos, el anime y leer. A Hannah le sorprendía lo parecidas que podían llegar a ser en algunos aspectos y que aun así su personalidad fuese tan diferente. Ronie era segura, creativa, alegre y divertida, pero Hannah se consideraba más bien insegura, falta de imaginación, comedida a la hora de expresar sus sentimientos y no muy ocurrente. Ronie en cierto modo era todo lo que ella aspiraba a ser, por eso cuando estaba cerca de ella se sentía

bien pero al mismo tiempo intimidada, como si estuviese a su sombra.

—Buenos días —saludó Jimmy poniéndose junto a ellas.

—¡Hola, Jimmy! ¿Has visto lo guapa que está Hannah con el pelo corto? —preguntó Ronie.

Hannah agachó la cabeza en cuanto le oyó decirlo, pero se obligó a levantar la vista para mirar a Jimmy.

—Es verdad, estás muy guapa, Hannah —dijo este.

Hannah sonrió dulcemente. Jimmy ni se imaginaba lo feliz que podían hacerle sus palabras. En ese momento sonó la campana y los alumnos se dirigieron a sus respectivas aulas. Hannah siguió a Ronie y a Jimmy hasta el piso de arriba, el aula de 6º A. A los pocos minutos el profesor llegó y empezaron corrigiendo los deberes del día anterior. Hannah era de las pocas alumnas para las que la corrección de ejercicios no suponía motivo de estrés, era aplicada como la que más y en casa sus padres la ayudaban con los ejercicios siempre que lo necesitaba. Por esa razón a Hannah le gustaban las matemáticas, o cualquier asignatura en general, porque si te preparabas lo suficiente podías tenerlo bajo control. Una vez lo entendías ya no te pillaba por sorpresa y siempre sabías qué hacer, cuál era el siguiente paso. A diferencia de la vida, que por lo que había experimentado no siempre era así, sobre todo en las relaciones. En las matemáticas uno más uno siempre son dos y todos los problemas tienen solución, sin excepción. La química dice que si dos elementos no son compatibles no deben ponerse en contacto uno con otro, y ninguno de esos elementos sufre sabiendo que no podrán estar juntos. Pero en la vida real no es así. En la vida uno más uno a veces son tres y los problemas no se resuelven tan fácilmente. A Hannah no la ponía nerviosa salir a la pizarra a hacer un ejercicio, o los exámenes (ni siquiera los sorpresa), sin embargo cada vez que se trataba de hablar con Jimmy las palabras no le salían y se aturullaba. Ojalá la solución fuese tan fácil como coger un libro y estudiar la lección hasta saber cómo reaccionar, hasta sustituir los nervios por la seguridad de saber qué estaba haciendo.

Hannah miró disimuladamente a Jimmy que atendía atentamente a George mientras este explicaba el temario de ese día. «Mi única asignatura pendiente» pensó.

Hannah y Jimmy se conocieron en el jardín de infancia y desde entonces habían crecido yendo a las mismas clases, con los mismos profesores y compañeros. Hannah se había pasado toda su vida observándole e incluso cuando no sabía por qué lo hacía le gustaba estar con él porque se sentía bien al verle. Cada vez que él sonreía ella se sentía feliz. Entonces un día llegó una niña con un lazo de lunares en el pelo y por primera vez Hannah empezó a sentir algo que no sabía describir cuando veía a Jimmy. Le seguía gustando estar con él, le seguía haciendo feliz verle sonreír, pero una sensación diferente convivía con esa alegría, haciendo que fuese agridulce. A partir de ese día Jimmy no volvió a estar solo y Hannah pasó de observarle a él a verles a ellos. Veía cómo Jimmy sonreía cuando estaba con Ronie y algo dentro de ella deseaba estar en su lugar. Hannah nunca se había planteado que alguien llegaría y ella pasaría de observadora a espectadora, pero para cuando sucedió dio por sentado que era tarde para hacer algo diferente y se limitó a asumir su papel, a seguir como hasta entonces. Pensó que se acostumbraría, que dejaría de sentirse así, no sabía que esa sensación agridulce la acompañaría a partir de ese momento y que a medida que creciese y fuese entendiendo por qué se sentía de esa manera, en ocasiones sería aún más fuerte. Hacía unos años Hannah se había planteado dejar de sentir por Jimmy lo que sentía, como si fuera una espina que tenía clavada y lo único que tuviese que hacer fuese tirar de ella para sacársela, pero una vez más la vida la pilló por sorpresa al descubrir que no tenía ningún control sobre esos sentimientos. Los libros dicen que cuando te haces una herida, con el tiempo, se cura y deja de sangrar, pero en su caso la herida nunca cicatrizaba. Descubrió que era más doloroso privarse de él, vivir sin la espina que de algún modo pese a hacerle daño impedía que se desangrase. Así que Hannah eligió seguir apreciando lo especial en él, seguir sintiendo un nudo en el estómago cada vez que se lo cruzaba a la entrada del colegio y quedarse petrificada

cada vez que hablaban. No sabía si tenía sentido pero se sentía afortunada por tener esos sentimientos, aunque no fuesen correspondidos. Cuando observas un paisaje no necesitas que este esté ahí para ti, simplemente eres capaz de ver la belleza en él y dejar que te conmueva por lo que es, y lo mismo sentía ella con Jimmy.

De pronto la voz de George la sacó de sus pensamientos.

—Hannah, te toca, a la pizarra. Siguiente ejercicio.

«Al fin algo en lo que sé qué hacer» pensó.

La mañana transcurrió según lo previsto, corrigiendo los ejercicios, estudiando la lección y apuntando deberes para el día siguiente. A tercera hora tuvieron un examen que se convirtió en el tema principal de conversación durante el recreo. Robert, Ralph y Álex se lamentaban poniendo sus respuestas en común con Jimmy. Cada vez que terminaban un examen se reunían en torno a él, quien seguro tendría bien todas las respuestas, para comprobar si aprobarían o no.

—¡Qué mala pata! Si apruebo será por los pelos... —protestaba Robert, que no había respondido nada similar a lo que había dicho su amigo.

—Bueno, si quieres sacar más nota estudia más la próxima vez —dijo Jimmy para picarle.

Todos se rieron ante su comentario, Hannah sonrió para sus adentros. Por lo visto Jimmy estaba de acuerdo en que en los estudios era tan fácil como aprenderse bien la lección.

—Ojalá fuese tan listo como vosotros... Hannah y tú siempre sacáis las mejores notas... —dijo Ralph.

—No tiene que ver con lo listo que seas. A mí me resulta fácil porque lo he hecho desde siempre, pero si te cuesta solo tienes que dedicarle un poco más de tiempo —dijo Hannah tratando de quitarse importancia.

—Ya, pero hay taaantas cosas más divertidas que se pueden hacer en ese tiempo... Ver crecer la hierba, contar granos de arroz... —dijo Robert, haciendo que todos sus compañeros se riesen.

—¡Con esa actitud no tienes derecho a quejarte de las notas que saques! —le regaño Robin dándole un capón en la nuca.

Se pasaron el recreo riendo y jugando al baloncesto. A Hannah se le daban muy bien los deportes pese a no practicarlos habitualmente salvo en ocasiones como esa donde se juntaban todos sus compañeros. Llevaba jugando a pimpón desde tercero, cuando sus padres insistieron en que tenía que apuntarse a alguna actividad extraescolar. Había ganado varios premios junto con Robert, que se apuntó prácticamente al mismo tiempo que ella. Entre el equipo de atletismo y los grupos de pimpón, el colegio Montreal no había vivido una época de esplendor igual en lo que a deportes se refería.

Sonó la campana que anunciaba el final del recreo y todos volvieron a sus aulas. Tocaba clase con Rey, que además de ser profesora de plástica también era su tutora.

—Como todos sabéis el año que viene ya no estaréis aquí. Si todo va bien —añadió dedicando una mirada de advertencia a Robert, que sintió cómo se le helaba la sangre—. El año que viene seréis alumnos de instituto y he pensado que sería interesante que dejéis una pequeña huella de vosotros aquí, un recuerdo.

—El profesor Jefferson dice que no podría olvidar nuestra clase ni aunque quisiera, ¿eso cuenta? —preguntó Ralph levantando la mano.

—Me refiero a algo que os represente, algo que vaya a perdurar en esta aula durante los años siguientes que no estéis aquí y que dé la bienvenida a las generaciones que os precedan. Por eso he pensado que podríais hacer... ¡un dibujo! —finalizó Rey mostrando una cartulina blanca a sus alumnos, como si fuera la idea del siglo.

—¿Quéééé? ¡Pero si llevamos haciendo eso desde párvulos! —refunfuñó Robert, que ya se estaba imaginando plasmando sus

huellas en la pared del aula como las estrellas en el paseo de la fama.

—Además no los conservan, es evidente que los tiran... —dijo Tamara, la cual al finalizar cuarto había realizado «el mejor dibujo de su vida» y seguía despechada por el hecho de que hubiera desaparecido y nadie supiese nada al respecto.

El aula empezó a llenarse con el bullicio de decenas de voces quejándose ante esa idea tan poco original.

—¡YA ESTÁ BIEN! Si digo que hacemos algo, se hace y punto.

Todos enmudecieron al instante.

—Dibujaréis algo que os guste, algo que sea importante para vosotros o que os represente y escribiréis una frase. ¿Estamos? Haced grupos de tres y no hay más preguntas.

Los chicos obedecieron y durante la siguiente hora ninguno se atrevió a decir ni mu. Al principio por miedo a la reacción de Rey, pero a medida que pasaba el tiempo estaban tan concentrados en su dibujo que nadie decía nada. Hannah se había puesto con Jimmy y Ronie y de vez en cuando miraba a su amiga, que se sentaba a su lado, intentando ver qué estaba haciendo. Tratándose de Ronie seguro que le quedaría muy bien. Hannah había optado por dibujar un libro abierto, algo que le encantaba y con lo que se sentía segura de sí misma. A falta de un cuarto de hora para que sonase la campana, Rey avisó a los chicos para que fuesen terminando.

—No olvidéis poner una frase... —dijo sin levantar la vista del escritorio.

Hannah abrió los ojos como platos, lo había olvidado por completo. Miró la cartulina en busca de algo que le sirviese de inspiración pero no se le ocurría nada, ¿qué podía decir? Estaba totalmente en blanco cuando la voz de Ronie la sorprendió.

—¡Eh, qué chulo! Te ha quedado muy bien —dijo susurrando.

Viniendo de ella, que era la artista número uno de la clase, sus palabras la halagaron mucho.

—¿Qué has hecho tú? —se atrevió a preguntar.

—Una mariquita —respondió Ronie enseñándole su dibujo.

Hannah se quedó de piedra al verlo. No por lo bonito que era, sino porque había visto a alguien más hacer exactamente ese mismo dibujo. Hannah miró al compañero que tenía delante, a Jimmy, que examinaba su creación dándole les últimos retoques. No estaba tan bien hecha como la de Ronie pero se distinguía perfectamente; una mariquita con uno, dos, tres... seis lunares. Hannah volvió a mirar el dibujo que le había enseñado su amiga y sintió una punzada en el pecho al ver que tenía el mismo número de lunares, con la misma forma, e incluso colocados en el mismo sitio. Ni Ronie ni Jimmy se habían dicho lo que iban a dibujar, habían estado en silencio como todo el mundo desde que empezaron, y aun así ambos habían pensado lo mismo. «Esto no está hecho para mí...» pensó la chica de pelo rubio. Resultaba tan doloroso como inspirador ver con sus propios ojos la conexión que compartían Jimmy y Ronie, saber que ese tipo de relación existía. Hannah volvió a mirar su dibujo, las páginas en blanco del libro que había dibujado, y entonces supo qué frase escribir. Antes de que sonase la campana, Rey, ayudada por los chicos, fue colgando por la pared todas sus obras. Era curioso ver la cantidad de ideas diferentes que habían en una misma clase, cómo los dibujos eran un reflejo de sus autores. Los chicos intentaron adivinar solo por la imagen y la frase a quién pertenecía cada uno. Hannah recibió muchos elogios por parte de su profesora y sus compañeros ya que fue el suyo fue el único dibujo que todos supieron a quién pertenecía nada más verlo.

—Es muy tú —dijo Zoey.

El dibujo de Ronie también fue fácil de averiguar, sus compañeros estaban acostumbrados a su estilo inmejorable. El más difícil de todos fue el de Jimmy puesto que, al principio, creyeron que pertenecía a Robert, el cual era tan vago que no les sorprendería que hubiese copiado el dibujo de otro, lo que provocó que este se enfadase porque, como él mismo dijo, para una vez que se esforzaba nadie apreciaba su trabajo.

—Yo os diré de quién es... —dijo tratando de leer el nombre del autor en la parte de atrás de la cartulina—. Es de Jimmy —dijo incrédulo.

Todos sus compañeros empezaron a hablar a la vez.

—Con lo aplicado que eres no me esperaba que copiases a Ronie, hay que ver... —dijo Martin, que con los años había perfeccionado su técnica como para que se distinguiese un plato de brócoli de un extraterrestre. Aunque en aquella ocasión optó por el extraterrestre.

—Vaya, Jimmy, ¡por fin algo que no se te da bien! —dijo Cecily divertida.

—Ya que lo has copiado podrías haberte esforzado más al dibujarlo —dijo Óscar.

Antiguamente Jimmy se habría puesto colorado, pero en vez de eso entornó los ojos y se rio de las bromas de sus compañeros.

La campana sonó anunciando el final de las clases, y ese fue de los pocos días que los alumnos no salieron corriendo en estampida nada más oírla, prefirieron seguir comentando los dibujos.

Hannah bajó las escaleras junto con Zoey, que aún insistía en decirle lo bonito que era su dibujo y que le fastidiaba un poco el hecho de que nadie hubiese sabido identificarla a ella por el suyo; una flauta travesera, instrumento que llevaba tocando desde hacía varios años. «Creo que era evidente» repetía.

Al llegar a su calle Hannah se despidió de los padres de Zoey y subió las escaleras hasta su casa. Su padre, igual que siempre, estaba en su despacho corrigiendo exámenes y su madre en el salón leyendo un libro.

—¿Qué tal ha ido? —preguntaron a la vez.

—Bien —respondió Hannah con una sonrisa—. Tengo deberes.

Subió las escaleras hasta su cuarto, se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo. Estaba contenta de que su dibujo hubiese gustado tanto a sus compañeros y quería creer las palabras de Zoey,

que le decía lo genial que era que tuviese algo que la representase de esa forma. Pero Hannah solo pensaba en Ronie, en Jimmy y en la mariquita de seis lunares. Soltó un suspiro.

Pensó en la suerte que tenía Ronie, en lo fácil que parecía para ella relacionarse y sobre todo la complicidad que tenía con Jimmy. Le dolía reconocer que, por mucho que estudiase, nunca habría forma de que ella fuese así, que no había libros con la fórmula para resolver ese problema. Jimmy y ella no eran compatibles, no de esa manera. Otro suspiro.

—Puede que la única forma de saber cómo reaccionar a esto sea vivirlo —dijo para sí.

Hannah pensó una vez más en el dibujo que había hecho. Todos habían sabido identificarla perfectamente en él y le habían dicho lo bien que le había quedado. Quizás no estaba tan mal que algo así la representase. Quizás aún le quedaba mucho por vivir y, una vez lo hubiese hecho, habría cosas que ya no la pillarían por sorpresa. Bueno, o sí, pero al menos sabría cómo afrontarlas. Sus sentimientos hacia Jimmy eran algo que nunca había podido controlar, pero tampoco había dejado que eso la definiese. En ese momento Hannah sintió una ola de optimismo que recorría su cuerpo. Respiró hondo y con una sonrisa en la cara pensó en la frase que había escrito, en lo mucho que la representaba: sigo aprendiendo.

NO TE MUESTRES

Octubre de 2005

La campana sonó anunciando el final de la clase. Los alumnos de primero empezaron a hablar unos con otros mientras sustituían los libros de lengua por los de historia. Ronie se levantó de su asiento, se dirigió hasta el pupitre que estaba enfrente del de Jimmy y se dejó caer en la silla.

—¿Cómo puede ser que estés más cansada a segunda hora que a primera? Esta mañana estabas como una rosa —preguntó divertido el chico de tez morena.

—La voz de Philip ejerce un poder somnoliento, he estado a punto de dormirme tres veces... —dijo frotándose los ojos intentando despejarse—. No podemos descartar que se trate de un mutante —añadió bostezando.

—Así que ayer te quedaste hasta tarde viendo los *X-men* —adivinó Jimmy en base a su comentario.

—Es posible —admitió Ronie.

—¿Os importaría hablar más bajo? —preguntó una voz que provenía de detrás de Jimmy. Este se giró a mirar a su amigo, que estaba apoyado sobre la mesa con un libro sobre la cabeza.

—Disculpe usted, no querríamos interferir en sus horas de sueño.

—No te burles —dijo Robert. Pretendía ser una amenaza, pero costaba tomarle en serio con la voz de grogui que tenía.

—¿Lo ves? ¡Otra víctima de los poderes del señor Bush! —comentó Ronie divertida.

Jimmy se rio y acto seguido cogió el libro que ocultaba a Robert, el cual parecía tener una reserva de energía que empleó en empezar a protestar.

—Espabila —dijo Jimmy volviéndose de nuevo hacia Ronie, que le miraba con los labios fruncidos.

—No irás a decirme que espabile yo también, ¿verdad?

Jimmy cogió aire dramáticamente, lo aguantó unos segundos y entonces respondió.

—No. —Ronie suspiró aliviada—. Tú ya eres lo bastante lista —dijo sonriéndole.

«¡Eh!» protestó de nuevo Robert, pero ni Jimmy ni Ronie le escucharon, permanecieron mirándose unos segundos y el resto del mundo desapareció. Hasta que el profesor Rickman, puntual como un reloj, entró por la puerta justo al tiempo que sonaba la campana anunciando el inicio de la tercera hora.

—Todos a vuestros asientos. Abrid los libros y preparad los cuadernos, vamos a corregir los ejercicios de ayer.

—Luego hablamos —dijo Ronie volviendo a su mesa.

Abrió su libro y se fijó en un pequeño papel doblado que había en su interior, justo en la página que el profesor les había indicado. Ronie lo cogió, miró al señor Rickman para asegurarse de que no la estaba viendo y desdobló el papel.

«Puede que las personas que aparecen en este libro cambiasen la historia, pero tú has cambiado la mía».

Ronie buscó con una sonrisa enorme a Jimmy, el autor de la nota. Desde que habían empezado el instituto, hacía un mes, se había encontrado diferentes mensajes entre las páginas de los libros. Un

pequeño regalo de Jimmy, quien sabía que a Ronie no le entusiasmaban especialmente los estudios y quería animarla. Ronie abrió la última página de su cuaderno, arrancó un cacho de hoja, y empezó a dibujar. Cada vez que encontraba una de esas notas le dibujaba un animalito dándole las gracias. Aquel día hizo un murciélago.

La clase transcurrió con normalidad; Ralph haciendo comentarios a todo lo que decía el señor Rickman para hacer reír a sus compañeros, Hannah respondiendo perfectamente cada vez que lanzaba una pregunta a la clase, el profesor amenazando a Robert con castigarle si no prestaba atención y Ronie distraída con su dibujo o embelesada con Jimmy. Cuando sonó la campana del recreo los alumnos salieron corriendo en estampida. Jimmy, Ronie, Robert, Albert, Robin y Hannah solían ir a una cafetería que había frente al instituto y almorzaban hablando sobre cómo habían vivido la mañana, qué habían hecho el día anterior... mientras Robert aprovechaba para hacer los deberes de las asignaturas que tocaban después. No fallaba, siempre que los dejaba sin hacer le escogían a él para corregirlos, sin embargo cuando los tenía preparados rara vez le tocaba demostrar sus conocimientos. Y así fue ese día, Robert se pasó las tres horas restantes esperando que su mala racha acabase, pero ninguno de los profesores le hizo corregir los ejercicios.

—Se acabó, ¡no sé para qué me esfuerzo! Más me valdría no hacerlos, así el día del examen se quedarían con la boca abierta al ver que he aprobado... —refunfuñó.

—¿Y cómo piensas aprobar sin hacer nunca los deberes? —preguntó Robin.

—Bueno, pues... estudiando mucho —respondió vacilante.

—¿Y para ello deberías...?

—Hacer los deberes —admitió con la boca pequeña—. Aaaaaag, ¡qué suplicio!

Sus amigos se rieron alegremente ante el drama que estaba haciendo. Siempre quedaban a la salida para despedirse hasta que Robert, que era el que más lejos vivía, se subía al autobús de vuelta a casa. Robin, Jimmy y Ronie vivían cerca por lo que iban andando, y a Albert y Hannah iban a buscarles en coche.

—Nos vemos mañana, parejita —dijo Robin haciendo un gesto con la mano a Jimmy y Ronie.

Los dos agitaron la mano mientras la chica se alejaba y entonces emprendieron el camino de vuelta a casa. Ronie se pasó todo el tiempo contándole a Jimmy con pelos y señales la película que había visto el día anterior hasta que llegaron a una intersección cerca de la plaza del pueblo, donde sus caminos se separaban.

—¿Quedamos esta tarde? —preguntó la chica.

—Claro. Paso a buscarte —respondió el chico.

Ambos sonrieron, Jimmy se acercó a Ronie y le dio un beso en la mejilla.

—¡Hasta luego! —dijo la niña alegremente mientras salía corriendo.

Jimmy se quedó embobado mirando cómo se alejaba. Le encantaba su pelo castaño, lo vital que era y lo feliz que se sentía siempre cuando estaba con ella. Sin duda era el chico con más suerte del mundo.

Cuando llegó a casa sus padres estaban terminando de preparar la comida, Jimmy puso la mesa y se sentaron a comer. Elizabeth y James estuvieron hablando sobre el trabajo y sobre su tío Arthur, el hermano de James, que por lo visto estaba teniendo problemas para pagar sus facturas, pero Jimmy seguía en su mundo pensando en lo afortunado que era él y lo maravillosa que era Ronie.

Como todos los años habían pasado el verano juntos aprovechando cada rayo de sol para jugar en el camping o para ir a bañarse. Un día, jugando al pilla-pilla, Ronie y Jimmy llegaron hasta una zona cerca del río completamente escondida por los árboles y la

maleza del lugar. Estaba al lado del camping pero hasta ese momento nunca lo habían visto, de hecho parecía que, salvo algunos pescadores, nadie solía ir por ahí, por lo que lo proclamaron «su lugar de siempre». Desde entonces cuando anochecía iban allí, se sentaban en las rocas más altas y observaban el río, los peces que de vez en cuando les ofrecían un pequeño espectáculo saltando a la superficie y disfrutaban de cada precioso atardecer. Los meses pasaron, el verano acabó y aunque habían empezado el instituto tanto Jimmy como Ronie querían seguir reuniéndose allí, así que prácticamente todos los días después de comer Jimmy iba a casa de Ronie a buscarla, iban a dar una vuelta y a su lugar de siempre a despedir el día. Para los padres de Jimmy no había pasado desapercibido que las notas de su hijo se habían resentido, había pasado de sacar sobresalientes a aprobar justo y en un par de ocasiones les habían llegado avisos de los profesores porque no entregaba los trabajos a tiempo. Jimmy siempre había sido un alumno excelente y aunque sabía que los estudios eran importantes su mayor prioridad tenía nombre y apellido, el pelo castaño y una sonrisa encantadora.

Jimmy acabó de comer, dejó el plato en el fregadero, se lavó las manos y como un rayo se dirigió a la puerta.

—Voy a buscar a Ronie, ¡hasta luego!

—No olvides que tienes que estar aquí a la hora de la cena, no llegues tarde...

—Vale —respondió Jimmy desde el otro lado de la puerta.

Elizabeth soltó un sonoro suspiro y miró a su marido con resignación.

Jimmy tocó el timbre. «¡Ronie!» llamó Yohana. «Ya voy» contestó ella. Jimmy escuchó pasos fuertes que bajaban rápidamente las escaleras y un segundo después ahí estaba Ronie.

—¿Qué has comido? —fue lo primero que le preguntó.

—Fréjoles y salmón.

—Puaggg —dijo la chica haciendo una mueca. Jimmy se rio.

—¿Y tú?

—Macarrones —respondió con una sonrisa—. Hasta luego, mamá, papá, ¡os quiero! —dijo cerrando la puerta.

Dio de la mano a Jimmy y salieron corriendo hacia el camping. Ronie no tenía tanta resistencia como Jimmy, pero este siempre le seguía el ritmo. Una vez en el camping estuvieron en los columpios, jugaron a interpretar escenas de sus películas favoritas (como *Jumanji, Matrix* o *Toy Story*) y hablaron, sobre todo Ronie. Las hojas de los árboles cubrían la hierba tiñendo el paisaje con colores cálidos creando un hermoso paisaje otoñal. Cuando el sol empezó a ponerse se dirigieron hacia el río, a su lugar de siempre, y observaron cómo anochecía.

—Qué curioso, ¿verdad? Aunque aquí se esté haciendo de noche el sol en realidad nunca se apaga. La Tierra es tan grande que tenemos que compartirlo con el otro hemisferio y ellos a cambio nos prestan la luna. ¿Te imaginas que el sol no quisiera volver a iluminar aquí?

—Bueno, en realidad no tiene elección, él no se mueve —dijo Jimmy siguiendo su suposición.

—Es verdad... Y ¿crees que le gustará más un lado de la Tierra que otro? Igual que a nosotros nos puede gustar más el sol que la luna, o al revés. Quizá aunque no se pueda mover su parte favorita del día es cuando puede ver el océano Pacífico, o Reino Unido, Japón...

Jimmy podía pasarse horas escuchando a Ronie divagar de un tema a otro. Le fascinaba la imaginación que tenía, era capaz de fantasear con cualquier cosa y hablar de ello como si fuera lo más normal del mundo. Eso había ocasionado que, sobre todo en el instituto, algunos compañeros se burlasen de ella, de su forma de pensar, o que la llamasen inmadura. Pero a Jimmy le gustaba su manera de ver el mundo, Ronie convertía lo más corriente en algo

sorprendente. Quizás por eso él, que era tan normal, estando junto a ella se sentía especial.

—A ti que te gusta más, ¿El sol o la luna?

—Ninguno —respondió Jimmy.

—¿Qué? ¿Cómo no te van a gustar? Venga, tienes que escoger uno —insistió.

—Es que hay un astro todavía más brillante y más bonito, ¿sabes? Aunque no todo el mundo lo conoce, pero yo sí —dijo Jimmy haciéndose el interesante.

—Seguro... ¿Y cuál es?

Jimmy le miró con una sonrisa torcida.

—Ronie Honely.

Ronie se quedó anonadada y sintió cómo se teñían sus mejillas. Si Ronie tenía el poder de convertir lo ordinario en extraordinario, Jimmy tenía el poder de dejarla sin palabras, lo que tratándose de ella era mucho decir. La sonrisa de Jimmy se amplió de satisfacción y aunque sabía que, por una vez, le tocaba a él romper el silencio ya que se estaba haciendo tarde y era hora de volver a casa, estaba tan a gusto allí con ella que se limitó a darle la mano y contemplar cómo los últimos rayos de sol se desvanecían. Era una vista preciosa, pero Jimmy estaba seguro de que si no estuviese con Ronie no lo sería tanto. Nada hace más bonito una puesta de sol de cuento que compartirla con alguien especial.

Para cuando quisieron darse cuenta estaban mirando las estrellas con los grillos cantando a su alrededor. Era agradable escuchar el fluir del río en medio de la oscuridad.

—¿Vamos? —preguntó Jimmy con voz suave. Ronie asintió.

Jimmy acompañó a Ronie a casa, caminaron en silencio disfrutando de la suave brisa y el cielo despejado hasta llegar a una casa cuyas luces del porche iluminaban la calle. A través de la

ventana podían ver la luz de la cocina, donde Yohana y Mike esperaban a su hija para cenar.

—Buenas noches, Jimmy.

—Buenas noches, Ronie.

La chica le dio un beso en la mejilla y entró en casa. Jimmy continuó su camino de vuelta observando la silueta de los árboles desnudos. Sin darse cuenta, empezó a tararear una canción.

Al abrir la puerta y entrar en casa su madre le estaba esperando con los brazos en jarras. Si fuera un dibujo animado estaría dando golpes con el pie.

—¿Has visto la hora que es? Llevamos esperándote casi una hora —le regañó.

—Lo siento, mamá, se nos hizo tarde.

—Se nos hizo tarde... ¿has hecho los deberes?

Jimmy permaneció en silencio a sabiendas de que la respuesta no mejoraría su situación. Su madre resopló.

—En cuanto hayamos acabado será lo primero que hagas. A cenar.

La comida se había enfriado, Elizabeth y James hablaron sobre las noticias y otros asuntos que a Jimmy no le interesaban demasiado y, para variar, aquella noche el chico participó en la conversación preguntándoles si ellos creían que el sol preferiría iluminar un sitio u otro. En cuanto acabó de cenar Jimmy recogió los platos y se fue directo a su habitación a hacer los deberes. Normalmente cuando sus padres acababan de cenar James fregaba los platos, se sentaban un rato a ver la tele y se iban a dormir, pero aquel día sus padres quedaron hablando en la cocina hasta tarde.

—¿Qué vamos a hacer, James? Jimmy está cada vez más distraído, no hace los deberes y se despreocupa por completo de sus estudios... Si sigue así ¿qué será lo siguiente? No quiero ni pensarlo —dijo Elizabeth, compungida. Ella y su marido tenían toda una carrera profesional planeada para Jimmy incluso antes de que este

naciera, una muy exitosa, y suspender en su primer año de instituto o recibir avisos de sus profesores no formaba parte de esos planes.

—Tienes razón, Elizabeth, lo cierto es que yo tampoco esperaba que se comportase así, debería ser consciente de lo mucho que está en juego. A este paso acabará como...

—Ni lo menciones —interrumpió su mujer.

—Lo que digo es que está haciendo lo mismo que mi hermano. Él tenía otras prioridades y ya ves cómo ha acabado. Uno no puede dejarse llevar por el corazón de esa manera y menos siendo tan joven.

—Es culpa nuestra, debimos hacer algo hace años, ¡o cuando empezó! En fin, ¿quién iba a decir que esa historia suya duraría tanto? Sé que Ronie y él se hacen muy felices y me alegra que sea así... pero la antepone a todo y no se para a pensar en las consecuencias de sus actos. Ahora es porque están bien pero, ¿qué pasa si el día de mañana Ronie ya no quiere seguir con él? ¿Y si le rompe el corazón? Entonces Jimmy estaría tan disgustado que lo último que tendría en la cabeza serían las clases. Tiene toda la vida por delante y está arriesgando su futuro por un «amor de la infancia».

Ambos se quedaron en silencio unos minutos. Elizabeth quería a Ronie y aunque como madre adoraba ver a su hijo tan resplandeciente con alguien, para ella su futuro, «ser alguien de provecho», como solía decir, era muchísimo más importante. Tanto para ella como para James, Jimmy no era consciente del mundo en el que vivía. Él seguía dentro de su cuento de hadas particular, uno en el que tendría una vida perfecta junto a Ronie y serían felices para siempre, pero para sus padres la realidad era otra muy diferente donde esos cuentos no siempre tenían un final feliz.

—Tenemos que hacer algo —dijo James—. Es nuestro deber protegerle. Es solo un niño, no ve las cosas como son y, como padres, hay decisiones que debemos tomar por él... por su bien.

A la mañana siguiente Elizabeth despidió a Jimmy con un beso en la mejilla cuando este se preparaba para ir a instituto no sin antes hacerle el interrogatorio habitual; «¿Tienes las llaves? ¿Has cogido el dinero para el almuerzo? ¿Tienes algún examen hoy? No llegues tarde. Te quiero».

Cuando la puerta se cerró Elizabeth se sentó en el sofá del salón, cogió el libro que tenía en la mesita y continuó con la lectura hasta que su marido volvió a casa, había pedido un sustituto para el resto del día.

—¿Preparada? —preguntó desde la puerta.

Elizabeth inspiró hondo, se levantó y dejó el libro en el mismo lugar de donde lo había cogido.

El coche aparcó en la acera frente a la casa de los Honely. Elizabeth y James bajaron del vehículo y caminaron uno al lado del otro hasta la entrada. James apretó el timbre.

—Elizabeth, James, ¡qué sorpresa! —dijo Yohana al abrir la puerta —. Pasad.

El matrimonio Byegood entró en la casa arrastrando con ellos un profundo silencio, estaban más serios de lo normal.

—¿Ocurre algo? —preguntó Yohana. James le respondió con otra pregunta.

—¿Está Mike?

—Sí, en la cocina...

—Nos gustaría hablar con vosotros, hay algo que tenemos que deciros.

Yohana avanzó por el pasillo. Aunque le había resultado agradable verles algo le decía que el motivo de su visita no lo sería tanto. Mike miró extrañado a su mujer y a sus invitados, que al entrar en la habitación crearon un aura de rigidez. Todos se sentaron en torno a

la mesa y se quedaron mirándose unos a otros durante unos segundos.

—Es sobre Jimmy y Ronie —dijo por fin Elizabeth.

—¿Les ha pasado algo? —preguntó Mike preocupado.

—No, de momento. —El matrimonio Honely se miró aún más confuso—. Acaban de empezar el instituto, en cuestión de tiempo van a experimentar muchos cambios y... ¿qué pasa si en el futuro Ronie decide que ya no quiere estar más con Jimmy? O al revés. Mirad, sinceramente James y yo no creíamos que esto, su «relación», fuese a llegar tan lejos. Están basando sus vidas, su futuro, en algo que decidieron cuando eran pequeños. Creemos que como padres es una irresponsabilidad no pararles los pies.

—Espera un momento, ¿qué quieres decir con eso? —preguntó Yohana, atónita.

—Son jóvenes, no saben lo que quieren, y mucho menos hace siete años. No ven las cosas con claridad y no son conscientes de lo difícil que será para ellos estar así siempre, el daño que van a hacerse si uno de los dos decide que ya no quiere seguir haciéndolo, o si conocen a otras personas... Por Dios, apenas tienen doce años y dicen que quieren estar toda la vida juntos, ¡es una locura!

—Bueno, ¿y qué? Siempre ha sido así, siempre han estado juntos, desde el día que se conocieron. Los dos son felices y les encanta estar el uno con el otro, ¿qué más da lo que pueda pasar en el futuro? Lo que importa es su presente, no podemos tomar una decisión por ellos en base a algo que puede que ni siquiera ocurra. Y, siento discrepar contigo en esto, Elizabeth, pero creo que ambos son suficientemente sensatos como para saber lo que quieren.

—¡Pero pueden hacerse daño! —reprochó Elizabeth.

—A todos nos lo han hecho, incluso nosotros hemos podido hacerlo a veces. Pero si viviésemos protegiendo a nuestros hijos de todo lo que puede herirles no vivirían en absoluto.

—¿Y qué hay de su futuro? —intervino James—. Los estudios son lo primordial y debería ser su mayor prioridad ahora mismo. ¿Acaso pretendes arriesgar su medio de vida? Yo no pienso dejar que mi hijo se convierta en un mediocre que vende revistas en el kiosco de la esquina.

Elizabeth lanzó una mirada a su marido.

—No quiero decir eso, pero hagan lo que hagan lo único que espero es que sean felices. Ningún trabajo es más digno que otro. ¿De qué les sirve tener una carrera si eso no es algo que les apasione? Mi hija puede dedicarse a lo que quiera con tal de que al final del día esté satisfecha consigo misma —respondió Mike.

Los padres de Jimmy se quedaron en silencio, se miraron y sin necesidad de decir nada se levantaron.

—La decisión está tomada —dijo Elizabeth—. Esta tarde hablaremos con Jimmy y le diremos que no puede seguir estando con Ronie como hasta ahora. Hemos decidido advertiros por el cariño que os tenemos, nada más.

Los Byegood salieron de la cocina, Mike y Yohana escucharon cómo se cerraba la puerta de la entrada. Se quedaron en silencio unos minutos.

—¿Qué vamos a hacer? Si no le decimos nada a Ronie la próxima vez que vea a Jimmy este se comportará diferente y ella ni siquiera sabrá el porqué... pero si se lo decimos...

—Tú misma lo has dicho, no podemos protegerles de todo... Elizabeth y James no van a cambiar de parecer, así que lo único que podemos hacer es hablar con Ronie e intentar que lo entienda lo mejor que podamos.

—No es justo —dijo Yohana pensando en lo triste que se pondría su hija.

—No lo es, pero no tenemos otra opción.

Cuando Jimmy volvió a casa la comida ya estaba lista y sus padres sentados a la mesa, en completo silencio, y así pasaron el resto de la comida. Aunque Jimmy no solía participar en la conversación y rara vez escuchaba lo que decían aquel día le pareció extraño que ninguno tuviese nada que decir. Cuando acabó de comer dejó el plato en el fregadero, se lavó las manos y se dispuso a salir por la puerta para ir a buscar a Ronie, igual que los demás días, cuando su padre le interrumpió.

—Hoy no vas a buscar a Ronie. Irás a tu habitación y harás los deberes.

La severidad de su padre le dejó petrificado.

—Es... ¿es el castigo por llegar tarde ayer? —preguntó Jimmy con un hilo de voz.

Ni Elizabeth ni James respondieron, ambos quedaron sentados a la mesa en silencio, tal y como llevaban desde que Jimmy había llegado.

Jimmy resopló pero aceptó su castigo, o al menos lo que él creía que lo era.

—Tenemos que hablar con él —dijo Elizabeth en cuanto su hijo salió de la sala.

Jimmy se pasó más de una hora sentado en el escritorio de su habitación haciendo los deberes. Se distraía con facilidad desanimado por no poder quedar con Ronie ese día, por no poder avisarla de que no iría a buscarla. «Espero que no se quede esperándome... mañana se lo explicaré» pensaba. Entonces escuchó dos golpes en la puerta, acto seguido se abrió y sus padres entraron en su cuarto.

—Estoy haciendo los deberes...

—No hemos venido por eso.

Jimmy frunció el ceño extrañado.

—¿Entonces qué pasa? —preguntó con la ligera esperanza de que fuesen a levantarle el castigo.

Sus padres avanzaron hacia su cama y se sentaron en el borde, su madre le hizo un gesto para que se acercase y se sentase junto a ella. Jimmy obedeció.

—Jimmy, escucha, tenemos algo importante que decirte... —comenzó James—. Sabemos que Ronie es muy importante para ti, tenéis una relación muy especial desde hace mucho tiempo pero...

Jimmy les miró receloso, no tenía un buen presentimiento.

—Cariño, ahora estáis en el instituto, van a cambiar un montón de cosas —continuó Elizabeth—. Los estudios serán cada vez más exigentes y tendréis que dedicarles aún más tiempo, no vais a poder estar juntos tanto tiempo como antes. Incluso vosotros vais a cambiar, no solo física sino psicológicamente, puede que dejéis de veros como hasta ahora, o que conozcáis a otras personas...

—¿A qué te refieres? — preguntó Jimmy que no entendía qué quería decir su madre con eso. Ya conocía a otras personas, desde hacía mucho, y eso no había afectado en lo más mínimo lo que sentía por Ronie ni su forma de verla.

—Lo que tu madre intenta decir es que ahora tienes que tener otras prioridades. Las relaciones son muy complicadas, no queremos que te hagan daño. Vuestra relación ha sido muy bonita desde pequeños, pero esto ha ido demasiado lejos y tiene que acabar. No digo que dejes de estar con ella solo... sed amigos. No puedes mostrar tus sentimientos tan a la ligera, Jimmy, los adultos no hacen eso ¿lo entiendes? —preguntó su padre.

Jimmy permaneció en silencio mirando hacia el suelo. No sabía qué decir, no sabía por qué sus padres le estaban diciendo esas cosas. ¿Por qué se suponía que tenía que cambiar su forma de comportase con Ronie? Siempre había sido así y siempre había estado a gusto. Era la chica a la que más quería en el mundo y para él lo normal era demostrárselo. ¿Cómo se suponía que tenía que actuar si no?

—Ya hemos hablado con los padres de Ronie, ellos se lo explicarán —dijo su padre. Jimmy abrió los ojos como platos y levantó la vista. Esas palabras fueron las primeras que le hicieron reaccionar.

—Te dejamos a solas —dijo su madre acariciándole la mejilla.

Jimmy escuchó cómo se cerraba la puerta. Permaneció en silencio durante unos minutos pensando en cómo se sentiría Ronie cuando se lo dijeran, en cómo reaccionaría. ¿Estaría tan confusa como él? Jimmy recordó las palabras de su padre. «No puedes mostrar tus sentimientos tan a la ligera, los adultos no hacen eso». ¿Por qué no podía mostrar sus sentimientos a Ronie? Tampoco le gustaría que ella dejase de hacerlo. Sentía como si tuviese que olvidar cómo ser él mismo.

—Ronie... —dijo en voz alta.

—Ronie, ¿puedes venir un momento? —la llamó su padre.

Mike y Yohana estaban en la cocina, sentados a la mesa. Habían estado hablando sobre la conversación que habían tenido esa mañana con los padres de Jimmy, en cómo podían explicárselo a Ronie. Seguían sin estar de acuerdo con lo que les habían dicho, pero sabían que, de no hacer nada, Ronie acabaría pasándolo peor al ver que Jimmy se comportaba de forma diferente con ella sin saber el motivo. Ronie entró en la cocina y se quedó extrañada al ver a sus padres tan serios.

—Siéntate —dijo su madre intentado parecer más animada. Ronie obedeció.

—¿He hecho algo malo? —preguntó con timidez.

—No, para nada, cielo, no es nada de eso. Verás... Jimmy y tú os queréis mucho, y eso es fantástico, Ronie, pero... Esta mañana han venido los padres de Jimmy, creen que tenéis que centraros en los estudios y que no debéis seguir estando juntos, no como hasta ahora. Verás, Ronie, en la vida a veces las cosas no salen como queremos, pero eso no quiere decir que no vayan a acabar pasando. Cuando algo tiene que suceder, encuentra el modo de hacerlo.

Jimmy y tú tenéis una relación preciosa, no hay nada de malo en lo que sentís, pero ahora que estáis creciendo... debéis dejar de lado esos sentimientos, guardarlos para vosotros mismos.

—Pero... yo no quiero hacer eso... —murmuró Ronie.

—Ya lo sé, mi vida, pero creen que ahora mismo es lo mejor para vosotros.

Ronie volvió a quedarse en silencio. Sus padres siempre sabían lo que había que hacer, lo que era mejor para ella, y aunque en esa ocasión no parecía que fuese idea suya, sino de los padres de Jimmy, supuso que estos también sabrían lo que era mejor para él. Ronie no quería que nada cambiase entre ellos, pero por encima de todo quería el bienestar de Jimmy. Quizás ella aún era demasiado joven o demasiado egoísta para entender cuál era, de modo que, pese a lo que le dolía pensarlo, debía aceptarlo.

—Quiero que sepas que eres una niña muy especial. Tienes una forma maravillosa de ver el mundo, y Jimmy también. Los dos sabéis lo que queréis desde hace mucho tiempo, no hay mucha gente, ni siquiera adultos, que esté tan segura de lo que busca. Ni siquiera en toda su vida. Vosotros sois diferentes y no hay nada de malo en ello. Por eso, aunque las cosas cambien, no tiene por qué cambiar cómo os sentís respecto a vosotros. Pero ahora... lo que sientes tiene que ser algo que guardes para ti, como un tesoro.

Ronie trató de asimilar las palabras de su madre, aunque una fuerte sensación que tenía en el pecho, como un nudo, le impedía concentrarse.

—¿Puedo subir a mi habitación? —susurró.

—Claro, cielo... lo sentimos mucho —dijo su padre.

Ronie fue hasta su habitación caminando por inercia y no por voluntad. Cerró la puerta y se tumbó en la cama. Quería estar sola, de hecho quería estar con Jimmy, darle la mano y salir corriendo hasta el camping, jugar y ver la puesta de sol juntos, como el día anterior, como habían hecho todo el verano. Entonces pensó que,

después de lo que le habían dicho sus padres, aunque le viera no sabría cómo comportarse con él, ni qué decir o qué se suponía que no debía hacer, ni por qué no debería hacerlo. Sentía que no era justo, que de pronto estaba viviendo una realidad que no era la suya, pero desgraciadamente no podía salir de ella. Se pasó toda la tarde tumbada, mirando al techo pensando en Jimmy, y por primera vez en su vida al hacerlo estaba nerviosa.

A la mañana siguiente ni Jimmy ni Ronie querían encontrarse el uno con el otro de camino a clase, ambos querían dilatar ese momento en el tiempo todo lo que les fuera posible, así que Ronie salió de casa mucho antes de lo habitual.

Jimmy caminaba ensimismado dándole vueltas a qué podía decirle a Ronie, pensando cómo animarla si la veía triste, cuando se chocó con alguien que estaba justo enfrente de las verjas que daban al instituto. Jimmy levantó la vista y se disculpó por el golpe.

—Lo siento... estaba distraído...

Entonces se encontró con unos grandes ojos marrones que le miraban estupefactos. Había visto miles de veces esos ojos, pero nunca con esa expresión. Ronie se apartó torpemente para separarse.

—No te preocupes, yo también estaba distraída... —dijo tímidamente, algo inaudito en Ronie, al menos cuando se trataba de Jimmy.

Se miraron durante unos minutos que se les hicieron eternos. Los dos querían decir algo, pero ninguno sabía el qué. Se sentían extraños en su propia piel y aunque se conocían mutuamente a la perfección ahora los desconocidos eran ellos mismos, esta versión en la que no sabían cómo actuar. Siempre habían hecho las cosas tal y como las habían sentido en el momento, de forma natural. Ninguno de los dos sabía actuar de otra manera y sin embargo tenían que hacerlo. Permanecieron petrificados mirándose al uno al otro hasta que sonó la campana, momento en el que ambos

avanzaron hacia el edificio chocando otra vez. Jimmy se disculpó de nuevo, Ronie insistía en que también era culpa suya. Pasaron las horas evitando mirarse el uno al otro, durante los cambios de clase ninguno de los dos se levantó de su sitio para visitar al otro como hacían siempre y cuando tocó la hora del recreo, pese a que los dos mantuvieron la costumbre de ir con sus amigos a la cafetería, no se sentaron en sus asientos habituales, sino en lados opuestos. Hannah fue la única a la que, sumado a su extraño comportamiento en clase, ese hecho le pareció algo significativo.

—¿Os pasa algo?

—No, nada —respondieron a la vez Jimmy y Ronie.

Las siguientes horas se repitieron igual que la mañana; evitando miradas, sin moverse del sitio y sintiéndose incómodos.

Aquel día a la salida Robert no protestó por los deberes ni los exámenes. Estaba demasiado emocionado porque, por primera vez, iba a ir a un concierto de nada menos que su grupo favorito. Albert y Robin no dejaban de alucinar con la noticia, «¡qué suertudo!», repetían una y otra vez. Robert adoraba ser el centro de atención, se sentía como si él mismo fuese una estrella del rock. Cuando el autobús tocó el claxon avisando a los alumnos rezagados de su inminente partida Robert se marchó corriendo.

—Bueno, chicos, yo me voy —dijo Robin despidiéndose de sus compañeros. Aquel día había quedado para entrenar por lo que tenía que irse más pronto que de costumbre—. Nos vemos mañana, parejita —dijo haciendo un gesto a Ronie y Jimmy, que empezaron a agitar los brazos en señal de negación.

—Oh, no, no, no somos eso... —balbucearon. Robin frunció el ceño.

—Vaaale... Nos vemos mañana.

Hannah y Albert les miraron extrañados.

—Sí que estáis raros —dijo Albert.

Jimmy y Ronie forzaron una sonrisa.

—¡Qué va! Bueno, nos vamos ya. Hasta mañana, Hannah, Albert —dijo la chica antes de salir disparada. Jimmy la siguió sin saber si caminar junto a ella o quedarse unos pasos más atrás. Al llegar a la intersección Ronie se detuvo. Jimmy aminoró el paso, pero entonces pensó que él no debía pararse. Quería despedirse de ella, decirle que iría a buscarla por la tarde y darle un beso al despedirse, pero ese día no volverían a quedar, y probablemente ningún otro. No sabía qué hacer ni qué decir que le hiciera sentir mejor, o menos incómodo.

—Espera —dijo Ronie a su espalda. A Jimmy le dio un vuelco el corazón. Puede que después de todo Ronie sí quisiera decirle que quedaran ese día, que le explicase cómo se sentía o que le dijese algo que le hiciese sentir mejor aunque no pudiese cambiar esa situación. Jimmy se giró con una pequeña sonrisa asomando en sus mejillas, la cual se desvaneció cuando vio lo que Ronie sostenía en las manos. Era un objeto muy familiar, aunque hacía tiempo que no lo veía: la mariquita de cerámica.

—Toma... —dijo la niña en un susurro, incapaz de mirarle.

Jimmy titubeó, no quería cogerla. Era un regalo que le había hecho a Ronie en el aniversario del día que se conocieron, un símbolo que representaba que estarían juntos para siempre, sumando años en forma de lunares. Entonces cayó en la cuenta de que eso era exactamente lo que sus padres le habían dicho que no podía hacer, no de esa manera, y a Ronie también.

—Vale... —dijo cogiéndola con sumo cuidado.

En cuanto lo hizo Ronie se giró y se alejó caminando a toda prisa. Jimmy no vio cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, no supo que ella tenía la misma sensación que él en el pecho. Miró la mariquita y la acarició. Caminó hasta casa pensando en todo lo que habían vivido juntos a lo largo de todos esos años, resumidos en siete lunares. Recordó el día que pintó el primer lunar con forma de medio corazón, Ronie había pintado la otra mitad el año siguiente. Un solo lunar, un corazón, formado por dos mitades; el de Ronie y el suyo.

Cuando llegó a casa sus padres estaban terminando de preparar la comida.

—Hola, Jimmy. ¿Me ayudas a poner la mesa? —preguntó su padre.

—Hemos preparado tu plato favorito: espaguetis a la carbonara —añadió su madre sonriente.

—No tengo hambre... —dijo Jimmy sin ni siquiera detenerse a mirarles, entró directamente en su habitación y cerró la puerta.

Dejó la mochila junto a la puerta y se sentó en el escritorio. Nunca pensó que volvería a tener esa mariquita en sus manos de esa manera y mucho menos para quedársela. Abrió el cajón de su mesa y la guardó en el mismo sitio donde la había guardado hacía tantos años. Cogió su mp3, se puso los cascos, subió el volumen de la música, se tumbó en la cama y cerró los ojos.

Los días se sucedieron cada uno más frío que el anterior. Jimmy y Ronie volvieron a encontrarse en la intersección de camino a clase por la mañana, pero sin sus risas y charlas habituales. Caminaban en silencio o hablando de cosas sin importancia. Jimmy no volvió a dejar notas en los libros de Ronie y ella dejó de hacerle sus dibujos. Se seguían buscando el uno al otro durante las clases, pero no con miradas cómplices, sino apartando la vista cada vez que el otro se la dirigía. No volvieron a sentarse juntos durante el recreo y de vuelta a casa el silencio se imponía entre ellos de nuevo. A ninguno le gustaba estar así, por muchos días que pasaran no se acostumbraban, el nudo en el pecho no desaparecía.

Ronie empezó a quedar con Hannah de vez en cuando por las tardes. Esta empezó a invitarla a ir a su casa para hacer los deberes juntas, jugar a la consola o ver una peli poco después de que su relación con Jimmy cambiase. Ronie no sabía si lo hacía porque la veía desanimada o si había sido una coincidencia, pero en cualquier caso agradecía tener una amiga con la que distraerse. Estar con Hannah era de las pocas cosas que hacían que la sensación en el pecho desapareciese casi por completo. Hasta un día, unas semanas

más tarde, durante una clase de educación física, cuando Hannah y ella estaban sentadas en los bancos del pabellón viendo a sus compañeros jugar un partido de fútbol. Nadie parecía llevar la cuenta del marcador, simplemente jugaban para pasárselo bien. Ronie prestaba especial atención a Jimmy, observarle sin que este se diese cuenta empezaba a ser su nueva especialidad. Gol de Robin. Los jugadores de ambos equipos se reunieron en torno a ella para felicitarla.

—Oye, Ronie, ¿a ti quién te gusta? —preguntó de repente Hannah con cierta timidez.

Ronie se quedó petrificada. De forma involuntaria miró a Jimmy el que, hasta hacía un tiempo, había sido la única respuesta a esa pregunta y el que lo seguía siendo, pero ya no podía decirlo. Aún no había sido capaz de articular palabra cuando su amiga se le adelantó.

—A mí Jimmy.

Al escuchar su respuesta Ronie sintió cómo el corazón se le disparaba y se le detenía al mismo tiempo. No podía moverse, mejor dicho, no quería hacerlo. Sentía que si lo hacía empezaría a deshacerse en pedazos. Volvió a mirar a Jimmy y apartó la vista.

—A mí nadie... —susurró.

Le faltaba el aire, desde el momento en que Hannah había dicho el nombre de Jimmy empezó a dolerle de nuevo el pecho y el nudo le apretó con más fuerza. Ronie no tenía la menor idea de que Hannah sintiese algo por Jimmy. Aunque pensándolo bien hacían muy buena pareja, los dos eran los más inteligentes de su clase. Además Hannah era muy guapa.

Ronie experimentó una sensación de vértigo. Nunca se había sentido así: dolida, asustada, insegura. De alguna manera saber que a Hannah le gustaba Jimmy le hacía sentir que competían por él. Ronie siempre había querido estar con Jimmy, desde el instante en que le conoció, y siempre había pensado que sería así. Incluso hacía unas semanas, cuando sus padres hablaron con ella. Tal y como su

madre le había dicho, aunque las cosas cambiasen entre ellos eso no suponía que tuviese que cambiar lo que sentían el uno por el otro. Podían seguir estando juntos, de forma diferente, pero juntos al fin y al cabo, y eso para Ronie era lo más importante. Pero en aquel momento Ronie sintió que eso no tenía por qué ser así, Jimmy podía decidir que quería estar con otra persona y ella no podría hacer nada al respecto. Aquel día, por primera vez en su vida, Ronie vio que sus caminos, el de ella y el de Jimmy, que hasta ahora habían dibujado una sola línea, se bifurcaban yendo cada uno por su lado.

LA PROMESA

Marzo de 2006

—¡En sus marcas y... acción! —gritó Jimmy.

Al escucharle Ronie, Robin, Albert y Robert comenzaron a moverse representando la escena que habían estado ensayando toda la tarde. Se encontraban en el camping, en la zona de los columpios. La luz primaveral ofrecía la iluminación perfecta para grabar «la película» que Jimmy había escrito y estaba muy entusiasmado con cómo estaba quedando.

Hacía unos seis meses Jimmy había descubierto su vocación por la escritura de guiones, le encantaba crear historias (donde Ronie siempre interpretaba a la protagonista) y ver cómo sus personajes cobraban vida gracias a sus amigos, a los cuales formar parte de una película les parecía lo más guay del mundo, aunque esta no fuese a verla nadie más que ellos. Ronie estaba encantada actuando con sus compañeros, para ella realmente era un juego y cuando Jimmy daba la orden hasta que se cortaba la escena se metía por completo en su personaje. Sorprendentemente, Albert tenía mucho talento para la interpretación y tan buena memoria que siempre dejaba boquiabiertos a sus compañeros. Seguía siendo un chico muy tímido, pero saber lo que iba a pasar en cada secuencia, lo que tenía que decir, le daba una seguridad que nunca había experimentado antes por sí mismo y bordaba cada papel. Además con el paso de los años su característica voz agua empezaba a dar paso a una voz dulce y aterciopelada, la cual, salvo cuando recitaba su texto, no oían muy a menudo. Robin y Robert sin embargo eran a los que más les costaba aprenderse sus frases, aunque la primera siempre se

esforzaba al máximo para hacerlo lo mejor posible mientras que su amigo solía ser la razón principal por la que tenían que cortar las tomas, ya que se quedaba en blanco cada dos por tres o, inconforme con el guion de su personaje, comenzaba a improvisar sus frases. Y así lo hizo aquel día cuando Ronie, interpretando a una guerrera que luchaba contra el villano (Albert) para liberar a su reino natal de su control, fue a salvar a Robert, el escudero, que había caído preso de los trucos del brujo y había sido envenenado. Ronie cogió la pócima (una botella de agua) y la colocó en los labios de su escudero para que este la bebiese, pero en lugar de despertar del maleficio el escudero empezó a proferir gruñidos.

—¡Corten! —grito Jimmy—. Robert, no hay zombis en esta película, ya lo sabes —le regañó. A decir verdad, Jimmy no sabía si Robert recurría a los zombis porque sus frases, o la carencia de ellas, lo hacía mucho más sencillo de interpretar o porque realmente le gustaban.

—Creo que mi personaje necesita un trasfondo más complejo —dijo Robert incorporándose—, podría ser el primer escudero zombi de la historia, ¡o podría volverse contra el personaje de Ronie y aliarse con Albert en el último momento!

Robin resopló.

—Pues yo creo que podrías interpretar un seto, así no tendrías que aprenderte ninguna frase y tampoco se notaría la diferencia...

—¡Eh! El escudero me está quedando muy bien.

—Si se convierte en zombi no podrá enamorarse de Ronie al final —apuntó Robin haciéndole burla.

—¡Mejor! No quiero novias —dijo Robert cruzando los brazos.

—No es para ti, ¡es para el personaje! —Robin suspiró de nuevo—. Tengo una idea. Director, ¿puedo ser yo el interés amoroso de Ronie?

—¡Ja! No se pueden hacer cambios, Jimmy nunca ha aceptado mis ideas... —se mofó Robert.

—Se acepta. En la última escena será Jenna (Robin) quien ayude a Kyle (Ronie) a derrotar a Lazard (Albert) en lugar de Draven (Robert).

—¡Pero bueno! —protestó Robert mientras Ronie y Albert se reían. Robin sonrió satisfecha.

—Todos a vuestros puestos, vamos a repetir. Escena de la pócima toma dos, ¡acción! —gritó Jimmy desde su silla de director, el tobogán del camping.

Nuevamente todos obedecieron y esta vez cuando Robert bebió la pócima que le dio Ronie sí despertó del maleficio, e incluso dijo sus frases. Por lo visto quería demostrar que si se lo proponía, podía ser el mejor escudero de todos. Aunque eso no cambió el hecho de que Robin se quedase con su parte del papel y que al final del corto su personaje y el de Ronie salvasen el reino y se enamorasen perdidamente.

Cuando terminaron de rodar se reunieron en torno a la cámara de Jimmy a ver cómo había quedado. Se rieron a carcajadas con las tomas falsas (donde Robert era el protagonista) y halagaron lo bien que había quedado todo lo demás.

—Es una historia genial —dijo Ronie—. Albert, ¡has estado increíble! Pareces un actor de Hollywood de verdad.

Albert agachó la cabeza y sonrió tímidamente.

—Gracias... —respondió.

—A mí no hace falta que me digáis lo bien que me ha quedado la parte final, ya lo sé —dijo Robert con su sonrisa torcida.

—Nadie iba a decir eso —replicó Robin.

Robert suspiró y empezó a decir, de nuevo, que si le hubiesen dejado hacer de escudero zombi su interpretación habría destacado mucho más.

—Yo me voy ya, si no voy a llegar tarde a casa y me caerá una bronca —dijo Robert montándose en su bici. Robert vivía en el

pueblo de al lado y siempre había dependido de sus padres para que le trajesen y le llevasen, por lo que solo veía a sus amigos durante las clases, actividades extraescolares u ocasiones especiales. Hasta el año pasado, cuando le regalaron una bicicleta por su decimotercer cumpleaños. Desde entonces iba siempre que quería a verles—. Albert, te acerco. Sube.

Albert se giró a sus compañeros y les hizo un gesto con la mano a modo de despedida, como si de un mimo se tratase.

—¡Hasta mañana! —se despidieron Robin, Ronie y Jimmy.

—Será mejor que me vaya yo también, aún no he hecho los deberes —dijo Robin entornando los ojos.

—Y nosotros. Bueno, los hemos hecho, pero nuestros padres nos estarán esperando —dijo Ronie.

—Nos vemos —se despidió Robin.

Robin se alejó en una dirección y Ronie y Jimmy en otra. Hacía un año y medio desde el día en que sus padres habían hablado con ellos y en ese tiempo Ronie y Jimmy no habían vuelto a quedar por las tardes como solían hacer. Empezaron a verse durante las clases exclusivamente, aunque desde hacía unos meses, cuando Jimmy empezó a escribir, volvieron a quedar junto con Albert, Robin y Robert para representar sus historias. Ronie no podía estar más feliz de volver a estar con Jimmy y pasar tiempo juntos, más cuando el motivo de ese encuentro se trataba de algo que a Jimmy le gustaba tanto como era dirigir. Para Jimmy solo existía una musa, y esa era Ronie. Desde que sus padres le prohibieron seguir viéndola como siempre echaba tanto de menos estar con ella que, una vez acababa sus deberes, se pasaba las tardes escribiendo cómo vivían aventuras y salvaban reinos de villanos malvados.

Un día durante el recreo estaba tan absorto en la historia que estaba escribiendo que Robert, a quien a la pregunta «¿qué estás escribiendo?» no le servía un «no es asunto tuyo» por respuesta, le mangó las hojas, comenzó a leerlas y se quedó fascinado con lo bueno que era.

—Sabes que a mí leer me aburre mortalmente, pero esto es genial —dijo entusiasmado.

—No está terminado... —dijo Jimmy avergonzado, aunque encantado con la reacción de su amigo.

—Yo sería el comandante Reynor, Albert haría de su compañero Morrison, Robin de la teniente Price y la protagonista...

—Ronie —dijo Jimmy.

—¡Tienes el reparto hecho! ¿A qué esperas para grabar?

Jimmy se rio ante el comentario del chico de pelo moreno, aunque por lo visto este hablaba muy en serio.

—Hablo en serio. Cualquier excusa me vale para disfrazarme de este tío.

A partir de ese momento, con el apoyo y la aprobación de todos los demás, Jimmy cogió la cámara de sus padres y empezaron a quedar después del instituto para grabar las películas. Tal y como los padres de Jimmy deseaban, los estudios pasaron a ser, aparentemente, su principal prioridad. No volvió a recibir avisos de los profesores, sus notas volvieron a ser tan buenas como siempre y nunca salía de casa sin terminar los deberes primero. Pero ese pequeño hobby era la excusa perfecta para ver a sus amigos, para seguir quedando con Ronie y para que esta le descubriese su vocación; ser director de cine y guionista. Cuando terminaban de grabar y todos se iban Jimmy acompañaba a Ronie a casa como hacían antes. Durante esos minutos olvidaba todo lo que le habían dicho sus padres aquel día e incluso que hacía mucho tiempo que las cosas entre ellos no eran igual, porque en ese momento sí lo eran.

Ronie volvía hablando de lo divertido que había sido esta escena o la otra, lo bien que escribía Jimmy o bromeaba diciendo que para la próxima debería darle a Robert su ansiado papel de zombi.

Llegaron al porche de casa de Ronie, lugar donde se habían encontrado y despedido miles de veces, y aun así ambos seguían sintiendo un hormigueo cuando sabían que tenían que decirse adiós.

Ronie avanzó hacia la entrada, abrió la puerta y se giró hacia el chico.

—*Goodbye, Byegood* —dijo Ronie con una sonrisa.

—*Ciao, Honely* —respondió Jimmy devolviéndole la sonrisa.

La chica entró en casa y Jimmy se quedó unos segundos mirando la puerta cerrada antes de reanudar la marcha en dirección a la suya. Su madre le recibió con dos besos.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó.

—Sí, mucho... voy a hacer unas cosas, avísame cuando esté lista la cena —dijo entrando en su cuarto.

Elizabeth estaba encantada con la dedicación de Jimmy y lo aplicado que estaba, aunque ignoraba por completo la vena cineasta de su hijo. Para ella cada vez que este se encerraba en la habitación equivalía a que estaba estudiando y teniendo en cuenta sus buenas notas nada hacía sospechar lo contrario.

Jimmy fue a su escritorio, encendió el ordenador, y comenzó a pasar los vídeos de la cámara. Le encantaba editar las escenas, añadir música, efectos y sonidos. Aunque lo que más le gustaba de todo era seguir viendo a Ronie, más conocida como la guerrera Kyle, en la película. Se pasaba horas editando hasta que sus padres le llamaban para cenar. En la mesa hablaban de las clases y los exámenes, cuando Jimmy terminaba colocaba el plato en el lavavajillas y volvía a su cuarto, esta vez para escribir una nueva historia, con nuevos personajes y una misma heroína.

Unos días más tarde, cuando Jimmy estaba en el instituto, Elizabeth entró en la habitación de su hijo en busca de la cámara de vídeo. Su hermano, el tío Gerber, se la había pedido prestada ya que la suya, haciendo honor a su reputación de «el tío (literal y metafóricamente) más torpe del mundo», se había roto y quería darle una sorpresa a su mujer llevándola a celebrar su décimo aniversario de bodas aquel fin de semana. Elizabeth no solía usar la cámara, ni su marido tampoco, pero los últimos meses había visto a

Jimmy con ella para arriba y para abajo todo el tiempo de modo que suponía que estaría en su cuarto. Efectivamente, nada más cruzar la puerta ahí estaba, encima del escritorio. Elizabeth cogió la cámara y cuando se disponía a guardarla en el estuche se fijó en unas cintas apiladas unas encima de otras. En el dorso de las cajas se leían títulos como *Mutantes, Base Lunar* y *Kyle contra Lazard*. Elizabeth sonrió y no pudo resistirse a echar un vistazo. Cogió una de las cintas, la introdujo en la cámara y vio la película que se reproducía. Se rio viendo a Robert quedarse en blanco y cuando Jimmy le regañaba. Ronie y Albert interpretaban muy bien, se quedó sorprendida al escuchar hablar a este último con tanta confianza. Le conocía desde pequeño, ya que era un buen amigo de Jimmy, pero en todos esos años le había escuchado hablar en contadas ocasiones y nunca con semejante firmeza.

—Es increíble, qué imaginación tienen estos chicos... —dijo para sí divertida sacando la cinta y dejándola en su sitio.

Entonces se percató de algo más. Bajo las cintas había un montón de hojas de cuaderno encabezadas con un título igual que los que aparecían en las cajas de las cintas y, sin duda, la letra era la de Jimmy. «No puede ser...» pensó Elizabeth. Apartó las cajas con las películas, examinó los guiones y comprendió que, tanto las historias como las cintas, eran cosa de Jimmy. Sintió cómo el mundo se le desplomaba encima. Aunque en el último año y medio, desde que habían hablado con él, Jimmy había vuelto a centrarse en los estudios, pese a no seguir viendo a Ronie como antes, Elizabeth comprobó horrorizada que su hijo seguía sin tener en mente su futuro, no como James y ella querían. Elizabeth salió de la habitación y se dirigió a la cocina a toda prisa. Levantó el teléfono y llamó a su marido.

—¡James! Tienes que venir a casa, inmediatamente —dijo Elizabeth alterada.

—¿Qué ocurre? —preguntó su marido.

—¡Tú ven lo antes posible!

James tenía mil preguntas, pero como de costumbre obedeció a su mujer sin decir nada. Elizabeth se encontraba dando vueltas en el salón cuando escuchó el coche de James. Rápidamente fue hacia la entrada y en cuanto su marido entró en casa le explicó lo que había ocurrido.

—¿Qué ha pasado, Elizabeth? —preguntó.

—Es sobre Jimmy, mira esto —dijo señalando la cámara, las cintas y los guiones que había dejado encima de la mesa de la cocina—. Espero que no sea lo que creo pero de ser así... cariño, nuestro hijo no ha recapacitado en absoluto, todo lo contrario, está aún más descarriado. James, ¡quiere dedicarse al cine!

James se acercó a la mesa y recogió los guiones para leerlos.

—¿No se tratará de un hobby? A su edad es normal tener aspiraciones como esa, pero al final no van a ninguna parte. Puede que sea solo... un pasatiempo.

—¿Y si no lo es? —replicó nerviosa Elizabeth.

—En ese caso tendremos que hablar con él y explicarle la situación. No puede perder el tiempo con fantasías absurdas.

Cuando Jimmy llegó a casa se encontró a sus padres en el salón, ambos con expresión seria en el rostro. Recorrió la sala con la mirada, vio la cámara, sus cintas y los guiones encima de la mesa y entonces se sintió avergonzado al pensar que sus padres habían descubierto su secreto, su pasión. Lo primero que le vino a la mente fue qué pensarían respecto a su trabajo, sus historias, sus personajes... se preguntaba si les gustaría, si les habría hecho reír con las escenas en las que había que reírse y emocionarse en las que tocaba hacerlo. La voz de su padre, deliberadamente seria, le sacó de sus pensamientos.

—¿Qué significa esto?

—Ve... veréis... hace un tiempo he empezado a escribir guiones, historias fantásticas. No es que sean gran cosa, me queda mucho

por mejorar. Las grabo con la cámara y hago montajes con el ordenador, edito el sonido, la música... —respondió nervioso.

—No pensarás tomarte esto como un trabajo serio, se trata de un hobby.

Su padre no le hizo una pregunta, era una orden. Jimmy se quedó de piedra. Se dio cuenta de que sus padres no iban a mostrar interés en lo que había estado haciendo, no querían felicitarle por su iniciativa o porque sus cuentos estuviesen bien escritos. Trataban de disuadirle.

—Yo...

—¿Sabes lo complicado que es dedicarse a algo así? Por no mencionar que no es un trabajo de verdad. Escribir historias, hacer vídeos, no tiene ningún futuro. Es una pérdida de tiempo, nada más. Tú tienes que centrarte en tus estudios, ¿cuántas veces te lo hemos dicho? La única forma de garantizarte una vida de provecho, una vida digna, es sacando una carrera. Ir a la universidad. ¿Es que quieres acabar como tu tío?

Jimmy frunció el ceño y contuvo como pudo las ganas de llorar. Sus padres siempre le estaban aleccionando con la amenaza constante de «acabar como su tío», que para ellos era lo mismo que decir «ser un fracasado». «¿Acaso van a arrebatarme esto también?» pensó. Sentía rabia y tristeza al mismo tiempo. Hacía todo lo que sus padres querían; sus notas eran impecables, nunca salía de casa sin haber hacer los deberes, ni siquiera podía estar con Ronie como él quería... pero para ellos nunca era suficiente. Desde que había empezado el instituto cuando, como solían decirle, empezaba a convertirse en un adulto, sus padres se habían asegurado de que recorriese a pies juntillas el futuro «tan brillante» que tenían planeado para él.

—Te centrarás en tus estudios, única y exclusivamente —sentenció su madre, que hasta ahora había permanecido en silencio apoyando las palabras de su marido—. Se acabaron los guiones, las películas... te centrarás en tu futuro como es debido. Queremos que entiendas

lo mucho que está en juego, lo importante que es que vayas a una buena universidad y consigas el título. Algún día entenderás que esto lo hacemos por tu bien...

Al escucharle decir eso Jimmy apretó los puños, lanzó la mochila al suelo, abrió la puerta de casa y salió corriendo. «Lo hacemos por tu bien». Jimmy estaba harto de que sus padres tomasen decisiones por él, de no poder elegir por sí mismo qué era lo que quería hacer, o con quién quería estar. Ronie sí le hacía bien, con ella siempre estaba contento, se sentía seguro de sí mismo y le hacía feliz, más que nada. Y aun así ya no podía estar con ella. Tanto su madre como su padre clamaban hacerlo por su futuro, pero Jimmy no quería ningún futuro en el que no estuviese Ronie. Y ahora, más de un año después, le estaban quitando la oportunidad de seguir estando con ella, de hacer algo que realmente le gustaba. Y él no podía hacer nada para impedírselo.

Jimmy siguió corriendo sin detenerse hasta llegar a su destino, hasta encontrarse con lo único que tenía en mente, la única persona en todo el mundo que podía hacerle sentir mejor. Cuando llegó a la casa número cuatro llamó al timbre.

—¡Ya voy! —se escuchó en el interior. Unos segundos más tarde se abrió la puerta y Ronie se encontró con Jimmy delante de ella. En cuanto le vio supo que algo no iba bien, respiraba agitado y tenía el ceño fruncido. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Jimmy había ido a buscarla—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

Jimmy, incapaz de articular palabra, extendió la mano a Ronie. La chica la miró y sin pensarlo dos veces la agarró. Los dos salieron corriendo en la misma dirección que todos los días cuando se dirigían al camping, como antes de la charla de sus padres. Ronie supo entonces adónde se dirigían.

Pasaron el camping y Jimmy dejo de correr, cruzaron un camino de tierra escondido entre unos arbustos y llegaron a la zona del río oculta tras los árboles. Pese a que hacía tiempo que no iban allí para ellos seguía siendo su lugar de siempre, y siempre lo sería. Ronie respiraba tratando de recobrar el aliento y observó fascinada las

piedras, el río, la maleza... todo seguía igual. Fue como si al cruzar el camino de tierra hubiesen viajado en el tiempo. Vio a Jimmy sentado en una de las rocas, caminó hasta él y se sentó a su lado. Jimmy seguía con esa expresión en su cara, una que Ronie jamás había visto, estaba preocupada por la razón de ese comportamiento, pero aun así se alegraba de verle y de estar allí con él. La chica de pelo castaño extendió la mano y la apoyó sobre la de su amigo, que al sentir su contacto dirigió la vista a sus manos y luego a ella. Ronie sonrió y permaneció en silencio junto a Jimmy hasta que este le explicó lo que había sucedido.

—Mis padres... han encontrado las cintas y los guiones que he escrito y... me han dicho que lo deje, que no es un trabajo de verdad y que tengo que centrarme en mi futuro, lo que quiere decir que tengo que ir a la universidad. Para mis padres o tienes un título o eres un fracasado... Se pasan toda la vida preguntando «¿qué quieres ser de mayor?» y cuando por fin lo sabes te dicen que es una tontería, ¡es ridículo!

Era la primera vez que Ronie veía a Jimmy protestar sobre sus padres, o sobre lo que estos le imponían. Algo le decía que Jimmy no solía hacerlo no por falta de motivos, sino porque respetaba demasiado a sus padres como para llevarles la contraria. Además, como hijo suyo, Jimmy sabía que una vez sus padres tomaban una decisión ya no había vuelta atrás así que, ¿de qué serviría decir nada?

—Tendré que pasarme diez años más estudiando una carrera que no me guste para que estén contentos —susurró, parecía estar pensando en voz alta. Ante esa perspectiva, impotente, Jimmy dejó caer la cabeza, abatido.

A Ronie le partía el corazón verle tan triste y más saber que tampoco ella podía hacer nada para que los padres de Jimmy cambiasen de idea.

—¿Sabes una cosa? Me lo he pasado tan bien grabando tus películas, actuando y jugando con vosotros los últimos meses, que he descubierto que la interpretación es algo que realmente me

apasiona. Aunque no creo que fuese capaz de grabar con otro director que no fueses tú, me daría mucha vergüenza... por eso estuve pensando y me gustaría ser actriz de doblaje. He estado haciendo algunos vídeos en casa, solo como práctica, pero ha sido genial y no se me da del todo mal.

Jimmy sonrió por primera vez. Ronie era la persona más modesta del mundo, tenía una voz preciosa y estaba seguro de que el doblaje se le daría muy bien.

—Cuando se lo dije a mis padres parecían contentos con la idea pero creo que no me tomaron del todo en serio, quizás porque hace unos años quería ser granjera, luego arquitecta, veterinaria... y ahora esto. Pero de verdad esta es la primera vez que siento pasión al hacer algo, me siento bien. Y todo gracias a tus guiones.

El chico se quedó pensativo unos instantes. ¿Había encontrado Ronie su vocación gracias a él? En primer lugar, él no habría escrito las historias de no ser por ella, por lo que en cierto modo había sido todo cosa suya. Jimmy sonrió por segunda vez y la miró fascinado. Sin duda alguna cosas como esa hacían de Ronie la chica más especial del mundo, y sabía que siempre lo sería.

Ronie vio cómo el rostro de Jimmy se animaba, volvió a ver sus ojos castaños brillar con calidez, la sonrisa de sus pequeños labios... esa expresión sí la conocía.

—Mis padres siempre me han apoyado en todas mis fantasías, da igual si es algo que voy a querer toda la vida o si es solo temporal. Por otro lado mi abuela cuando supo que quería ser actriz dijo «solo hay cuatro buenas y tú no eres una de ellas». Bueno, quizás esas no fueron sus palabras exactas, pero desde luego no le gustaba la idea. Para ella la forma de garantizarte un buen trabajo es estudiando... Nuestros padres siempre quieren lo mejor para nosotros. A veces tienen una idea por ellos mismos de qué es ese algo y puede que esa idea no se corresponda con lo que otros quieren, o con lo que nosotros queremos, pero eso no significa que sea malo. Jimmy, sé que suena desolador no hacer lo que te gusta durante tanto tiempo, yo ni siquiera puedo imaginarme estudiando cinco años más —

bromeó Ronie. El chico se rio—. Pero aunque tus padres quieran que saques una carrera, ¿quién dice que no puedes seguir con tus historias? Estoy segura de que se te ocurrirán muchas más y que todas serán geniales como hasta ahora. Quizás no podamos grabarlas, pero en cualquier caso yo estaré muy orgullosa de tu trabajo.

A medida que Jimmy la escuchaba hablar la presión en su pecho, la rabia, la tristeza, se desvanecían. Jimmy pensó una vez más en las palabras de su madre: «Lo hacemos por tu bien». Desgraciadamente lo que sus padres parecían creer que era lo mejor para él no coincidía con los deseos de Jimmy. Aun así Ronie tenía razón, podría seguir creando historias siempre que quisiera y eso era algo con lo que disfrutaba de verdad. Quizás algún día, en el futuro, esas historias volverían a traspasar el papel y a cobrar vida, y Ronie podría volver a grabarlas con él.

—Tengo una idea. Qué te parece si hacemos una promesa —propuso Ronie.

—¿Qué promesa?

—Cuando acabes la universidad nos encontraremos aquí, en nuestro lugar de siempre, entonces haremos algo que te lleve a cumplir tu sueño de verdad.

—¿Como qué? —preguntó Jimmy divertido.

—No tengo ni idea, pero ya se nos ocurrirá algo. ¿Aceptas? —dijo extendiendo la mano.

Jimmy se la estrechó entusiasmado. Le encantaba la idea de no renunciar a su sueño, pensar que algún día podría hacerse realidad, pero sobre todo lo que más le alegraba era saber que Ronie estaría con él todo ese tiempo. Mientras estuviese ella no le preocupaba nada más.

—Gracias, Ronie.

—De nada —respondió feliz de haberle ayudado.

Ambos miraron al frente, la zona por donde se ponía el sol. El paisaje a plena luz del día, con el cielo totalmente despejado, no era comparable a esa imagen pero en aquel momento les pareció tan bonito como el atardecer más asombroso que hubiesen visto nunca.

—Hacía tiempo que no veníamos aquí. Es curioso pero parece que no ha cambiado nada, todo sigue igual.

—Hay cosas que ni el tiempo puede cambiar —dijo Ronie con la voz más dulce del mundo.

Jimmy miró disimuladamente a su amiga. Tenía razón, Jimmy seguía sintiendo por Ronie lo mismo que la última vez que habían estado allí. No importaba que no pudiese verla o hablar con ella tanto como antes. Jimmy sentía que algo mucho más fuerte les unía y no había nadie que pudiese cambiar eso. Ni el tiempo ni sus padres.

—Debería volver a casa, mis padres estarán preocupados. Salí corriendo sin decir nada... —confesó avergonzado.

—Ahora que lo pienso mis padres también deben de estar preguntándose dónde estoy. Ni siquiera habíamos comido.

Los dos se quedaron mirándose y empezaron a reírse. Jimmy se puso en pie y le dio la mano a Ronie invitándola a levantarse. Cuando estuvieron uno frente al otro Jimmy se percató de que ahora él era un poco más alto que ella. Toda su vida había sido más bajito que Ronie, algo que no había dejado que le amedrentase aunque en secreto soñaba con ser más alto que ella algún día. Algunas cosas sí habían cambiado, aunque este cambio en concreto le gustaba.

Cuando Ronie entró en casa se dirigió a la cocina, donde la esperaba su madre.

—Ronie, ¿dónde te habías metido? Nos tenías preocupados, ¿qué ha pasado?

Ronie se sentó frente a su madre y le explicó lo que Jimmy le había dicho. A Yohana no parecía sorprenderle el comportamiento

del matrimonio Byegood, después de todo no era la primera vez que hacían algo así.

—No puedo ni imaginar cómo me sentiría si no contase con vosotros, o si me dijeseis que lo que quiero hacer es una pérdida de tiempo... creo que acabaría tirando la toalla, abandonaría mis sueños.

—Ronie tú nunca te darías por vencida ante algo que desees, lo sé. Precisamente por eso tu padre y yo tenemos dos opciones; estar contigo y apoyarte en el camino, o no hacerlo. Tal vez Elizabeth y James están tan preocupados por el futuro de Jimmy que no pueden evitar planearlo por él, para tener la seguridad de que le irá bien.

—¿Entonces no confían en él? —preguntó Ronie.

—No es eso. Las circunstancias de cada uno hacen que veamos las cosas de una forma o de otra, por eso ante la misma situación no todos reaccionamos igual. Seguro que tienen sus motivos para comportarse así.

Ronie reflexionó sobre las palabras de su madre, y se sintió agradecida por contar con sus padres. Desgraciadamente Jimmy no tenía esa suerte, por eso Ronie se prometió que ella sí le apoyaría pasara lo que pasase.

—Os quiero mucho, mamá —dijo dándole un abrazo.

—Y yo a ti, mi vida.

Al oír el sonido de la puerta al abrirse James y Elizabeth se levantaron a toda prisa y se acercaron a Jimmy, el cual avanzó hacia ellos en completo silencio. Una vez vieron que estaba bien la preocupación inicial dio paso al enfado.

—Jamie Byegood, te has metido en un buen lío, ¡estás castigado! Te quitaremos la cámara y no volverás a hacer esas películas. A partir de ahora cuando estés en tu habitación estarás estudiando y solo estudiando, ¿me has entendido?

—Vale —respondió Jimmy con calma.

—¡Ni se te ocurra rechistar...! Espera, ¿qué has dicho? —preguntó su padre confuso.

—Vale. Me centraré en mis estudios y dejaré de jugar con la cámara. Siento haberos preocupado, me voy a hacer los deberes.

James y Elizabeth se miraron atónitos ante el cambio de actitud de su hijo. Jimmy cerró la puerta tras de sí, sacó los libros de la mochila e hizo los deberes. Al terminar los hizo a un lado, sacó un cuaderno que tenía guardado en el cajón de su mesa, buscó una página en blanco y comenzó a escribir una historia nueva titulada *La promesa*. Escribía entusiasmado, más inspirado que nunca. No iba a renunciar a su sueño, a ninguno, sin importar lo que tuviese que esperar sabía que esa historia algún día se haría realidad y que Ronie estaría allí para verlo.

ALERTA: ME GUSTAN LOS MAYORES

Febrero de 2007

Los alumnos entraban y salían en la cafetería Maya en busca de un bocadillo o algo de bollería industrial para el almuerzo. Era una coreografía que ya tenían más que ensayada. La mayoría de los estudiantes prefería salir a dar una vuelta durante el recreo, mientras pequeños grupos optaban por sentarse en unas de las mesas del establecimiento para jugar a las cartas, a la Nintendo DS, hacer los deberes, el repaso de última hora o tener discusiones absurdas sobre, por ejemplo, qué color tendría mejor sabor. Robert, Albert y Ronie pertenecían a este último grupo.

—Te digo que el rosa es el mejor de todos —dijo Robert, el cual empezaba a perder la paciencia.

—El verde tiene más probabilidades. Toda la comida verde está rica; guisantes, coles de Bruselas, escarola, brócoli... —refutó Albert, amante de las verduras.

—Puag, puag, puag y ¡PUAG! —respondió asqueado Robert.

Albert frunció el ceño y miró a Ronie, quien normalmente le servía de apoyo en esas situaciones, pero aquel día la chica le miró con una mueca en la cara y se limitó a imitar al chico moreno.

—Puag —dijo sacando la lengua.

—¿Lo ves? Ronie está de acuerdo conmigo —se jactó Robert.

—En realidad no. Bueno, en realidad sí. En parte. Coincido con tu argumento, las verduras son puag. Pero por otro lado, discrepo con ambos. Sin duda el color que mejor sabor tendría es el rojo.

—Venga ya —exclamó Albert, lo que para él suponía hablar dos decibelios por encima del volumen normal. Debido a los comentarios de sus compañeros de clase durante años sobre su «voz de pito» se había convertido en un chico muy reservado que apenas hablaba, y si lo hacía no elevaba la voz más de lo estrictamente necesario. Lo cual era una lástima porque la pubertad, aparte de oscurecerle el pelo y concederle aún más centímetros de ventaja sobre el resto de compañeros de su clase, le había dotado con una preciosa voz suave como el terciopelo.

—Ronie, no fastidies, ¡ya casi le tenía! ¿En qué te basas para decir eso? —protestó el chico de nariz chata frotándose la cara.

—El rojo es el mejor color de todos —respondió Ronie con decisión.

—Eso es objetivo y un argumento nada sólido.

—Es mejor que basarse en el sabor de las cosas que tienen ese color, si fuera así todas las cosas rosas sabrían igual y las verdes...

—Todas las golosinas están ricas y las verduras están todas malas, ¿qué más pruebas necesitas? —A estas alturas Robert gesticulaba tanto que estaba a punto de levantarse de la silla.

Ronie se quedó pensativa unos segundos. Hannah y Jimmy observaban la escena sin dar crédito al énfasis que ponían en la discusión. El simple hecho de que lo tratasen como un tema serio les hacía gracia.

—Tiene sentido. Me has convencido —dijo la chica.

Robert alzó los brazos eufórico celebrando su victoria. Albert soltó un suspiro de resignación.

—A mí no me has convencido.

—Albert, es evidente que tus papilas gustativas están atrofiadas —dijo sin bajar los brazos.

—Podríamos preguntarles a Hannah y a Jimmy qué opinan.

—Aquí no hay comodín del público que valga. ¡Y ahora me voy a por una napolitana para celebrarlo!

Robert se levantó a toda prisa y se dirigió al mostrador.

—A mí me gusta la verdura —dijo Hannah sonriendo a Albert.

—A mí también —secundó Jimmy levantando la mano. Albert agradeció el apoyo de ambos.

—Ojalá estuviese Robin, ella siempre le gana en las discusiones —se lamentó Albert.

—Es verdad —coincidió Ronie—. Por cierto, ¿dónde está?

—Ha ido a jugar un partido de baloncesto con los de la otra clase, los de 3º C —respondió Robert detrás de ella con un bocado de napolitana en la boca.

—¡Vaya! Es alucinante.

—Lo realmente alucinante es la barrida que os he hecho a Albert y a ti —dijo Robert y a continuación comenzó a reírse de su propio comentario mientras Albert y Ronie se ponían de morros.

—Algunos están tan poco acostumbrados a ganar que no saben cómo hacerlo —dijo Jimmy con malicia.

Robert paró de reír en seco y Albert, Ronie y Hannah comenzaron a hacerlo.

Subieron las escaleras al segundo piso y cada uno se dirigió a su pupitre. Ronie sacó el libro de plástica y las láminas que tenían de deberes cuando una voz desde la puerta la llamó.

—¡Ronie!

Ronie se giró y vio a Robin con el pelo alborotado. Sus mejillas, grandes y redondas, estaban teñidas de color rosa y tenía sudor en

la frente.

—Hola, Robin, ¿qué tal el partido?

—Tengo que hablar contigo —dijo de sopetón cuando llegó junto a ella.

—¿Sobre qué...?

Robin estaba a punto de interrumpirla de nuevo cuando entró Norma, la profesora de plástica.

—Muy bien, todos a vuestros asientos. Dejad de parlotear y entregadme las láminas en orden de lista —ordenó nada más entrar por la puerta. Robin chascó la lengua.

—Luego te lo digo —dijo Robin antes de ir a su mesa.

Ronie se sentó confusa, cuando Norma la llamó se acercó a entregarle sus láminas. Estuvo toda la hora pensando en qué querría decirle Robin. Tenía que ser algo importante, de lo contrario no habría estado tan seria. Barajó todo tipo de hipótesis, hasta llegó a pensar que quizás estaba enfadada con ella por algo, aunque no tenía ni idea de cuál podría ser el motivo. Cuando sonó la campana Ronie recogió el material de plástica mientras Norma recitaba los deberes para el próximo día. Robin apoyó su mano sobre el hombro de Ronie, esta la miró y la acompañó a un lado de la clase para tener intimidad.

—Durante el recreo, después del partido, un chico de la otra clase con el pelo castaño engominado, creo que se llama Rusty, dijo que iba a declarase a una chica a la salida del instituto. No le di más importancia hasta que le oí decir tu nombre. Ronie, va a pedirte salir.

Ronie estaba más confusa que antes de hablar con ella. Nunca se había planteado la posibilidad de gustarle a un chico, al menos uno que no fuera Jimmy, y mucho menos uno con el que había hablado en dos ocasiones contadas. Solía coincidir con Rusty en la cola de la cafetería a la hora del recreo, las únicas palabras que habían intercambiado eran:

Rusty: ¿Ese bocadillo es de atún y queso?

Ronie: De beicon y queso.

Rusty: Ah.

Y:

Rusty: ¿Tienes hora?

Ronie: Las doce menos cuarto.

Rusty: Ah.

Lo único que sabía de él es que le gustaba el baloncesto, los bocadillos de atún y queso (porque era lo que pedía siempre en la cafetería) y que le apodaban «Junior» porque era el más pequeño de todo tercero.

—No lo entiendo, ¿cómo le puedo gustar? A penas nos conocemos.

Robin se rio.

—¿Crees que eso supone un impedimento para un adolescente de catorce años? Además, no sale en el periódico pero tengo noticias para ti: Ronie, tú eres muy guapa. —Ronie se sintió avergonzada e inconscientemente bajó la vista al suelo—. Pensé que debía decírtelo para que estuvieses preparada. Te conozco desde hace tiempo y nunca te he visto mostrar interés por... —Robin lanzó una mirada en dirección a Jimmy, a quien Robert estaba incordiando—. Por... otros chicos.

—Gracias, Robin. La verdad es que no tengo ni idea de cómo reaccionar en estas situaciones... ni de qué decir.

—Ahora tienes tiempo para pensarlo —dijo Robin animadamente dándole un golpecito en la espalda antes de volver a su asiento.

Ronie se sentó en su pupitre. Agradecía mucho que Robin la hubiese avisado, de no ser por ella cuando Rusty se le hubiese declarado se habría quedado en blanco, habría sido una situación muy incómoda para ambos. Pese a todo no tenía ni idea de qué decirle, nunca había tenido que rechazar a nadie y no quería herir sus sentimientos.

El señor Bush entró en clase y explicó la lección mientras Ronie seguía dando vueltas a qué podía decir al chico. Recurrió a pensar en frases típicas de película, pero todas requerían que las personas se conocieran la una a la otra al menos un mínimo. Es decir, no podía soltarle «no eres tú, soy yo» teniendo en cuenta que ni siquiera sabía cómo era él. Estaba tan distraída que cuando el profesor la mandó continuar con la lectura tenía el libro de historia en lugar del de lengua encima de la mesa provocando la risa de sus compañeros. Cuando la alarma sonó el corazón se le disparó todavía más, no se le había ocurrido nada que decirle en una hora y según le había dicho Robin, Rusty pensaba declararse a la salida, lo que le daba unos cinco minutos de margen para pensar qué decir. Recogió los libros lo más despacio que pudo tratando de ganar tiempo. Bajó las escaleras sin dejar de darle vueltas al tema «a lo mejor debería ser sincera y decirle que ya me gusta alguien, aunque si me preguntase de quién se trata no podría decírselo...» pensó.

Ronie divisó a Hannah, Albert, Robert, Robin y Jimmy desde la entrada del instituto, estaban en corro frente a las verjas de la entrada, donde siempre quedaban a despedirse.

—Cuánto has tardado —comentó Hannah al verla acercarse.

Ronie puso una mueca, le daba vergüenza explicarles el motivo de su inusual comportamiento, solo Robin sabía a qué se debía. Robert prosiguió con la historia que le estaba contando a Robin antes de que Ronie apareciese mientras esta miraba a su alrededor en busca de Rusty, aunque no había ni rastro de él.

—Y así fue cómo les convencí de que el rosa es el color que mejor sabe de todos —finalizó Robert con orgullo.

Robin alzó una ceja y miró a sus amigos, que le devolvieron una mirada que decía que la historia de Robert no había sucedido exactamente así. Robin rio divertida y felicitó a Robert por su victoria. Al cabo de unos minutos los respectivos coches de Albert y Hannah fueron a recogerles, Robert subió al autobús, Robin se fue andando y Jimmy y Ronie se disponían a emprender el camino de vuelta a casa. Ronie ya creía que había estado preocupándose todo

ese tiempo para nada porque quizás Rusty lo hubiese dicho de broma, o tal vez Robin le había entendido mal, cuando el chico se acercó a ella.

—Ronie, ¿podemos hablar un momento? —preguntó algo cortado.

Ronie miró a Jimmy, el cual miraba a Rusty.

—Claro... —respondió casi tan cortada como él aunque tratando de disimularlo.

Rusty la agarró suavemente del brazo y se apartó unos metros de donde estaba Jimmy para tener privacidad.

—Verás... creo que eres una tía muy guay, me gusta mucho cómo dibujas, tu sentido del humor... y aunque no hayamos coincidido mucho creo que sería genial quedar alguna vez para conocernos mejor y eso... Quería preguntarte si te gustaría salir conmigo.

Ronie se quedó de piedra al escucharle, al comprobar que lo que le había dicho Robin iba totalmente en serio. Se sintió halagada por el interés que Rusty mostraba hacia ella, pero no podía corresponderle. En una fracción de segundo miró los ojos marrones del chico, su sonrisa tímida, era evidente que había hecho un gran acopio de valor para hacer algo así y no quería que se sintiese mal. Trató de pensar qué decirle, algo que no se le había ocurrido durante más de una hora tenía que pensarlo en unos segundos. Sentía que le iba a explotar la cabeza, tenía que decir algo...

—Me gustan los mayores —fueron las palabras que salieron de su boca.

—Oh... —dijo Rusty poniéndose rojo.

—Lo siento mucho, Rusty, no tiene nada que ver contigo.

—Lo entiendo, no te preocupes. Sabía que existía la posibilidad de que esa fuese la respuesta. Bueno, no esa tal cual, quiero decir que sabía que el «no» era una opción... la más probable a decir verdad, pero supongo que si no apuestas no ganas. —Ronie sonrió amablemente para intentar animarle—. Ya nos veremos, Ronie —dijo alejándose.

Ronie se acercó de nuevo a Jimmy que la miraba extrañado.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —Jimmy frunció el ceño—. Oh, nada... ¿vamos? —dijo Ronie aún nerviosa y cortada por lo que acababa de pasar.

Ronie se pasó todo el camino pensativa, era la primera vez que alguien se le declaraba, o que la consideraba lo suficientemente interesante como para pedirle salir. Le daba pena haber rechazado a Rusty porque ni se imaginaba el acopio de valor que había que hacer para declararse a alguien, pero al menos creía que había conseguido hacerlo con tacto. Jimmy estaba atónito, no entendía nada. Era la primera vez que Ronie no decía ni una palabra de vuelta a casa, ni siquiera le comentaba nada sobre la discusión absurda con Robert a la hora del recreo como de costumbre. ¿Qué querría Rusty? ¿Le habría dicho algo que la había hecho sentir mal? No parecía triste, pero estaba rara. Jimmy trató de sacar algún tema de conversación para distraerla, pero Ronie se limitaba a asentir con la cabeza.

Cuando llegaron a la intersección Ronie se alejó sin detenerse a despedirse. Jimmy se quedó estupefacto observándola, era como si estuviese en piloto automático.

—*Ciao, Honely!* —se despidió Jimmy y por primera vez Ronie pareció escucharle. Se detuvo, se giró a mirarle y con una sonrisa le respondió.

—*Goodbye, Byegood!*

Jimmy sonrió. No sabía qué le rondaría la cabeza a Ronie que la tenía tan distraída, pero al menos le aliviaba saber que fuera lo que fuese no cambiaba la relación entre ellos.

Al día siguiente Jimmy no se encontró con Ronie en la intersección como siempre. Se preguntó si tendría algo que ver con su comportamiento del día anterior. «Lo más probable es que se haya dormido... o que esté enferma» pensó, y divagar sobre la razón por la que no se habían encontrado aquel día de camino a clase fue su distracción durante la primera y segunda hora. Extrañaba mirar su

pupitre y verlo vacío, de hecho sin ella toda la clase parecía diferente, más apagada. Durante el cambio de tercera hora, de camino al pabellón de educación física, Jimmy se acercó a Hannah a preguntarle si sabía por qué no había ido a clase.

—No lo sé. Ayer por la tarde no quedamos, dijo que tenía que estudiar para el examen de mates.

—Pues sí que está rara —dijo Jimmy.

—¿Ocurre algo? —preguntó Hannah.

—Ayer a la salida, justo cuando os marchasteis, uno de los de 3º C dijo que quería hablar con ella y después de eso estaba... distraída, parecía estar dándole vueltas a algo. No creí que fuese nada grave pero como no ha venido hoy no sé si...

—Seguro que está bien —dijo Hannah con una sonrisa—. No te preocupes.

Jimmy trató de hacerle caso. Hannah y Ronie eran muy amigas, si fuese algo importante seguro que se lo habría dicho. O a él. Hacía mucho que no hablaban como antes, cuando compartían absolutamente todo, pero aun así suponía que las cosas importantes se las contaría. A Jimmy le seguía disgustando no saber lo que le pasaba por la cabeza como cuando eran niños, cuando le bastaba solo con mirarla para entenderla. Desde hacía un par de años ambos habían tenido que cambiar su comportamiento mutuamente, por lo que ya no pasaban las tardes juntos, ni siquiera se llamaban por teléfono para hablar. Su relación se había limitado a verse en clase, como con la mayoría de sus compañeros, aunque para Jimmy, Ronie estaba lejos de ser una más.

La clase de educación física comenzó como las demás, con los alumnos calentando y estirando mientras Jules, su profesora, les miraba. Cuando terminaron Jules les informó de que ese día harían una prueba de resistencia que consistía en correr alrededor del patio durante diez minutos seguidos. Todos suspiraron y protestaron.

—Es inhumano, si hicieses el ejercicio con nosotros lo entenderías —protestó Robert.

Ante ese comentario Jules les propinó cinco minutos más.

Salieron al patio y cuando Jules sopló el silbato empezaron a correr, al principio iban todos juntos apelotonados pero poco a poco aquellos con mejor fondo físico fueron haciendo grupos delante del todo mientras los más perezosos y algunas chicas que preferían hablar entre ellas se quedaban atrás.

Jimmy encabezaba la marcha, intentaba concentrarse en el ejercicio y no pensar en Ronie, pero ella siempre solía ser su tema central de atención, lo que sumado a su extraño comportamiento y al hecho de que ese día hubiese faltado hacía casi imposible sacársela de la cabeza.

—¿Te has enterado de lo de Junior? Me lo ha contado Daniel el de 3º B... —comentó Álex, el cual parecía no tener muchos problemas para seguirle el ritmo.

Jimmy habría apreciado alguien que le diese conversación para dejar de darle vueltas al tema, pero no le interesaban los cotilleos. Por alguna razón que ignoraba aquel día durante cada cambio de hora los alumnos se habían alborotado saliendo al pasillo para hablar con los de las otras clases para enterarse de un cotilleo que, al parecer, por fin había llegado a la clase de 3º A.

—No me interesa...

—Resulta que le ha pedido salir a Ronie —le interrumpió Álex.

Jimmy sintió un escalofrío. «¿Junior? No será el chico de ayer, ¿verdad?» pensó.

—¿Qué...? —No necesitó formular la pregunta para que Álex le contase todos los detalles.

—Fue ayer a la salida del insti, pero por lo visto ella le rechazó, dijo que le gustan los mayores. ¿Crees que por eso no ha venido a clase hoy? Yo creo que sí, le dará vergüenza o puede que...

Jimmy dejó de escucharle en ese momento. El corazón le empezó a latir a toda prisa, más rápido de lo que le había latido nunca. Solo de pensarlo sentía vértigo. ¿Alguien le había pedido salir a Ronie? No es que fuera algo de extrañar, de hecho era lógico pensar que todas las cosas que él veía fascinantes en ella todos los demás también pudiesen verlas. Se sintió aliviado al saber que Ronie no había accedido pero al pensar en la razón por la que lo había hecho hizo que se le encogiese el estómago. «¿Le gustan los mayores? Yo soy más pequeño que ella... de hecho hasta hace un año ni siquiera era más alto... Quiere decir eso que yo no le...». Se negaba a pensarlo. Los sentimientos de Jimmy hacia Ronie nunca habían cambiado, daba igual lo que pasase, él seguía queriendo las mismas cosas que cuando se conocieron. Quería sumar años con ella, quería estar siempre juntos, y daba igual lo que tuviese que esperar para ello, quería que ese sueño se hiciese realidad. Y así había creído siempre que lo sentía ella también, sin importar que no pudiesen hablar o estar como antes. Pero en aquel momento, por primera vez, cuando Jimmy pensaba en Ronie no veía un espejo que reflejaba los mismos sentimientos que tenía él, sino que sintió como si entre ellos hubiese un muro, y estando una cada a cada lado ya no podía saber lo que ella sentía. «¿Cómo ha podido cambiar tanto de parecer y no me he dado cuenta?». Quizás Ronie se había acostumbrado a estar así con él, a ser un amigo más. O quizás a raíz de la conversación con sus padres aquel día, cuando cambió la forma en que se relacionaban, había descubierto que prefería ser amiga suya en lugar de ver un futuro a algo más... un futuro juntos. El corazón le dio una punzada. Sentía demasiadas emociones juntas; envidia, ¿por qué ese tal Junior podía ser honesto con sus sentimientos, decirle sinceramente lo que sentía por ella y él no? Estaba celoso, estaba enfadado y estaba triste por no saber si de verdad Ronie ya no quería ni sentía lo mismo que él.

—Quedan cinco minutos para que suene el timbre. ¡Todos a los vestuarios, venga! —apremió Jules.

Jimmy se dirigió junto con los demás compañeros al vestuario de los chicos, allí se cambió de ropa y se aseó. Veía a los chicos juntarse en pequeños grupos a cuchichear y no podía evitar pensar que hablaban de Ronie y ese tal Junior. Cogió sus cosas y salió lo más rápido que pudo.

—¡Eh, Jimmy, espera! —gritó una voz tras él. Robert le alcanzó fatigado—. Tío, ¿llevamos toda la hora corriendo y todavía tienes ganas de más?

—Si no hubiese sido por tus comentarios no habríamos tenido que estar toda la hora corriendo —respondió Jimmy áspero.

—Yo solo digo lo que todo el mundo piensa... oye ¿a qué ha venido eso? —preguntó Robert sorprendido, Jimmy nunca le había hablado así, ni a él ni a nadie.

Jimmy no respondió, seguía crispado con el tema de Ronie, el cual empeoraba a medida que avanzaba la mañana. No quería darle más vueltas ya que le ponía de mal humor, pero no conseguía sacárselo de la cabeza.

Aquel día Hannah no fue a la cafetería con ellos porque tenía que ir a la biblioteca a darle un último repaso a su examen de mates pese a que Albert decía que Hannah se sabía todo mejor que la señorita Church. A quien realmente le hubiese venido bien un repaso de última hora era a Robert, el cual prefirió tener una discusión absurda con Robin para demostrarle que después del día anterior estaba en racha. El tema en aquella ocasión fue si los extraterrestres usarían papel higiénico. Ganó Robin. Durante todo el recreo Jimmy no dijo ni una palabra, sabía que de hacerlo saltaría con más comentarios como el que le hizo antes a Rob y no quería pagarlo con ellos. No era culpa suya y probablemente tampoco era culpa de Ronie. Si había cambiado de parecer respecto a ellos, respecto a él, estaba en su derecho. Incluso tenía derecho a no decírselo aunque eso le doliese.

Subieron las escaleras de vuelta a clase y al entrar se encontraron con Ronie colocando las cosas en su pupitre. Jimmy al verla sintió

alegría y una punzada en el pecho al mismo tiempo. Estaba nervioso, sentía curiosidad por saber por qué había faltado esa mañana, si de verdad le gustaban los mayores, si seguía queriendo que estuvieran siempre juntos... pero no se atrevía a hacerle ninguna de estas preguntas. Por suerte para él, Hannah sí, al menos la primera.

—¿Dónde has estado? ¿Por qué no has aparecido esta mañana?

—Mis padres tenían que ir a buscar a mi tía a la estación de autobuses. Decidí acompañarles porque hacía mucho que no la veía, pensamos que llegaríamos justo a tiempo para dejarme en clase a primera hora, pero su viaje se retrasó. Esperamos durante una hora a que llegase y cuando por fin lo hizo y estábamos de vuelta se pinchó una rueda del coche. Mi padre llamó a la grúa y tuvimos que esperar otra hora más a que fuesen a buscarnos. Para cuando nos remolcaron aquí ya era la hora del recreo.

Todos escuchaban atentamente su historia.

—¿En serio? —preguntó Robert alucinado.

—No, en realidad me he dormido. Cuando me he dado cuenta eran las once y media... —admitió riéndose. Los demás también se rieron, incluso Jimmy soltó una pequeña risita.

—Bueno, no te has perdido gran cosa: una sudada monumental en educación física y los horribles chistes sin gracia del señor Peter. Sin embargo lo que no te vas a perder es el examen de mates, ¡qué suerte la tuya! —comentó Robert.

—Bufff, casi prefiero quitármelo de en medio cuanto antes —dijo Ronie haciendo una mueca.

Para sorpresa de la señorita Church no necesitó decirles que se sentasen y guardasen silencio porque cuando entró en clase todos estaban en sus asientos sin decir ni una palabra. Ese poder solo lo tenían los exámenes de mates. Pasó una hoja por cada mesa y cuando dio la orden todos dieron la vuelta a la hoja y empezaron a

escribir. Ni siquiera se levantaron cuando sonó la campana del cambio de clase, querían apurar hasta el último segundo.

—Ya es suficiente chicos, entregadme los folios, no hagáis esperar a Norma.

Entre resoplidos y a regañadientes obedecieron y entregaron sus hojas, acto seguido entró Norma, la cual había estado esperando fuera y todos volvieron a sus asientos.

—Menos mal que no tenemos tiempo para hacer coloquio sobre las respuestas porque si no me deprimiría... —suspiró Ralph.

—Yo he visto el examen de Zoey por encima al entregarlo y no se parecía al mío en nada —se lamentó Tamara.

—No tiene por qué estar bien, igual me he equivocado en alguna —dijo Zoey tratando de animarla.

—No creo, después he visto el de Hannah. Tenía prácticamente las mismas respuestas que tú...

—Ah, menos mal —dijo Zoey.

—Basta de cháchara; lo hecho, hecho está. Ahora concentraos en aprender plástica. Sacad la escuadra y el cartabón —ordenó Norma, tan encantadora como de costumbre.

Jimmy miró a Ronie disimuladamente. La veía igual que siempre, de hecho parecía la misma de siempre. Tan risueña, alegre, divertida... puede que, tal vez, en realidad todo siguiese igual y se había estado comiendo la cabeza con paranoias suyas. A decir verdad, ¿cómo podía estar seguro de que lo que había dicho Álex era cierto? Era bastante cotilla y siempre se enteraba de todos los rumores, pero Jimmy también sabía cómo funcionaba eso. Podría haber sido como el teléfono roto, tal vez la parte donde Ronie rechazó a ese chico era cierta pero la razón por la que lo había hecho se había distorsionado cambiando la versión. Él no le había oído decir eso y no tenía sentido que de repente pensara así. Jimmy empezaba a sentirse aliviado, optimista. Cuando terminase la clase

le preguntaría a Ronie qué había sucedido y averiguaría si realmente le gustaban los mayores.

Sonó la campana anunciando el final de las clases. A diferencia de la hora anterior, en cuanto el sonido retumbó por los pasillos todos los alumnos recogieron las cosas a toda prisa y salieron disparados.

—Hasta la próxima... —dijo Norma colocándose las gafas, ni se esforzó en recitar los deberes para la semana siguiente.

Jimmy aligeró el paso para acercarse a Ronie, que estaba a punto de bajar las escaleras.

—Oye, Ronie. ¿Podemos hablar un momento? —preguntó nervioso.

—Por supuesto —dijo la chica con una sonrisa.

—Es sobre lo de...

—Eeeeeh, Ronie —interrumpió Christopher, mellizo de Álex, adelantándoles al bajar—. Así que te gustan los mayores, ¿eh? —preguntó divertido. Al parecer la vena cotilla era cosa de familia.

Ronie se rio nerviosa y agachó la cabeza.

—Sí... así es... —respondió con un hilo de voz.

Al escuchar su respuesta a Jimmy se le erizó la piel y el corazón le dio un vuelco. No podía creerlo, era cierto. En algún momento Ronie había dejado de sentir por él lo mismo que él sentía por ella, de querer las mismas cosas que durante tanto tiempo habían soñado. El espejo se había roto y en su lugar había un muro. Jimmy frunció el ceño intentando reprimir sus sentimientos. Christopher se alejó riendo y se encontró con su hermano en el hall.

Ronie miró a Jimmy un poco avergonzada de pensar que este hubiese escuchado lo que había pasado el día anterior con Rusty y trató de explicárselo.

—Por lo visto algunos chicos no necesitan conocerte demasiado para invitarte a salir —comenzó tratando de quitarle hierro al asunto

—. Cuando se declaró no sabía qué decir, no quería herir sus sentimientos, y lo primero que se me ocurrió fue...

—Madura de una vez —espetó Jimmy de forma seca.

Ronie se paró en seco petrificada. Jimmy nunca le había hablado así.

Cuando empezaron el instituto se encontraron con caras nuevas de alumnos repetidores y de otros que venían de otros colegios, muchos de ellos al conocerla y ver su particular forma de pensar, sus gustos, la habían tachado de «inmadura» todos esos años. Ronie al principio se sentía insegura pese a no querer darles poder para que ellos eligiesen por ella lo que le gustaba o no, pero siempre pudo contar con Jimmy. Él nunca la había juzgado ni reprochado su forma de ser hasta ese momento. Ronie se sintió estúpida por haber hablado con Rusty el día anterior, por no haber sabido llevar mejor la situación y por intentar explicársela a Jimmy, el cual sintió cómo Ronie se quedaba atrás a cada paso que daba. Sabía que sus palabras le habían hecho daño.

A la entrada del edificio, junto a la carretera, Hannah, Robin, Albert y Robert formaban un semicírculo en el lugar de siempre, esperándoles, pero Jimmy pasó de largo sin ni siquiera mirarles. Estaba dolido, enfadado y furioso consigo mismo por haberle dicho algo así a Ronie. A Jimmy siempre le había fascinado la forma de ver las cosas que ella tenía, le encantaba ver el mundo a través de sus ojos porque siempre encontraba lo bueno en todo. Sabía que atacar a su madurez era un golpe bajo puesto que Ronie siempre se había sentido insegura respecto a sus compañeros con ese tema, no le gustaba que la juzgasen ni que la tratasen de menos por ser como era.

«Eres idiota... Eres idiota por haberle dicho eso, por no haberte dado cuenta de que ya no ve las cosas como antes, por tener envidia de ese chico... pero sobre todo eres idiota por querer cambiar algo que no depende de ti». Se pasó todo el camino repitiéndose que Ronie no tenía la culpa, que era un caprichoso por no respetar las decisiones que tomara, y que el inmaduro era él si no

era capaz de dejar atrás esos sueños de la infancia. Pero no quería hacerlo. Algo en su interior le decía que si lo hacía el mundo se volvería gris. Ronie siempre le animaba, le inspiraba y gracias a ella tenía claro lo que quería hacer con su vida. Si la soltaba perdería lo mejor que había tenido nunca.

Cuando llegó a casa dijo que no tenía hambre, se encerró en su habitación y se tumbó en la cama a escuchar música deprimente. Una vez descartada la idea de que Ronie en realidad no pensaba así, puesto que lo había escuchado con sus propios oídos, Jimmy decidió que debía hacer lo único que podía hacer al respecto: aceptarlo. Si Ronie había sido capaz de limitar su relación, verle como un amigo más y aun así parecía tan feliz y risueña como siempre quizás él podría conservar la magia en su vida simplemente estando cerca de ella, daba igual cómo fuese. De lo que sí que estaba seguro era de que no quería dejar de jugar con ella, de reírse, de ir y volver juntos al instituto ni de quererla. Solo tenía que aprender a hacerlo de otra manera. Quizás entonces el dolor en el pecho, que a estas alturas le resultaba tan familiar, desaparecería.

Jimmy se levantó de la cama, se dirigió a su escritorio, arrancó un cacho de hoja y escribió algo que guardó en el bolsillo de su cazadora.

Al día siguiente salió de casa a la misma hora que de costumbre rezando para que Ronie estuviese allí. No le extrañaría que quisiera evitarle y tampoco la culpaba. Para su sorpresa al llegar al cruce se encontró con una chica castaña con un abrigo rojo delante de él. Jimmy inspiró hondo y se obligó a no bajar la vista. Caminar hacia ella mirándole, sabiendo que había actuado mal sería su castigo por lo del día anterior. Ronie apartaba la vista de vez en cuando, tenía las manos en los bolsillos y estaba más seria que de costumbre. Jimmy se paró frente a ella, sacó el papel del bolsillo y se lo extendió con una mirada de arrepentimiento. Ronie desdobló la hoja y leyó lo que ponía.

—Lo siento —dijo Jimmy al mismo tiempo—. Ayer... me porté muy mal, no quería decir eso. Ni siquiera lo pienso, es solo que... soy

idiota —concluyó. No había nada que excusase su comportamiento.

—Tienes razón, lo eres —dijo Ronie seria. Jimmy la miró aterrado, era consciente de que después de todo tal vez no le perdonaría jamás por lo que había hecho. Sentía que estaba a punto de darle un ataque al corazón cuando Ronie volvió a hablar—. Por pensar así. Lo que dijiste me dolió, y me enfadé un poco contigo... pero me alegra saber que no lo piensas de verdad. Y aunque así fuera te ibas a fastidiar porque si el que me gusten ciertas cosas o que piense a mi manera significa que soy una inmadura entonces pienso ser una inmadura toda la vida —dijo sonriente.

Jimmy sonrió alegre y en ese momento se dio cuenta de que estaba perdido. Ronie cada día le gustaba más.

ROBIN

Agosto de 2008

Robin pedaleó hasta la casa con la fachada azul que estaba al fondo de la calle. Cuando llegó a la entrada se bajó de la bici, la apoyó en la columna del porche y llamó al timbre. Unos sonrientes ojos marrones la recibieron con sorpresa al abrir la puerta.

—¡Robin! —exclamó Robert entusiasmado al verla—. ¿Cómo sabías que venía hoy?

—No lo sabía, vengo a ver a tu madre.

—Vaya... —Robert hizo una mueca y se rascó la nuca. Robin se rio.

—¡Es broma! Hablé con ella ayer y me dijo que volvías antes. ¿Qué tal por la ciudad? —preguntó Robin animadamente.

—Bien, sigue igual que siempre; muchos coches y mucha gente.

—¿Y tu padre?

—Bien, bien... ¿quieres que vayamos a dar una vuelta? Aviso a mi madre y voy a por la bici.

Robin quiso decirle que le esperaba dentro para saludar a su madre, pero el chico cerró la puerta en sus narices y se fue a toda prisa. Al cabo de unos minutos salió del garaje junto a su bicicleta.

—¿Vamos? —preguntó. Robin asintió y montó en su bici.

Robert y Robin quedaban a menudo para montar en bici, jugar al baloncesto o simplemente pasear por el pueblo donde él vivía, que estaba a unos cuantos kilómetros del de Robin y los demás. Robin

solía ir a visitar a Robert y a su madre a menudo. Para Ruth, Robin era la hija que nunca había tenido mientras que a Robin le encantaban los postres caseros que esta preparaba y el hecho de que tuviese muchos animales (tres gatos y dos perros eran el resto de los integrantes de la familia Cook).

Recorrieron la carretera y caminos de tierra que atravesaban hectáreas de campo que los agricultores usaban para cultivar. Los campos de trigo brillaban de dorado y los girasoles se alzaban buscando los rayos del sol. Robin había hecho ese recorrido cientos de veces, pero nunca había visto ese paisaje ya que no solía ir en esa época del año. Desde que sus padres se divorciaron Robert se repartía los fines de semana y las vacaciones para estar con su madre e ir a ver a su padre. Normalmente durante el verano Robert se quedaba con este durante el mes de agosto hasta el primer día de clase, pero aquel año había vuelto unas semanas antes. Robin se preguntaba si habría pasado algo entre ellos allí, recordó cómo Robert cambió de tema cuando mencionó a su padre y le preocupó que se estuviese guardando algo. Robert no era la clase de chico que expresaba sus sentimientos, no porque no quisiera hacerlo, sino porque al ser hijo único estaba acostumbrado a lidiar él solo con sus asuntos, y puesto que su madre ya tenía bastantes cosas en la cabeza nunca quería cargarla con las suyas. La única persona con la que solía hablar de temas como el divorcio de sus padres o cómo se sentía al respecto era Robin, a la cual le encantaba escucharle y le aconsejaba siempre que podía.

Cuando llegaron a un pueblo vecino se dirigieron a la plaza donde había una fuente a beber agua.

—Qué calor... —suspiró Robert pasando el dorso de la mano por la frente para limpiarse el sudor—. Aunque comparado con la ciudad esto parece una apacible tarde de primavera... el próximo día deberíamos ir al río a bañarnos —dijo recostándose en un banco junto a la fuente.

—Sería la primera vez este año.

—¿No has ido al río a bañarte? ¿Y qué has hecho para soportar este calor? —preguntó Robert atónito.

—Ser como un vampiro: vaguear de día y vivir de noche. Pongo las persianas de casa en modo cueva y me tumbo delante del ventilador a ver la tele hasta que se pone el sol, entonces salgo a la calle. He redescubierto el encanto de las *TV movies* y los paseos nocturnos.

—Yo en la ciudad iba a la piscina todos los días... Bueno y ¿qué tal los demás? ¿Qué han hecho desde que me fui?

—No estoy segura, no nos hemos visto gran cosa, solo nos reunimos un par de veces. Por lo que sé Ronie queda con Hannah casi todos los días, especialmente los fines de semana. Igual que durante el curso, quitando la época cineasta de Jimmy, Hannah siempre sale con Ronie o quedan en su casa. De Jimmy no sé mucho, Albert me comentó que sus padres quieren que vuelva a hacer atletismo o que practique algún deporte para conseguir una beca de cara a la universidad. Y Albert cuando no quedaba con Jimmy quedaba conmigo, es con el que más he estado.

—Pero bueno, ¿es que sin mí no sabéis divertiros? ¡Soy el pegamento que mantiene unido este grupo! —bromeó. Robin se rio.

—Tenían otros planes, o cosas que hacer... Era increíblemente complicado reunirlos a todos, ni el anillo único habría podido.

—Al parecer yo sí —dijo con una amplia sonrisa. A Robin le encantaba verle sonreír así.

A medida que el sol se escondía el calor empezaba a disminuir, Robert y Robin montaron de nuevo en sus bicis y desanduvieron el camino de vuelta a casa. Cuando llegaron la madre de Robert les esperaba con galletas caseras recién horneadas y una refrescante ensalada de pasta. Robert se abalanzó sobre el plato como si llevase una semana sin probar bocado.

—Mamá, eres la mejor *cofinera fel munfo*... —dijo con la boca llena.

—¡Rob! —le regañó su madre, una preciosa mujer de pelo rojizo cuyo parecido físico con el chico delataba el parentesco. La piel clara de Robert y sus preciosos ojos marrones, a veces tan claros que parecían dorados, eran un regalo genético de su madre. De su padre había heredado el pelo oscuro y la nariz chata.

—Lo siento, es que está muy rico —se disculpó.

Robin observaba la escena con ternura. Robert, pese a lo rebelde o pasota que pudiese ser en clase, se preocupaba muchísimo por su madre y siempre trataba de ayudarla en todo lo que podía en casa, el trabajo o cuidando de los animales. Ruth era peluquera en el pueblo donde vivían y de vez en cuando Robert pasaba las tardes haciendo inventario en el local o en casa ocupándose él de las tareas.

Acabaron la ensalada, Ruth sirvió las galletas mientras Robert recogía los platos y se quedaron comentando anécdotas divertidas de las señoras que iban a la peluquería (como cuando la señora Hickins, cansada de su canoso pelo blanco, decidió teñírselo de color verde convirtiéndose así en la sensación de todo el pueblo).

Cuando acabaron de cenar Robert y Robin fueron a ver una película al salón. Al terminar Ruth anunció que estaba cansada y que se iba a la cama mientras que Robert y Robin salieron al patio de la casa, que era casi tan grande como esta. Se tumbaron en la hierba y miraron las estrellas. La luz de la cocina era lo único que alumbraba el exterior así que se veían perfectamente. A Robin y Robert les encantaba tumbarse ahí mientras conversaban o simplemente observar el cielo en silencio.

Robin y Robert se conocieron en el jardín de infancia, aunque no eran especialmente amigos, más bien todo lo contrario. No pasaba un día sin que se peleasen por los juguetes. Con el tiempo aprendieron a compartir y eso hizo que se volviesen grandes amigos ya que tenían aficiones en común; a los dos les gustaban los deportes y las figuras de acción. Un par de años después, en parvulitos, Robert cogió por sorpresa a Robin cuando jugando en el recreo le preguntó si quería ser su novia. Al principio la niña se

quedó desconcertada, pero quería tanto a Robert y se lo pasaba tan bien con él que al momento le encantó la idea. Y así fue como durante los siguientes cuatro años Robin y Robert fueron novios, hasta que en cuarto los dos decidieron que eran demasiado mayores como para seguir siéndolo y que volvían a ser amigos. Para Robin realmente esas etiquetas no cambiaban nada, ella seguía queriendo a Robert como el primer día y le encantaba pasar tiempo con él, daba igual si era de novios, o como su mejor amigo. Pasaron los años y su relación se mantuvo igual, tener un grupo de amigos en común hacía que se viesen aún más a menudo y cuando a Robert le regalaron la bicicleta lo primero que hizo fue ir a visitar a Robin. En cuanto a las relaciones ambos podrían decir que la persona más importante de sus vidas eran el uno del otro. Robin no estaba especialmente interesada en los chicos, su principal interés eran los deportes y procuraba sacar buenas notas, y Robert aunque no trabajase mucho en clase con el tiempo se había puesto las pilas y a final de curso aprobaba casi todas las asignaturas. El tema chicas era algo de lo que no hablaba con Robin, la cual en ocasiones se preguntaba si era porque, igual que le pasaba a ella, no había ninguna que le gustara especialmente o porque la había pero no quería hablar de ello. A juzgar por cómo le conocía seguramente fuese lo primero. Robert era de los que no se cortaba en piropear a una chica guapa, la palabra «vergüenza» no formaba parte de su vocabulario y tenía mucho desparpajo para hablar con el sexo opuesto, aunque estas solían interpretar sus comentarios como gracietas y ahí quedaba la cosa.

Robin y Robert siempre encontraban tiempo para pasar el uno con el otro más allá de las clases y su grupo de amigos, por eso desde que Robin cumplió once años todos los veranos el día antes de que Robert se fuese a pasar el resto de las vacaciones con su padre, Robin iba a visitarle, daban una vuelta en bici, jugaban un uno contra uno al baloncesto, su madre preparaba el plato favorito de Robert y el postre favorito de Robin, veían una peli y cuando acababa salían al patio a tumbarse y ver las estrellas. Durante esa

época del año había una lluvia de perseidas y Robin y Robert competían a ver quién veía más.

Robin inspiró hondo. Ese era su santuario, no había lugar en el mundo en el que se sintiese tan en paz como tumbada sobre la hierba mirando el cielo junto a Robert.

—No quiero ser corta rollos... —le desembelesó Robert— pero tal vez deberías irte. Es muy tarde y aunque tus padres nunca te echan la bronca por llegar tarde siempre hay una primera vez y podrían castigarte.

Robin frunció el ceño y giró la cabeza para mirar a su amigo, que movía nervioso las manos sobre el pecho. Entonces Robin empezó a reírse.

—¿Te-te hace gracia? —Robert le miró atónito—. Encima de que me preocupo por ti. A lo mejor deberían castigarte más a menudo para que te lo empieces a tomar en serio. Puede que me hayas visto con buena actitud ante los castigos pero son más duros de lo que te imaginas... —dijo el chico poniéndose a la defensiva.

—¿No quieres que me castiguen porque te preocupas por mí o porque si lo hicieran no podría venir a verte? —adivinó ella.

Robert se quedó en silencio unos segundos.

—Bueno... las dos cosas.

—Tranquilo, estamos de vacaciones. Para mis padres, mientras los estudios vayan bien, todo va bien. Y yo este año he cumplido, he aprobado todas y dos de ellas con nota —se enorgulleció.

—Educación física no cuenta —trató de picarla Robert.

—¡Tú ni siquiera has aprobado todo! —protestó Robin.

—¡Eh! Este año ha sido el año más difícil de cuantos he vivido en mi carrera estudiantil y solo he suspendido una. Pero es que... Las matemáticas son unas egoístas integrales, son como ese amigo interesado que siempre habla de sí mismo. ¡Yo también tengo

problemas! Deberían intentar entenderme, pero en lugar de eso se pasan el día queriendo que resuelva los suyos.

—Vaya, bonita metáfora. Con razón has aprobado lengua este año.

—¿Qué es una metáfora? —bromeó Robert.

Los dos empezaron a reírse y estuvieron charlando lo que para ellos pasó como un suspiro. A altas horas de la madrugada Robert acompañó a Robin a la entrada y se quedó apoyado en el marco de la puerta mirándola. Sus ojos entrecerrados mostraban lo cansado que estaba. Robin se montó en su bici y dedicó una sonrisa al chico.

—Que descanses, Rob. Te quiero —se despidió Robin.

—Yo también te quiero —respondió él.

Robin condujo de vuelta a casa disfrutando al sentir el aire sobre su piel, alborotándole el pelo. Cuando llegó guardó la bici en el garaje y subió las escaleras a su habitación sin hacer ruido para no despertar a sus padres. Una vez dentro cerró la puerta y encendió la luz. Su habitación no era lo que se esperaría del cuarto de una chica, de hecho en más de una ocasión cuando sus padres tenían visita y les enseñaban la casa, al pasar por su cuarto comentaban «no sabía que teníais un hijo». Habían aprendido a reírse de aquella situación y lo consideraban una anécdota tan divertida que muchas veces eran ellos mismos los que se adelantaban al decirlo.

Cuando Susan, la madre de Robin, se quedó embarazada, el doctor informó al matrimonio Reed de que tendrían un precioso hijo. La sorpresa cuando el bebé llegó al mundo fue mayúscula. Sus padres se habían pasado todo el embarazo hablándole a la barriga refiriéndose a «él» como «Robin» y no iban a cambiarlo en el último momento. De modo que los Reed abrazaron a su hija y su bonito nombre. Cuando Robin llegó a casa la recibieron paredes de color azul con un montón de ropa y juguetes de niño. Con el paso del tiempo sus padres trataron de darle otras muñecas y reestilizar su habitación, pero a Robin le gustaba así. Para ella no existían los juguetes de niño o de niña, solo aquellos con los que era divertido jugar o con los que no. ¿Por qué iban a decidir sus padres qué

juguetes le correspondían si era ella la que iba a usarlos? Igual que los colores, para Robin no existían femeninos o masculinos sino colores que le gustan o colores que no, y el azul era su favorito.

Sin embargo esa forma de pensar hizo que en el colegio, especialmente las niñas de otras clases, le llamasen marimacho o se metiesen con ella por ser «poco femenina». Robin no entendía por qué las chicas debían vestirse o tener ciertos gustos para ser consideradas femeninas y por qué sobre todo eran ellas las que se encargaban de hacerle saber que no lo era. Robin se sentía femenina y tenía la confianza suficiente en sí misma como para que cada vez que trataban de ofenderla metiéndose con alguno de esos aspectos en lugar de desanimarla se enorgulleciese de ello. Ser femenina para Robin significaba ponerse ropa que le gustase, con la que estuviese cómoda y disfrutar de su pasión por los deportes. Algunos chicos también la incordiaban, pero en general había descubierto que era más fácil ser amiga de estos. A ellos les gustaba que se le diesen bien los deportes y siempre la querían en su equipo, les daba igual si llevaba vaqueros o un vestido.

Robin se miró en el espejo que había al fondo de la habitación y sonrió. Le gustaban su piel rosada, sus cejas finas, las cuales daban un aspecto duro a su expresión, sus ojos claros y sus labios carnosos. Era una chica guapa, y ni la ropa que llevase ni los gustos que tuviese podían cambiar eso.

Robin posó las llaves en el escritorio, que estaba pulcramente ordenado, y se fijó en uno de los marcos que tenía sobre él. Era una foto de su clase de segundo de primaria donde estaban disfrazados por Halloween. En ella aparecían todos sus amigos; Robert disfrazado de pirata, a su lado Robin de Batman, Hannah de Hermione, Albert de mimo (le iba como anillo al dedo), Ronie de mariquita y Jimmy de lobo. Robin cogió el cuadro y lo observó con nostalgia. Dejó la foto de nuevo en su sitio y miró las otras que tenía sobre la mesa. Todas esas eran sus fotos favoritas, aunque estaba tan acostumbrada a tenerlas ahí que no se había parado a mirarlas muy a menudo. Junto a la foto de Halloween había otros dos

cuadros más. Una era de cuarto de primaria, en ella salía Hope, la que fue su tutora de ese año, posando junto a sus alumnos los cuales mostraban a la cámara su belén hecho con cartulina. La otra era una foto de sexto de primaria que les sacaron para despedir sus años en el colegio Montreal. En la pared encima del escritorio tenía pegadas tres fotos más que correspondían a cada año en secundaria, la clásica foto que les hacían para la revista del instituto a final de curso. Robin se acercó para mirarlas con atención y sonrió al ver que en todas y cada una de las fotos que tenía, Robert y ella estaban uno al lado del otro, igual que Jimmy y Ronie. Entonces se fijó en algo que le llamó la atención: en las fotos de primaria Ronie y Jimmy aparecían juntos, pero a partir de secundaria cada uno estaba a un extremo.

Cuando conoció a Jimmy en el jardín de infancia, este le pareció un chico bastante solitario, no porque no se relacionase con los demás, sino porque parecía estar en su propio mundo. Robert y Albert pasaban mucho tiempo con él pero era como si aceptase su presencia allí más que les invitase a estar. Aunque eso cambió cuando llegó Ronie, desde ese día los dos se habían vuelto inseparables y por primera vez Jimmy parecía querer compartir su mundo con alguien más. Y así fue durante muchos años, Robin no tenía un solo recuerdo del colegio donde Ronie y Jimmy no estuviesen juntos. Pero al poco de empezar el instituto pasó algo que hizo que dejase de ser así. Ya no orbitaban uno alrededor del otro en perfecta armonía como un planeta y su satélite. Durante un tiempo parecían torpes en cosas cotidianas como hablar entre ellos. Era como si se acabasen de conocer, como si tuviesen que aprender a relacionarse de nuevo. Nadie en el grupo había encontrado explicación a aquel cambio de actitud tan repentino, aunque tampoco es que hablasen mucho del tema.

Robert lo achacó a la edad del pavo, Hannah decía que no era asunto suyo y Albert directamente no opinaba al respecto. Robin en cambio pensó que, al igual que ella y Robert en su día, ambos habían decidido dejar de ser novios, o quizás ya no podían serlo y se sentían incómodos. Aunque no le parecía una teoría muy

consistente, ya que para Robert y ella no fue raro volver a ser amigos. Daba igual el nombre que se pusiera a su relación, eran Robin y Robert, siempre se habían querido, siempre se habían entendido y divertido juntos y eso no había etiqueta que pudiese cambiarlo. Quizás el problema que habían tenido Jimmy y Ronie fue que tardaron mucho en tomar esa decisión y ya no sabían cómo volver a ser amigos.

Robin suspiró, no tenía sentido buscar explicación a algo que no podría confirmar. Fuera como fuese se alegraba de que en su caso la relación con Robert no se hubiese vuelto extraña, que esas cosas de niños o el tiempo no hubiesen cambiado sus sentimientos. Robin se tumbó en la cama y cogió la foto de su mesita. La había sacado el verano pasado, en ella aparecían ella y Robert. Sonrió. «Cómo me alegro de tenerle en mi vida» pensó. Y sin darse cuenta se quedó dormida.

Al día siguiente después de comer Robin estaba en salón viendo la tele con su padre cuando sonó el timbre.

—Robin, ¿puedes ver quién es? —preguntó Susan desde la cocina.

—Voy... —respondió su hija levantándose del sofá.

Cuando abrió la puerta se encontró con la gran sonrisa de Robert, estaba montado en su bici.

—Esta escena me suena pero al revés —comentó Robin, divertida.

—Entonces ya sabes lo que toca; coge tus cosas y monta en tu bici, vamos a bañarnos al río.

Robin se rio y miró al cielo.

—Pero si está nublado y el pronóstico dice que va a llover.

—¿Y eso qué más da? No has ido en todo el verano y eso no puede quedar así. Vamos, no me hagas esperar —la persuadió el chico.

Robin obedeció, subió a su habitación a cambiarse, metió una bolsa de plástico y algo de comer en la mochila y bajó a toda prisa al garaje a por su bici. Robert la recibió de nuevo con una sonrisa al verla y emprendieron la marcha.

A unos cuántos kilómetros de allí siguiendo el río había un claro de hierba donde este se ensanchaba y parecía una piscina fluvial. Robin, Albert y los demás solían quedar al menos una vez al año allí para bañarse desde que empezaron el instituto, aunque aquel verano no había sido así.

—¿Has hablado con Ronie, Albert y estos? —preguntó Robin.

—No van a venir.

—Creía que eras el pegamento que unía este grupo —dijo Robin con retintín.

—No les he avisado.

La respuesta de Robert la pilló por sorpresa y Robin no supo qué decir. Había algo raro en él a parte del hecho de que no había replicado con una gracieta o hecho ningún comentario sarcástico.

Cuando llegaron al río se tumbaron sobre sus toallas y estuvieron jugando a las cartas ya que el sol no calentaba lo suficiente como para bañarse. Al cabo de un rato Robert llegó a la conclusión de que no haría más calor a medida que pasasen las horas, así que era momento de meterse. Robin le siguió, el agua estaba helada pero una vez dentro era preferible permanecer allí a salir a la orilla. Estuvieron nadando y jugando cuando de pronto empezó a llover. Los dos se echaron a reír. Como ya estaban mojados y no tenía sentido salir del agua para buscar refugio, más que nada porque no lo había, siguieron bañándose hasta que la lluvia paró.

Robert fue corriendo hasta su toalla y se tumbó tiritando.

—Así que así es como se sentía Jack en la película de Titanic.

Robin abrió su mochila y sacó dos toallas que tenía metidas en una bolsa de plástico.

—Toma —dijo Robin lanzándole una de las toallas y usó la otra para envolverse—. Te dije que iba a llover así que he venido preparada.

—Y por eso te quiero —dijo Robert cubriéndose por completo con la toalla que le había pasado Robin.

Robin sonrió. Robert y ella se decían «te quiero» desde pequeños. Cuando Robin era pequeña escuchaba a sus padres una y otra vez decirse que se querían, y también se lo decían a ella. A Robin le encantaba cada vez que lo hacían. Para ella «te quiero» significaba que esa persona formase siempre parte de tu vida y que pasara lo que pasara podías contar con ella. Un día, al poco de que ella y Robert se hiciesen novios, estaban jugando en el patio de la casa de este cuando Robin le dijo por primera vez «te quiero». A partir de ese día cada vez que se despedían lo hacían diciendo esas palabras, y aunque unos años más tarde dejaron de ser novios, ambos seguían sintiendo lo mismo el uno por el otro así que decidieron conservarlo. Sin duda Robert era una de las personas a las que más quería Robin.

Robert hurgó en su mochila y sacó un bocadillo, retiró el envoltorio y pegó un mordisco. Tras unos segundos hizo una mueca.

—Está blandurrio... —lloriqueó.

—De verdad, ¿quién planea pasar el día al aire libre y no se preocupa del tiempo que va a hacer para tomar medidas?

—Emm... ¿la *fente forfal*? —dijo Robert con un enorme trozo de pan en la boca.

—Toma... —dijo Robin sacando unas barritas de proteína de una segunda bolsa de plástico donde, previsoramente, había guardado su almuerzo. Robert aceptó su ofrenda y de un mordisco arrancó media barrita.

—Ummmm... delicioso.

—Tu madre tiene razón; en un apocalipsis zombi no durarías ni cinco minutos.

—¿Insinúas que en vez de ser el tío que dispara a los zombis desde una camioneta yo sería uno de esos zombis a los que un tío dispara desde una camioneta? —preguntó totalmente en serio y a continuación pegó otro mordisco a su bocadillo blandurrio—. *Forfe eso fe folería.*

—Necesitarías a alguien que estuviese cuidando de ti constantemente.

—Para tu información cuando fui con mi padre de acampada este verano durante una semana en medio del bosque sin civilización en un radio de veinte kilómetros me las apañé bastante bien.

—¿Eras tú el que conseguía la comida?

—No.

—¿Quien preparaba el fuego?

—No.

—¿El que sabía orientarse?

—No... pero un día me comí unas bayas que resultaron ser venenosas y gracias a eso nos marchamos antes. Nos salvé del aislamiento, ¿qué dices a eso? Bueno, le fastidié la pedida a de mano a mi padre pero Norah no lo sabe así que...

—Espera, espera, ¿tu padre se va a casar? ¿Por qué no me lo has dicho?

Robert se mordió el labio y al cabo de unos segundos soltó un suspiro.

—No quería hablar de ello... Mi padre tenía planeado pedirle que se casara con él el último día de la acampada. Yo no lo sabía, no pienses que me comí las bayas aposta para fastidiarle porque aunque eso es algo que me pegaría hacer por aquel entonces no lo sabía... Me lo dijo después en el hospital.

—¡¿Estuviste en el hospital?! —preguntó Robin cada vez más atónita.

—Bueno, Robin, eran unas bayas venenosas y te aseguro que, de todas las opciones posibles, ese era el mejor sitio al que ir a parar. Pero la cuestión no es esa. —Robert suspiró y se puso serio de nuevo, igual que el día anterior al mencionar a su padre y ese mismo día de camino al río—. Solo llevan dos años y medio saliendo y ya van a casarse. No sé, sé que no es asunto mío pero me parece poco tiempo... tú y yo nos conocemos desde hace mucho más. Me parece precipitado, ¿cómo le sentará a mi madre saberlo? Y si algo sale mal entre ellos ¿se mudará otra vez? O peor aún ¿y si sale bien y...? —Robert no acabó la frase.

Robin entendió entonces por qué Robert había evitado el tema de su padre el día anterior. Robin pensó que tal vez de forma inconsciente sí que quisiera hablar de ello, después de todo ese día solo había quedado con ella. La relación de Robert y su padre era complicada, aunque a ambos les encantaba pasar tiempo juntos desde que sus padres se habían divorciado y este se había mudado a la ciudad por trabajo Robert se sentía abandonado por su parte. No quería reconocerlo para no comportarse como un niño pequeño y para no poner triste a su madre, pero le echaba mucho de menos y tenía miedo de que algún día dejase de importarle como antes, que formase una nueva familia.

Robin se levantó y se sentó en la toalla junto a Robert.

—Rob, escucha. Tu madre es la persona más fuerte que conozco y se alegrará por tu padre cuando lo sepa. Al menos sabrá entenderlo, ella también ha tenido otras parejas, igual que él, y si quiere casarse con Norah supongo que será porque cree que ella es la definitiva.

—También creía eso con mi madre... —susurró Robert.

—Las cosas no siempre resultan como planeamos, pero de esa relación salieron muchas cosas buenas. Tú para empezar. Cuando algo no funciona, sea por lo que sea, lo más responsable es dejarlo aunque duela, y también lo más difícil. Tu padre ya ha pasado por eso y en ese momento lo hizo lo mejor que pudo, pero si la cosa con Norah no funciona sabrá llevarlo mejor. Aunque, tanto si sale bien como si no, tú siempre serás su prioridad.

—Pero si se casa con ella querrá tener una familia.

—Tú eres su familia, y te prometo que nada puede cambiar eso. Además, desde aquel año en el campamento del colegio tu padre siempre ha venido a pasar tu cumpleaños contigo y con tu madre, ¿verdad? —Robert asintió—. Y en vacaciones siempre se organiza para poder estar contigo, igual que haces tú con él.

Robert se quedó en silencio. Robin tenía razón, pese al divorcio su padre siempre había estado ahí para él, incluso cuando se mudó eso no había cambiado la frecuencia con la que se veían, de hecho hablaban más a menudo por teléfono.

—¿Por eso has vuelto antes este verano? ¿Porque te dijo que quería casarse con ella?

—Sí... —admitió Robert avergonzado—. Cuando supo que yo no estaba de acuerdo dijo que esperaría para hacerlo y no quería pasarme dos semanas más allí sabiendo que era culpa mía que no lo hiciese. Creerás que soy idiota.

—Oh, no te preocupes, lo creía mucho antes de esto.

—Robin, lo he dicho para que me consolaras, no para que me dieses la razón. ¿Acaso no ves que necesito apoyo? —dijo haciéndose el ofendido. Ambos empezaron a reírse—. Gracias, Ro.

—De nada, Rob —dijo sonriéndole con sus preciosos ojos azules.

Robert se inclinó para darle un beso en la cabeza. Sin saber por qué, Robin sintió que sus mejillas se calentaban.

Cuando estuvieron más o menos secos recogieron las cosas y emprendieron el camino de vuelta a casa. Pedalearon en silencio disfrutando de la compañía el uno del otro y disfrutando del paisaje. Robert acompañó a Robin a su casa, esta dejó la bici en el garaje junto a la mochila y salió a despedirse de él.

—He estado pensando —dijo cuando la vio acercándose— sobre lo que dijiste... voy a contárselo a mi madre y voy a llamar a mi padre para decirle que me parece bien.

—Me alegro.

—Eres una chica lista, Reed. ¿Qué haría yo sin ti?

—Comerías bocadillos blandurrios y no sobrevivirías a una invasión zombi —respondió divertida. Robert le sonrió.

—Te quiero —dijo Robert.

—Te quiero —respondió Robin.

Robin se quedó de pie frente a la puerta viendo cómo Robert se alejaba.

—Qué extraño —dijo para sí—. ¿Desde cuándo tiene la espalda tan ancha?

HANNAH: UNA HISTORIA DE AMOR

Octubre de 2009

Hannah cerró su cuaderno de matemáticas y lo guardó de nuevo en la mochila. Miró el reloj de su mesita, marcaba las 16:00. Frunció los labios y subió el volumen de la música que tenía de fondo. Faltaba una hora y media para que Ronie fuese a su casa y ahora que había terminado los deberes no sabía cómo pasar el rato hasta entonces. Hannah se acercó hasta la cama y se dejó caer de espaldas, permaneció unos minutos mirando el techo mientras escuchaba la letra de la canción que sonaba. *«Romeo, sálvame, me he sentido muy sola. Sigo esperando por ti pero nunca llegas. ¿Está esto en mi cabeza? No sé qué pensar...».* No pudo evitar sonreír al escuchar esa parte, esa canción expresaba exactamente cómo se sentía. Bueno, su familia y la de Jimmy no estaban enfrentadas. No vivía en un gran palacio y su historia con él no seguía igual que esa estrofa, con Romeo apareciendo por sorpresa para decirle que también la quería y que podían estar juntos. Pero eso no impedía a Hannah soñar con que fuese así, desear estar viviendo un romance de cuento y que este tuviese un final feliz. Ella la princesa y Jimmy el príncipe. Desafortunadamente Hannah consideraba que le faltaba mucho para ser la princesa de una historia. Para empezar; la belleza. Ronie, por ejemplo, era una de las chicas más guapas de su clase (junto a Betty y Cheyenne, que habían llegado nuevas al instituto el año pasado) sin embargo Hannah no se encontraba entre los puestos más altos en la lista «las chicas más guapas de cuarto de

secundaria». No es que el físico lo fuese todo pero hacía estragos en la confianza de Hannah a la hora de acercarse a hablar con Jimmy y eso le impedía mostrarle todo lo demás. Hannah se preguntó lo absurdo que era que, pese a no haber estado nunca con él en un sentido romántico, a que su relación se limitase a la amistad y que él no tuviese ni la más remota idea de lo que Hannah sentía, ella tuviese esos sentimientos por él. Pero para Hannah una relación no se medía por el tiempo que hubieses pasado con esa persona, o durante cuánto tiempo estuviesen saliendo. A veces puedes enamorarte de alguien y, al menos por lo que las canciones, películas y novelas románticas le habían enseñado, podías sufrir los mismos altibajos que en cualquier relación «real». Una relación es una entrega incondicional de uno mismo, con virtudes y defectos, a la otra persona. Hannah ofrecía esos mismos sentimientos de forma totalmente incondicional, no necesitaba que Jimmy le correspondiese para sentir lo que sentía por él, para ver todas las cosas buenas que tenía. Cada vez que bromeaban en el recreo, cuando comentaban los deberes, los exámenes o hablaban de sus grupos de música favoritos Hannah se sentía la chica más feliz del mundo y para ella todos esos momentos eran especiales, lo que hacía que ella también se sintiese especial.

Hannah se desembelesó y volvió a escuchar la canción, inspiró hondo y se levantó. Subió aún más la radio, cogió uno de los rotuladores fluorescentes que tenía en el escritorio para subrayar apuntes, lo colocó delante de la boca a modo de micrófono y comenzó a bailar haciendo como que era ella la que cantaba la canción. Incluso cuando esta acabó y aunque no se sabía la letra de la siguiente, siguió saltando y bailando al ritmo de la música hasta que su madre llamó a la puerta de su cuarto. Dos golpes y entró, igual que siempre. Hannah paró de saltar inmediatamente y guardó el rotulador a su espalda algo avergonzada.

—Hannah, cielo, ¿por qué tienes la música tan alta? ¿No has escuchado el timbre? Ronie acaba de llegar, está abajo.

Hannah miró el reloj de la mesita, marcaba las 16:22. Se suponía que hasta las cinco y media no iría a verla.

—Perdona... —dijo Hannah apagando la radio—. Ahora bajo.

Hannah recogió la habitación después de su particular concierto privado (lo que no le llevó más que un par de minutos) se arregló un poco el pelo y bajó las escaleras. Ronie la estaba esperando en el salón.

—¿Cómo has venido tan pronto? —preguntó. Entonces se fijó en que tenía la mochila junto a sus pies.

—No entiendo nada de los ejercicios de mates... ¿podrías explicarme cómo se hacen?

Hannah se sonrió. Le encantaba enseñar a otros y sentirse útil. No era la primera vez que ayudaba a Ronie con los deberes, de hecho muchas veces antes de los exámenes quedaban para estudiar juntas. Para ser sinceros a Ronie las mates le costaban un horror, pero Hannah valoraba sus ganas de aprender. Cada vez que sacaba un suficiente lo celebraban como su hubiese sacado una matrícula de honor. Ronie y Hannah subieron a la habitación de la chica rubia y allí esta le explicó cómo se hacían los ejercicios y la ayudó a entenderlos. Al cabo de un par de intentos Ronie había resuelto correctamente todos los problemas y terminado los deberes.

—¿Ves? Las matemáticas no tienen pérdida; cuando te sabes la fórmula el resultado siempre es el mismo. En lengua o sociales varias definiciones pueden decir lo mismo, pero en mates solo hay una respuesta correcta —dijo Hannah.

—Dicho así suena interesante y todo... pero es que justo cuando le estaba cogiendo el tranquillo a los números empezaron a meter letras —resopló Ronie.

Hannah se rio.

—¿Te apetece jugar al ordenador?

—¡Estaba deseando que lo dijeras! —exclamó Ronie.

Las chicas bajaron al despacho de John, el padre de Hannah, que era donde tenían el ordenador, Hannah se sentó a los mandos y Ronie colocó una silla a su lado. Se pasaron el resto de la tarde haciendo misiones y cazando criaturas para subir de nivel a su personaje. Sin apenas darse cuenta los padres de Hannah volvieron a casa de su religioso paseo nocturno, lo que significaba que era la hora de hacer la cena.

—Ronie, ¿sigues aquí? Se está haciendo un poco tarde —preguntó Dory al entrar en el despacho.

—Lo siento, estaba tan distraída farmeando que se me fue el santo al cielo. —Dory la miró desconcertada y Hannah trató de aguantar la risa. Ronie sonrió al ver que su amiga se divertía—. En ese caso... ¿te gustaría quedarte a cenar? — preguntó la mujer.

—¡Sí! No creo que a mis padres les importe, ¿puedo llamar para avisarles?

—Claro, ahí tienes el teléfono —dijo señalando al mueble que había a su espalda.

Tal y como Ronie supuso Michael y Yohana le dieron luz verde para quedarse a comer con la familia Davis. Ronie colgó el teléfono loca de contenta y Hannah y ella se pusieron a bailar agarradas de las manos para celebrarlo. Pese a sus años de amistad y que las dos eran mejores amigas lo cierto es que no solían quedarse a cenar la una en casa de la otra, salvo en ocasiones especiales, lo que automáticamente convirtió ese día en una ocasión especial. Dory y John estaban en la cocina preparando las cosas para la cena, a juzgar por el alboroto se imaginaban que la respuesta había sido afirmativa. Hannah y Ronie entraron en la sala con una enorme sonrisa y se ofrecieron a ayudarles a preparar la cena. Los padres de Hannah eran una pareja entrañable, como sacados de un cuento, John era muy alto con escaso pelo de color blanco y Dory de baja estatura (igual que Hannah) con el pelo corto castaño. Ambos eran unos cocinitas y les encantaba probar recetas nuevas cuyo ingrediente principal siempre era verdura. A Hannah le encantaba pasar rato todos juntos y de vez en cuando les ayudaba a preparar

la comida, aquel día lo hizo porque estaba Ronie y pensó que sería divertido.

Una vez acabaron de cenar recogieron la mesa, John y Dory se quedaron en el salón viendo un concurso en la tele y Ronie acompaño a Hannah a su cuarto. La rubia encendió la lámpara de su mesita y toda la habitación se iluminó de un tenue rojizo.

Ronie se detuvo a mirar las fotos que Hannah tenía pegadas en la puerta de su armario con una sonrisa de nostalgia. Algunas pertenecían a su época en el colegio, como la de Halloween, la que les dieron a todos en sexto de primaria cuando Rey propuso la revolucionaria idea de hacer un dibujo a modo de despedida, o del verano de ese mismo año en el río junto a Robin, Albert, Robert y Jimmy. A partir del instituto tenía unas cuantas en las que solo salían Hannah y ella.

—No puedo creer que llevemos tres años siendo mejores amigas —dijo Ronie—. Aunque nos conocemos desde algunos más.

—Sí, yo diría que desde hace el mismo tiempo tus notas en mates empezaron a mejorar...

—De haber empezado a quedar durante el colegio es probable que ahora estuviese yendo a una buena universidad. Sería tan lista que me habrían adelantado varios cursos.

—La alumna supera al maestro —le siguió la broma Hannah.

Las chicas se rieron y volvieron a quedarse en silencio.

—Nunca te he dado las gracias por haberme invitado a venir a tu casa al poco de que empezásemos el instituto. Por aquel entonces no lo estaba pasando demasiado bien y tú me ayudaste a cambiar eso. Gracias.

Hannah le respondió con una pequeña sonrisa. Precisamente ese mes hacía tres años desde que Hannah había empezado a quedar con Ronie, desde que Jimmy y ella empezaron a comportarse de manera tan diferente entre ellos.

Hannah se había pasado toda su vida observando a Jimmy y cuando llegó Ronie pasó a observarlos a ambos, por eso, al poco de empezar el instituto, notó cómo la relación entre ellos cambió radicalmente de un día para otro. Dejaron de hacer cosas cotidianas como sentarse juntos en el recreo, ir a verse el uno al otro durante los cinco minutos entre clases, no quedaban por las tardes... Tanto Jimmy como Ronie parecían más tristes, desorientados. Entonces Hannah empezó a invitar a Ronie a su casa para que quedasen a jugar a la consola, o a estudiar, ver una peli... No fue porque quisiera averiguar nada, de hecho cuando Robin les preguntó a Albert, Robert y ella si los notaban raros y si sabían el motivo Hannah se limitó a decir que no era asunto suyo, porque realmente así era. No podía negar que en el fondo se preguntaba cuál era la razón y en parte le gustaría saberlo, pero le daba miedo la respuesta. Ronie le caía bien y Hannah sabía lo que era sufrir por tus sentimientos, por Jimmy, así que trató de animarla o al menos intentar que tuviese otras cosas en las que pensar. Pareció funcionar porque con el paso de los días Ronie poco a poco volvió a estar prácticamente tan animada como siempre.

Hannah seguía queriendo estar con Jimmy, dejar de ser una espectadora, pero no tenía valor suficiente para acercarse a él y decirle lo que sentía, de modo que optó por «vetarlo». Si Ronie sabía que a ella le gustaba Jimmy, como amiga suya, tendría que respetarlo. Ya no habría vuelta atrás. Por lo que un día en educación física, mientras sus compañeros jugaban al fútbol, Hannah decidió darse pie preguntándole a Ronie quién le gustaba. Ni siquiera le dio tiempo a responder antes de que ella dijera: «A mí Jimmy». Nunca lo había dicho en voz alta, hasta ese momento nadie más lo sabía, pero ese día Ronie lo supo. Esa fue la única vez que hablaron del tema, Hannah no volvió a mencionarlo y Ronie tampoco lo hizo. Se podría decir que esa era la única diferencia entre ellas y otras mejores amigas cualquiera.

Al cabo de un rato los padres de Ronie llamaron para recordarle que tenía casa, así que Hannah acompañó hasta la entrada a su amiga y se despidieron hasta el día siguiente en clase. Hannah subió

de nuevo a la habitación y se tumbó sobre la cama, igual que aquella tarde pero esta vez sin música. Aunque la letra de aquella canción seguía sonando en su cabeza. Ella también quería vivir su propia historia de amor.

Al día siguiente Hannah se sentó en su pupitre y empezó a sacar los libros.

—Hola, Hannah.

—Hola... —Hannah levantó la vista y se quedó paralizada al ver a Jimmy—. ¿Qué tal llevas los ejercicios de matemáticas? —preguntó algo tímida. Hannah siempre recurría a los exámenes, los deberes o las mates como tema de conversación para hablar con Jimmy. Se ponía tan nerviosa que se quedaba en blanco y eso era lo único que pasaba por su cabeza con claridad, además de ser un tema de conversación en el que sabía que no podía meter la pata.

—La verdad es que me está costando sacar algunos, pero de momento me defiendo. Seguro que tú no has tenido ningún problema —dijo provocando que la chica se sonrojase—. Te he traído una cosa —dijo Jimmy sacando un CD de su mochila—. Salió a principios de año pero hasta ahora no había dado con él. Lo he escuchado ya un par de veces, tiene canciones muy buenas. Ya me dirás si te gusta —dijo extendiéndoselo.

—Gracias. Lo escucharé hoy mismo.

Jimmy le dedicó una sonrisa antes de volver a su asiento. Hannah se quedó con el disco entre las manos tratando de actuar con normalidad.

Hacía un par de años la profesora de música puso como ejercicio que cada alumno presentase una canción que escucharían todos juntos y que luego el resto de la clase valoraría (partiendo del cinco como nota mínima, nadie iba a suspender por sus gustos musicales). El fin de dicho ejercicio era ver la variedad de estilos y preferencias de cada uno. Aquella fue la primera vez que Hannah escuchó una canción de Linkin Park y le encantó, y aún más por el hecho de que

fue Jimmy quien la escogió. Le sorprendió que escuchase ese tipo de música, no es que se hubiese parado a pensar qué música escucharía, pero de haberlo hecho sin duda no habría dicho que sería el rock alternativo. Aunque, pensándolo bien, seguro que nadie hubiese dicho tampoco que a ella le gustaría ese estilo. La mayoría de sus compañeros, los que no la conocían, habrían dicho que se pasaría el día escuchando música pop. Fue entonces cuando Hannah se dio cuenta de que en cuanto a gustos no existían los estereotipos. Para su sorpresa y alegría a Jimmy también le gustó la canción que ella presentó, de modo que ese día ambos descubrieron un grupo nuevo y que tenían el mismo gusto musical. Desde entonces cada vez que adquirían un CD se lo prestaban entre ellos. Sobra decir que Hannah había comprado todos y cada uno de los discos que Jimmy le había dejado.

Pasó el dedo por las letras de la portada y esbozó una sonrisa. En ese momento entró Helen, la profesora de matemáticas y su tutora, Hannah guardó el CD a toda prisa en su mochila.

—Buenos días, chicos. Antes de empezar con la clase quiero presentaros a alguien.

Todos la miraron confusos, hacía más de un mes que el curso había empezado, era de extrañar que alguien se incorporase tan tarde. Además, en caso de querer presentar a alguien, Helen había entrado sola en el aula. Ralph lanzó la idea a sus compañeros de que finalmente la amenaza de Helen que aseguraba «me vais a volver loca» se había cumplido cuando una chica entró por la puerta, atrayendo la vista de todos los presentes como un imán.

Era una chica espectacular; medía como un metro setenta (debido al tacón de sus zapatos), tenía el pelo rubio, los ojos azules y los labios carnosos pintados de rosa, como una Barbie. Llevaba un pendiente de plumas de color azul y una trenza de quita y pon con abalorios. Hannah nunca había visto una chica igual, ninguno de ellos para ser sinceros. Para ir a su curso debía tener quince o dieciséis años, aunque parecía mayor. Tal vez debido al maquillaje o a que tal vez había repetido algún curso.

—Os presento a Amanda Smith. A partir de hoy será vuestra compañera, haced que se sienta como una más y echadle una mano en todo lo que necesite. Amanda, puedes ir a tu sitio —dijo señalándole un pupitre que estaba libre.

La chica obedeció y se dirigió a su asiento mientras todos sus compañeros la seguían con la mirada atónitos. Era como estar viendo a una estrella de cine. Hannah se quedó fascinada al verla por su belleza y el carisma que desprendía. Era única, diferente, atrayente... todo lo que ella soñaba ser y deseó parecerse a ella. Entonces un recuerdo la atravesó como un rayo. Había tenido esa sensación antes, hacías muchos años, cuando conoció a Ronie. La balanza se inclinó hacia el lado contrario en un parpadeo, esos sentimientos de admiración y fascinación fueron sustituidos por miedo e inseguridad. ¿Iba a repetirse la historia? ¿Podría esta chica encandilar a Jimmy igual que había encandilado a todos los demás? Una vez más Hannah se quedaría al margen, no tenía ninguna posibilidad ante alguien como ella.

Helen trató de llamar la atención de sus alumnos para comenzar con la clase, pero no volvieron a escucharla hasta que les amenazó con un examen sorpresa al día siguiente (lo cual hacía que dejara de ser sorpresa). Cuando sonó la campana de los cinco minutos todos se levantaron y se pusieron en torno a Amanda para hacerle preguntas, quien no parecía abrumada por su comportamiento, más bien al contrario, estaba en su elemento.

—Dime, Amanda, ¿eres de por aquí? ¿Por qué no te he visto antes? —preguntó Ralph tratando de ser seductor, aunque resultaba cómico verle en acción.

La rubia de ojos azules se rio como se esperaría de una chica de película, tapándose la boca levemente con la mano.

—Por favor, llámame Mandy. En realidad me he mudado esta semana, por eso no había venido antes. Mi madre es una importante mujer de negocios así que estamos viajando constantemente de un sitio a otro. Este es el tercer instituto en el que he estado.

Todos soltaron un «oh» al unísono de admiración.

—Viviendo así debe de ser muy difícil hacer amigos —comentó Zoey.

—No te creas, se conoce a mucha gente distinta y siempre me quedo con lo mejor de cada uno. Para que lleguen cosas nuevas a tu vida debes desprenderte de las viejas —dijo llena de confianza. Todos sus compañeros se quedaron asombrados ante su forma de pensar tan zen y abierta.

—Entonces tampoco tendrás novio... —trató de adivinar Christopher.

—La verdad es que no —respondió Mandy con una sonrisa encantadora que hizo palpitar el corazón de todos los presentes (especialmente los masculinos).

Las siguientes horas transcurrieron con la normalidad habitual a excepción de que a la mínima que podían aprovechaban para decirle algún piropo a Mandy o indagar más sobre su vida. Durante la hora de sociales descubrieron que prefería la playa a la montaña, que su signo del zodiaco era virgo y durante plástica que era vegana. Cuando sonó la campana del recreo Zoey, Betty, Cheyenne, Cecily y las demás insistieron en acompañar a Mandy para enseñarle el edificio y los alrededores, mientras los chicos se lamentaban de que su oferta de verles jugar al fútbol no fuese tan tentadora.

Jimmy, Ronie, Hannah y los demás fueron a la cafetería como siempre.

—Mandy es increíble... ¡su vida parece sacada de un *reality show*! —comentó Ronie asombrada.

—Es como una modelo. Bueno, de hecho estuvo posando para una tienda de moda local en la ciudad antes de mudarse aquí —dijo Robert.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Robin extrañada.

—Se lo he preguntado.

—¿Le has preguntado si era modelo?

—Le he preguntado si era modelo o si solo lo parecía —la corrigió.

Albert se rio por lo bajo mientras Robin se cruzaba de brazos y suspiraba.

—Nunca había visto una chica tan guapa —continuó Ronie, que seguía sin asimilarlo. Al oír eso Jimmy le lanzó una mirada de soslayo.

Hannah se mantuvo al margen de la conversación escuchando lo que tenían que decir sus amigos sobre la chica nueva. Jimmy fue el único que tampoco hizo comentarios al respecto. Una de las cosas que más llamaba la atención a Hannah de Jimmy era que no era el tipo de chico que babeaba por las chicas así como así, era todo un misterio saber lo que pasaba por su cabeza al respecto, aunque Hannah prefería que fuese así a cuando se pasaba el día entero con Ronie y era imposible no adivinar quién estaba constantemente en su cabeza.

Aquel día cuando acabaron las clases Hannah esperó a que fuesen a recogerla, comió con sus padres (sin mencionar el hecho de que había llegado una impresionante chica nueva a su clase) y subió a su cuarto a hacer los deberes. Cuando hubo terminado llegó el momento que había estado esperando todo el día. Sacó el CD que Jimmy le había dado esa mañana, lo metió en el reproductor de música y se tumbó en la cama mientras lo escuchaba. Normalmente habría quedado con Ronie por la tarde como la mayoría de las veces, pero aquel día le dijo a la salida que no podía quedar porque tenía cosas que hacer. Hannah se habría sentido mal no compartiendo con ella la verdadera razón por la que quería tener la tarde para ella sola de no ser por lo comprensiva que era Ronie, la cual nunca le hacía preguntas y siempre tenía una sonrisa amable que ofrecer. Cuando el CD terminó Hannah volvió a escuchar las canciones que más le habían gustado y acabó con tres favoritas.

Los siguientes días los ánimos en clase se fueron calmando, poco a poco los alumnos se iban acostumbrando a la presencia de Mandy, aunque esta seguía ejerciendo el mismo poder magnético con todos a su alrededor. Las chicas querían ser como ella y los chicos estar con ella, todos compartían la devoción por servirla en todo lo que le hiciese falta. Solo su panda, Ronie, Albert, Robert, Jimmy y Robin (especialmente Robin) eran los únicos que seguían haciendo vida normal, la diferencia post Mandy era que de vez en cuando su nombre salía en los temas de conversación al recreo, por lo demás todo seguía más o menos igual.

Hasta que un día a la entrada, cuando Hannah iba ensimismada en sus pensamientos una melodiosa voz la despertó.

—¡Ey, Hannah!

Hannah se giró esperando ver a Ronie pero se llevó una sorpresa al descubrir que se trataba de Mandy.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó estupefacta. Quizás no era la mejor forma de decir «hola a ti también», pero fue lo primero que le pasó por la cabeza ya que nunca había hablado con ella ni las habían presentado.

—Vamos a la misma clase —respondió la chica de ojos azules con una sonrisa de anuncio, como si fuera algo evidente.

—Sí, pero no hemos hablado nunca —replicó Hannah que seguía sin dar crédito a lo que estaba pasando.

—A mí no se me escapa nada, me fijo en todo —dijo de forma desenfadada. Hannah se relajó un poco aceptando eso como respuesta—. Verás, quería preguntarte si te gustaría que quedásemos juntas al recreo.

Una vez más la proposición pilló a Hannah por sorpresa. ¿A qué venía ese interés tan repentino? Tenía a toda la clase a sus pies, todas las chicas se peleaban por quedar con ella y los chicos le suplicaban que se pasase a verles jugar a la cancha. Hannah no tenía nada que ofrecer, ni ningún interés en pasar tiempo con una

chica perfecta cuya presencia le recordase constantemente que ella estaba a años luz de serlo. Se disponía a disculparse diciendo que ya había quedado con Jimmy y los demás cuando Mandy se le adelantó.

—Vamos, recuerda que es vuestro deber hacer que me se sienta como una más y echarme una mano en todo lo que necesite —dijo divertida citando lo que Helen les había dicho durante su presentación cuando llegó.

Mandy tenía razón, y aunque a Hannah no le gustase reconocerlo parecía simpática. Quizás no fuera tan horrible después de todo acceder a pasar unos minutos con ella tal y como les había ordenado su tutora.

—Está bien —aceptó Hannah.

—¡Genial! —exclamó Mandy agudizando la voz—. Nos vemos —dijo acelerando el paso en dirección a la entrada, dejando a Hannah atrás mirándola embobada y haciendo que todos se girasen al verla pasar.

El sonido de los tacones al caminar, su brillante pelo rubio, su estilo de vestir... cada uno de los elementos que la formaban estaba perfectamente calculado para convertirla en un rayo de sol en una habitación oscura, para cautivar a todo el mundo.

Cuando sonó la campana del recreo las chicas se arremolinaron en torno a Mandy como los demás días.

—Tienes que decirme dónde has conseguido esas botas —decía Ely.

—¿Crees que los tonos pastel van con mi color de piel? —preguntaba Sara. Los recreos se habían convertido en cursos de belleza y estilismo asesorados por la propia Mandy.

—Lo siento, chicas, pero hoy he quedado con Hannah —respondió Mandy.

Hannah sintió cómo todos los ojos de los presentes se clavaban en ella, la miraban con asombro. Al fondo del aula, Robert, Robin y Ronie le parecían confusos, como si se hubiesen perdido un capítulo de la historia. ¿Desde cuándo Hannah quedaba con Mandy? Ni ella misma lo sabía, pero el hecho de que Mandy la eligiera, que las chicas y chicos de su clase la mirasen con admiración y que sus amigos se sorprendiesen al descubrir que no lo sabían todo sobre ella la hizo sentir especial.

—¿Vamos? —preguntó Mandy dirigiéndose hacia Hannah con una brillante sonrisa.

—Claro —respondió Hannah disfrutando de aquella sensación.

Hannah acompañó a Mandy por el pasillo en dirección al patio. Para ser la nueva parecía que sabía perfectamente adónde iba, como si llevase ahí toda la vida. Mandy se dirigió a la zona entre los edificios que formaban el instituto, justo entre el pabellón y el curso de los de tercero. Allí había un jardín con una pequeña fuente (que no estaba en funcionamiento desde hacía años) y unos bancos de madera. Hannah había visto ese lugar desde los pasillos cuando iba al pabellón o al laboratorio pero nunca antes había estado, le sorprendió descubrir que era más bonito de lo que parecía a simple vista. Desde allí podían ver gran parte del patio pero como ella misma había comprobado, los demás no solían fijarse en ese lugar. Se rio para sus adentros ante la ironía de que la chica nueva fuese quien le hubiese enseñado algo a ella. Mandy se sentó en uno de los bancos y se quedó admirando el jardín. Era como ver en vivo a una princesa en una escena de cuento. Hannah se sentó a su lado y se quedaron unos minutos en silencio.

—¿No vas a preguntarme qué sombra de ojos te favorecería más? ¿O si el naranja está de moda este otoño? —bromeó Mandy. Hannah se rio.

—La verdad es que no estoy muy puesta en esas cosas, nunca me he maquillado. Bueno, no en serio. Una vez intenté pintarme los ojos y acabé pareciendo un oso panda... al segundo intento cuando mis padres me vieron por casa me preguntaron: «¿Qué te ha pasado en

el ojo? ¿Te han pegado un puñetazo?». El maquillaje y yo no nos llevamos demasiado bien...

Mandy se rio con su forma tan particular llevando una mano a la boca. Hannah sonrió al ver que su historia la había divertido.

—Tiene gracia. Yo aprendí viendo vídeos en internet, cogía el maquillaje de mi madre a escondidas. ¡Le destrocé todos los pintalabios! —Mandy se quedó en silencio, como si estuviese recordando algo—. Oye, no te lo tomes a mal, pero no te pareces a las otras chicas de nuestra clase.

—Tengo otros intereses, supongo.

—Eso es bueno. Siempre he pensado que las personas tendemos a coger aquello que no somos y lo convertimos en nuestra aspiración, nuestro modelo de referencia. Es como si cada uno fuésemos un número, el tres, el cuatro, el siete... y nuestra «idealización» fuese un cero. Todos tenemos cosas que nos hacen diferentes, pero nos pasamos la vida obsesionados con ser ese cero perfecto sin darnos cuenta de que eso nos haría perder todo aquello que nos hace ser únicos. Básicamente estamos malgastando el tiempo persiguiendo un espejismo cuando si simplemente nos aceptásemos a nosotros mismos, cualquier número sería perfecto.

Hannah se quedó fascinada ante la forma de pensar de Mandy. ¿Cómo podía ser que alguien que era aparentemente perfecta, el cero de su analogía, pensase de esa manera?

—Pero... tú eres perfecta... —titubeó Hannah.

—Te equivocas. Solo soy un número cualquiera que ha aprendido a aceptarse y tú podrías hacer lo mismo. Deja de querer ser un cero perfecto, eres mucho mejor que eso. Encuentra tu número, aquello que te hace ser diferente y conviértelo en tu marca distintiva.

Apenas la conocía, pero hablando con Mandy Hannah se sentía como si fuesen amigas desde siempre. Hannah la había juzgado erróneamente. Efectivamente era única, diferente, atrayente, pero no se sentía inferior al estar en su presencia, al contrario, Mandy le

contagiaba su confianza y la empoderaba. Sin olvidar el hecho de que había usado números para hacer su analogía. Puede que después de todo Mandy y ella tuviesen más en común de lo que creía.

Pasaron el resto del recreo cotilleando sobre los profesores y algunos compañeros y riéndose de anécdotas de su infancia. Ese fue uno de los recreos que Hannah mejor recordaba habérselo pasado. Entonces sonó la acampana anunciando la vuelta a clase.

—Por cierto, sería el marrón —dijo Mandy mientras se levantaba. Hannah frunció el ceño.

—No te sigo.

—Esa es la sombra de ojos que más te favorecería.

Hannah sonrió complacida. Nunca había hablado con nadie de cosas como maquillaje o qué color le favorecería más y para su sorpresa resultó muy agradable. Las tres últimas horas se las pasó pensando en su número, las cosas que la hacían única, y en lo bien que le quedaría la sombra de ojos marrón. Barajó comprobarlo en casa cogiendo prestado el maquillaje de su madre, pero desechó la idea una vez recordó los antecedentes.

A la salida se reunió con Jimmy y los demás. Robert les estaba comentando su teoría de que James, el profesor de física y química, en realidad era un vampiro.

—Pensadlo, sabe que su piel casi transparente le delata y se ha inventado una milonga para que no le demos más vueltas. Esta mañana ha dicho que está tan pálido porque dona sangre cada dos meses y la reemplaza por agua con sal... ¿quién se cree eso? ¡Es una locura! La semana que viene nos saldrá con que no sale al patio durante el recreo porque le gusta su trabajo y prefiere quedarse en la sala de profesores, ¿os habéis fijado que siempre que está en el exterior va con paraguas?

—Es alérgico al sol —dijo Albert.

—¡Exacto! Eso es justo lo que define a un vampiro. Gracias, Albert.

—No, quiere decir que es alérgico de verdad. Nos lo explicó el primer día de clase —dijo Jimmy.

Robert se quedó en blanco.

—¿Ah sí? ¿Eso hizo? —preguntó cortado. Hannah, Ronie, Robin, Albert y Jimmy asintieron—. ¿Y-y no os parece sospechoso que lo recordéis todos menos yo? Puede haberos lavado el cerebro.

—Los vampiros no tienen ese poder —reprochó Ronie.

—¿Cómo puedes saberlo si te ha lavado el cerebro? —replicó Robert.

—Lo más probable es que no lo recuerdes porque estabas en una de tus siestas matutinas —zanjó Robin.

Robert cogió aire tratando de decir algo para rebatirla cuando de pronto Mandy se acercó hacia ellos.

—Eh, Hannah —dijo extendiéndole un papel doblado—. Nos vemos, chicos —se despidió guiñando un ojo a los demás.

Hannah desdobló el papel y leyó lo que ponía:

«Nos vemos aquí mañana a las 17:00».

—Espera un momento, ¿ahora os dejáis notitas? —dijo Robin la cual no se molestaba en disimular que Mandy no era de su agrado.

—Es verdad y hoy nos diste plantón en el recreo, ¿desde cuándo sois tan amigas? —preguntó Robert llevándose una mano a la barbilla.

—Lo siento, no puedo decir nada... —dijo haciéndose la misteriosa. Quizás estaba exagerando un poco la situación pero por primera vez eran ellos los que no lo sabían todo sobre ella, no tenía nada malo ser un libro abierto, pero por primera vez le hizo sentir bien demostrarles que podía ser una caja de sorpresas—. Tengo que irme, chicos, ya nos veremos —dijo imitando la forma de hablar de Mandy.

—Espera, ¿quieres que quedemos este finde en tu casa para levear? —preguntó Ronie, que no había podido volver a casa de Hannah en toda la semana y estaba deseando que llegase el fin de semana para que quedasen y seguir jugando con el personaje que tenían en común.

—Ya te diré... Los exámenes están a la vuelta de la esquina, tengo que repasar —se excusó Hannah medio de mentira medio de verdad. Era cierto que los exámenes estaban cerca y que debía darles un repaso, pero Hannah no necesitaba un fin de semana entero para ponerse al día y asegurarse buenas notas. Pero en aquella ocasión prefirió quedar con Mandy, tal y como indicaba la nota que le había dado, y no sabía cómo decírselo a Ronie.

Hannah y Zoey subieron al coche de los padres de esta. Una vez en casa, cuando terminó los deberes, Hannah estuvo el resto del día escuchando el disco que Jimmy le había dejado (ya se sabía las canciones de memoria) y revisando su armario en busca de algo que ponerse el día siguiente cuando quedase con Mandy. Hannah no tenía un estilo concreto. La mayor parte de la ropa que había en su armario la había escogido su tía, la cual era muy atrevida en cuanto a su forma de vestir, Hannah no estaba segura de querer ser tan llamativa de modo que nunca se la ponía, pero cuando era ella la que decidía comprarse algo siempre recurría a los mismos colores, lo que no daba demasiada variedad a su fondo de armario.

Al día siguiente, Hannah empezó a preparase para salir en cuanto acabó de comer. El día anterior había preparado dos conjuntos y no era capaz de decidirse. Se encerró en el baño y se los estuvo poniendo y quitando hasta que por fin se decantó por un jersey de color gris y unos pantalones vaqueros. Se recogió el pelo y se puso un poco de colorete, aunque al instante se arrepintió y trató de quitárselo.

Miró el reloj de su habitación, marcaba las 16:27, se puso la cazadora y bajó las escaleras a toda prisa enrollándose la bufanda al cuello.

—He quedado con una amiga para dar una vuelta, ¡os quiero! —anunció saliendo por la puerta.

Hannah tardó treinta minutos en llegar al instituto, con el frío que hacía dio gracias de que los padres de Zoey la llevasen y la trajesen todos los días. Para su sorpresa Mandy todavía no había llegado. Miró el reloj de su muñeca que marcaba las cinco en punto. Hannah pensó que quizás se retrasase un poco, se estaba poniendo nerviosa pensando que quizás le hubiese gastado una broma cuando alguien le dio dos toques en el hombro. Al girarse se encontró con los preciosos ojos azules de Mandy. «Qué extraño, no he oído los tacones» pensó y en ese momento se fijó en que lleva botas planas. Sin esos centímetros extra debía de medir un metro sesenta y cinco, diez centímetros más que ella. Una vez más Ronie era casi tan alta como Mandy pero Hannah no sentía que esta le hiciese sombra.

—Pensé que no vendrías y que iba a pasarme mi primer fin de semana aquí congelándome delante del instituto —bromeó Mandy.

—No se me ocurriría hacer algo así —dijo Hannah. Le resultó gracioso que ambas hubiesen pensado lo mismo, aunque después de ver que Mandy había acudido y que bromease al respecto se sintió un poco mal por haber pensado mal de ella.

—Bueno qué, ¿me enseñas el pueblo? —preguntó Mandy animadamente.

—Claro.

Hannah comenzó llevándola a los sitios de más utilidad, como la papelería, la tienda todo a cien que no cerraba ni en domingo, la joyería y diferentes peluquerías (no es que Hannah las considerase de primera necesidad pero pensó que a Mandy le interesaría) y luego procedió a llevarla a los lugares que más le gustaban a ella, como el colegio Montreal, la confitería y la plaza. Al cabo de un par de horas Mandy propuso ir a alguna de las cafeterías por las que habían pasado para merendar algo. A Hannah, que estaba encantada con toda la atención que le había prestado Mandy durante todo el paseo, le pareció una gran idea y decidió llevarla a la

cafetería Gran Vía donde servían el mejor chocolate caliente de todo el pueblo.

Allí Mandy continuó haciendo alarde de su encanto natural escuchando con atención cada historia que Hannah le contaba. Para Hannah era un sueño hecho realidad, con Ronie sentía que era la coprotagonista de la historia de otro, sin embargo cuando estaba con Mandy sentía que era la protagonista de su propia historia y adoraba sentirse así.

—Creo que este sería un buen momento para ir a tu casa —propuso Mandy al cabo de un rato de terminar su taza de chocolate.

Por alguna razón que Mandy viese su casa le ponía nerviosa, se imaginaba que, para lo que ella estaría acostumbrada, podría parecerle poca cosa. Como si Mandy viviese en un palacio.

—¿Po-por qué no vamos a la tuya mejor? La mía está bastante lejos de aquí... —dijo Hannah tratando de ocultar sus nervios y actuar con la misma confianza que Mandy desprendía.

—Jo, pero mi casa ya la conozco. Me gustaría ver dónde vives. Además, así podría ir a buscarte de vez en cuando para quedar —dijo guiñándole un ojo.

La verdad es que esa idea, la posibilidad de que Mandy, la chica recién llegada que era todo lo que Hannah soñaba con ser y que además había resultado ser súper simpática, quisiera seguir quedando con ella e ir a su casa a buscarla como hacían las amigas, le sonaba muy bien. Tras unos segundos sopesándolo, Hannah aceptó.

—Hemos vuelto —dijo Hannah al entrar por la puerta esperando que sus padres no saliesen a recibirlas. No era porque le diese vergüenza que Mandy les conociese, sino por miedo a que su madre empezase a contar alguna de sus embarazosas historias de cuando era pequeña como costumbre a la hora de romper el hielo con futuras posibles amigas (igual que hizo con Ronie en su día, aunque esta procedió a contarle una de las suyas y no le dio más

importancia, y como habría hecho con Zoey de no ser porque al criarse prácticamente juntas ella ya las conocía de primera mano). Subió las escaleras hasta su cuarto y suspiró aliviada para sus adentros cuando comprobó que sus padres no estaban.

—Tienes una casa preciosa, me encanta tu habitación —dijo Mandy observando todos los posters, fotos y trofeos de pimpón.

—Gracias —respondió Hannah con una tímida sonrisa.

Mandy se paró frente al armario para observar las fotos que este lucía, tal y como había hecho Ronie unos días antes.

—¿De quién es este dibujo? —preguntó Mandy.

Hannah se acercó para ver a qué se refería y en cuanto vio la foto su actitud y la expresión de su cara cambiaron por completo.

—De Jimmy. Y la otra, la que es exactamente igual, es de Ronie. —Hannah no pudo ocultar el resentimiento en su tono de voz ni tampoco en su forma de responder.

—¿Por qué una mariquita? —preguntó Mandy curiosa.

—Ni idea, debían de tener telepatía o algo. Fue un dibujo para despedir el último año en primaria. Ninguno había comentado lo que iban a dibujar y aun así hicieron exactamente lo mismo...

Hannah inspiró hondo y se sentó al borde de la cama. Si no quería dar una mala impresión a Mandy no podía dejarse llevar de esa forma.

—Ronie y tú tenéis muchas fotos juntas, os conocéis desde hace mucho —comentó Mandy aún mirando las fotos.

—Sí, desde párvulos. Siempre nos hemos llevado bien, aunque no empezamos a quedar hasta hace tres años. Desde entonces es mi mejor amiga —explicó Hannah.

—¡Oh! Entonces debéis de conoceros muy bien. Sabrás los chicos que le gustan y esas cosas, ¿no? —preguntó Mandy alegremente.

—En realidad no... no hablamos de esas cosas. —De nuevo el tono de voz de Hannah reflejó que ese era un tema delicado, detalle que

no pasó desapercibido para Mandy.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Es algo muy personal.

—Se supone que las mejores amigas pueden hablar de todo. Pase lo que pase, tu amiga nunca te juzgará y siempre estará ahí para apoyarte. Quizás si no podéis hablar de eso significa que no es tan amiga tuya como creías. —Hannah se quedó pensativa al escuchar las palabras de Mandy—. Me he fijado en que siempre está con Robert, Albert y Jimmy. Supuse que le gustaría alguno de ellos, como Robert, pero en realidad creo que esa es Robin... Quizás quien le gusta es Jimmy.

Hannah sintió un escalofrío. Mandy era muy observadora, tal y como ella misma le había dicho el día anterior, si estaba diciendo eso quizás era porque había visto algo que indicaba que su afirmación era cierta. ¿Y si a Ronie le seguía gustando Jimmy? Hannah no quería ni pensarlo.

—No, no puede ser. Es mi amiga —dijo Hannah, como si ese hecho justificase que era imposible. El silencio de Mandy la hizo dudar al respecto por lo que trató de cambiar de tema—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Está bien, te haré mi pregunta favorita cuando voy a casa de una amiga... —Hannah comenzó a tensarse de nuevo esperando que tuviese que ver de nuevo con chicos, con Jimmy—. ¿Puedo ver lo que tienes en tu armario? —preguntó Mandy, emocionada.

Hannah soltó una risa nerviosa.

—Sí, claro —respondió sonriente.

Nuevamente, había juzgado a Mandy de forma errónea. Daba igual si vivía en un palacio o no, al llegar a su casa se había mostrado tan dulce como siempre, incluso había dicho que le encantaba su cuarto. Y ahora, en lugar de seguir presionándola con el tema había pasado con una facilidad pasmosa a algo tan banal como que le dejase ver su armario. «Menos mal que lo reorganicé

todo ayer» pensó Hannah. Mandy abrió las puertas, las cuales por la parte de dentro tenían más fotos pegadas, esta vez del instituto y observó toda la ropa que tenía su nueva amiga.

—¡Cuántas cosas bonitas! Y casi todas aún con la etiqueta... ¿Por qué no te pones esta ropa?

—Todo eso son cosas que me ha regalado mi tía —dijo acercándose a Mandy—. No lo sé, creo que son demasiado llamativas para mí.

—Deberías ponértelo. Seguro que te queda genial y estos colores te sentarían muy bien. Pruébatelo —dijo extendiéndole una de las perchas.

Y lo que Hannah no había hecho en años lo consiguió Mandy con una palabra.

Hannah fue al cuarto del baño para probarse el top que Mandy le había dado. Se miró en el espejo y de forma inconsciente frunció el ceño. Era muy diferente a lo que ella solía ponerse y se veía rarísima pero aun así Hannah volvió a la habitación. Por lo que empezaba a conocerla sabía que Mandy no se conformaría con que le dijese que no le convencía, querría verlo. Hannah esperaba que Mandy pusiese la misma cara que ella al verla y que reconociese que ese estilo no era lo suyo, sin embargo en cuanto Mandy la vio comenzó a deshacerse en halagos.

—¡Oh Dios mío! Estás impresionante, Hannah —dijo acercándose a ella con una enorme sonrisa—. Los colores vivos te sientan fenomenal y además realza por completo la forma de tu cuerpo, ¡tienes un tipazo! Decidido —dijo cogiendo unas cuantas perchas más que había extendido encima de la cama y dándoselas a Hannah —. Trae las tijeras porque a partir de ahora esta será la ropa que te pongas.

Hannah se quedó de piedra, no se esperaba en absoluto la reacción de Mandy y se sentía abrumada. Por primera vez comenzó a sentirse segura probando algo nuevo, con lo que llevaba puesto.

Pero entonces pensó en sus compañeros, en lo que dirían ellos al verla así, quizás no todos fuesen tan entusiastas como Mandy.

—No quiero llamar la atención —confesó Hannah—. Si cambio mi forma de vestir, si comienzo a ponerme esto todos se fijaran en mí y en lo diferente que estoy...

—¿No crees que es tu forma de vestir actual la que hace que llames la atención? ¿Que precisamente por no querer cambiar tu estilo para no destacar es lo que te hace hacerlo? Piénsalo, eres la única de toda la clase que lleva el pelo recogido y que trata de vestir de forma discreta. A juzgar por las fotos que he visto llevas poniéndote lo mismo desde siempre... estoy segura de que en todo este tiempo has cambiado, y no tiene nada de malo que esos cambios se reflejen en tu apariencia. Eres un diamante en bruto, Hannah.

Las palabras de Mandy se colaron en el torrente sanguíneo de Hannah como el oxígeno que respiraba. Tenía razón, no podía seguir actuando en base al miedo que le diese lo que otros pudieran decir. Acababa de descubrir algo que le gustaba, algo que no se había atrevido a hacer por creer que no iría con ella, pero en ese momento comprendió que ella era quien decidía qué le iba y qué no. Y además que esas cosas podían cambiar en el momento que ella así lo decidiese, como en ese momento.

Hannah se probó absolutamente todo lo que Mandy le había dado y cada vez que se quitaba una prenda se la devolvía a Mandy y esta le cortaba la etiqueta. Cuando tenía el último modelito puesto Mandy fue un paso más allá.

—Te voy a maquillar.

La primera reacción de Hannah fue decir que no hacía falta, que no estaba acostumbrada a pintarse y recordarle a su nueva amiga su catastrófico historial con el maquillaje. Pero esa era la Hannah de antes, antes de conocer a Mandy, por lo que en vez de eso sonrió y asintió con la cabeza.

Cuando Mandy terminó Hannah se vio más guapa de lo que nunca antes había estado. Al ver su aspecto maquillada se fijó en que Mandy se pintaba mucho más que ella; delineaba los labios para que pareciesen más gruesos, se maquillaba las cejas y llevaba pestañas postizas. Sin embargo con Hannah había optado por un *look* más «natural», quizás porque le favorecería más así o porque, al no estar acostumbrada a maquillarse, de otra forma se habría extrañado mucho, pero fuera como fuese Hannah estaba maravillada. Le encantaba su nuevo aspecto.

—El toque final: tienes que soltarte el pelo —dijo Mandy—. Siempre vas con coleta. Tienes un pelo precioso y deberías lucirlo.

Hannah se miró en el espejo, observó su nuevo aspecto, lo cambiada que estaba y no solo por fuera, también se sentía diferente. La Hannah que veía reflejada poco tenía que ver con la que se había observado esa mañana al levantarse. Más decidida que nunca se llevó la mano a la nuca y se quitó la goma del pelo. Tenía el cabello largo y con su forma ondulada natural estaba muy guapa, el maquillaje resaltaba sus ojos intensificando su mirada, sus labios parecían más carnosos y su piel era como la de una muñeca de porcelana. La transformación estaba completa, se había convertido en un cisne y todo gracias a Mandy.

Al día siguiente Hannah y Mandy quedaron de nuevo para dar un paseo por el pueblo y, después de tomar el que se convertiría en su tradicional chocolate caliente, Mandy fue a casa de Hannah para enseñarle cómo maquillarse ella sola.

Al día siguiente Hannah esperó un poco antes de subir a clase, en parte porque su anterior yo se resistía a abandonarla del todo de la noche a la mañana, y en parte porque quería causar una impresión tan potente como había hecho Mandy la semana anterior. Cuando entró en el aula, la misma a la que había ido desde el principio de curso con los mismos compañeros de siempre, ocurrió algo que no había sucedido nunca antes: todos se quedaron mirándola atónitos, fascinados. Hannah sentía como si tuviese un cartel de neón sobre

su cabeza y pese a lo raro que le resultó al principio poco a poco empezó a gustarle esa sensación. Avanzó entre los pupitres hasta llegar al de Jimmy, sacó el CD que este le había prestado y se lo extendió.

—Me ha encantado. Gracias, Jimmy —dijo saboreando cada palabra. Hasta su voz sonaba diferente.

—De nada —fue lo único capaz de articular el chico que seguía impresionado ante el cambio de su amiga.

Hannah se giró sin dejar de mantener contacto visual con él, algo impensable ya que hasta ese momento le daba tanto corte hablar con él que no era capaz de mirarle a los ojos más de dos segundos seguidos, y se dirigió a su asiento. Sin duda le gustaba su nuevo yo.

A la hora del recreo Hannah y Mandy fueron al lugar donde habían quedado la última y primera vez. Aunque solo habían pasado tres días parecía que hubiese sido hacía una eternidad.

—¡Dios mío, estoy impresionada! Hannah, estás increíble. Cuando te he visto entrar me he quedado completamente flipada. —Mandy rebosaba entusiasmo. Sin duda Hannah era la mejor alumna que había tenido y esta se sentía muy orgullosa por haber estado a la altura. No quería defraudar a Mandy.

—La verdad es que no sé qué me ha pasado. Pensé que me costaría más hacerme a esto, a verme diferente, a sentirme diferente... pero ha sido tan fácil que aún casi no me lo creo. ¡Incluso con Jimmy he sido capaz de...! —Hannah se calló al instante. Estaba tan emocionada que había estado a punto de abrir la puerta a su mayor secreto. Aunque por suerte o por desgracia para ella Mandy había escuchado lo suficiente.

—¿He oído bien? ¿Has dicho Jimmy? —preguntó inclinándose hacia ella con una sonrisa juguetona.

Hannah sintió cómo se calentaban sus mejillas, aunque esperaba que el rubor quedase oculto bajo la base de maquillaje. Parece que en lo que a su corazón respectaba la Hannah de siempre seguía ahí.

—Bueno... es-es una tontería... —titubeó.

—A mí no me lo parece. Mírate, ¡pero si te has puesto colorada! ¿Es que acaso te gusta Jimmy?

Hannah miró a Mandy, la cual la observaba con una amplia sonrisa. Dejando a un lado que el maquillaje sirviese para cubrir las imperfecciones de la cara pero no para ocultar lo que sentía, pensó en el hecho de que nunca se había imaginado hablando sobre ese tema con nadie. Y desde luego de haberlo hecho con Ronie, esta nunca habría reaccionado así. Habría sido dramático, triste, algo que se habría interpuesto en su amistad. Sin embargo ahí estaba Mandy, una chica a la que conocía de apenas una semana, que había hecho cambiar su forma de verse a sí misma, de sentirse, y todo para mejor, mirándola con una sonrisa como si solo fuese un juego. Por primera vez Hannah no sintió que estuviese a punto de exponer su corazón al mundo y que este fuese a pisotearlo, a burlarse de él y lo que contenía. Se sintió arropada, apoyada y eso hizo que bajase todas las barreras que había creado durante años.

—Sí. Me gusta —respondió sin un ápice de duda en su voz.

—Hannah eso es... ¡Es fantástico!

—¿En serio? —preguntó Hannah estupefacta.

—¡Claro que sí! Esta mañana, cuando le has dado el disco, os he visto y me ha parecido que sois monísimos. Hacéis muy buena pareja. Además os conocéis desde hace tiempo, ¿verdad? Eso hace que sea una relación aún más bonita...

Hannah dejó de escucharla en ese momento, más bien no pudo seguir haciéndolo. Estaba perpleja, era la primera vez en su vida que oía a alguien decir esas palabras, algo que ella habría pensado sobre Jimmy y Ronie. Pero no estaban hablando de Ronie, estaba refiriéndose a Jimmy y ella.

—No-no sé qué decir, la verdad. Nunca había hablado de esto y me siento tan...

—A mí puedes contarme cualquier cosa. Para eso están las amigas.

Hannah sonrió. Sin duda Mandy era la mejor amiga que había tenido nunca.

A la salida del instituto Hannah se despidió de Mandy antes de encontrarse con Jimmy y los demás. Había cosas que no iban a cambiar así como así y a Hannah le seguía gustando ver a Jimmy antes de volver a casa, más aún después de su conversación con Mandy durante el recreo.

—No sabía que Mandy tuviese una gemela —fue el primer comentario sarcástico de Robin.

—¡Guau! —se limitó a decir Robert para expresar su asombro.

Albert permaneció mudo como una hache, parecía incapaz de mantener contacto visual con ella.

—Hannah, ¡estás guapísima! —dijo Ronie sin contener su entusiasmo.

Hannah sonrió y dirigió la vista a Jimmy, la persona cuya opinión más le importaba.

—Sí, estás muy guapa —coincidió él. El corazón de Hannah palpitaba de alegría.

Al día siguiente, durante la hora de sociales y como si el destino hubiese escuchado la confesión de sus sentimientos, el señor Rickman anunció que tendrían que hacer un trabajo sobre las energías renovables y que lo expondrían por parejas. Toda la clase se revolucionó vociferando con quién se pedían hacerlo, situación que su profesor atajó anunciando que él ya se había encargado de hacer las parejas.

Ronie Honely con Sara Fallon.

Robin Reed con Zoey Mendes.

Albert Aiken con Robert Cook.

Hannah Davis con Jimmy Byegood.

«¿He oído bien?» pensó Hannah. Se giró para mirar a Jimmy, su compañero para el trabajo, y este le regaló su preciosa sonrisa torcida. Hannah no podía creerlo, desde que había llegado Mandy su suerte había dado un giro de ciento ochenta grados y pese a lo nerviosa que la ponía quedar con Jimmy una voz en su cabeza le decía que nada podía ir mal.

Ese día Mandy se fue a toda prisa, le había tocado con Ralph y temía que iba a pasarse la mayor parte del proyecto dándole calabazas. Las notas de Mandy, al igual que todo lo demás en ella, eran impecables y fuese quien fuese su pareja no iba a dejar que eso afectase a su media.

Hannah se acercó a su grupo de amigos, los cuales estaban comentando con quién les había tocado hacer el trabajo.

—Me han puesto con Zoey, la cual dice que el señor Rickman le tiene manía. Os juro que como sea verdad y me afecte a la nota le voy a cantar las cuarenta a ese tío —dijo Robin.

—Yo estoy contenta con mi compañera, Sara saca muy buenas notas y es simpática. Aunque no sé cómo haremos para poner los apuntes en común, vive muy lejos y no la tengo agregada en ningún sitio para poder hablar... —comentó Ronie.

—Yo creo que me ha puesto con Albert para llevar a cabo un experimento particular: quiere comprobar si es capaz de traerme al lado de la luz o si en cambio Albert sucumbirá al lado oscuro —dijo Robert con una risa maléfica.

—Ves demasiadas películas... —suspiró Robin.

—Oye, Hannah, ¿qué te parece si esta tarde voy a tu casa y miramos cómo hacemos el trabajo? —preguntó Jimmy.

—Es una gran idea —dijo Hannah.

—Genial, ¿sobre las seis?

—Perfecto.

—Eeeeeeh qué morro como los dos vivís aquí podéis quedar para hacer el trabajo juntos, eso no vale —protestó Robert.

—Tú también puedes venir cada vez que quieras que para eso tienes una bici, ¡mendrugo! —le reprendió Robin.

—O si prefieres puedo ir yo —dijo Albert.

—Eso sigue suponiendo un gran esfuerzo a mayores por nuestra parte, me da igual lo que digáis, es una injusticia.

—Buena suerte, Albert —bromeó Ronie y todos se echaron a reír salvo Robert, que se cruzó de brazos.

En cuanto acabó de comer Hannah se pasó las dos horas y media siguientes hasta que llegase Jimmy recogiendo toda la casa, la cual ya estaba ordenada de por sí, pero le servía para distraerse. «Seguro que Mandy manejaría esta situación mucho mejor que yo» pensaba. Cuando sonó el timbre el corazón de Hannah salió disparado. Miró el reloj de la cocina, eran las seis en punto. Afortunadamente sus padres habían salido aquel día y no volverían hasta tarde, porque de no ser así habrían visto la expresión de su cara en ese momento y habrían empezado a interrogarla sobre Jimmy. Hannah inspiró hondo y se dirigió a la entrada.

—Hola —saludó Jimmy con su preciosa sonrisa.

—Hola... pasa —dijo Hannah haciéndose a un lado. Jimmy obedeció—. El ordenador está en el despacho de mi padre —dijo Hannah guiándole hasta el cuarto que había a su derecha, justo antes del salón—. He pensado que podríamos ampliar la información incluyendo esquemas y fotografías. Si es más visual la presentación no se hará tan aburrida y podremos explayarnos un poco explicando con nuestras propias palabras para que vea que no nos lo sabemos solo de memoria... —Hannah se quedó en silencio, se sentía algo avergonzada pensando que estaba hablando demasiado cuando Jimmy dijo:

—Yo había pensado justo lo mismo. De hecho he encontrado una página donde tienen un montón de fotos y gráficos en los que podemos basarnos. Te la enseño.

Al principio Hannah enmudeció al escucharle hablar con tanta naturalidad, probablemente esa era una de las veces que más habían conversado estando a solas. Poco a poco sintió cómo los nervios abandonaban su cuerpo y recordó las palabras que Mandy le había dicho el día anterior. Hannah encendió el ordenador, se sentó en su silla habitual y Jimmy a su lado, donde Ronie solía sentarse cuando quedaban a jugar. De pronto Hannah fue más consciente que nunca de la distancia a la que el chico se encontraba, sus brazos estaban a escasos centímetros de tocarse. Respiró su olor, como a lavanda y se fijó en cada marca de su piel. Estando así con él, la atracción que sentía era tan fuerte que intentar negarla sería como decir que la Tierra no giraba alrededor del sol.

La tarde avanzó estupendamente, Hannah y Jimmy conectaban a la perfección y el hecho de que los dos tuviesen la misma idea para el planteamiento del trabajo y la exposición hizo que todo fuese sobre ruedas.

Los siguientes días Hannah ya no estaba nerviosa, se pasaba las tardes bailando en su cuarto esperando que llegasen las seis, momento en el que sonaba el timbre, Hannah abría la puerta con su mejor sonrisa y volvían al despacho de su padre para continuar con el trabajo. Jimmy se ocupaba de apuntar las fuentes de donde sacaban la información y Hannah de hacer los esquemas. De vez en cuando hacían una pausa para despejar la mente, momento en el que Hannah llevaba algo para picar y se ponían a hablar sobre sus profesores, sus películas favoritas, anécdotas divertidas... y tan fácil y sin darse cuenta, Hannah ya no necesitaba recurrir solo a las mates para sentirse segura hablando con Jimmy, podían hablar de cualquier cosa y era tan natural como respirar. Hannah se sintió fascinada al descubrir todo lo que Jimmy y ella tenían en común (aparte de su gusto musical): ambos leían los mismos libros, estaban

enganchados a las mismas series de televisión policiacas y coincidían en que si algún día tenían una mascota sería un gato.

Así pasaron las siguientes dos semanas, hasta que llegó el día de la presentación. Cuando les tocó el turno Hannah y Jimmy lo hicieron de diez y de hecho esa fue la nota que sacaron. Ambos estaban en perfecta sintonía, tal y como Hannah había comprobado a lo largo de aquellas semanas, hasta el punto de que se acababan las frases el uno al otro.

—Pero si hasta el señor Rickman os ha felicitado. ¡Creía que no podía expresar emociones humanas! —bromeó Mandy. Todos los recreos, igual que siempre, quedaban para ponerse al día y Hannah le comentaba sus avances con Jimmy.

—Ha sido increíble, Mandy, todo esto es como un sueño hecho realidad. Jimmy y yo nos entendemos a la perfección es como si... —El entusiasmo no le dejó acabar la frase. Hannah sentía que su historia de amor con Jimmy por fin era posible y nunca se había sentido tan preparada para ello como hasta ese momento—. Bueno y ¿qué me dices de ti? Has hecho todo el trabajo, has expuesto todo vuestro proyecto... ¡Ralph era el azafato!

—Llegamos a la conclusión de que la mejor forma de aprobar era que no dijese ni una palabra —dijo divertida su amiga de ojos zafiro —. Pero eso no es lo importante. Me alegro mucho por ti, Hannah — dijo Mandy con una sonrisa. Hannah seguía sin bajar de la nube en la que llevaba subida desde el día que el señor Rickman había anunciado las parejas, desde que pronunció su nombre y el de Jimmy—. Bueno, dime, ¿qué has pensado?

—¿A qué te refieres? —preguntó Hannah.

—Vamos, no me dirás que la historia acaba aquí, ¿no? Que ya no haya un trabajo no significa que no puedas seguir quedando con Jimmy. ¿Por qué no le invitas esta tarde para celebrar lo bien que os ha salido?

Hannah sopesó la idea de su amiga. A decir verdad ni se había parado a pensar en qué pasaría cuando acabase el proyecto, pero la

sugerencia de Mandy no estaba nada mal, de hecho era la excusa perfecta para quedar con él.

—¡Es una idea genial!

—Lo sé —dijo Mandy enorgulleciéndose de sí misma.

Hannah subió al aula unos minutos antes de que sonase la campana que anunciaba el final del recreo para dejar una nota en el pupitre de Jimmy. Cuando el resto de sus compañeros entró en la clase ella ya estaba sentada en su mesa haciendo como que miraba distraída a su alrededor, pero en realidad esperaba ver entrar a Jimmy. Cuando por fin apareció Hannah inspiró hondo. No estaba nerviosa porque leyese la nota o pensando que tal vez rechazase la invitación sino emocionada, sabía que todo iría bien y que Jimmy aceptaría encantado. Cuando Jimmy se sentó Hannah sacó un espejo portátil de la mochila para ver su reacción al leerla, recordaba cada palabra que había escrito a la perfección.

Ya que hemos terminado el proyecto, ¿te gustaría quedar para celebrarlo? A la hora de siempre en mi casa.

En cuanto acabó de leerla Jimmy levantó la vista y descubrió que Hannah estaba girada esperando para corresponder a su mirada y ofrecerle su mejor sonrisa. Jimmy también sonrió y guardando la nota asintió. Hannah se regodeó para sus adentros, todo lo que respectaba a Jimmy estaba saliendo a la perfección.

Aquel día a la salida Hannah avisó a Zoey de que volvería andando a casa, ni siquiera se quedó con Jimmy y los demás a la salida como otra veces, el recuerdo que permanecía en su mente era demasiado perfecto como para reemplazarlo. Se sentía como si estuviese en un cuento de hadas, lo que sentía por Jimmy la hacía ver y experimentar el mundo que la rodeaba de una forma completamente nueva: los colores eran más vivos, los olores más intensos, la alegría, el revoloteo de las mariposas en el estómago... no solo se

veía radiante, sino que se sentía radiante. Y todo a su alrededor se contagiaba con esa magia.

Durante la hora de la comida Hannah suplicó a sus padres que le dejasen la casa para ella sola. Dory y John querían saber qué se traía entre manos, a qué venía tanta insistencia, pero pese a lo mucho que había cambiado Hannah para el matrimonio Davis ella seguía siendo su niña y confiaban en ella plenamente, de modo que finalmente accedieron a pasar el día en casa de los padres de Zoey.

Hannah se levantó de la silla eufórica para darles las gracias y un beso a cada uno. Sus padres nunca antes la habían visto de aquella manera, pero su felicidad resultaba tan contagiosa que era imposible resistirse a ella.

Cuando se fueron Hannah comenzó a preparar la decoración, algo para picar y de beber. Era la primera vez que organizaba una fiesta y mucho menos una tan especial, con un único invitado de honor. Hannah se planteó si poner música de fondo, pero le parecía excesivo y tampoco quería forzar nada, le gustaba disfrutar el viaje y dejar que las cosas entre Jimmy y ella siguiesen su propio ritmo. En ese momento sonó el timbre, Jimmy era tan puntual como siempre.

Hannah abrió la puerta no sin antes echarse un vistazo en el espejo de la entrada. Ver su reflejo le infundió un extra de confianza, estaba guapísima.

—Me alegro de verte —saludó.

—Lo mismo digo —respondió Jimmy—. He traído algo para beber —dijo extendiéndole una botella—. Es sin alcohol, está muy bueno.

Hannah sonrió, por un momento se sintió como si fuesen una pareja de verdad.

—Vaya, qué detalle. Gracias, Jimmy —dijo dirigiéndose al salón, abrió la vitrina y sacó dos copas de cristal mientras Jimmy cerraba la puerta y se dirigía a la sala, donde se fijó en la decoración.

—Ha quedado fantástico —comentó haciendo que el corazón de Hannah se disparase de nuevo al oír su voz y que casi se le

derramase la bebida. Jimmy siempre estaba en todo.

—No ha sido nada —dijo Hannah restándole importancia—. Bueno, ¿un brindis? —dijo acercándose hacia el chico de piel morena, ofreciéndole una de las copas—. Por las energías renovables —bromeó.

Jimmy se rio.

—Y por nosotros. Hacemos un buen equipo —dijo Jimmy alzando la copa.

Hannah alzó la suya y el sonido del cristal al chocar le pareció música celestial. «Hacemos un buen equipo» las palabras de Jimmy resonaron en su interior y como una ráfaga le condujeron hasta el recuerdo de unas semanas atrás, cuando Mandy y ella se encontraban en el patio del recreo, cuando le dijo que le gustaba Jimmy. «Hacéis muy buena pareja». Las palabras de Mandy le erizaron la piel y el impulso eléctrico llegó hasta su corazón. La complicidad que siempre había envidiado entre Ronie y Jimmy, la sensación de estar al margen contemplando a alguien con quien hacía la pareja perfecta... todo eso desapareció de un plumazo porque ya no importaba. En ese momento Jimmy se encontraba allí, con ella, llevaban más de dos semanas quedando a diario y en ese tiempo había descubierto lo bien que se entendían el uno al otro, lo segura que se sentía estando con él, lo mucho que le gustaba hacerle reír... Hannah ya no era una espectadora y la nota que le había dejado aquel mismo día como sugerencia de Mandy era la prueba definitiva. Por primera vez Hannah no estaba al margen, asustada, pasando inadvertida, sino que había tomado las riendas de su vida, de las decisiones que tomaba y adónde quería que estas la llevasen. Y sin duda la conducían allí, la conducían a él.

Hannah y Jimmy se pasaron el resto de la tarde jugando a la consola, hablando sobre la presentación del proyecto y viendo una peli. Cuando terminó Hannah dejó que la música de los créditos sonase.

—Me encanta esta película —pensó en alto.

Jimmy sonrió y tras unos instantes pareciendo debatirse entre decir algo o no finalmente dijo.

—Has cambiado mucho.

Hannah se quedó de piedra al escucharle y rápidamente sintió la necesidad de explicarse. Quizás Jimmy aún no se había acostumbrado a su nuevo aspecto, de hecho a ella misma le había costado hacerlo, pero estaba muy contenta con el cambio y le preocupó que fuese algo negativo para él, o que pensase que era una especie de disfraz, que no era su verdadero yo.

—Sí, bueno, verás... la verdad es que hacía tiempo que quería hacer algo con mi aspecto, algo diferente, que no fuese «típico en mí» pero... nunca me había atrevido. Sé que estoy diferente y lo cierto es que aún tengo que acostumbrarme pero...

En ese momento Jimmy la interrumpió.

—No, no me refiero a tu aspecto, sino a tu forma de ser. Te expresas de otra manera, eres mucho más segura de ti misma, eres más... —Jimmy permaneció unos segundos buscando la palabra adecuada—. Tú. Más tú que nunca.

Hannah se quedó en silencio escuchándole sin poder apartar la mirada. ¿Acaso le estaba diciendo que le gustaba más su forma de ser de antes?

—¿Qué quieres decir? ¿No te gusta? —preguntó asustada. Un cambio más en la personalidad de Hannah que en lugar de quedarse dando vueltas a sus palabras, pese al miedo que le daba hacerlo, se obligó a formular la pregunta.

—No, que va, al contrario. Me gusta que sea así porque eso significa que te sientes bien contigo misma y eso me alegra.

Hannah permaneció de piedra pero por motivos completamente diferentes. Sin duda Jimmy estaba en todo, al fin y al cabo se conocían desde prácticamente toda su vida. Jimmy había visto su cambio externo, igual que todos los demás, pero además la conocía y había podido ver todo lo que eso había supuesto en su interior. Sin

duda Hannah se sentía más segura, cómoda en su propia piel, atrayente... cualidades que nunca había podido ni imaginar y allí, sentada en el sofá junto al chico de sus sueños, se sintió la más feliz del mundo por sus palabras, por todo lo que implicaban.

—Gracias, Jimmy.

—De nada, Hannah.

Ambos sonrieron, entonces Jimmy dijo:

—Debería irme, si llego tarde a casa me la cargo con mis padres.

—Has sacado un diez en el trabajo y te merecías una buena celebración, seguro que lo entenderán.

La sonrisa de Jimmy se difuminó sin llegar a desvanecerse. Hannah le acompañó hasta la puerta y cuando este se encontraba en el umbral ambos se quedaron mirándose.

—Me lo he pasado muy bien —dijo Hannah.

—Yo también —coincidió Jimmy.

—Podríamos quedar más a menudo... o esperar a que vuelvan a ponernos juntos en algún trabajo.

Jimmy se rio.

—Estaré pendiente de las notas en mi mesa.

Hannah se rio.

—Hasta mañana, Jimmy. —Su voz no podía ser más dulce.

Jimmy se inclinó y le dio un beso en la mejilla tiñéndola de rojo.

—Hasta mañana.

Hannah se quedó petrificada sujetando la puerta, llevándose una mano al lugar exacto donde seguía hormigueándole la piel, donde hacía unos segundos se habían posado los labios de Jimmy.

Su sueño se había cumplido; estaba viviendo su propia historia de amor.

RUMORES

Noviembre de 2009

A la mañana siguiente Hannah se levantó nada más sonar el despertador. Se sentía pletórica, no había dejado de revivir en su mente la tarde del día anterior, el beso de Jimmy al despedirse y aunque apenas había podido pegar ojo de la emoción, estaba radiante, como si fuera su propio sol. Tenía preparado lo que se iba a poner desde el día anterior, antes de irse a dormir. Había cosas que su «transformación» no había cambiado, como lo pulcra que era. Había escogido un jersey con dibujos de margaritas deshojadas que tenía escrito «me quiere, no me quiere» en inglés. Un pequeño chiste personal. Se pintó los ojos tal y como Mandy le había enseñado, se puso la base de maquillaje, el brillo de labios y bajó a la cocina a desayunar. Cuando terminó salió a toda prisa a encontrarse con Zoey y los padres de esta. Hannah estaba más entusiasmada que nunca, deseando encontrarse con Jimmy.

Zoey se pasó todo el camino diciendo que el señor Rickman le tenía manía y que Robin, Elly y Sara estaban de acuerdo con ella. «¡Hasta a Robert le ha puesto más nota en el trabajo!» protestaba. Pero Hannah no la estaba escuchando, solo tenía en mente a una persona, sus preciosos ojos, su boca pequeña y la piel bronceada.

Fue de las primeras en subir a clase. Se atusó el pelo mirando su reflejo en el cristal de la ventana y cuando vio lo perfecta que estaba se quedó mirando la puerta esperando que entrase Jimmy, quien aquel día llegaba más tarde de lo habitual. Por fin, una figura que reconoció al instante hizo su aparición, llevaba una sudadera oscura

y unos pantalones vaqueros. De forma inconsciente Hannah empezó a juguetear con su pelo y a enredarlo entre los dedos.

—Buenos días, Jimmy —dijo cuando este pasó junto a su mesa, pero aquel día Jimmy no le devolvió el saludo, siguió cabizbajo incluso cuando se sentó en su mesa.

Hannah se quedó un poco cortada y volvió a mirar al frente tratando de hacer como si no hubiera pasado nada. «Seguramente no me haya oído, o quizás le dijeron algo sus padres por llegar tarde... No pasa nada, luego hablaré con él» pensó. La idea de que su actitud extraña le sirviese como excusa para hablar la alegró.

Cuando Martha, su profesora de filosofía, entró en el aula esta estaba aún medio vacía.

—¿Dónde está el resto de la clase? No me digáis que se han puesto malos todos a la vez, ya tuvimos una epidemia de gripe en 4º B la semana pasada... —dijo posando sus cosas en la mesa.

Justo en ese momento empezó a escucharse un murmullo de voces femeninas que avanzaba por el pasillo. Elly, Betty, Cheyenne, Sara, Victoria y las demás entraron en tropel riendo y cuchicheando entre ellas.

—¿Se puede saber dónde estabais? La campana ha sonado hace rato —les recriminó Martha de brazos cruzados.

—Lo siento, nos hemos distraído en los lavabos... —respondió Betty entre risas.

—Cada vez tardáis más en volver de allí, empiezo a pensar que hay una cámara secreta como en Harry Potter.

El comentario de la señorita Brown causó asombro y risas por igual. Resultaba insólito que un profesor bromease y más aún que lo hiciese con algo así.

—Venga, no perdamos más tiempo, a vuestros asientos y abrid los libros por la página sesenta y cinco.

Los murmullos persistieron durante toda la primera hora, las chicas se pasaban notas entre ellas y durante los cinco minutos de descanso volvieron al baño todas juntas. Hannah aprovechó para acercarse a hablar con Jimmy, el cual permanecía en su pupitre con la mirada fija en su cuaderno.

—Ey, Jimmy, ¿ha pasado algo? Te noto un poco...

—¿Podemos hablar en otro momento? —la interrumpió Jimmy de forma suave, parecía abstraído.

—Sí, sí, no hay problema... —dijo Hannah volviendo a su mesa.

Aunque la conversación con Jimmy no había salido como esperaba Hannah no iba a darse por vencida tan fácilmente. Quizás estaba preocupado por algo y de ser así aquella sería una buena ocasión para demostrarle que era alguien con quien podía contar de verdad, en quien podía confiar.

Hannah observó la clase, de nuevo medio vacía y más silenciosa que nunca. En ese momento Mandy se levantó de su asiento y se acercó hacia ella.

—No lo entiendo, ¿por qué de repente no dejan de ir todas al baño? Y vuelven riéndose o cuchicheando —observó Hannah.

—Ni idea... —dijo Mandy sentándose en un lado de la mesa de su amiga—. A lo mejor deberíamos ir durante el recreo a echar un vistazo, ¿te apuntas? —preguntó enseñando sus perlados dientes.

—Por supuesto —respondió Hannah—. Aunque si no te importa hoy me gustaría hablar con Jimmy, está un poco raro.

—Claro, no hay problema —respondió la chica de ojos azules.

A Hannah le encantaba lo comprensiva que era Mandy. El profesor Hickins se pasó la siguiente hora riñendo a las chicas por no prestar atención e interceptando las notas que habían empezado a pasar a los chicos. Solo Hannah, Mandy, Robin y Ronie parecían no formar parte del grupo de alumnas que se habían estado todo el día cotilleando y riéndose. Hannah se había fijado en que ninguna de ellas había ido a los lavabos, de modo que era lógico que

desconociesen el motivo de tanto alboroto. Conociendo a Robin y a Ronie como las conocía seguramente ambas pasasen de chismes y no estuviesen prestando atención, después de todo siempre había algo que contar sobre alguien y a la semana siguiente todos lo olvidaban.

Cuando sonó la campana del recreo Hannah recogió los libros y se puso el abrigo a toda prisa con intención de interceptar a Jimmy a la salida del instituto para preguntarle qué le ocurría, pero Mandy se le adelantó.

—¿Lista para averiguar qué trae como locas a todas esta mañana? —preguntó entusiasmada.

—Sí, pero ahora iba a hablar con Jimmy —respondió Hannah viendo como este se alejaba a espaldas de Mandy.

—Bah, ya lo harás luego. Sabes perfectamente dónde va a estar pero puede que el misterio de los lavabos desaparezca.

—Tienes razón —admitió Hannah.

Mandy sonrió y dio de la mano a su amiga. Ambas se dirigieron a los lavabos los cuales estaban atestados de chicas de todos los cursos.

—Sí que hay jaleo... el papel higiénico habrá volado hace horas —bromeó Mandy.

Mandy y Hannah consiguieron abrirse paso entre la multitud y cuando entraron descubrieron que la novedad, el motivo de los cotilleos, eran unos garabatos pintados sobre los espejos del baño. A Hannah le costaba ver lo que ponía con tanta gente delante y más considerando su estatura, pero consiguió leer lo que había escrito en lo alto del todo:

«A Valerie Ambrose le gusta Shawn Sanders». «A Whitney Anderson le gusta Harry Scott». «A Jackie Price le gusta Christopher Hemsworth». «A Betty Vega le gusta Spike».

Al parecer el motivo de tanto jaleo era ni más ni menos que alguien se había dedicado a escribir en los espejos del baño de las chicas la lista de enamoramientos que había en el instituto.

—A mí no me hace gracia que Jacob se entere de que me gusta, no pensaba decírselo hasta final de curso —protestaba Érica.

—¿A Camila le gusta David? Qué fuerte. ¡Si no pegan ni con cola! —comentaba una chica con la cara llena de pecas de segundo curso.

—¿Y has visto eso de Ricky y Emma? Rompieron el año pasado, no me puedo creer que siga colada por él... —decía otra.

—Oh Dios... ¡también está el mío! Tengo que hablar con Sam antes de que se entere —dijo Tina, la de 3º C abriéndose paso hacia la salida como podía.

A Hannah le resultaba gracioso que, tanto si era verdad como si no, todo lo que estaba escrito en esos espejos era considerado cierto por todas las chicas que pasaban por allí. Aunque bien pensado muchos de los emparejamientos que había escritos no eran ningún secreto, Hannah había escuchado cotilleos de todo tipo simplemente yendo al baño a lavarse las manos o mientras entrenaban en educación física. Desde luego si alguien se lo proponía era posible hacer una lista como esa.

—¿Nos vamos? —preguntó a Mandy. Hannah se daba por satisfecha, ya habían descubierto el motivo de tanto alboroto y seguía queriendo hablar con Jimmy. Entonces Mandy se giró hacia ella con una mueca en la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Hannah confusa—. No me digas que tu nombre está ahí...

—No, el mío no... —respondió Mandy haciendo una mueca.

A Hannah se le heló la sangre. De forma brusca se coló entre las chicas hasta llegar a la primera fila y ahí lo vio, justo delante de sus ojos:

«A Hannah Davis le gusta Jimmy Byegood».

A cada palabra que leía el interior de Hannah se desmoronaba más y más. Alguien le había expuesto ante el mundo y ahora todos lo sabían. Una ola de miedo e impotencia recorrió su cuerpo, se sintió ridícula e insegura. Hannah nunca había hablado sobre quién le gustaba con nadie salvo Ronie y Mandy. Ni siquiera amigas o compañeras de toda la vida como Cecily, Tamara o Zoey lo sabían. Siempre había guardado esos sentimientos en secreto para sí misma, ocultando su debilidad al mundo. Pero eso ya no importaba porque todos los que estaban allí la habían descubierto. Todos los que habían estado cuchicheando todo el día lo sabían, incluso puede que... «¡Jimmy...!». Ese nombre hizo eco en todo su ser.

Hannah sintió como los ojos se le llenaban de lágrimas, quería salir de ahí lo antes posible. Se abrió camino a empujones hacia la salida mientras Mandy trataba de seguirla. Hannah salió al exterior del edificio y corrió a un lateral donde no había nadie, allí se dejó caer en la acera y empezó a llorar. Mandy le alcanzó momentos después y se sentó a su lado pasándole un brazo por detrás de los hombros.

—Lo sabe... Jimmy lo sabe... —sollozaba Hannah—. Por eso estaba tan raro esta mañana y no ha querido hablar conmigo. ¡Se acabó, todo se acabó! Está claro que no quiere saber nada de mí... Soy tan estúpida, me siento tan ridícula. —Las lágrimas brotaron de sus mejillas salpicando sus zapatos y el cemento.

—Hannah, tranquila, seguro que no es para tanto... quizás tiene que procesarlo. Piensa que ha sido una sorpresa para él también.

—¡No, no! ya no tiene solución... nunca habría querido que se enterase así. Por fin estaba haciendo progresos, por fin sentía que tenía posibilidades con él... ¿quién ha podido escribirlo? ¿Quién iba a hacer algo así?

Mandy se quedó en silencio y se puso tensa. Hannah lo notó y se giró a mirarla.

—¿Qué? ¿Qu-qué pasa? ¿Tú sabes algo? —preguntó nerviosa.

—Quizá pero... no debería decirlo. Además no estoy segura, puede que solo sea una tontería...

—Mandy, ¡por favor, si sabes algo tienes que decírmelo! —suplicó Hannah llorando desconsolada.

—Está bien, está bien... —aceptó a regañadientes—. Tú misma lo dijiste, las únicas personas que sabíamos lo de Jimmy somos Ronie y yo. Piénsalo, ¿quién podría estar celosa de tu acercamiento con él? El otro día en el lavabo la escuché hablando con Robin, dijo que Jimmy no volvería a tener ojos para nadie más... creo que Ronie ha hecho todo esto para que cuando Jimmy se enterase de que te gusta te ignore.

Hannah no daba crédito. ¿Cómo iba Ronie a hacer algo así? Y no solo a ella, sino a todas las demás a las que había delatado escribiendo sus nombres.

—¿Entonces por qué escribió todos los demás nombres? No tiene sentido...

—Fácil; para disimular. Para esconder a la verdadera persona a la que quería delatar. Ya has visto a las demás chicas, ellas no tienen problema en hablar entre ellas sobre sus ligues o sobre quién les gusta, de hecho lo hacen todo el tiempo. Pero la única que ha salido herida de todo esto eres tú.

Mandy tenía razón, todo encajaba. En las últimas semanas, desde que Mandy había llegado, Hannah apenas había estado con Ronie, únicamente se veían en clase y a la salida, y precisamente durante ese tiempo su relación con Jimmy había empezado a mejorar. Pasaban más tiempo juntos e incluso había estado en su casa. Era tan doloroso como evidente: Ronie la había traicionado.

—Tengo que hablar con ella —dijo Hannah limpiándose las lágrimas.

—¿Ahora? No es buena idea. ¿De verdad quieres que te vea así? ¿Darle la satisfacción de ver que ha conseguido su objetivo? Yo creo

que no. Espera a la salida, ahora deberías volver a clase y arreglarte, se te ha deshecho todo el maquillaje. Yo iré enseguida, antes tengo que hacer una cosa.

Mandy volvía a acertar. Ya era bastante duro sentirse expuesta de cara al mundo como para además mostrarse destrozada por ello. Sabía que no habría nadie en su clase y allí tendría tiempo para pensar qué decirle.

Ronie se encontraba en la cafetería con Robert, Albert, Robin y Jimmy cuando de pronto alguien les interrumpió.

—Ronie, ¿puedo hablar contigo un momento? En privado —preguntó Mandy.

—Claro —respondió la chica de ojos marrones.

Mandy se dirigió al baño del local mientras Robert se quedó mirando cómo se alejaba y recibió un capón por parte de Robin. Ronie se levantó y siguió a Mandy hasta el interior de los lavabos. Cuando esta se aseguró de que estaban solas puso el pestillo y empezó a hablar.

—¿Te has enterado de lo que ha pasado?

—¿A qué te refieres? —preguntó Ronie confusa.

—Lo de los lavabos del instituto, ¿lo sabes?

—No...

—Te habrás fijado en que la mayor parte de las chicas de nuestra clase se ha pasado el día yendo al baño, cotilleando y pasándose notitas entre ellas y a algunos chicos. Por lo visto los lavabos de las chicas tienen los espejos garabateados de arriba a abajo, alguien ha descubierto las parejas en ciernes que había en el instituto y se ha dedicado a escribir por todas partes a quién le gusta quién... Hannah incluida.

—¿Qué? Es imposible. Nadie más sabe que a Hannah le gusta... —Ronie se calló. Aunque Mandy le había dicho que alguien había delatado quién le gustaba a Hannah quería respetar su intimidad y no fue capaz de decirlo en voz alta.

—Jimmy, lo sé. —Mandy completó la frase—. Verás, por lo que sé Hannah se le declaró ayer por la tarde y no salió como ella esperaba. Este la rechazó.

Ronie sintió una punzada en el estómago al saber lo que le había pasado a su amiga, sintió tristeza al saber que la habían rechazado y se enfadó consigo misma por no haberse enterado antes, de otra forma. A Hannah le gustaba Jimmy desde hacía mucho tiempo, debía sentirse realmente mal. «Por eso Jimmy está hoy tan raro...». pensó. Pero Mandy no acabó ahí.

—Hannah estaba tan enfadada que ha delatado a todas las demás para vengarse, para que supiesen cómo se siente ella. Sinceramente no imaginaba que llegaría tan lejos, a todos nos han roto el corazón alguna vez pero encontramos formas mejores de lidiar con ello...

—Mientes —le interrumpió Ronie poniéndose seria.

—¿Cómo... cómo has dicho?

—Estás mintiendo. Aunque fuera verdad que le han roto el corazón Hannah nunca sería capaz de hacer algo así. No se dejaría llevar por su dolor y mucho menos querría que nadie más lo pasase mal, ella no es así.

Mandy se quedó atónita ante la seguridad que mostraba Ronie en su amiga.

—Ronie, tu confianza en ella es conmovedora pero, ¿cómo puedes estar tan segura? ¿De verdad la conoces tanto como crees?

—Sí, estoy segura —respondió firmemente.

—Ya veo. —Mandy ofreció una de sus resplandecientes sonrisas, pero había algo diferente en ella, en un abrir y cerrar de ojos su característica aura brillante y cálida se volvió fría y afilada como un

tempano de hielo—. Es curioso, Hannah no ha dudado ni un segundo cuando le he dicho que lo has escrito tú.

—¿Qué? —preguntó Ronie desconcertada—. Yo jamás haría algo así...

—Oh, yo creo que sí —dijo Mandy avanzando de forma amenazante hacia ella, Ronie retrocedió a cada paso que daba—. Por Jimmy. Porque estabas celosa. Por primera vez Jimmy estaba pasando más tiempo con Hannah que contigo. Por fin empezaba a llamar su atención y tú no podías permitirlo.

—Es otra mentira. —A Ronie le tembló la voz.

—Desde luego que no, porque, Ronie, eres una mala amiga. Nunca has estado ahí de verdad para ella, sobre todo cuando más te ha necesitado. Mira ahora por ejemplo; Hannah lo está pasando realmente mal y tú ni siquiera tienes ni idea.

—Yo... no lo sabía. Estas últimas semanas no he estado con ella, no hemos hablado desde que viniste y...

—Por favor, no intentes disculparte, suenas ridícula. No hablabais mucho antes de que llegase yo. Estabas con ella solo por interés, para tenerla a raya con Jimmy. ¿Por qué si no nunca le has dicho que lo intente con él? ¿O por qué nunca la has animado a que hablasen o que le invitase a salir? Porque lo querías solo para ti. Eres una egoísta —dijo acorralándola contra la pared.

—Eso no es verdad —dijo Ronie, tratando de contener las lágrimas.

—Ah, ¿no? Buena suerte intentando que Hannah te crea.

Ronie se zafó de Mandy y se dirigió a la puerta.

—Por si te interesa está en nuestra clase, limpiándose las lágrimas de tu traición —dijo Mandy girándose y Ronie la vio sonreír de una manera que no había visto antes. Lo estaba disfrutando.

—¿Ronie? Espera, ¿adónde vas? —preguntó Robin al verla salir corriendo. Miró de nuevo a los baños, en la dirección de donde

venía, y vio a Mandy saliendo como si nada—. ¿Qué has hecho? —dijo acercándose como un depredador hacia su presa, pero Mandy no movió ni un músculo.

—¿Yo? Nada —dijo con su típica voz inocente—. Estábamos hablando y de pronto ha salido corriendo.

El frío le secaba la garganta y le helaba los pulmones, pero corrió tan deprisa como pudo, entró en el edificio y subió las escaleras hacia el aula de 4º A. Hannah estaba apoyada sobre su pupitre mirando por la ventana. Cuando la escuchó entrar se giró repentinamente, su expresión cambió al ver que se trataba de Ronie. Las dos permanecieron mirándose durante unos instantes sin saber qué decir hasta que Ronie rompió el silencio.

—Hannah, siento mucho lo que ha pasado, yo...

—¿Que lo sientes? —interrumpió Hannah iracunda—. Qué sientes exactamente, ¿eh? ¿Haberme hecho daño o ser una traidora?

—Hannah, yo nunca... —dijo Ronie tratando de acercarse a ella.

—¡Eso es! Tú nunca has sido mi amiga. Nunca has estado ahí para mí, nunca me has apoyado con Jimmy, ni siquiera sabiendo lo que sentía por él... Y eso no es lo peor. Lo peor de todo es que aun sabiéndolo a ti él te gusta. Porque te gusta, ¿no es verdad? —preguntó furiosa.

Ronie sintió cómo se le tensaban todos los músculos. Estaba aterrorizada. No quería mostrarse, le daba miedo hacerlo pero le dolía que sus sentimientos por Jimmy hiciesen daño a Hannah y que se estuviesen interponiendo entre ellas. En cuanto Hannah le hizo esa pregunta Ronie enmudeció. El silencio sirvió para que Hannah interpretase que tenía razón en todo lo que había dicho.

—Lo imaginaba.

Hannah se quedó mirando al suelo. Tanto a Ronie como a Hannah les gustaba Jimmy. Era una verdad que las dos sabían desde siempre, pero ninguna había querido hablar sobre ello por sus

propios motivos. Hannah por miedo a sufrir y Ronie por no poder o no querer mostrarse. Habían vivido ignorando ese hecho por el bien de su amistad, pero Mandy había abierto esa puerta y una vez expuesto era imposible seguir negando que estaba ahí.

—¿Sabes? —dijo Hannah acercándose hacia Ronie—. Me alegro de haber conocido a Mandy. Ella es la amiga que siempre he querido, mejor de lo que tú lo serás jamás —dijo parándose a su lado—. Espero que valga la pena. Que no te pases toda tu vida esperando por él para que al final te rompa el corazón.

Solo cuando Hannah abandonó el aula y sus pasos hicieron eco al fondo del pasillo Ronie fue capaz de volver en sí otra vez. Estaba procesando todo lo que acababa de pasar. Su amistad con Hannah se había roto para siempre, por culpa de sus sentimientos hacia Jimmy, y Ronie no pudo contener más las lágrimas.

A partir de ese día Hannah no volvió a quedar con Jimmy, Albert, Ronie, Robert y Robin en el recreo ni a la salida del instituto. Mandy se convirtió en su única y mejor amiga, tal y como le había dicho a Ronie. Ronie y ella no volvieron a hablar. Pero al igual que había sucedido unos años atrás cuando su amistad con Hannah empezó a crecer a causa de su cambio con Jimmy, Robin comenzó a pasar más tiempo con ella. De algún modo parecía hacerse una idea de lo que había pasado entre ellas y aunque Ronie se sentía agradecida de tener a alguien con quien estar le seguía doliendo saber que su relación con Hannah había acabado. Pero hubo algo que permaneció con ella. Desde aquel día cada vez que Ronie miraba a Jimmy escuchaba el eco de las palabras de Hannah: «Espero que valga la pena».

MANDY

Érase una vez la historia de una joven e inocente princesa, su amado el príncipe y una reina malvada.

La reina, la joven más bella del reino con cabellos dorados como el sol, era querida y adorada por todos, pues su malvado corazón era un secreto a ojos de los demás. Nadie podía imaginar que alguien de tanta belleza albergara un corazón tan oscuro.

La princesa, una dulce joven de pelo castaño, estaba enamorada en secreto de un apuesto joven de ojos marrones y piel oscura. Tan solo la reina malvada lo sabía, pues esta se hacía pasar por amiga de la ingenua princesa, que, pese a pasarse el día rodeada de libros, estaba a punto de comprobar que las verdaderas lecciones las imparte la experiencia. La pobre princesa, presa de sus inseguridades, pensaba que el príncipe estaba fuera de su alcance puesto que alguien como él jamás se fijaría en un ratón de biblioteca como ella, pero la reina, conmovida por su dolor, la convenció de que ella, tan guapa y pura de corazón, podría conquistar a quien quisiera. De modo que siguiendo su consejo y con las esperanzas que la reina le había dado, la princesa dejó una nota para el príncipe: «Encuéntrate conmigo al medio día en la fuente del patio» un lugar apartado pero precioso que había en los jardines. El príncipe acudió y, aunque muerta de nervios, la princesa reunió el valor suficiente para decirle lo que sentía por él. El apuesto joven se quedó en silencio al escucharla y, de pronto, comenzó a reír.

—¿De verdad creías que alguien como yo en ti se fijaría?

La princesa sintió cómo se le partía el corazón, hizo un sonido parecido al de un rayo al caer. Pero lo peor fue cuando escuchó una angelical risa a su espalda. La princesa se giró con lágrimas en los ojos y descubrió que se trataba de la reina, la cual observaba la escena divertida.

—No puedo creer que creyeses mis palabras y te declararas —dijo caminando hacia ella, pero pasó de largo hasta llegar al príncipe, quien estrechó una mano por su cintura.

La princesa comprendió entonces que todo había sido un engaño, puesto que desde el principio no había ningún príncipe, solo un villano y una reina malvada. La princesa, destrozada, salió corriendo aún con las risas haciendo eco en su interior y con una profunda herida en el corazón, desangrándose de amor.

Con el paso de las semanas la reina malvada desapareció, pero no los comentarios sobre lo sucedido aquel día. Todos se reían de la princesa por haber sido tan estúpida y por el ridículo que había hecho. La princesa trató de ignorarlos, pero con cada burla las heridas no sanaban y sentía que mientras siguiese allí nunca lo harían, de modo que entre lágrimas suplicó a su madre que huyesen a cualquier otro lugar. Su madre al principio se negó puesto que tenían toda su vida allí, pero viendo cada día cómo su hija se marchitaba finalmente accedió. La princesa abandonó el reino y aunque todas esas risas y voces la acompañaron a cada paso que daba se difuminaban más, hasta que por fin dejó de oírlas, convirtiéndose en un mal sueño. A partir de ese momento la princesa tomó una decisión; no volverían a reírse de ella, no volvería a sufrir por amor. Si no quería ser la inocente princesa tendría que convertirse en la reina malvada. Y eso hizo. Así fue como Amanda, una joven que adoraba los libros, deseando encontrar el amor y que este fuera correspondido, se convirtió en Mandy, una joven que destacaba por su belleza, una belleza que impedía ver lo oscuro que se había vuelto su interior.

Amanda había estado enamorada de Rick desde el primer año de instituto y soñaba en secreto que algún día este le correspondiese. Pero Amanda era una cerebrito que se pasaba el día entre libros, le encantaba aprender, y Rick era un atleta del equipo de baloncesto de su instituto. Amanda tenía el pelo castaño, recogido en una coleta y su ropa estaba diseñada para no mostrar ni un centímetro de su silueta. Rick tenía la piel de color café, los ojos oscuros y su ropa se ceñía a su cuerpo dibujando cada músculo. «No tengo ninguna posibilidad» pensaba Amanda, hasta el día en que Kylie Amber llegó al instituto. Fue como una brisa de aire fresco para todos los alumnos de tercero, era como poder observar un rayo de sol sin cegarte, imposible apartar la vista de ella. Kylie tenía los ojos verdes, el pelo largo, dorado y llevaba un pendiente con una pluma de color azul. Amanda se quedó prendada al verla, si tuviese que describir cómo eran los ángeles sin duda habría descrito a Kylie Amber, un ángel que solía llevar botas altas de tacón y camisas de leñador. «Esa es la clase de chica que conquista al chico» pensó Amanda y desde luego era lo que parecía puesto que todo el equipo de baloncesto, Rick entre ellos, revoloteaba alrededor de la impresionante joven. Y así Kylie Amber se convirtió en la primera estrella con satélites.

Sin embargo Kylie no destacaba por su inteligencia ni por su atención en clase, de modo que cuando el tutor la sentó junto a Amanda «para que aprendiese algo de ella», la dulce Amanda se ruborizó solo de pensar que ella podría tener algo que enseñarle.

Kylie demostró ser tan bella por dentro como por fuera. Era atenta y amable con Amanda, pasaban mucho tiempo juntas y con el tiempo sus notas empezaron a mejorar. A modo de agradecimiento, supuso Amanda, Kylie empezó a quedar con ella no solo en las clases sino durante el recreo. Como si de una estrella fugaz se tratase Kylie solía decir que a ella no le interesaba nadie, que estaba de paso y que se iría tan pronto como había venido.

—Pero mientras tanto quiero divertirme —dijo con una sonrisa.

A las pocas semanas de su llegada Kylie y Amanda se habían hecho grandes amigas, se pasaban los días mandándose notas en clase, hablando de cualquier cosa durante el recreo y quedando por las tardes, hasta que un día Kylie preguntó:

—¿Hay algún chico que te guste de nuestro curso?

—Sí, pero... te vas a reír —respondió Amanda.

—Claro que no. A no ser que digas que es el profesor Levin, en ese caso sí me reiría.

Amanda se rio.

—Está bien... se trata de Rick.

—¿El cachas de baloncesto?

—Bueno, esa definición valdría para referirse a cualquiera del equipo, pero solo hay un Rick así que sí, ese Rick.

—¿Y por qué no le pides salir a tomar algo?

—¿Estás loca? ¿Le has visto? ¿Me has visto?

—No, sí y sí.

—Era una pregunta retórica... Me refiero a que es imposible que sea correspondido. Como bien sabrás la biblioteca no es el lugar más popular para los atletas y tampoco la gente que se pasa horas allí, como es mi caso.

—Pero tú sí vas a ver sus partidos —dijo Kylie arqueando una ceja.

—Una prueba más de que esto solo funciona en una dirección... —dijo Amanda frunciendo los labios.

—No seas boba. Escucha, puede que físicamente no seas la tía más cañón de este instituto, pero hay cosas más importantes que eso, Amanda Smith, y tú las tienes. Eres un diamante en bruto.

—Para ti es fácil decirlo, tú sí eres la tía más cañón del insti... —dijo soltando un suspiro. Agradecía que le diese ánimos al respecto pero Amanda tenía asumido desde hacía mucho que la luna brillaría más que el sol antes que Rick se fijase en ella.

—Nada de eso, yo soy un cero. Escucha, hazme caso. Escríbele una nota y déjala en su taquilla. Dile algo como «encuéntrate conmigo durante el recreo en la fuente del patio». No podrá resistirse y entonces podrás hablar con él.

—¿Estás segura?

—¡Claro que sí! A los chicos les encantan estas cosas, no pueden con el misterio y cuando vea la nota se imaginará que tiene una admiradora secreta. Luego cuando vaya allí haces el resto. ¿Qué tienes que perder?

Amanda ni se imaginaba cuál sería la respuesta a esa pregunta. Ella no lo tenía nada claro, pero su amiga parecía tan convencida que acabó aceptando.

Al día siguiente, nada más llegar a clase y asegurándose de que no hubiese nadie mirando, Amanda dejó la nota en la taquilla de Rick y entró en clase. A la hora del recreo, muerta de nervios se dirigió hasta la fuente y a al cabo de unos minuto vio llegar a Rick. Sin duda estaba sorprendido de averiguar que se trataba de ella.

—Hola —dijo Amanda levantando la mano, hasta que se dio cuenta de lo absurdo que era saludarle así en ese momento, por lo que la bajó a toda prisa. Hasta un ciego habría podido ver que estaba aterrada.

—¿Tú escribiste la nota? —preguntó Rick estupefacto.

—Sí... —respondió Amanda casi susurrando—. Nos conocemos desde hace mucho tiempo y desde siempre me has parecido interesante y divertido. Me encanta verte jugar durante los partidos y que siempre vais a celebrarlo a la bolera... Me encanta chivarte las respuestas durante los exámenes y que me guiñes un ojo cada vez que te echo un cable en clase. Lo que quiero decir es que... me gustas. He pensado que quizás alguna vez podríamos quedar a tomar algo nosotros solos, para conocernos mejor. A mí me encantaría conocerte mejor... —Sentía que divagaba y que decía frases desordenadas, pero era la primera vez que se declaraba a un

chico y no tenía la menor idea de cómo hacerlo, de modo que decía las cosas tal como le iban viniendo a la mente.

Rick escuchó con atención, sin interrumpirla en ningún momento. Amanda se dio cuenta entonces de que nunca había mantenido tanto tiempo contacto visual con él. Le ponía nerviosa mirarle, pero le ponía más nerviosa aún no hacerlo. Amanda estaba deseando que dijese algo para romper el silencio cuando de pronto este empezó a reír y deseó que nunca lo hubiese hecho.

—Tía, ¡pero si no eres más que un cuatro! Solo hablo contigo en clase para no catear mates y química.

Amanda dejó de sentir la gravedad y al mismo tiempo sentía cómo esta la aplastaba. Nunca tuvo una oportunidad porque el Rick que le gustaba era una idealización, una fantasía. Había dejado que Kylie le convenciera de que podía caminar sobre el agua, de que si saltaba desde un acantilado no pasaría nada, porque ese era el poder que Kylie Amber ejercía sobre las personas a su alrededor, podía controlarlas a su antojo. De pronto a su espalda escuchó una angelical risa que le provocó un escalofrío.

—No me lo puedo creer... ¡ha funcionado! —dijo entre risas, Amanda sentía su voz acercándose por la espalda, pero no podía girarse a mirarla—. Sabía que eras ingenua, pero no hasta ese punto. ¿De verdad es así de fácil convencerte de que hagas el ridículo? —Kylie siguió acercándose pero no a Amanda, sino a Rick, el cual la recibió rodeándola por la cintura.

En ese momento Amanda comprendió lo que pasaba: Kylie y Rick estaban juntos y Kylie, sabiendo lo que Amanda sentía por él, había organizado todo aquello para humillarla. Le hizo creer que no pasaría nada si se asomaba al precipicio y entonces la empujó al vacío.

—Las chicas como tú no existen para chicos como él —dijo Kylie apuñalándola con la mirada.

Amanda no podía soportar más la presión que sentía en el pecho. La chica a la que consideraba su mejor amiga la había traicionado,

se había reído de ella y había utilizado sus sentimientos como arma para hacerlo. Amanda salió corriendo y aunque dejó de oír las risas de Kylie y Rick estas siguieron resonando en su interior, por todas partes.

Amanda se pasó una semana encerrada en casa después de aquello y para cuando su madre consiguió convencerla de que debía volver y terminar el curso, que alguien así no merecía hacer que perdiese un año de su vida, descubrió que Kylie se había ido. Quizá debería haberse sentido aliviada, pero en su lugar le dio rabia. Kylie no le había mentido, no del todo. Había sido sincera cuando le dijo que no le importaba nadie allí, que se iría tan rápido como había venido y que quería divertirse. Amanda odiaba haber sido el juguete que usó para hacerlo en aquella ocasión, que desde un principio le advirtiese del peligro y no haberse dado cuenta.

Cuando Victoria, la madre de Amanda, fue a hablar con el director sobre lo sucedido descubrió que Kylie había pasado por tres institutos desde que empezó secundaria. Kylie no había tenido problema en hacer daño a Amanda porque sabía que no estaría allí para ver cómo sufría, no tendría que aguantar sus lágrimas, ni explicarle por qué había hecho algo así. Simplemente no habría nada.

Pero a diferencia de Kylie las risas, los murmullos y las burlas no desaparecieron. Desde aquel día en el instituto no se hablaba de otra cosa. A su regreso a clase Amanda se encontró con notas en su taquilla iguales a la que ella había dejado en la de Rick, recordándole lo que había sucedido ese día. Día tras día garabateaban su mesa cosas como «*ers patétik*» o «4/10».

Amanda suplicó a su madre que se mudasen de allí, le prometió que acabaría el curso estudiando en casa y que aprobaría los exámenes, pero no quería volver a ese instituto. Victoria, viendo cada día lo derrotada que volvía su hija y cómo afectaba todo aquello a su autoestima accedió, pero no podrían mudarse al menos hasta principios del curso siguiente debido a su contrato de trabajo.

A Amanda no le importó mientras no tuviese que volver a poner un pie en ese infierno. Convirtió su casa en su santuario y permaneció allí durante los meses siguientes, tiempo en el que tomó una decisión: aunque en su casa se sentía a salvo le daban ataques de ansiedad pensando en volver a salir a la calle, por miedo a encontrarse con alguien que la reconociese, o que simplemente se riese de nuevo de ella. De seguir así, pronto su refugio se convertiría una prisión y no podía permitirlo. Pensó en una de las pintadas anónimas que habían escrito en su pupitre: «Ojalá te hubieses ido tú y no Kylie». Tenía razón. Las chicas como Amanda siempre estaban en el punto de mira, por lo que si quería dejar de tener una diana en su espalda Amanda debía desaparecer: su inocencia, la ingenuidad, el dolor, el miedo...

Las chicas como Kylie consiguen el favor de todo el mundo, y a nadie le importa lo cruel que pueda llegar a ser porque nadie es capaz de ver la maldad a través de una fachada bonita. Amanda llegó a la conclusión de que si quería dejar de ser la víctima tendría que convertirse en el verdugo y sabía exactamente a quién tomar de referencia; la persona que le había enseñado esa lección, alguien a quien no volvería a ver jamás.

Comenzó su metamorfosis tiñendo su pelo castaño de color dorado, como rayos de sol. Aprendió a maquillarse, cambió su estilo de ropa por completo, aprendió a andar en tacones... incluso escogió una trenza para el pelo con una pluma de color azul. Así fue cómo Amanda desapareció dando paso a Mandy.

Se obligó a salir a la calle y a actuar con una confianza que en realidad no tenía, como si fuera una *femme fatale* y, para su sorpresa, descubrió que no había ninguna diferencia entre ser algo y hacer como que lo eres. Fingiendo ser segura se sentía más segura de sí misma y con el tiempo se acostumbró a ello.

Lo único que Mandy conservaba de Amanda en secreto era un blog llamado *Sumar años contigo* el cual había descubierto después de lo ocurrido aquel día en el recreo. Leyó las historias que su autor compartía, sus poemas... y se enamoró de cada palabra, de cada

verso. Su originalidad, la sensibilidad que transmitía, la melancolía, la pasión... Amanda siempre soñó con ser amada de esa forma y Mandy fue incapaz de renunciar a eso. Se enamoró del autor de esas palabras aun sin conocerlo y soñaba con cómo sería que alguien le viese de esa manera. Quería creer que algo así existía, lo necesitaba. «La ingenuidad me metió en todo esto y será lo que más me cueste dejar atrás» pensaba divertida.

La segunda semana de octubre, cuando el contrato de su madre finalizó y pudieron organizarlo todo, pasaron de vivir en una gran ciudad a un pequeño pueblo y al día siguiente Mandy fue a clase por primera vez. No tenía problema en ponerse al día con los deberes y demás ya que había estado estudiando por su cuenta, de lo que tenía ganas de verdad era de conocer a sus compañeros, ver las reacciones que causaba en ellos.

Helen la recibió en el hall, pudo ver en su forma de mirarla que le sorprendía su aspecto, desde luego Mandy no era el tipo de chica al que estaban acostumbrados a tener por allí.

—Sígueme, te presentaré a tus compañeros —dijo subiendo las escaleras.

Mandy la siguió pero se quedó unos pasos más atrás. Quería que su entrada fuese triunfal y no perderse ni una sola reacción.

—Buenos días, chicos. Antes de empezar con la clase quiero presentaros a alguien.

Entonces Mandy atravesó la puerta, pasó por delante de todos distraídamente, como si no le importase que la viesen, y cuando estuvo sobre la tarima delante de ellos miró sus caras y las reconoció todas: algunos la observaban fascinados, sobre todo los chicos, otros como si acabase de aparecerse un ángel. Las chicas unas con envidia y otras asombradas. Reconocía todas y cada una de esas caras porque eran las mismas expresiones que había visto cuando Kylie llegó a su anterior instituto. Sonrió satisfecha para sus adentros al comprobar que, al menos el primer punto, lo había conseguido. Solo dos personas de entre todas esas caras no tuvieron

una reacción especialmente entusiasta, de hecho parecía no causarles ningún efecto. Una de ellas era una chica de pelo largo y oscuro, de piel pálida y cejas finas que le daban una expresión seria y el otro un chico que llamó la atención de Mandy al instante y al ver que, aparentemente, era inmune a sus encantos aún más. Tenía piel bronceada, ojos de pestañas espesas y boca pequeña. «Tengo que descubrir cuanto antes el nombre de estos dos...» pensó justo cuando Helen la invitó a que tomase asiento.

Durante las horas de clase intentó recopilar toda la información posible sobre sus nuevos compañeros, especialmente la de aquellos dos que habían sido inmunes a su nuevo yo. Descubrió que la chica de mirada intensa se llamaba Robin y por lo visto era amiga del chico guapísimo, Jimmy.

En cada cambio de hora todos se arremolinaban alrededor de ella para hacerle preguntas. Mandy no podía estar más orgullosa de sí misma, había pasado de ser invisible a ser admirada, querida y popular, todo lo que no era en su vida anterior. Respondió con una sonrisa todas las preguntas que le hicieron, aunque la información que facilitó no era del todo cierta: no era verdad que hubiese estado en tres institutos, en realidad esa era la primera vez que se mudaba, pero cogió prestada cierta información de su «mentora» para usarla a su favor a la hora de crear un historial aún más interesante. Tampoco era verdad que no tuviese amigos debido a esa forma de vida, Amanda nunca había sido muy sociable y la única a la que había considerado su amiga le había traicionado.

—Entonces tampoco tendrás novio... —dijo Christopher, un chico delgado con pecas.

—La verdad es que no —respondió con una sonrisa que dedicó exclusivamente a Jimmy, el cual observaba la escena desde el fondo de la sala junto a Robin y Albert, aunque nuevamente encandiló a todos los presentes menos a él. Cupido estaba fallando todas las flechas. Mandy se fijó en una chica que la observaba desde la primera fila, había permanecido en su asiento toda la mañana pero aun así se giraba de vez en cuando para mirarla disimuladamente.

Por lo que tenía entendido se llamaba Hannah, había respondido correctamente todas las preguntas que habían lanzado durante la mañana. Verla fue como encontrarse con un reflejo de su yo pasado (salvando las diferencias, ya que esta tenía el pelo rubio claro y los ojos verdes); pelo recogido en una coleta, siempre con un libro encima de la mesa y destacando exclusivamente por algo en lo que no suele ser bueno destacar durante la adolescencia; la inteligencia. Durante el instituto esos estudiantes suelen ser tachados de «sabelotodo», «empollones» o similar. Desgraciadamente Mandy sabía de primera mano que a esa edad se aplaudía la ignorancia.

Cuando sonó la campana del recreo las chicas le suplicaron que fuese con ellas a dar una vuelta por el edificio para enseñarle dónde estaban las clases mientras los chicos trataban de convencerla de que era mucho más tentador verles hacer deporte. Al final optó por ganarse el favor de las chicas ya que Jimmy no estaba entre los chicos que le ofrecían salir a verles jugar al patio y porque sabía que, de llamar demasiado la atención de los chicos, podría tener problemas con algunas compañeras; con alguien a quien le gusta otro alguien, si la tachaban de buscona... no quería que la envidia le hiciese perder todo lo que había ganado con su encanto.

Sus compañeras aprovecharon la guía turística para pedirle consejo a Mandy sobre absolutamente todo, algunas incluso la trataban como si se conociesen de toda la vida y empezaban a cotillear entre ellas sobre que a Betty le gustaba uno de otro curso o que Jenna se estaba planteando volver con su exnovio. A Mandy le divertía ser su gurú y, por segunda vez en su vida, descubrió lo fácil que era manipular a ciertas personas con astucia y una cubierta bonita. En cierto modo le parecía superficial que lo que más les interesase saber de ella fuese sobre su estilo y el maquillaje, con preguntas tan superficiales nunca llegarían a conocerla en absoluto. Aunque bien pensado Mandy tampoco respondía con total sinceridad aquellas preguntas más íntimas de modo que se podría decir que le hacían un favor no profundizando más, así podía dedicar su tiempo a analizar y saber más sobre los demás en lugar de tener que seguir inventándose historias sobre sí misma (o sobre Mandy, mejor dicho).

Durante las siguientes horas se fijó en todos los grupos de amigos que había en su clase y en aquellos que interactuaban con el resto pero que no se unían a ninguno en concreto. Trató de averiguar todo lo que pudo sobre sus compañeros en base a sus conversaciones, las preguntas que le hacían... era una especie de trueque, estos querían saber cosas de ella y a cambio Mandy quería tener información sobre ellos. Para ser sinceros no era justo que su información no fuese fiable, pero esa era la vida que alguien como Mandy habría tenido, las circunstancias que llevaron a Kylie a su vida y que hicieron que esta diese un cambio radical. Mandy sabía que la información es poder y más peligrosa que cualquier arma. Las palabras adecuadas podían hacer una herida más profunda que un cuchillo, con cicatrices invisibles, sin dejar huella, de modo que era prácticamente imposible que llevasen hasta el culpable, igual que le había pasado a Amanda.

Sin embargo había alguien tan enigmático de quien apenas había podido sacar nada, el mismo que había demostrado ser inmune a su canto de sirena: Jimmy. Era de los más callados de la clase, ni siquiera participaba demasiado en las conversaciones con sus amigos, solo para hacer algún comentario perspicaz o para chinchar al chico de pelo alborotado, Robert. Era uno de los chicos más guapos de la clase pero aun así no se lo tenía creído y de no ser porque era imposible, Mandy hubiera creído que no tenía interés en ninguna chica. O quizás sí y era muy bueno disimulando. Al igual que Hannah siempre que algún profesor le hacía una pregunta Jimmy respondía correctamente, pero a diferencia de ella él no parecía ser considerado un empollón por ello. ¿Cómo podía ser uno de los más populares de la clase alguien del que sabían tan poco? Puede que fuese por la misma razón por la que Mandy se sentía atraída por él: porque le encantaba descifrarle.

Al día siguiente Mandy volvió a la carga, pero esta vez solo con un objetivo en su punto de mira; el chico guapo de piel morena y su grupo de amigos, formado por tres chicas y tres chicos, muy

equitativo. Las series de televisión le habían enseñado que 1) acabarían saliendo todos con todos hasta que finalmente se quedasen con el adecuado y que 2) había uno para cada uno. Siguiendo esa lógica Mandy trató de averiguar las potenciales parejas del grupo y si, efectivamente, algunas de ellas compartían un pasado en común o si podían tener un futuro.

Comenzó por una de las más difíciles: Robin. Cejas finas, cara en forma de corazón y ojos claros. Robin era mucho más guapa de lo que parecía, tenía muchas virtudes por explotar, como su figura (bastaba con ver sus piernas para saber que le gustaba el deporte) pero no parecía preocupada por lo que le favorecía y lo que no lo más mínimo, simplemente se ponía lo que le apetecía y hacía que luciese. Mandy sintió envidia al pensar que de haberse parecido más a ella, aunque solo fuese en la actitud, su historia habría sido totalmente diferente. Sin duda con el que más tiempo pasaba Robin era con Robert. Este tenía el pelo castaño despeinado, la nariz respingona y una sonrisa todo el día en la cara. Mandy asumió que era el gracioso del grupo, siempre estaba haciendo chistes y bromeando, incluso con los profesores. A decir verdad Robert era muy mono, casi tan guapo como Jimmy, pero a diferencia de este Robert era más que un libro abierto, era como un megáfono que gritaba a los cuatro vientos «así soy yo» allá donde iba, estuviese con quien estuviese. Quizás hablaba el lado masoquista, pero alguien así era demasiado fácil, no suponía ningún reto analizarle. Por lo que observó, Robin y Robert tenían una relación muy cercana, casi como hermanos, pero había algo más. Aunque Robert no iba por ahí babeando detrás de las chicas, Mandy le había pillado mirándola un par de veces (incluso le había preguntado si era modelo) de modo que tampoco tenía problema a la hora de reconocer que le gustase alguien, aunque solo fuera físicamente. Sin embargo Robin ignoraba a todos los chicos del curso a excepción de su grupo de amigos, en especial a Robert. Mandy se paró a pensar en cómo la miraba Robin, de forma dura y casi hostil. No era solo por la forma de sus cejas o porque Mandy no fuese el tipo de chica con el que ella se relacionaría. Cuando Robin miraba a Mandy de esa

manera era justo después de ver que Robert lo estaba haciendo. ¿Tal vez estaba celosa?

Siguiente; Hannah, una chica con mucho más potencial del que mostraba, igual que Amanda. Su físico no la hacía ser de las más resultonas de la clase, pero sin duda era guapa, aunque tuviese que mirar con más atención. «Un diamante en bruto» pensó. Si se rigiese por la relación «chica inteligente acaba con chico inteligente» sin duda ese sería Jimmy. «Aunque las chicas como ella no acaban con chicos como él...» pensó recordando una vez más su propio pasado. O tal vez con Albert, el chico más alto de la clase que también destacaba por sus buenas notas. Su estilo de vestir era muy parecido al de Hannah, clásico, que era una forma de decir anticuado. Albert, que era el más calmado, traía equilibrio al grupo en contraposición a Robert que siempre estaba dando guerra, y era el más alto de todos, mientras que Hannah era la más baja. Mandy se los imaginó juntos y llegó a la conclusión de que harían buena pareja, aunque al final del día lo descartó ya que este era tan callado y Hannah tan tímida que probablemente una película de cine mudo tendría más conversación que ellos dos. Además, Hannah parecía cumplir otro rol presente en los dramas televisivos; el de la tercera en discordia. Hannah no dejaba de mirar a Jimmy, cuando este respondía alguna pregunta ella sonreía y el hecho de que evitase hablar con él era precisamente lo que delataba que era con quien más quería hacerlo. Pero una vez más y como bien sabía, las chicas como Hannah no acaban con chicos como Jimmy, de modo que si Hannah no era el interés amoroso de Jimmy, ¿quién lo era? La única opción que quedaba era Ronie, una de las chicas más guapas de la clase, aunque no parecía saberlo o no le importaba porque no se comportaba como tal. Su relación con Jimmy, aparentemente, era como la de cualquier amigo; de vez en cuando durante los cambios de clase Ronie se acercaba para hablar con él, se reía de los chistes de Robert y les enseñaba algún dibujo que había hecho durante la hora como alternativa más interesante a lo que los profesores estaban explicando. Jimmy se comportaba con ella igual que con los demás, de forma amistosa y agradable, lo cual dio más fuerza a su

teoría de que probablemente a Jimmy le gustaba alguien pero era bueno ocultando sus sentimientos. Siguiendo la lógica de las series de televisión no había otra alternativa; Ronie sería su interés amoroso, y quizás el hecho de que ni siquiera Mandy pudiese decir con certeza si lo era o no demostraba que así era. Jimmy escondía su posesión más valiosa haciendo que pareciese que era como las demás. Mandy se preguntó si habría alguna forma de conocer el pasado de ambos, de esa manera podría tratar de averiguar si tendrían un futuro.

A la salida Mandy observó el corrillo que formaban Jimmy, Ronie, Robert, Albert, Robin y Hannah. De todos ellos Jimmy y Ronie eran los únicos que volvían a casa juntos, seguramente porque a ambos les quedaba de camino. Mandy fantaseó con la idea de ser ella quien le acompañase, con poder hablar con él directamente, seguir descifrándole.

Cuando llegó a casa se encontró una nota de su madre en la nevera que le decía que tenía la comida en el horno. Desde que se habían mudado Mandy y ella no solían coincidir a la hora de comer puesto que Victoria estaba trabajando. Mandy echaba de menos pasar más tiempo juntas, después de todo fue gracias a ella que pudo dejar atrás su anterior instituto, a Amanda y su dolor.

Tras limpiar y recoger los platos Mandy fue a su cuarto a hacer los deberes de aquel día, que incluían un texto por cortesía del profesor de lengua, el señor Williams, donde los alumnos tenían que escribir sobre su forma de ver el mundo o una reflexión propia. Mandy optó por escribir sobre el poder de las sinceridad, con suerte no le tocaría leerlo al día siguiente. Sabía que era una hipócrita total, pero había creado un personaje y tenía que aferrarse a él para representarlo a la perfección. Uno de los factores sobre los que recaía la belleza de Mandy era precisamente que pareciese lo más genuina posible. Si todos supieran que ella en realidad no era así, que se había aprendido un papel y cómo interpretarlo, aunque se comportase de la misma manera todos dejarían de verla con los mismos ojos.

Preferimos creer mentiras sobre cosas que no existen a aceptarlas como realmente son. En su caso sabía que para todos era preferible creer que alguien como Mandy existía de verdad, que esa perfección era posible. A nadie le habría gustado conocer lo que se ocultaba entre bastidores, su verdadera historia, su antiguo yo. A Amanda.

Cuando terminó los deberes encendió el portátil y buscó su página favorita. Solo tuvo que introducir las primeras letras para que apareciese el resto del nombre automáticamente

Sumar años contigo

Intro.

Se le iluminó el rostro al ver que había una entrada nueva en el blog.

Dicen que tanto el amor como la justicia son ciegos y de ser verdad, ¿qué destino nos espera? Si vivimos con los ojos vendados, ignorando los sentimientos del otro, en un mundo donde la justicia no imagina lo injusto que sería que no estemos juntos.

Por eso los enamorados buscaron una forma de hacerles saber lo que sentían: las estrellas. Cartas de amor escritas en el universo, sentimientos en braille dibujados sobre el firmamento para que sus amantes, ignorantes de esos sentimientos, viesen cada noche lo que sentían por ellos sin saberlo. Para que el amor y la justicia pudiesen leerlo y hacer algo al respecto.

Yo solo necesito veinticinco puntos para escribir lo que pienso, lunares negros sobre un fondo rojo como las estrellas en el cielo, para que el amor y la justicia sepan lo que por ti siento. Veinticinco puntos para decir: «Te quiero».

Mandy quedó conmovida por la belleza de aquellas palabras. Sin duda el amor era ciego, de lo contrario ella no se habría colado por un chico que no le convenía en absoluto, uno que le rompería el corazón. Y, demostrándolo una vez más, se había enamorado de la

persona que había tras aquellas palabras aún sin haberle visto nunca, solo por lo que estas le hacían sentir.

El día siguiente fue más o menos igual que los anteriores; las chicas a su alrededor preguntándole banalidades y los chicos suplicando su atención, todos menos el que a Mandy le gustaría. Entonces ocurrió algo que marcó un antes y un después, algo imposible de ignorar. Fue durante la hora de lengua, cuando el profesor Williams seleccionó tres alumnos al azar para que leyesen su texto. Los afortunados elegidos resultaron ser Álex, Betty y Jimmy. Mandy apenas estaba prestando atención aunque se le daba bien disimular que no era así, estaba ensimismada pensando en sus cosas cuando le tocó el turno a Jimmy y este comenzó a leer su texto.

—Dicen que tanto el amor como la justicia son ciegos y de ser así, ¿qué destino nos espera? Si vivimos con los ojos vendados...

Mandy no daba crédito a lo que estaba viendo, Jimmy estaba recitando palabra por palabra el mismo texto que había leído ayer. Se planteó por un segundo que también conociese el blog y lo hubiese copiado, pero Jimmy no era el tipo de chico que haría algo así, las trampas no iban con él. La única opción posible dejó a Mandy boquiabierta: el blog era suyo, él era quien escribía todas esas historias, los poemas... el autor de cuyas palabras se había enamorado meses atrás.

Mandy nunca había creído en las coincidencias ni en el destino, pero en aquel preciso instante sintió que eran estas las que le habían llevado hasta allí, que el destino era una serie de eventos fortuitos y que el suyo era conocerle. En fin, ¿cuántas posibilidades había de que se mudase al pueblo donde vivía el responsable de su blog favorito? ¿De estudiar en la misma clase y que precisamente fuese él quien más le hubiese llamado la atención? Un huracán de pensamientos sacudió su mente haciendo que incluso por un momento barajase la posibilidad de que todo lo que había sucedido

con Kylie, todo lo que había vivido, hubiese sucedido para llevarla hasta allí, hasta el chico con el que había soñado.

Mandy repasó todo lo que sabía sobre Jimmy, todo lo que había visto de primera mano desde que había llegado y le maravilló la contraposición entre su forma de ser en persona y cómo era en el blog, lo poco que hablaba de sí mismo con los demás y sin embargo cómo se abría al mundo a través de su página web. Mandy se sentía embriagada de alegría cuando de pronto cayó en la cuenta. ¿Y si alguien era su inspiración? ¿Las historias, los poemas... tendrían destinataria o solo era una forma de expresarse? Mandy miró a Ronie, la chica en la que había estado pensando el día anterior tratando de averiguar si entre ellos habría o había habido algo y en ese momento tomó una decisión: tenía que saber más sobre Jimmy y para ello necesitaba alguien que la ayudase a hacerlo por lo que tendría que acercarse a alguno de sus amigos para ganarse su confianza y averiguar todo lo que pudiese sobre él.

Robin estaba descartada, pasaría de ella seguro.

Robert podría pensar que estaba interesada en él y no habría forma de sonsacarle nada.

Albert era demasiado hermético como para intentarlo.

Ronie era la sospechosa de ser su posible interés amoroso de modo que no tenía sentido intentarlo con ella.

Su última opción resultó ser la adecuada: Hannah. Ella era lo suficientemente maleable como para poder manipularla, algo que Mandy sabía de primera mano.

Entonces Mandy fue consciente de la ironía que suponía, cómo en apenas un año su situación había dado un giro radical y habían cambiado las tornas por completo, tal y como ella quería. En ese momento Mandy tuvo una idea casi tan cruel como descabellada: quería que la historia se repitiese, pero en aquella ocasión los papeles serían diferentes: ella sería la reina, Jimmy el príncipe y Hannah la princesa. Tenía todo lo necesario para conquistarle, una princesa a la que embaucar y ella se había convertido en el tipo de

chica que se lleva al chico. El cuento por fin iba a tener un final feliz, aunque no para todos.

Al salir de clase Mandy esperó a que el corrillo de Jimmy y sus amigos se marchase y disimuladamente empezó a seguir a Ronie y Jimmy de vuelta a casa. La mayor parte del tiempo la que llevaba la voz cantante era Ronie y a ratos caminaban en silencio uno al lado del otro. Cuando llegaron a una intersección ambos se detuvieron y Mandy lo hizo también unos cuantos pasos por detrás asegurándose de que no la vieran. Jimmy y Ronie se giraron el uno hacia el otro para despedirse, momento en el que Ronie se alejó y Jimmy prosiguió con su camino. Mandy confirmó su teoría, si volvían juntos a casa era porque a ambos les quedaba de camino. Mandy aprovechó la ocasión para entrar en acción, se acercó a Jimmy sin hacer ruido y cuando estuvo suficientemente cerca dijo:

—¡Hola, Jimmy!

El chico se giró y sus ojos delataron su sorpresa al ver que se trataba de la hermosa chica.

—¿Mandy?

—La misma. ¿A qué viene esa cara? —preguntó divertida.

—N-nada, es que no esperaba verte. ¿Qué haces aquí?

—Vivo por aquí —mintió—. ¿Te parece bien si vamos juntos? —preguntó con una encantadora sonrisa.

—Claro —accedió el chico que aún parecía confuso.

Reanudaron la marcha, Mandy sentía cómo se le aceleraba el corazón, estaba nerviosa aunque tenía experiencia suficiente para hacer que no se le notase. Al cabo de unos instantes Mandy rompió el silencio.

—Me ha encantado tu texto. Escribes súper bien, ¡deberías tener un blog! —exclamó entusiasmada tratando de leer la expresión del chico al oír esas palabras.

—Vaya, muchas gracias, pero no es para tanto.

La naturalidad con la que respondió dejó a Mandy alucinada, casi le hizo dudar si era él el verdadero autor del blog donde el día antes había leído el mismo texto que había recitado él en clase.

—Yo creo que es increíble. Las palabras tienen mucho poder pero hay que saber usarlas para que logren traspasar el papel y se conviertan en más que eso, para que no solo cuenten historias sino que te hagan vivirlas o te transmitan sentimientos —dijo pensando en todo lo que había leído en la página web. Tanto si se trataba de él como si no aquellas eran de las pocas cosas que Mandy estaba diciendo sinceramente desde que llegó.

—La verdad es que no lo había pensado, dicho así parece toda una proeza —dijo Jimmy con una sonrisa. El atisbo de orgullo que mostraba esa sonrisa tal vez podría ser la primera señal que delataba que la escritura para él era más importante de lo que quería hacer ver.

—Créeme, lo es —dijo Mandy casi sin querer. Se había quedado embelesada mirándole, viendo a través de él todas las palabras que la habían ayudado a superar la época más difícil de su vida, lo que la había conducido hasta allí.

Siguieron andando unos minutos más hasta que Jimmy se detuvo.

—Yo vivo aquí —dijo señalando la entrada de la casa frente a la que estaba.

—Oh, en ese caso continuaré sola —dijo obligándose a sonreír.

—Nos vemos mañana —se despidió el chico antes de entrar en casa.

—Sí... nos vemos mañana —susurró Mandy cuando este desapareció tras la puerta. Permaneció unos segundos en silencio contemplando la fachada. Cuando se puso en marcha dio media vuelta consciente de que la esperaba un largo camino, su casa quedaba en la otra punta del pueblo. Se pasó todo el camino

planeando cómo acercarse a Hannah para que esta le proporcionase toda la información posible sobre Jimmy.

Al día siguiente cuando Mandy vio a Hannah a la entrada del instituto puso en marcha su plan. Hannah caminaba distraída y Mandy la abordó con toda la naturalidad del mundo.

—¡Ey, Hannah!

La chica de ojos verdes se giró al escuchar su nombre, pero Mandy pudo ver reflejada en la expresión de su cara que probablemente era la última persona con la que esperaba encontrarse.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó atónita.

«Qué fácil va a ser esto» pensó Mandy. Hannah era un corderito a punto de ser devorado y no tenía ni idea.

—Vamos a la misma clase —respondió Mandy con una gran sonrisa. Estaba exponiendo a Hannah a toda una exhibición de sus mejores trucos, si se lo proponía Mandy podía ser más dulce que la miel y tan adictiva como la nicotina.

—Sí, pero no hemos hablado nunca.

Mandy supo al escuchar esas palabras que su plan funcionaría a la perfección. Hannah tenía razón, nunca habían hablado, de hecho aquella era la primera vez que interactuaban desde que había llegado y eso, lejos de jugar en su contra, era precisamente lo que iba a hacer que se ganase su simpatía al instante. Hannah, comparada con Mandy, se consideraba un cero a la izquierda de modo que al comprobar que la chica nueva y popular se sabía su nombre y se acercaba a ella con toda la naturalidad del mundo sentiría una sensación que no había experimentado antes. Se sentiría elegida, especial, única. Lo sabía porque así se había sentido Amanda cuando comenzó a quedar con Kylie.

Mandy comenzó proponiéndole quedar juntas a la hora del recreo, tuvo que persuadirla un poco pero finalmente Hannah aceptó. Sabía que supondría un chasco para el resto de las chicas que la habían convertido en su asesora de moda particular, pero francamente estaba cansada de hablar siempre del mismo tema y, además, Hannah tenía algo con lo que ninguna de ellas podía competir. Era el puente a través del que llegar a Jimmy.

Cuando sonó la campana del recreo algunas de sus compañeras se reunieron en torno a su pupitre y Mandy disfrutó la ocasión de pasar de ellas con total descaro con la justificación de quedar con un alma descarriada como Hannah. Ninguna de las chicas la culparía o se enfadaría con ella puesto que su prepotencia les haría pensar que, sin duda, Hannah necesitaba de la ayuda de Mandy. Se acercó a la chica, que llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, y con una sonrisa preguntó.

—¿Vamos?

Hannah le siguió como si de un canto de sirena se tratase, era incapaz de resistirse a cómo le hacía sentir que Mandy se fijase en ella y esta iba a aprovecharse todo lo que pudiese de ese sentimiento.

Mandy condujo a Hannah hasta una zona del patio situada entre los edificios que formaban el instituto, se había fijado en aquel lugar en uno de los tours que las chicas habían organizado para enseñarle las aulas y se había percatado de que nunca iba nadie por allí, por lo que era el lugar perfecto para tener intimidad. Hannah seguía tan callada como siempre, Mandy supuso que dependería de ella romper el hielo para ganarse su confianza y que se acabase soltando, de modo que inició la conversación bromeando sobre lo mismo de lo que solía hablar todos los días a esa hora con las demás chicas. Tal y como imaginaba, Hannah no tenía ni idea sobre maquillaje o moda ni mostraba el menor interés en tenerlo. Mandy decidió compartir con ella una verdad, la primera de muchas.

—Yo aprendí viendo vídeos en internet, cogía el maquillaje de mi madre a escondidas. ¡Le destrocé todos los pintalabios! —Por un

momento Mandy pensó en su antiguo yo, en Amanda y en el gran parecido que compartía con Hannah. Era como estar sentada junto a su vida pasada, lo que hizo pensar durante un momento si Kylie también habría llegado a sentirse de la misma manera al estar con ella, aunque lo que estaba claro era que, fuera como fuese, eso no le detuvo a la hora de partirle el corazón y traicionarla así que ¿por qué debería detenerla a ella?—. Oye, no te lo tomes a mal, pero no te pareces a las otras chicas de nuestra clase —dijo Mandy, y era una advertencia.

Al igual que en la cadena alimenticia, en el mundo real había una jerarquía donde las chicas como Mandy, como Kylie, se comían a chicas como Hannah, como Amanda. Mandy estaba guiando a Hannah hacia la boca del lobo y esta entraría por voluntad propia cegada por su brillante apariencia.

—Tengo otros intereses, supongo —dijo Hannah.

En ese momento Mandy aprovechó la ocasión para decir la segunda verdad que le serviría para ganarse por completo la confianza de la chica de ojos verdes. Si algo podía cautivarla por completo era ver que una chica de apariencia como Mandy era capaz de comprender y de sentirse igual que alguien como ella. Eso le daría esperanza para saber que se trataba de una persona de carne y hueso, para creer que era una aspiración que podía alcanzar. Si creyese que parecerse a ella era tan descabellado como intentar tocar el sol acabaría frustrada y pagaría esa frustración con el origen de esta, con ella. Entonces Mandy recordó las palabras que le dijo Kylie, que ella era un cero, y recordó los garabatos en su pupitre después del incidente con Rick, «4/10». Le contó a Hannah una historia sobre números que no se aceptan como son, que aspiran a ser un cero perfecto, y lo importante que era valorarse a uno mismo por lo que es. Le mostró a Hannah su mayor vulnerabilidad, el hecho de que ella no era perfecta, ocultando que era así como ella se sentía, como se sintió durante mucho tiempo; un número imperfecto, un insuficiente. Su mensaje funcionó a las mil maravillas causando el efecto deseado, Mandy pudo ver en la forma de mirarla

de Hannah cómo sus barreras bajaban. Ya estaba, había entrado en la boca del lobo.

La segunda parte de su plan consistió en una pequeña nota que escribió en un fragmento de su cuaderno. Quizás era precipitado, pero necesitaba saber cuánto quería Hannah ser su amiga, cuánto estaba dispuesta a confiar en ella, de modo que a la salida del instituto se acercó a su grupo y le entregó el papel donde la citaba al día siguiente en ese mismo lugar. Sin preguntas, sin contemplaciones, una orden que dependería de Hannah acatar o no y que le diría a Mandy hasta qué punto podía controlar su forma de actuar.

Al día siguiente Mandy salió de casa con la suficiente antelación para llegar a tiempo al instituto pero decidió llegar tarde deliberadamente, hacer que Hannah creyese que le estaba tomando el pelo, que confirmase sus más profundas sospechas de que Mandy en realidad no podía ser tan perfecta en todo, tan buena, para luego demostrarle que se equivocaba, que sí podía serlo.

Al igual que el día anterior su plan salió a pedir de boca, vio el alivio y la sorpresa en la cara de Hannah al verla y cómo se ruborizaba levemente cuando Mandy bromeó sobre el hecho de que le preocupaba que sería ella quien le diese plantón. «Como si pudiese hacerlo» pensó Mandy, el hecho de que Hannah hubiese ido de forma puntual y estuviese dispuesta a esperar por ella le demostraba que la tenía ganada casi por completo, solo haría falta un último empujón. Mandy comenzó por pedirle que le enseñase el pueblo ya que a decir verdad se había mudado hacía poco y no conocía mucho del lugar. Al cabo de una hora le propuso ir a tomar algo y Hannah la llevó a una cafetería donde tomaron un chocolate caliente. Allí Mandy siguió escuchando con total atención todo lo que Hannah le contaba al acecho de cualquier dato que pudiese resultarle de interés. Se notaba que Hannah no tenía ocasión de hablar sobre sí misma, de ser el centro de atención, y lo supiese ella o no, parecía gustarle, disfrutaba con ello.

—Creo que este sería un buen momento para ir a tu casa —propuso Mandy cuando acabaron su taza de chocolate.

Sabía que era precipitado decírselo de sopetón pero quería ir directa al grano y necesitaba dejar de perder el tiempo escuchando historias que nada tenían nada que ver con la persona por la que estaba haciendo todo esto. Quizás en su casa Hannah tendría algo relacionado con Jimmy, algo con lo que poder sacar el tema. Al principio Hannah se mostró recelosa, como siempre que Mandy se había acercado a ella, pero finalmente accedió.

El camino hasta casa de Hannah fue el único rato que hubo silencio entre las dos, Hannah debía de estar muy nerviosa ante la idea de que Mandy viese dónde vivía. Subieron las escaleras de la entrada hasta el portal y cuando Hannah entró en casa anunció.

—Hemos vuelto.

Mandy adivinó que estaba saludando a sus padres, pero la casa estaba tan en silencio que no parecía que hubiese nadie allí, aun así Hannah subió rápidamente las escaleras y fue directa a su cuarto. Mandy se fijó en las fotos que había colgadas adornando las paredes de la casa, recuerdos de momentos felices todos juntos y sintió nostalgia de su antiguo hogar. Las paredes de su nueva casa estaban desnudas, todas las fotos estaban guardadas en cajas que había apiladas por las habitaciones, al ver el interior de la casa de la familia Davis sintió que aquello era un hogar de verdad.

Una vez en la habitación de Hannah, Mandy examinó todo en busca de información útil. Las paredes de su dormitorio tenían posters de cantantes y grupos de música, diplomas colgados y trofeos de pimpón sobre la estantería, un montón de libros, CD de música... todo impolutamente ordenado.

—Tienes una casa preciosa, me encanta tu habitación —dijo Mandy de forma totalmente sincera.

—Gracias —respondió Hannah.

En ese momento Mandy se fijó en la puerta del armario de Hannah que estaba lleno de fotografías pero no con su familia, sino con sus amigos del colegio y el instituto. Mandy se acercó para mirarlas más detenidamente, era lo primero que veía en todo el día que involucrase a Jimmy. Entonces se fijó en una fotografía donde los alumnos de 6º A (según decía el pie de foto) posaban delante de una pared llena de dibujos. Uno en concreto llamó la atención de Mandy como una bengala en un cielo nocturno, se trataba de una mariquita un poco mal dibujada con una frase debajo que rezaba «sumar años contigo».

—¿De quién es este dibujo? —preguntó Mandy sin que se notase en lo más mínimo que su corazón se había desbocado ante la primera evidencia plausible de que Jimmy era el autor misterioso de su blog favorito.

Hannah se acercó para ver a qué se refería y su respuesta, el tono de voz y su actitud al hacerlo, le dijeron a Mandy que era un tema delicado. Había dado en el clavo.

—De Jimmy. Y la otra, la que es exactamente igual, es de Ronie.

—¿Por qué una mariquita? —preguntó Mandy.

—Ni idea, debían de tener telepatía o algo. Fue un dibujo para despedir el último año en primaria. Ninguno había comentado lo que iban a dibujar y aun así hicieron exactamente lo mismo...

Mandy se fijó en lo que había dicho Hannah, efectivamente había un segundo dibujo de una mariquita mucho mejor hecho que el anterior. Ambos tenían los mismos lunares y en el mismo sitio. Así que ese dibujo era de Ronie... después de todo quizás ella y Jimmy tuviesen algo entre ellos, o lo hubiesen tenido. Puesto que para Mandy las coincidencias no existían dio por sentado que esa mariquita debía de tener algún significado para ellos. Además ¿qué significaban esos lunares? Mandy recordó las palabras del texto que había leído Jimmy el día anterior «puntos negros sobre un fondo rojo como estrellas en el cielo». Su investigación sobre Jimmy la había

llevado a otra persona, a Ronie. Tenía que saber más de ella y parecía estar con la persona indicada para hacerlo.

—Ronie y tú tenéis muchas fotos juntas, os conocéis desde hace mucho —comentó Mandy aún mirando las fotos.

—Sí, desde párvulos. Siempre nos hemos llevado bien, aunque no empezamos a quedar hasta hace tres años. Desde entonces es mi mejor amiga —explicó Hannah.

—¡Oh! Entonces debéis de conoceros muy bien. Sabrás los chicos que le gustan y esas cosas, ¿no?

—En realidad no... no hablamos de esas cosas.

—¿Por qué no? Has dicho que es tu mejor amiga.

—Es algo muy personal.

Mandy había metido el dedo en la llaga. Por eso Hannah se había puesto tensa al ver qué le había llamado la atención de la foto, por eso contestaba a la defensiva, resentida. Sin duda Ronie y Jimmy habían compartido un pasado, la pregunta era, ¿seguía habiendo algo entre ellos o había sido solo cosa de niños? Para colmo resultaba evidente que a Hannah también le gustaba Jimmy. Mandy decidió recurrir a una técnica bastante rastrera que consistía en hacer que Hannah dudase de su amistad con Ronie, hacerle creer que, si no podían hablar de todo, eso significaba que Ronie y ella no eran tan amigas.

—Se supone que las mejores amigas pueden hablar de todo. Pase lo que pase, tu amiga nunca te juzgará y siempre estará ahí para apoyarte. Quizás si no podéis hablar de eso significa que no es tan amiga tuya como creías —Mandy supo que sus palabras estaban calando al ver cómo cambiaba la expresión de Hannnah, así que decidió ir más allá. ¿Cómo reaccionaría Hannah al pensar que a Ronie le gustaba Jimmy?—. Me he fijado en que siempre está con Robert, Albert y Jimmy. Supuse que le gustaría alguno de ellos, como Robert, pero en realidad creo que esa es Robin... Quizás quien le gusta es Jimmy.

Su amiga de ojos verdes palideció en el acto.

—No, no puede ser. Es mi amiga. —Tras un abreve pausa que hizo perder toda la confianza que tenía en esas palabras añadió—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

«Con que amigas que no hablan del chico que les gusta ¿eh?». Mandy obtuvo todo lo que necesitaba de la respuesta de Hannah. A Ronie no podía gustarle Jimmy porque a Hannah también le gustaba y, aunque esta no fuese a hacer nada al respecto, Ronie tenía las manos atadas o de lo contrario se arriesgaría a perder su amistad. Eso le dio a Mandy la ventaja que necesitaba. Ahora sabía que, le gustase a Jimmy o no, Ronie no suponía una amenaza porque eso supondría arruinar su relación con Hannah para siempre, con su mejor amiga. Sonrió para sus adentros al pensar que cuando su plan funcionase y Jimmy le correspondiese ella sufriría las mismas consecuencias ya que sin duda Hannah estaría tan dolida que no querría saber nada más de ella. La diferencia era que a Mandy eso no le importaba, ella no era su objetivo en todo esto, solo un daño colateral.

—Está bien, te haré mi pregunta favorita cuando voy a casa de una amiga... ¿Puedo ver lo que tienes en tu armario? —preguntó Mandy con fingido entusiasmo.

Esas fueron las palabras que dieron comienzo a la transformación de Hannah, cuyo armario estaba lleno de colores apagados y estampados aburridos por un lado y una inmensa colección de colores vivos y modelos atrevidos por otro. Estaba claro que a Hannah le gustaba esa ropa, si no podría haberse deshecho de ella, si la guardaba era porque esperaba que llegase el día en el que se atreviese a usarla. Esa era la dualidad de la chica de ojos verdes, una lucha constante consigo misma donde una parte de ella quería destacar, ser llamativa, popular, como Mandy, y por otra el miedo que la frenaba a hacerlo impidiéndole cambiar, abrirse. Pero por suerte o por desgracia para ella, Mandy estaba allí para ayudarla a acabar con ese miedo, para hacer de ella la chica que siempre había anhelado ser, aunque Mandy no era ningún alma caritativa. Quería

asegurarse de que Hanna se sintiese en deuda con ella para poder seguir aprovechándose de su nueva amiga y conseguir toda la información que necesitase. Después de todo gracias a ella la tarde había sido más productiva de lo que Mandy jamás hubiera podido imaginar.

Se pasaron el resto de la tarde probando modelitos y quitándoles las etiquetas. Una vez terminaron con el vestuario Mandy procedió a maquillar a Hannah con los trucos que había aprendido y, como toque final, le sugirió que se soltase el pelo y luciese su melena. Para ser sincera Mandy se había divertido con el desfile de moda y maquillándola, además Hannah estaba impresionante, pero Mandy sabía que por mucho que se disfrazase seguía siendo la princesa ingenua del cuento y ella la reina malvada.

Al día siguiente Mandy volvió a quedar con Hannah, esta vez a modo de profesora para enseñarle a que se maquillase por sí misma y unos cuantos trucos de estética para que explotase todo su potencial. Hannah siempre se sentiría en deuda con ella por haber sido quien sacase a la luz la versión de sí misma que siempre anheló ser.

El lunes por la mañana cuando Mandy subió a clase no vio ni rastro de Hannah. Esperaba ver si su lección del fin de semana había hecho efecto, si de la noche a la mañana se había convertido en una copia suya. Sentía curiosidad por ver si se había atrevido a dar el paso y aparecer por clase con su nuevo aspecto o si en cambio seguía siendo un ratoncito asustadizo que prefería pasar desapercibido. En cuanto Hannah entró por la puerta despejó todas sus incógnitas: estaba increíble, no solo por su aspecto sino también por su actitud. Mandy soltó una pequeña risa burlona para sus adentros asombrada ante lo extremadamente fácil que resultaba controlar a Hannah, la precisión con la que podía mover los hilos invisibles que le permitían manipularla a su antojo, pero al mismo tiempo sintió una emoción que no fue capaz de describir. Casi diría que sentía orgullo. Para ser sincera Hannah era la alumna perfecta

en todas las facetas, siempre superando las expectativas, y eso a Mandy le gustaba.

Mandy observó la trayectoria de Hannah que avanzaba arrolladora como una fuerza de la naturaleza hasta un objetivo, hasta Jimmy. En cuanto estuvo frente a su mesa sacó un CD de música y se lo extendió. Jimmy, perplejo ante la Hannah que tenía delante, lo recogió sin apenas articular palabra, la chica de ojos verdes y cabello ondulado se giró y la forma con la que sostuvo la mirada de Jimmy, de forma atrevida y juguetona, hizo que Mandy se pusiera celosa.

«¿Quién lo iba a decir? Sí que aprende rápido...» pensó apretando los dientes. Se sentó en su pupitre y se pasó las siguientes horas hasta el recreo planificando su siguiente paso: iba a conseguir que Hannah le confesase lo que sentía por Jimmy.

—¡Dios mío, estoy impresionada! Hannah, estás increíble. Cuando te he visto entrar me he quedado completamente flipada —la halagó Mandy sentada en el banco de piedra en su lugar habitual en el recreo. En parte lo decía en serio, le gustase reconocerlo o no el hecho de cambiar, aceptarse a uno mismo por cómo eres incluso cuando eso no sea lo que los demás esperan de ti, requería mucha valentía y Hannah lo había afrontado perfectamente.

—La verdad es que no sé qué me ha pasado. Pensé que me costaría más hacerme a esto, a verme diferente, a sentirme diferente... pero ha sido tan fácil que aún casi no me lo creo. ¡Incluso con Jimmy he sido capaz de...!

«Bingo» pensó Mandy. Hannah había dicho la palabra mágica.

—¿He oído bien? ¿Has dicho Jimmy? —preguntó Mandy. Solo tenía que tirar del hilo y Hannah haría el resto.

—Bueno... es-es una tontería... —titubeó la chica de ojos verdes.

—A mí no me lo parece. Mírate, ¡pero si te has puesto colorada! —mintió Mandy, era evidente que se había puesto nerviosa aunque su cara no reflejaba ese rubor, pero Mandy sabía que al decirlo Hannah se sentiría tan expuesta por su propio cuerpo que decidiría que no

valía la pena seguir negándolo. Solo necesitaba un último empujón —. ¿Es que acaso te gusta Jimmy? —preguntó Mandy con una sonrisa tan falsa como preciosa.

Hannah la miró durante unos instantes. En su interior uno de los mayores dilemas internos que jamás había tenido estaba disputando una lucha en la que solo habría una vencedora: Mandy. Hannah estaba tratando de luchar contra todo lo que había creído durante años, contra su inseguridad, el miedo a sentirse expuesta al mundo, a ser vulnerable. Desde siempre su mente se había encargado de ocultar lo que su corazón sentía y en ese momento, a causa de Mandy, ese secreto estaba a punto de salir a la luz.

—Sí. Me gusta —respondió Hannah y la seguridad en su voz dejó a Mandy perpleja. No habría dicho con tanta firmeza ni su propio nombre.

Pero eso ya no importaba, Mandy acababa de cantar victoria. Para que su plan funcionase tenía que llevar a Hannah a un lugar que ella había conocido el año pasado, al borde del acantilado. Una oveja guiada por un lobo. Y en cuanto Hannah había pronunciado esas palabras ya no había vuelta atrás, estaba acorralada.

—Hannah, eso... —Mandy hizo una pausa, necesitaba un gran acopio de cinismo para que lo que estaba a punto de decir sonase sincero—. ¡Es fantástico!

—¿En serio? —Hannah estaba perpleja.

—¡Claro que sí! Esta mañana, cuando le has dado el disco, os he visto y me ha parecido que sois monísimos. Hacéis muy buena pareja. Además os conocéis desde hace tiempo, ¿verdad? Eso hace que sea una relación aún más bonita, más romántica, como en las películas. Oh, Hannah, ¡estoy tan emocionada por ti!

Todas y cada una de las palabras que salieron de la boca de Mandy en ese momento eran mentira, pero así era como tenía que ser, porque así era como se lo habían hecho a ella. Tenía que crearle ilusiones con Jimmy, darle falsas esperanzas animándola para que cuando estuviese lo suficientemente cerca empujarla al vacío.

Exactamente igual a lo que hizo Kylie, quien de alguna forma había orquestado todo aquello en el momento en el que hizo a Amanda pasar por ello. Seguramente Kylie no contase con que Amanda desaparecería igual que hizo ella después de traicionarla, y que Mandy recogería el testigo convirtiéndose en el siguiente eslabón de la cadena. A decir verdad ni la propia Mandy se habría imaginado qué pasaría, pero eso fue antes de conocer a Jimmy.

—No-no sé qué decir, la verdad. Nunca había hablado de esto y me siento tan... —dijo Hannah al cabo de un rato.

—A mí puedes contarme cualquier cosa. Para eso están las amigas.

Hannah ni se imaginaba el peligro que había tras aquellas palabras.

Aquel día a la salida, igual que la última vez, Mandy esperó a que Jimmy y Ronie volviesen a casa para seguirles. Ronie comentaba de vez en cuando lo cambiada que estaba Hannah, lo guapa que estaba mientras Jimmy asentía y coincidía con todo lo que su amiga decía. Mandy se preguntó hasta qué punto las palabras de Ronie eran sinceras o si solo trataba de fingir su entusiasmo, después de todo no conocía a ninguna chica que celebrase de aquella forma que una amiga se hubiese convertido en un cisne, ni siquiera parecía preocupada por el hecho de que su nuevo aspecto sumado a su actitud pudiesen ser una amenaza con Jimmy. Tal vez esos pensamientos solo eran un reflejo de la propia mente de Mandy.

En la intersección Ronie y Jimmy se separaron, como la otra vez, y al igual que entonces Mandy aprovechó ese momento para alcanzar a Jimmy.

—¡Hola, Jimmy! —saludó alegremente Mandy igual que la primera vez.

—Hola, Mandy —El chico no parecía tan sorprendido como entonces pero sí contento—. No te vi el otro día —comentó. Tenía razón, el viernes pasado Mandy había sacrificado esos minutos con

él para poder darle la nota a Hannah, aunque para su fortuna había valido la pena.

—Oh, ¿así que me echaste de menos? —bromeó. El chico se quedó tan pillado que se limitó a sonreír ante el comentario de la chica—. Tenía algo que hacer, me fui pronto... Aunque debo decir que yo también te eché de menos. Bueno, ¿qué tal el día?

—Bien... —fue la sencilla respuesta del muchacho siguiendo en su línea de pocas palabras.

—El mío acaba de mejorar. —Jimmy le miró con una pizca de desconcierto en sus ojos, pero no parecía incómodo sino sorprendido. A juzgar por su reacción, pese a ser uno de los chicos más guapos de su curso, no parecía estar acostumbrado a comentarios tan directos, a que expresasen con él de forma tan abierta los sentimientos que les provocaba—. Lo siento, no puedo evitarlo... es que me gusta mucho estar contigo, no sé describirlo pero... me siento bien. —Mandy no tuvo que planear ni fingir nada de lo que dijo, estaba siendo totalmente sincera y eso hacía que le sucediese algo que no solía pasarle nunca, que estuviese nerviosa.

—No pasa nada, cada uno tiene su forma de expresarse. No tienes que disculparte.

—Es curioso, ¿verdad? Disculparnos por lo que sentimos, especialmente cuando son sentimientos agradables. Además, ni que pudiésemos controlarlos. Decirle abiertamente algo bonito a alguien que te hace sentir bien debería ser lo más normal del mundo y sin embargo son esos sentimientos los que más ocultamos.

—A veces es más sencillo así, ocultarlo. Bueno, no más sencillo pero... a veces no tienes elección —dijo Jimmy pensativo.

—Siempre hay elección —dijo Mandy al instante.

—No siempre, no cuando la decisión no es tuya o cuando otros la toman por ti. Y cuando eso pasa olvidas como eran las cosas al principio, como si hubieses vivido toda tu vida en libertad y de pronto te encerrasen. Aunque quieras no puedes recordar cómo se

sentía ser libre. Te acostumbras a la prisión, se vuelve parte de ti... —De pronto Jimmy se quedó callado. Parecía haberse dado cuenta de que estaba hablando en voz alta—. Lo siento, me he dejado llevar.

Mandy se quedó mirando al chico con ternura.

—¿Ves? Precisamente eso es de lo que estábamos hablando. Conmigo nunca tendrás que disculparte por decir lo que sientes.

Jimmy esbozó una pequeña sonrisa.

—Gracias, Mandy. Es agradable hablar contigo.

De vuelta a casa, tras terminar los deberes, Mandy encendió el portátil con la intención de releer antiguas entradas del blog de Jimmy. Se sabía casi todas de memoria, pero aun así le encantaba perderse en sus letras, en sus historias. Por fin podía ponerles cara, escuchar la voz de Jimmy en su cabeza al leerlas y eso las hacía aún más bonitas. Aquel día se llevó una sorpresa que la dejó boquiabierta. Al entrar en la página había una nueva entrada que trataba precisamente de lo que habían estado hablando de vuelta a casa, sobre esconder los sentimientos, sentirse libre, estar encerrado... Mandy no se lo podía creer. Era la primera vez que ella inspiraba a alguien y más aún alguien como Jimmy a quien apreciaba y admiraba desde hacía tanto tiempo. Sin darse cuenta, Mandy comenzó a acariciar el marco de la pantalla. Se sentía volar de felicidad.

Al día siguiente el profesor Rickman les sorprendió anunciando que para evaluarles harían un trabajo sobre energías renovables en lugar de un examen, según él un tema tan importante requería demostrar que lo habían investigado a fondo y no memorizar un texto para repetirlo como loros y olvidarlo un día después.

—Hannah Davis con Jimmy Byegood.

Mandy sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y maldijo a su suerte, hacer el trabajo con Jimmy habría sido la ocasión

perfecta para seguir pasando más tiempo con él. Después de toda la valentía y confianza que Mandy había creado en sí misma no estaba dispuesta a reconocerlo, pero se moría de vergüenza solo de pensar en decirle directamente a Jimmy que quedaran, razón por la cual aprovechaba el trayecto de vuelta a su casa para hacerlo con la excusa de que a ella también le quedaba de camino cuando no era verdad. Digiriendo la impotencia que le hacía sentir el hecho de que, por muy bien que estuviese consiguiendo controlar a Hannah, su poder no alcanzase al señor Rickman, el universo, el azar o lo que fuera, Mandy trató de pensar formas alternativas en las que poder seguir quedando con Jimmy de forma casual. Quizás si él creyese en el destino de tanto cruzarse con ella «por casualidad» comenzaría a creer que estaban destinados.

—Mandy Smith con Ralph Clooney.

«Mierda» pensó. Ralph era uno de los chicos más divertidos de la clase y estaba clara y descaradamente colado por ella, lo cual no le importaba, pero estaba convencida de que en lugar de pasar el tiempo preparando el trabajo juntos tendría que estar dando calabazas a Ralph una y otra vez y ese fue precisamente el argumento que utilizó aquel día para despedirse de Hannah a toda prisa a la salida, justo antes de buscar a su compañero para informarle de que no quedarían para hacer el trabajo, que ella se encargaría de todo y que el día de la presentación ella sería la que hablase y explicase todo. Ralph parecía reacio hasta que sopesando sus opciones, el hecho de que la chica más guapa de la clase fuese su compañera y estuviese dispuesta a hacer todo el trabajo, lo que a él le reportaría un diez en la nota sin el menor esfuerzo y la posibilidad de fardar con sus compañeros de que le había tocado con Mandy, comprendió que era una idea brillante y aceptó.

Mandy se alejó lo suficiente para esperar a que Jimmy y Ronie emprendiesen su camino y en el cruce como siempre se adelantó para saludar a Jimmy.

—¡Hola, Jimmy!

—Hola, Mandy.

—Así que te ha tocado con Hannah para el proyecto, ¿eh? Sacaréis la mejor nota... Qué envidia. —Mandy fue directa al grano.

—Ralph también es un gran compañero... Bueno, puede que no el mejor, pero seguro que se esforzará.

Mandy se rio de forma tan espontánea que olvidó cubrirse la boca, como había aprendido a hacer, en su lugar salió su risa natural.

—No lo decía por la nota, me refería a ella. Así puede pasar más tiempo contigo. —Como de costumbre, Jimmy se quedó callado al oír la brutal honestidad de su comentario—. Cómo haréis el proyecto, ¿has pensado algo? —A estas alturas Mandy había aprendido que la forma más sencilla de lograr que Jimmy hablase era a base de formular preguntas.

—Tengo algunas ideas, pero las comentaré con Hannah esta tarde.

—¿Esta tarde? —preguntó Mandy sorprendida.

—Hemos quedado en su casa para hacer el trabajo, así será más fácil ponernos de acuerdo, organizarnos...

«Está claro que Hannah no se chupa el dedo» pensó Mandy.

—Ayyyy, justo a lo que me refería... —suspiró Mandy teatralmente. Jimmy se rio divertido y ese sonido transportó a Mandy directa al séptimo cielo.

Aquel mismo día por la tarde, Mandy se arregló y salió de casa en dirección a la de alguien que conocía desde hacía poco. Había sido una suerte pedirle a Hannah que le enseñase dónde vivía y, aunque le seguía fastidiando que el señor Rickman no la hubiese puesto con Jimmy para el trabajo, gracias a la charla que habían tenido a la vuelta de clase se le había ocurrido un plan, una nueva forma de que «el destino» le cruzase en su camino.

Eran las ocho de la tarde, Jimmy se iría a su casa a las ocho y media, las nueve como mucho, de modo que Mandy se quedó cerca de una casa vecina a la de Hannah y permaneció allí esperando a que Jimmy saliese, lo cual sucedió unos treinta minutos más tarde.

Jimmy se despidió de Hannah, momento en el que Mandy salió de su escondite y a paso ligero comenzó a caminar detrás de él, tal y como hacía al acabar las clases. Consciente de que había pocas probabilidades de que el chico se girase y la viera Mandy decidió tomar la iniciativa.

—¿Jimmy? —preguntó con un falso tono de asombro. El chico se giró al oír su nombre y al verla se detuvo.

—Mandy. Qué sorpresa. —A diferencia de Mandy su reacción era genuina.

—Lo mismo digo, ¿qué haces aquí?

—Acabo de salir de casa de Hannah, quedamos para hacer el trabajo, ¿recuerdas?

—Oh, tienes razón, lo había olvidado —mintió.

—¿Y tú? ¿Qué estás haciendo por aquí?

Mandy reanudó el paso, esta vez caminando con Jimmy a su lado.

—Me encanta esta zona del pueblo, siempre doy un paseo por aquí a esta hora. Es una verdadera casualidad que hayamos coincidido, a no ser... ¿crees en el destino? Quizás el universo intenta decirnos algo. —Aunque su tono era juguetón la pregunta iba en serio.

—Quién sabe. Lo que sí sé es que me empiezo a acostumbrar a esto de no volver a casa solo.

Mandy se rio.

—Sí, se está convirtiendo en una tradición. Aunque debo decir que no me desagrada, esos días son los mejores.

Mandy y Jimmy fueron a casa de este charlando un poco de todo y desde ese día cada vez que Hannah le comentaba que Jimmy iba a ir a su casa por lo del proyecto, que fue cada tarde durante dos semanas, Mandy repetía la misma acción hasta que la mentira se convirtió en verdad; a Mandy le encantaba esa zona y cada día a las

ocho de la tarde iba de paseo por allí. Todo para encontrarse con Jimmy. Ella lo provocaba todo y el destino se llevaba el mérito.

Esos momentos con Jimmy, desde la intersección hasta su casa y los paseos por la tarde, eran la parte favorita del día para Mandy, atesoraba esos minutos como si fueran piedras preciosas y con el paso de los días estos se convirtieron en horas. Mandy y Jimmy se entendían perfectamente debido en gran parte a que era Mandy la que solía guiar la conversación, pero también porque tenían una forma de pensar muy parecida no solo porque Mandy hubiese leído el blog de Jimmy, una pequeña confesión de su ser, y eso hiciese que supiese qué palabras usar, qué temas tocar o cómo traspasar sus barreras. Algunas, al menos. Pero siempre que Mandy aprovechaba la ventaja que esa información le proporcionaba lo hacía de corazón, con sinceridad. No quería que Jimmy se colase por una versión falsa de ella, él no.

El día antes a la presentación del trabajo, cuando Mandy volvía a su casa desde la de Jimmy, comprendió que sus paseos de por las tardes llegarían a su fin ese día. Jimmy ya no tenía motivos para seguir yendo a casa de Hannah por lo que no importaba si ella iba por allí porque la próxima vez él no estaría. Se planteó proponerle dar un paseo igualmente pero le temblaba todo solo de pensarlo y Mandy no quería barajar ni por un segundo que cada célula de su ser no rezumase confianza, de modo que optó por hacer lo que había hecho siempre: manipular su entorno para crear sus oportunidades.

Al día siguiente durante el recreo cuando Hannah y ella hablaban sobre el trabajo, Mandy propuso una idea a Hannah que esta aceptó con los brazos abiertos. Su amiga estaba casi tan entusiasmada con la idea de volver a ver a Jimmy como lo estaba ella. De modo que Hannah invitó a Jimmy a su casa para celebrar lo bien que les había salido el proyecto y así Mandy tuvo una nueva ocasión de encontrarse con él, aunque aquel día hubo algo diferente. En lugar de despedirse de Hannah como siempre, Jimmy se quedó hablando

con ella en el portal y antes de irse se inclinó y le dio un beso en la mejilla. La imagen dejó petrificada a Mandy, que observaba desde la distancia.

«Tranquila, Mandy, no significa nada...» se repetía a sí misma una y otra vez tratando de ocultar otra voz en su cabeza que le decía todo lo contrario. Durante las últimas semanas Mandy había podido compartir más tiempo con Jimmy mientras iban a casa del chico y todo ese tiempo Mandy había obviado el hecho de que la razón por la que podía hacerlo era gracias a Hannah y el trabajo que ambos estaban haciendo juntos. Mandy compartía unos minutos con Jimmy mientras Hannah pasaba de horas. ¿Y si la había subestimado? Pensaba que sería la princesa ingenua, una mosquita muerta que no se atrevería a hacer nada con él. Creía que su cambio externo no se reflejaría también en su personalidad ni en su forma de comportarse con él, por mucho que Hannah quisiera. Pero Mandy se equivocaba y ese beso era la prueba. Mandy tardó en reaccionar y para entonces Jimmy ya se encontraba a varios metros de distancia. Mandy se acercó a él intentando con todas sus fuerzas borrar de su mente lo que acababa de ver.

—Ji-Jimmy... —tartamudeó. «Maldita sea, Mandy, céntrate» pensaba.

—Eh, hola. Creía que hoy no venías.

—No faltaría a nuestra cita por nada del mundo —bromeó volviendo en sí, tomando el control de sus sentimientos y de la situación.

—¿Qué haces aquí? Ya hemos terminado el proyecto, ¿es que tú tampoco querías perderte el paseo tradicional?

—Hannah me ha invitado para celebrarlo.

—Oh, ya veo. ¿Y cómo ha ido? —preguntó Mandy con la ligera esperanza de poder sonsacar información de su respuesta.

—Bien, ha sido muy divertido. Hannah es genial. Bueno, ya la conoces.

—Sí, es buena chica, pero debería tener más personalidad. Me ha copiado todo el estilo —dijo de forma arisca, arrepintiéndose al instante. «¿Qué estás haciendo? Haciéndola de menos no vas a ser mejor que ella, todo lo contrario. Es su amiga, la de los dos»—. Aunque es un halago, la verdad. Le queda genial y está muy guapa...

Jimmy se relajó al oírle decir eso, parecía sentirse incómodo al oír a Mandy hablar de esa manera y no comprendía a qué había venido.

Mandy logró cambiar el tema de conversación hacia el libro que estaba leyendo, una recomendación de Jimmy, gracias a lo que pudo tranquilizarse, al menos hasta que estuvieron a punto de llegar a casa del chico, momento en el que cayó en la cuenta de algo. Después de aquel día Jimmy y ella solo volverían a coincidir un rato a la vuelta de las clases. Después de lo que había visto no estaba dispuesta a volver a animar a Hannah para que tomase la iniciativa a la hora de quedar con Jimmy pero le preocupaba que, tras ese beso y lo que pudiese significar, no tuviese necesidad de hacerlo para que Hannah lo hiciera por su cuenta. Se lo habría servido en bandeja de oro solo por ser una cobarde que no se atrevía a hacerlo ella misma, por no haberle dicho que quedaran nunca, por no haberle dicho lo que sentía y en ese momento lo supo. Tenía que hacerlo, no había otra opción. Si había surgido algo entre Hannah y él, o iba a hacerlo, estaba perdida hiciese lo que hiciese. Pero si ni siquiera lo intentaba, si no le decía cómo se sentía independientemente de lo que pudiese pasar, se arrepentiría toda la vida. Ya no tenía nada que perder pero si salía como ella esperaba lo tendría todo. Mandy se detuvo y Jimmy se giró a mirarla. Tenía la cabeza gacha y estaba tensa, nunca la había visto así.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jimmy.

«Hazlo» pensó ella.

—Jimmy... yo... Sé lo de tu blog. Lo descubrí hace tiempo, mucho antes de mudarme aquí. No te haces idea de lo mucho que me ayudó, que me ayudaste. Tus historias, los poemas... me ayudaron a sentirme mejor, se convirtieron en un refugio, fueron una cura para

el dolor que sentía y sin darme cuenta me enamoré de esas palabras y del autor de ellas. El primer día de clase, cuando te conocí, llamaste mi atención, de hecho tú fuiste el único que lo hizo y cuando te oí leer ese texto en clase, el mismo que el día antes habías compartido en el blog, no podía creerlo, era demasiado perfecto para ser cierto, una casualidad tan grande que parecía arrogante no llamarlo destino... Jimmy, me gustas y... estoy enamorada de ti—. Mandy solo fue capaz de mirarle directamente a los ojos al pronunciar esa última frase. Jimmy la miraba atónito, sin duda su declaración le había pillado por sorpresa y de no ser por lo nerviosa que estaba, Mandy se habría atrevido a decir que era la primera vez que alguien se le declaraba. Por un momento Mandy pensó que esa ocasión sería igual que las otras veces en las que le había soltado un piropo y Jimmy no había dicho nada. Temía que se quedase callado y que tuviese que ser ella quien rompiese el silencio, porque después de liberar todo lo que guardaba en su corazón se veía incapaz de hacerlo. Se había quedado sin palabras. Afortunadamente, el chico no.

—Jamás habría imaginado que mis palabras pudiesen ayudar a alguien que se encontraba a kilómetros de mí. Me alegra saber que lo que escribí, que yo, pudiese hacer algo por ti cuando lo estabas pasando mal. —Mandy sonrió, no era una sonrisa ensayada ni fingida, era tan real como lo que sentía.

—Hay magia en las palabras. Cuando la persona adecuada las encuentra son como una capsula del tiempo, una voz que está contigo en ese momento no importa dónde ni cuándo se escribiesen. Son eternas.

—Tienes toda la razón. —Jimmy se quedó pensativo—. Tú has sido sincera conmigo y yo tengo que serlo contigo. Mandy, si yo he escrito esas palabras, si he sido capaz de crear esas historias, ha sido gracias a una persona. Es alguien a quien conozco desde que tengo memoria, de hecho diría que el día que nos conocimos es el primer recuerdo nítido que conservo, el principio de mi vida... Y también es la persona de quien estoy enamorado. —Mandy no podía

moverse. El tiempo no se había detenido, pero ella sí. Sentía el viento otoñal moviendo su pelo, olía el aroma de la hierba y la pintura en el aire, oía los coches al fondo de la calle y veía a Jimmy delante de ella mirándola con ternura, con decisión. Sabía que aquello podía pasar, Jimmy no tenía por qué sentir lo mismo por ella, podía no corresponderle, pero aun así no estaba preparada para oírlo en voz alta, para saber que nunca tuvo opción porque ya había alguien ocupando el corazón y los pensamientos del chico—. Lo siento —dijo Jimmy y esas palabras fueron la carga eléctrica que reanimó el corazón de Mandy.

—¿Es que no te acuerdas? Te dije que nunca tendrías que disculparte conmigo por decir lo que sientes —dijo Mandy esbozando una sonrisa. El chico de piel morena también sonrió—. Gracias por ser sincero, Jimmy. Te lo agradezco.

—Gracias por haber sido valiente —dijo Jimmy dirigiéndose a la entrada de su casa. Antes de que abriese la puerta Mandy dijo:

—Eh, Jimmy. —El chico se giró para mirarla—. Tienes un gusto pésimo con las chicas, ¿lo sabías?

Jimmy se rio enseñando los dientes, esa era la Mandy que conocía. Cuando Jimmy desapareció en el interior de la casa Mandy emprendió el camino hacia la suya.

Su cuento no se había cumplido, no había tenido el final que ella esperaba y había sido porque desde el principio los personajes no eran los mismos. Jimmy no era un villano, sino un príncipe de verdad, uno que fue sincero con ella aunque le doliese. Ninguna mentira dolía menos que una verdad, incluso aunque se dijese con el pretexto de proteger a alguien. A pesar de todo Mandy se alegraba de haber sido sincera, estaba orgullosa de haber mostrado sus sentimientos. En ese momento pensó en Hannah, que en parte había sido la razón que le empujó a hacerlo y sintió pena, después de todo ella tampoco tenía ninguna posibilidad con él. El título de su blog no era un recuerdo de algo pasado sino de lo más presente que Jimmy tenía en su vida. Pero eso no era lo peor, si Hannah se enteraba de que Jimmy la había rechazado, que había estado

enamorada de él y tratando de conquistarlo a sus espaldas, que la había utilizado para hacerlo, se decepcionaría, se enfadaría y pasaría de ella. Por no hablar del bochorno que supondría que los demás se enterasen de lo que había pasado y se burlasen de cómo la perfecta Mandy, la reina malvada capaz de conquistar cualquier reino, no pudo conquistar un simple corazón.

Entonces recordó a Kylie, que ella, después de todo lo que le hizo, se había ido y por un segundo deseó hacer lo mismo. Pero no podía, su madre no se lo permitiría, no podía huir otra vez. Kylie nunca la vio sufrir, nunca vio las consecuencias de sus actos, de su traición, del dolor que vivió Amanda, pero ella si estaría para ver el de Hannah cuando Jimmy la rechazase a ella también por culpa de Ronie. De pronto Mandy tuvo una idea: no tenía por qué estar sola. Al margen de sus verdaderas intenciones, todo el tiempo que había estado con Hannah, hablando con ella, abriéndose de vez en cuando, ayudándole a cambiar... había sido agradable, incluso divertido. Hannah era una buena chica, un reflejo de Amanda, de cómo era ella antes y en lo que se había convertido. O casi ya que Hannah aún no había cruzado las líneas que Mandy había dejado tan atrás. Si de algo podía estar segura era de que Hannah no se parecía en nada a ella, al menos en su forma de comportarse. Hannah nunca la traicionaría, nunca le engañaría y teniendo en cuenta que iba a quedarse mucho tiempo por allí, que todo seguiría igual que hasta entonces, estaría bien tener una amiga. Pero, ¿cómo iba a conseguir que Hannah no se enterase de lo que había pasado? No creía que Jimmy fuese a decir nada, él no era así, pero sin duda tarde o temprano Hannah, animada por su recién adquirida confianza en sí misma, se declararía a Jimmy y este le rompería el corazón. Mandy tenía experiencia de sobra en el tema como para saber cómo se sentiría, cómo consolarla. Entonces se le ocurrió algo, una forma de acelerar las cosas, de convertir a Hannah en su mejor amiga sin que tuviese que pasar por lo mismo que ella. Iba a hacer lo que mejor se le daba; reescribir la historia, disfrazarla, maquillarla, hasta convertirla en algo totalmente diferente. Para que nadie supiese nunca lo que había pasado, que la habían rechazado,

para que Hannah no tuviese que pasar por ello. Mandy necesitaba alguien a quien culpar, lo mismo que había faltado en su historia: un villano. Y tenía la candidata perfecta, el nombre de la persona que la había llevado a aquella situación: Ronie.

Una vez en casa Mandy cogió un rotulador permanente y se dirigió a su nuevo objetivo, el lugar donde llevaría a cabo su nuevo plan y el último. Era consciente de todo lo que aquello supondría para Hannah, que iba a romper su corazón y su amistad con Ronie, pero estaba dispuesta a todo. A diferencia de Kylie ella no iba a desaparecer sin dejar rastro, ella se quedaría allí, consolándola, convirtiéndose en su mejor amiga. En su única amiga. Y de paso fastidiaría a Ronie, que era la razón por la cual Jimmy la había rechazado.

Las puertas del instituto estaban abiertas y el interior iluminado. A esa hora la biblioteca estaba vacía y en el edificio solo quedaría el servicio de limpieza. Mandy entró por la puerta de la biblioteca sin hacer ruido y se coló hasta el pasillo principal, recorrió el hall y justo cuando se disponía a ir a los baños una voz la sorprendió.

—¡Eh! ¿Qué haces aquí? —preguntó una mujer que estaba fregando el suelo. Pese a tener el pelo castaño recogido en una coleta estaba despeinada y sus grandes ojeras delataban la falta de horas de sueño.

—He venido a buscar unos libros —respondió Mandy.

—Vale, pero date prisa. —Mandy siguió andando con toda naturalidad—. No olvides poner la lavadora cuando llegues a casa —añadió la mujer volviendo al trabajo.

—Sí, mamá, no te preocupes.

A Mandy no le gustaba nada ver a su madre así, tan cansada, porque sabía que era por su culpa. Cuando dejó su trabajo en su antigua ciudad y buscó nuevos destinos donde mudarse la parte fundamental era saber cómo pagarían las facturas. El instituto, al conocer su situación, le ofreció un puesto temporal como servicio de

limpieza y también había encontrado un trabajo en una tienda veinticuatro horas haciendo los turnos de noche. Mandy se sentía egoísta al ver lo mucho que se esforzaba por ella, porque estuviesen bien, y todo lo que había sacrificado porque fuese así. Aunque a veces desearía que su madre fuera una importante y exitosa mujer de negocios, la mujer de la historia que había contado a todo el mundo para que así no tuviese que trabajar tanto, pero en esa ocasión se alegró de que le sirviese para no tener que dar más explicaciones.

Entró en el lavabo y se quedó mirando su reflejo en el espejo. Pensó en lo que estaba a punto de hacer y en que nadie sospecharía de ella no solo por cómo lo había planeado, sino porque la gente no es capaz de imaginar que tanta belleza esconda tanta maldad. Mandy quitó el tapón del rotulador, se puso de puntillas y comenzó a escribir los nombres.

TAL VEZ NOS ENAMOREMOS OTRA VEZ

Abril de 2011

Una soleada tarde de abril, Ronie, Robin, Robert, Albert y Jimmy estaban reunidos en la cafetería Maya sentados en la misma mesa en la que solían sentarse todos los recreos desde que empezaron el instituto. La razón por la cual estaban congregados allí un viernes por la tarde era Helena, su tutora de segundo de Bachillerato, profesora de lengua y amante del teatro.

Todos los años a finales de abril los alumnos del instituto River se reunían en un local llamado «el Casino» que estaba situado enfrente del instituto. En realidad no era un casino y nunca lo había sido, el último uso que se le había dado era como gimnasio hacía un par de años, el resto del tiempo no era más que un edificio abandonado. Se especulaba que pertenecía a Mario, el conserje, ya que uno de sus usos más recurrentes era por parte del instituto, que lo utilizaba para organizar lo que generosamente llamaban «La semana cultural», cuatro días durante la última semana del mes donde los profesores organizaban actividades recreativas para sus alumnos, tales como taller de cocina, baile, gymkanas, karaoke... y los alumnos (a partir de cuarto de la ESO) debían apuntarse obligatoriamente al menos a una de esas actividades. El año pasado Ronie se había apuntado al taller de cocina junto con Robin y Robert y su plato, ensaladilla rusa con Doritos, había triunfado entre todos los presentes, proclamándoles así los campeones (el premio era un mandil de cocina y el orgullo de saber que habían derrotado a los

alumnos de primero de Bachillerato B, con los que tenían una sana rivalidad). Albert y Jimmy se apuntaron a la gymkana y también salieron vencedores.

La guinda del pastel, el acto previo a la clausura para tan señaladas fechas, consistía en una obra de teatro organizada por Helena e interpretada por los alumnos de segundo de Bachillerato. Era, como decía ella, «un último regalo que hacían a sus compañeros, los profesores y al instituto, antes de irse a estudiar a la universidad o lo que fuera que hiciesen con sus vidas». Y precisamente, ese «regalo» era lo que había reunido en la biblioteca del instituto a toda la clase de 2º A de Bachillerato un viernes a las cuatro y media. Allí Helena les explicó que la obra que interpretarían ese año sería *La cabeza del dragón* y, siguiendo un riguroso método del mundillo del teatro, hizo el reparto de personajes y les informó de cuáles serían sus papeles: Mandy sería la reina, Betty la infantina, Hannah la sirvienta de la reina, Robert el príncipe Verdemar, el protagonista, Jimmy el príncipe Ajonjolí, Ronie el ciego, Albert el duende...

Cuando Helena les hubo puesto al día sobre cuándo serían los ensayos, sus respectivos papeles y el vestuario que debían llevar, los alumnos abandonaron la sala y se encontraron con el curso de 2º B de Bachillerato esperando a la salida. Igual que el año pasado y que todos los anteriores, los tres cursos ensayarían la misma obra y solo aquellos que mejor lo hiciesen tendrían el honor de interpretar el papel durante la ceremonia de clausura (y una sustancial subida de nota en su asignatura).

Tras la reunión, Ronie y los demás se dirigieron a la cafetería para comer algo mientras comentaban los detalles de la obra, el personaje que les había tocado y demás.

—¿Betty la infantina porque esta tarde iba de rosa y «le quedaba bien»? ¡Es ridículo! —gruñía Robin.

Por lo visto el riguroso método del mundillo del teatro que Helena había empleado a la hora de hacer el casting consistía en asignar los personajes en base a lo guapos que fuesen los alumnos, lo que se

pareciesen a los personajes o criterios personales de la propia profesora.

—Estás enfadada porque te ha repartido el Bravo, que se supone que es un tiarrón gordo y feo de metro ochenta —dijo Robert para picarla.

—¡Eso no tiene nada que ver! —La verdad es que sí tenía que ver —. Además, a ti te ha dado al protagonista como castigo por lo mal que te portas en clase para que tengas que estudiar el que más, deberías estar de mi parte.

—Pues es verdad, no había caído en eso —respondió Robert pensativo al cabo de unos segundos.

—¿Creías que te lo había dado por tus dotes interpretativas? —preguntó Robin de forma sarcástica—. Para eso tendría que haber hecho pruebas para los personajes, pero no ha sido así. Se limitó a darlos a boleo.

—Yo creía que me había dado el príncipe Verdemar porque es el más guapo de todos los hermanos y el más relevante, como yo en la vida real.

Robin ni se molestó en responderle, alzó una ceja y aguantó la risa para no mostrar que le había hecho gracia su comentario.

—Yo estoy con Robin. A mí me ha repartido el ciego porque era la última y no quedaba nadie más —protestó Ronie—. «No especifica género así que puede ser una chica» —dijo imitando la forma de hablar de Helena.

—A mí me gusta el mío... Y a Hannah y Mandy les van muy bien los personajes que les ha repartido —comentó Albert.

—Albert, no te pongas de su parte —dijo Robin dejándose caer de forma melodramática sobre la mesa—. Quién iba a decir que el mundo del teatro era un suplicio semejante... El año pasado parecía divertido, pero solo porque estábamos de público. Lo que daría por no hacer la obra...

—Bueno, siempre podemos hacer una chapuza en los ensayos. Las demás clases van a aprenderla también y para el reparto final escogerán a los que mejor lo hagan, ¿no? Pues si ve que no nos sabemos el guion y que no damos una nos dejará en paz y podremos disfrutar del espectáculo desde las butacas otra vez —dijo Robert recostándose con los brazos en la nuca con una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—¡Es una idea fantástica! —exclamó Robin levantando la cabeza de nuevo.

—¿Verdad? —dijo el chico aún más convencido de que su idea era brillante.

—¡Pues claro! De no ser por un pequeño detalle sin importancia: si hacemos eso no aprobaremos su asignatura y tendremos que repetir curso —dijo clavándole la mirada como un cuchillo.

Aunque el instituto vendía la obra como un incentivo para subir nota en lengua, materia impartida por Helena, corrían rumores de que aquellos que se negaban a participar suspendían la asignatura teniendo así que repetir curso y esperar a graduarse como el resto de compañeros. No habían pruebas que demostrasen la veracidad de esos rumores más allá de la palabra de aquellos que conocían a alguien que conocía a otro alguien a quien le había pasado, pero nadie quería arriesgarse a tirar un año por la borda a falta de apenas dos meses para terminar el curso de modo que todos accedían a hacerlo, algo que Robert había olvidado por completo.

La sonrisa de Robert desapareció de su rostro en un parpadeo, miraba a Robin con los ojos entrecerrados.

—Vaya, así que cuando quieres eres buena actriz. Me aseguraré de que Helena lo sepa para que tengas que hacer del tío gordo y feo delante de todos —amenazó Robert, dolido al darse cuenta de que, efectivamente, su idea era un desastre.

—Lo que podríais hacer es interpretar bien vuestro personaje durante los ensayos y el día de la obra decir que estáis malos, así aprobaríais y el día de la actuación cogerían a alguno de otra clase

como sustituto —dijo Albert como si nada. Todos se quedaron mirándole asombrados.

—Eso es... es... ¡Es fantástico! —exclamó Robin, esta vez en serio.

—¡Albert, eres un genio! —dijo Robert espachurrándole con un abrazo.

Albert comprendió entonces que su inocente comentario, pensando en alto, les había dado una idea que de hecho Robert y Robin serían capaces de llevar a cabo y se sintió culpable por haber sido cómplice. Jimmy ofreció una pequeña sonrisa de apoyo a su amigo.

—Es una gran idea, pero a mí eso no me servirá. Me he apuntado a karaoke, si no hago la obra tampoco podré cantar...

—Pues no cantes —dijo Robert como si fuese la solución más fácil del mundo.

—Quiero hacerlo, me lo pasé muy bien el año pasado.

Durante la semana cultural del curso pasado Ronie y Robin no solo se habían alzado con el premio de cocina, también con el de karaoke, que era la única actividad que se celebraba en el Casino en la misma sala de actos donde a continuación se iba a representar la obra de teatro. Al principio a Ronie le daba mucha vergüenza, nunca antes había cantado en público, o para nadie, pero cantar era algo que realmente le gustaba hacer y lo tomó como un reto. Robin se apuntó con ella para solidarizarse con su amiga y apoyarla sobre el escenario. Cuál fue su sorpresa al descubrir que las habían nombrado ganadoras.

—Sarna con gusto... —dijo Robert.

—Tiene razón, la verdad es que estuvo guay —admitió Robin.

—Robin, tú no puedes rajarte. Eres el Bravo y después de lo que me has hecho puedes estar segura de que haré lo que haga falta para que te escoja a ti para la actuación final.

Robin le miró entrecerrando los ojos. No hacía falta leerle la mente para saber que se estaba acordando de toda su familia.

—No pasa nada, Robin, ya no me da tanta vergüenza. Creo que este año podré cantar yo sola —dijo Ronie tratando de quitarle un peso de encima y librarla de interpretar ese papel que detestaba y del consiguiente ridículo.

—¿Qué canción vas a cantar este año? —preguntó Jimmy.

—Aún no lo he decidido, ¡me gustan muchas! De aquí a tres semanas espero tenerlo claro —bromeó Ronie.

—Sí, pero este año mejor escoge una canción de una cantante a la que no se te parezca la voz porque es evidente que el año pasado estabais haciendo *playback* —dijo Robert para molestar a Robin, con quien seguía resentido.

—¡Ja! Ronie, cuando ganes ni se te ocurra invitar a Robert a la cena con el dinero del premio para celebrarlo.

—¡Serás...! Disuelvo nuestra asociación «Rob&Ro» para el taller de cocina. A ver cómo te las apañas para ganar este año sin mis ocurrentes recetas. Mi primer mandato como chef independiente será reclutar a Jimmy como nuevo compañero, ¿qué me dices?

—Lo siento, este año también estoy con Albert en la gymkana, queremos hacer pleno para fastidiar a los de 2º B.

—Mejor pensado retiro mi oferta, ¡no necesito a Jimmy para ganarte! —dijo Robert automáticamente.

Todos empezaron a reírse.

Cuando Ronie volvió a casa subió las escaleras a su habitación, allí echó un vistazo al libro de la obra, sus diálogos, los de Robin, los de Jimmy... tras comprobar que sus personajes no coincidían en ninguna escena se sintió algo desanimada. «Será como cuando quedábamos en segundo después de las clases para grabar todos juntos». Ese pensamiento curvó levemente la comisura de sus labios.

—Será mejor que vaya buscando una canción para el karaoke... —dijo encendiendo el ordenador.

A Ronie le encantaba cantar y todos los estilos de música habidos y por haber, de modo que escoger una canción le resultaba muy complicado. Quería cantarlas todas. El año pasado logró decidirse gracias a Robin, quien insistió en que *What hurts the most* de Cascada haría que se derritiesen los corazones de todos los presentes. Ronie sospechaba que Robin quería hacerse la dura al respecto, se notaba que esa canción le gustaba de verdad, no era solo una estrategia para ganar el concurso (aunque de paso así fue). En vista de las amenazas de Robert y la idea que les había dado Albert lo más seguro era que aquel año, por primera vez, actuase ella sola, lo que significaba que buscar la canción perfecta dependía única y exclusivamente de ella. Tras una hora navegando en YouTube acabó con una lista de veinte posibles canciones. Ronie suspiró y echó un vistazo al calendario que tenía en el escritorio.

—Bueno, si descarto una canción por día daré con la adecuada justo para la actuación —bromeó para sí misma.

Entonces se percató de algo. Estaban a principios de abril, y la obra era a finales, para entonces faltaría apenas un mes para terminar el curso. No podía creer lo rápido que había pasado el tiempo, ni cómo no había sido consciente de lo que eso suponía: ese era el último año que compartiría junto a Jimmy ya que apenas tres meses más tarde, después de las vacaciones de verano, este se mudaría a la ciudad para estudiar en la universidad. A Ronie le aterraba la idea; si por entonces, viviendo en el mismo pueblo y yendo al mismo instituto, se veían poco, cuando Jimmy se mudase todavía menos. Ni siquiera podía imaginar cómo sería su vida sin ver a Jimmy, sin encontrarse con él por las mañanas de camino a clase, sin sus comentarios ingeniosos, su risa... El incansable lado optimista de Ronie pensó que tal vez cuando Jimmy estuviese en la universidad sus padres le darían más cuartelillo y podrían volver a verse y quedar como hacían antes, pero algo le decía que eso no iba a pasar.

Ronie dibujó un círculo rojo en el calendario sobre el último día de curso, deseando que para entonces, sin saber cómo, las cosas entre Jimmy y ella fuesen mejor. Habían hecho la promesa de encontrarse cuando este acabase la universidad y eso la hacía muy feliz, pero ella contaba con estar junto a él a lo largo del camino, y deseaba con todas fuerzas que así fuera.

Los ensayos iniciales fueron un horror. Robert no se tomaba en serio su trabajo y Robin detestaba la obra, su directora y el criterio que esta había seguido a la hora de repartir los papeles, por lo que se propuso sabotearla todo lo que pudiese sin llegar a suspender la asignatura para que Helena pagase por el reparto que había hecho. Albert sin duda era el que más destacaba y el que cada tarde de ensayos se llevaba todos los elogios por parte de la profesora y sus compañeros. Ronie se lo pasaba en grande con sus amigos, recordando aquellas tardes todos juntos interpretando las historias de Jimmy. Hannah y Mandy, una vez Helena había ajustado el guion, apenas tenían dos frases cada una, pero su vestuario era sin duda el mejor de todos, lo que hizo que Robin las aborreciese aún más.

Y así pasaron tres semanas, hasta el viernes por la tarde cuando todos los alumnos se llevaron una sorpresa al ir al instituto para ensayar. Allí se encontraron con una mujer alta y delgada que les informó de que Helena había enfermado y que durante la semana siguiente sería ella quien se encargaría de sustituirla, dirigir la obra y «tomar nota de su rendimiento para que Helena pueda tomar las medidas oportunas» según dijo textualmente. Robert no dejó escapar la ocasión para decir que ya que la directora estaba mala y faltaba tan poco tiempo para el estreno mejor que lo dejasen así y que ese año no hubiese actuación. Por su puesto su idea fue desechada a los tres segundos.

—Helena me ha hablado mucho de ti —dijo Celina.

Robert se sintió halagado pese a que sonase más bien como una amenaza.

Aquel día, como cada viernes, se reunieron en la Maya tras los ensayos (o la presentación con Celina en este caso).

—¿Ahora tenemos que encargarnos también del decorado y el atrezo? ¡Como si no fuera suficiente con aprendernos el papel! Y además quiere hacer modificaciones en el guion, ¿se da cuenta de que la actuación es la semana que viene? Se cree que es la reencarnación de Shakespeare o algo así —protestaba Robin.

—Dices eso porque Celina no ha hecho ningún comentario sobre que el reparto estuviese mal hecho. Es más, me ha parecido oírle decir que el Bravo te pegaba... —dijo Robert con una sonrisa maliciosa.

—No es que esperase que cambiara todo el reparto faltando tan poco para el estreno. —En realidad sí lo esperaba—. Aunque teniendo en cuenta que pretende cambiar todo lo demás quizás no fuese tan descabellado. Y yo que creía que lo de Helena no podía ser peor... —se lamentó.

—Pues yo estoy de acuerdo, creo que el príncipe Verdemar me va a la perfección —se enorgulleció Robert.

—Espero que Celina esté tan de acuerdo contigo que el día de la obra te obligue a interpretarlo —farfulló Robin apretando los dientes.

Robert empezó a toser y se llevó la mano a la frente.

—¡Oh, no! Sudor frío, frente caliente... me parece que estoy incubando algo y el día de la función estaré tan enfermo que no podré asumir el peso del príncipe Verdemar sobre mis hombros...

—Vaya, Robert, estoy sorprendida, ¡qué natural te ha salido! —comentó Ronie divertida.

—Es la escena que más he preparado. —Robert sonrió con autosuficiencia y se recostó en el asiento—. Por cierto, Ronie, ¿cómo vas con lo de la canción? Robin cada día está más ansiosa por interpretar su personaje, seguro que también actuará contigo este año... —dijo Robert solo para tantear si su amiga seguía a bordo del

barco «fingir enfermedad para escaquearnos de la obra». La mirada asesina que esta le lanzó confirmó que sí lo estaba.

—Creo que bien, ahora barajo algo menos de la mitad de las canciones que tenía al principio.

—¿Y cuántas son esas?

—Siete.

Sus amigos se echaron a reír.

—Así que tú también vas a sorprenderte ese día con lo que decidas cantar, ¿eh? —dijo Robin.

—O podrías decir que no te decidiste por ninguna y cantarlas todas, tendrías más posibilidades de ganar y no les daría tiempo a hacer la obra, ¡todos ganamos! —dijo Robert con una sonrisa de oreja a oreja, parecía creer que había tenido otra de sus brillantes ideas, pero como siempre Robin estaba ahí para hacerle bajar a tierra.

—Claro, Robert, de no ser porque eso es una tontería tu plan sería perfecto.

Robert empezó a farfullar amenazas contra su amiga.

—Lo más importante no es la canción sino la voz y la tuya es preciosa. Estoy seguro de que este año también vas a ganar —dijo Jimmy. Todos se quedaron en silencio al escucharle, especialmente Ronie.

—Jimmy, tío, hacía mucho que no te oía decir algo así. Resulta tan conmovedor... —dijo Robert emocionándose, aunque sus amigos no sabían si lo hacía en serio o estaba exagerando.

—Yo también creo que vas a ganar, Ronie —dijo Albert.

—Gracias, chicos —dijo Ronie con una sonrisa, seguía con las mejillas rojizas por el comentario de Jimmy.

Continuaron riendo, hablando y picándose con la obra (en el caso de Robin y Robert) durante toda la tarde. Desde luego si había algo

que todos agradecían a la función eran las tardes como esas en las que podían reunirse todos juntos, como antes, como siempre.

—Voy a echar de menos estos momentos cuando te vayas a la universidad, Jimmy... No será lo mismo sin ti —dijo Robert.

—Sí, vamos a extrañarte mucho —coincidió Albert.

—No es para tanto... no hace falta que pensemos en eso ahora —dijo Jimmy poniéndose nervioso.

—Jimmy, sé que estás nervioso porque yo también lo estoy y no me voy a mover de aquí. Prométeme que me escribirás todos los días. Bueno, todos los días no porque sería mucho que leer. Mejor todas las semanas. O una vez al mes... O cada tres, como prefieras. Mejor llama de vez en cuando y ya está.

Ronie se rio. No se había parado a pensar en que no sería la única que le echase de menos. Robin, Robert y Albert sabían cómo se sentía. Bueno, casi. Aun así resultaba entrañable verles a todos ahí reunidos, los años les habían cambiado pero eso no había afectado a su amistad. Albert y Robert seguían siendo el dúo de travesuras, Jimmy el sensato, Robin el carácter y Ronie la inocencia. Era inevitable pensar que las cosas cambiarían cuando Jimmy se fuese y a Ronie le daba miedo que eso supusiese que poco a poco se irían distanciando y que podrían a llegar a convertirse en desconocidos con un pasado en común. Por eso estaba dispuesta a hacer todo lo posible para que eso no fuese así, porque había estado sin verle ni hablarle tanto como a ella le gustaría durante mucho tiempo, pero nunca se había sentido lejos de él.

—Bueno, igual puede venir algún fin de semana... o podríamos ir nosotros a verle de vez en cuando —dijo Ronie tímidamente. Lanzó la idea a los demás porque, aparte de su deseo de preservar esos momentos juntos, le daba vergüenza hacerlo ella sola, que se notase que tal vez no lo hacía solo por amistad como el resto.

—Sí, claro. ¿Tienes un jet privado? —dijo Robert divertido.

Ronie no entendió la broma

—Bueno... a mí me gustaría sacar el carnet de conducir este verano, podríamos ir en coche...

—Los coches no vuelan, a no ser que tengas un Batmovil, en cuyo caso no podría llamarse Batmovil porque no eres Batman. Sería el Ronimovil —dijo Robert. Una vez más, Ronie no entendió dónde estaba el chiste y se sintió desconcertada.

—Robert, de verdad, aún falta mucho para eso. Hablemos de otra cosa, por favor —insistió Jimmy, el cual parecía estar planteándose meter el croissant que había en la mesa en la boca de su amigo para que se callase.

—¡Pero si es el mes que viene! Ni siquiera vas a estar durante el verano, ¿verdad? Deberíamos ir al río a bañarnos a modo de despedida.

—El mes que viene el agua estará helada —comentó Robin.

—¿Acaso no cogerías una hipotermia en honor a Jimmy, Robin? ¿Y tú te haces llamar su amiga? Para cuando volvamos a verle ya será un hombre, ¡habrá crecido tanto que ni siquiera le reconoceremos! —dramatizaba Robert.

Ronie frunció el ceño, notaba cómo los latidos de su corazón se aceleraban. ¿Cómo que no iba a estar durante el verano? Sabía que Jimmy se iba a ir a la universidad y que tendría que mudarse a la ciudad, pero eso no sería hasta septiembre, cuando empezase el curso. ¿Por qué estaba haciendo Robert todos esos comentarios? Ronie miró a Jimmy, y la forma en la que este le devolvió la mirada le hizo saber que pasaba algo.

—Lion está solo a unos kilómetros de aquí... —dijo Ronie casi susurrando, tenía un mal presentimiento.

—Ya, pero Europa no —dijo Robert.

Ronie sintió que el mundo frenaba en seco, sintió la sacudida en cada fibra de su ser. Volvió a mirar a Jimmy, la culpabilidad dibujó la expresión de su rostro.

—Se va a estudiar a Bruselas, en la universidad ULS —continuó Robert.

—Rob...—dijo Robin tratando de interrumpirle. Podía ver en la cara de Ronie que esta no tenía ni idea sobre los planes de Jimmy y la noticia la había conmocionado.

—No volveremos a verlo durante los próximos cuatro años, y eso suponiendo que apruebe todo a la primera...

—¡Rob! —insistió Robin.

—Estando tan lejos es posible que se olvide de todos nosotros. Conocerá gente nueva, hará nuevos amigos, quién sabe, puede que hasta se enamore y...

—¡Robert! —Robin agarró del brazo a Robert, el cual la miró sorprendido pensado que lo había hecho para interrumpir su melodramático discurso, pero Robin no le miraba a él, sino a la persona que estaba sentada junto a él, a Ronie que estaba petrificada con la vista fija en la mesa.

Jimmy iba a irse, eso lo había sabido siempre, pero lo que en realidad no sabía era adónde iría, cuándo. Reprimió las ganas de llorar con todas sus fuerzas, sentía una fuerte sensación que le oprimía el pecho y no podía identificar si era rabia o tristeza. Todos lo sabían, Robin, Albert y Robert sabían que Jimmy iba a irse y sabían dónde. Solo ella no lo sabía, solo a ella no se lo había contado.

—Ay va, Ronie, he metido la pata... —dijo Robert tratando de disculparse.

—Tengo que irme —se escuchó decir Ronie. Acto seguido se levantó y sus piernas la condujeron a la salida. El suelo bajo sus pies había desaparecido, sentía cómo se hundía a cada paso que daba.

—¡Ronie, espera! —gritó Jimmy saliendo de la cafetería tras ella. Ronie se detuvo automáticamente al escuchar esa voz.

—Lo siento, lo siento mucho —dijo poniéndose frente a ella, sintió cómo agarraba su brazo con la mano y su tacto cálido la dejó helada

—. No sabía cómo decírtelo, no quería que te enterases de esta manera, lo siento mucho...

—¿Cuánto hace que lo sabes? —preguntó tajante. Era una kamikaze, era consciente de que la respuesta le haría daño pero ya no tenía nada que perder, el daño estaba hecho.

Jimmy se quedó petrificado, estaba aterrado, sabía que a Ronie le dolía sentirse al margen, haberse enterado así y que su respuesta no iba a mejorar esa situación. Jimmy miró a su amiga suplicando que no le hiciera responder a esa pregunta, pero Ronie no le miraba a él, sino al abismo que la estaba engullendo bajo sus pies.

—Tres meses —respondió el chico con un hilo de voz.

Ronie tragó saliva.

—Ya veo...

Jimmy estaba destrozado, su amiga de la infancia, la persona que más le importaba en el mundo estaba sufriendo, delante de él y lo estaba haciendo por su culpa. Quería decirle lo que sentía, que no había podido decírselo porque ella era la única persona que podría hacerle, como dirían sus padres, tirar por la borda todo su futuro. La única a la que al decirle en voz alta que se iba, que estaría cuatro años fuera y que no se verían en todo ese tiempo, le haría sentir que era algo real, algo que le aterraba. Y estando ahí, frente a ella, con su mirada ida, sin su preciosa sonrisa, Jimmy sintió más miedo del que había sentido en toda su vida. «Si solo supieras lo que eres para mí...». Pero sus padres le habían enseñado algo; que no debía mostrase, que no era consciente de lo que se jugaba en el futuro y que ellos sí lo eran. A Jimmy solo le importaba lo único que había sido importante para él toda su vida, una persona. Pero no podía decirle lo que sentía, por qué no se lo había dicho. Todo lo que podía hacer era decirle la única verdad que no podía cambiar.

—Esperaba encontrar el momento adecuado para decírtelo, aunque supongo que para algo así nunca lo hay... No ha sido cosa mía. —Jimmy apretó los puños—. Es lo que mis padres han decidido, lo que tienen decidido desde hace muchos años... Creen que es lo

mejor para mí y para mi futuro. No puedo hacer nada —dijo apartando la vista. Hacía años que había aceptado la idea de que las decisiones que darían forma a su vida no siempre dependerían de él. Sus padres siempre le habían dicho que lo más importante era su futuro, convertirse en alguien de provecho.

Ronie sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. Recordó cuando Jimmy fue a buscarla de repente, cuando le dio la mano y fueron a su lugar de siempre. Recordó lo que le dijo entonces y no pudo reprimir más la pena al pensar que ese día les había alcanzado, que ninguno de los dos podía escapar de él. Jimmy tampoco quería irse, nunca había querido la vida que sus padres habían orquestado para él y se enfadó consigo misma por ser tan egoísta. Ella le iba a echar de menos pero el que se iba a ir y los perdería a todos era él. Supo que debía decirle algo, que el dolor que ella sentía no era nada comparado con la presión con la que Jimmy había vivido toda su vida, con la impotencia de no poder decidir su futuro por sí mismo y echando de menos a sus amigos a miles de kilómetros de allí. Pero Ronie no encontró las palabras. El nudo que le oprimía el pecho se extendió a su garganta y no pudo decir nada. Estaba enfadada con Jimmy por no decírselo, con sus padres por crear un futuro donde no había cabida para ella, consigo misma... Sentía que todas las emociones no cabían dentro y que estaba a punto de estallar.

Ronie levantó la vista, miró a su amigo y con lágrimas en los ojos pronunció las únicas palabras que pudo.

—Lo siento.

Ronie se alejó y Jimmy sintió la lluvia empapándole, pero no llovía. Las lágrimas de Ronie inundaron su interior y sintió cómo se ahogaba en ellas.

Ronie llegó a casa, que estaba vacía, subió corriendo las escaleras, se tumbó en la cama y dejó de contener las emociones que la sacudían. Lloró la pena y la impotencia que sentía y de alguna forma fue como si al hacerlo liberase un animal enjaulado, sintió que se

vaciaba y al cabo de unos minutos dejó de llorar, aunque permaneció inmóvil en la cama. No podía cambiarlo, Jimmy se iba, estaría solo y no volvería a verle en los próximos cuatro años. Solo pensarlo le aturdía. En ese momento se le antojó imposible la idea de que con el tiempo ese dolor desaparecería, o que se acostumbraría a él. Era como si pretendiesen convencerla de que aprendería a vivir con una flecha atravesándole el corazón. Nadie se acostumbra al dolor y puede que el tiempo curase las heridas pero no sanaba la razón de su causa. Ronie no quería acostumbrarse a echarle de menos, a no verle, a no poder hablar con él, a la distancia... porque eso significaría que le daba igual y ese pensamiento la hizo sentir optimista por un momento. Precisamente el hecho de que le doliese significaba que Jimmy le importaba. Ese sentimiento, aunque desagradable, serviría para recordarle cada día por qué era tan importante para ella.

—Con lo que te quiero debí suponer que el peaje por extrañarte sería igual de elevado... —dijo para sí misma y una pequeña sonrisa curvó sus labios. Si había una persona por la que valiese la pena sentirse así sin duda era por Jimmy.

Ronie miró el reloj que había en su mesita, se incorporó y se secó las lágrimas. Ya había pasado suficiente tiempo autocompadeciéndose por una situación que no estaba en su mano cambiar, de modo que lamentarse no serviría de nada. Aún había tiempo, según había dicho Robert, Jimmy se iría el último día de curso, eso significaba que aún tenía un mes. No sabía si lo hacía porque esa mentira lo haría más llevadero o porque de verdad lo creía, pero decidió pensar que en ese tiempo algo se le ocurriría para que la relación entre ellos no cambiase, para que la distancia, por muchos kilómetros que fueran, no les separase.

Se acercó a su escritorio y encendió el ordenador. Abrió un documento donde aparecían el título de siete canciones, se suponía que entre alguna de ellas estaría la elegida para el karaoke el día de la obra. Abrió el navegador de internet y escuchó las canciones una por una fijándose en la letra, en cada nota, disfrutando de la voz de

sus intérpretes. Todas eran diferentes, pero de alguna manera eran capaces de hacerle sentir lo mismo, cada una con su propia historia. De pronto la notificación de un mensaje la sacó de su ensoñación e hizo que se acelerasen los latidos de su corazón. Pausó la música y se quedó mirando el nombre del emisor hasta que la notificación desapareció:

Jimmy Byegood

Hecha un manojo de nervios Ronie deslizó el cursor y abrió la conversación. En el mensaje había un único enlace. Ronie no sabía de qué podría tratarse ni por qué estaba tan nerviosa, solían escribirse a menudo y siempre sentía un cosquilleo cuando se trataba de él, pero nunca se había sentido de esa manera. Una parte de ella tenía miedo de lo que pudiese encontrarse al abrir el enlace, pero aun así respiró hondo y lo hizo. Bastó un «clic» para que Ronie pudiese ver a Jimmy con la misma facilidad que cuando eran niños, cuando no tenían secretos, cuando lo que sentían el uno por el otro era como mirarse en un espejo.

SUMAR AÑOS CONTIGO. Ronie se quedó de piedra al leer esas palabras, que eran ni más ni menos el título bajo el cual Jimmy había creado su pequeño escondite para abrirse y mostrar sus sentimientos a aquellos que, de forma deliberada o fortuita, acabasen llegando ahí. Eran las mismas palabras que Jimmy había escrito en su dibujo del colegio. La última entrada era de aquella misma tarde:

Existen unas cadenas, invisibles como el aire pero tan pesadas como una montaña, que solo los valientes pueden romper: las del miedo.

Yo he sido su prisionero durante mucho tiempo, aún lo soy, pero hay pequeños resquicios de mí que puedo liberar y compartir con el mundo. Y hoy quiero compartirlos contigo.

Entonces Ronie lo comprendió. Jimmy le había ocultado algo que le había hecho daño y, para disculparse, a cambio le había ofrecido

algo que nadie más conocía de él, una ventana a su mundo interior, a sus pensamientos, a sus sentimientos... al menos a una parte de ellos. En él había pequeños poemas, reflexiones e historias como las que escribía hace años, solo que mucho mejores, y en todas ellas la protagonista seguía siendo una chica. Leyó las entradas y una en concreto llamó su atención, era de hacía tres meses.

Se suele decir que somos los directores de nuestra propia vida, como si de una obra de teatro o de una película se tratase. Pero la realidad es que yo, por mucho que me guste escribir guiones, no soy más que un mero espectador de la mía. Cuando te privan de tu voz, cuando te privan de tomar tus propias decisiones, ni siquiera eres un actor en esa representación sino una marioneta. Sin voluntad, sin libertad, impotente... los hilos que crean tu historia están en manos de unos títeres egoístas.

Así es como vivo la vida, o como dejo de vivirla. No soy el director de mi vida, solo una sombra en la proyección de otros.

Las lágrimas de Ronie gotearon sobre el escritorio. Así era como se sentía Jimmy, como se había sentido siempre. Ronie se lamentó por la suerte que tenía, porque sus padres siempre la habían apoyado. Porque sus sueños no eran solo fantasías sino una meta que alcanzar. Porque ella nunca se sentiría como describía Jimmy en esas palabras.

Ronie perdió la noción del tiempo leyendo, cuando su padre fue a llamarla para que bajase a cenar dijo que no tenía hambre y continuó hasta haberlo leído todo. Cuando terminó se quedó en silencio, mirando el monitor dándole vueltas a la misma idea. Jimmy había abierto una ventana a través de la cual Ronie podía verle de nuevo y le apenaba pensar que él nunca sabría cómo se sentía ella, porque ella no tenía algo así para compartir con él que mostrase

cómo era por dentro. A Jimmy le apasionaba la escritura, todos los textos de su blog lo demostraban y servían para crear un puente entre él y el mundo exterior para expresar lo que sentía. A Ronie le apasionaba la interpretación, el doblaje, pero ambos se basaban en proyectar las emociones de un personaje, de otra persona, no las propias. Era una forma más de ocultarse al mundo tal y como había hecho desde que era joven.

—Si solo pudiese decirle lo que siento... —se lamentó.

Pensó en las películas donde el chico se declara a la chica con una canción, o cuando empieza a sonar una música que expresa perfectamente cómo se siente. Ella había escuchado montones de canciones las últimas semanas, miles a lo largo de su vida y ninguna servía para expresarlo, ni uniendo los pedazos de cada una podría contarlo porque esa canción aún no se había escrito. Entonces tuvo una idea: en vez de identificarse con canciones de amor escribirá la suya propia para cantarla el día de la actuación y que así Jimmy supiese cómo se sentía sin tener que decírselo directamente. Le aterraba la idea de mostrarse a él porque desde hacía mucho tiempo se sentía vulnerable al hacerlo, pero después de lo que había hecho Jimmy por ella al enseñarle su secreto sentía que debía hacerlo. Por un momento había revivido la misma sensación de cuando eran pequeños y quería que Jimmy pudiese hacerlo también.

Robert se iba a llevar una decepción, pero definitivamente tenía que actuar el día de la obra, necesitaba poder cantar su canción. Ronie abrió un cuaderno y comenzó a escribir la letra. Al principio no fue fácil plasmar sus emociones en el papel, pero a medida que escribía resultaba cada vez más fácil abrirse, aunque solo fuera porque estaba a solas en la oscuridad de su cuarto, era consciente de que no sería tan fácil hacerlo sobre un escenario el día de la función.

Al día siguiente se levantó algo tarde porque se había quedado hasta la madrugada escribiendo, se acercó al escritorio frotándose los ojos, cogió el cuaderno y leyó el resultado. Estaba muy satisfecha y nerviosa, aunque suponía que era algo normal. Pero de

pronto cayó en la cuenta de algo que la bajó de la nube. Ella no sabía componer, ni tocar ningún instrumento, por lo que no podía ponerle música a su canción. ¿Cómo se le había escapado algo tan evidente? Estaba tan emocionada con la letra que no se había parado a pensar en la otra parte. Por un momento se planteó cuánto podría tardar en aprender a tocar algún instrumento, pero la actuación era la semana siguiente y no había manera de que pudiese hacerlo a tiempo. Jimmy siempre le había dicho que aprender a tocar un instrumento requiere tanta paciencia y dedicación como aprender a hablar. ¡Eso es! Jimmy sabía tocar el piano, él podría ayudarla... de no ser porque no podía pedirle al chico al cual iba a dedicarle una canción que la ayudase a componerla. Se dejó caer en la cama y empezó a pensar en sus amigos y si alguno de ellos había mostrado alguna vez su gusto por tocar algún instrumento aparte de Jimmy. Sabía que Robin tenía una guitarra que le había regalado su padre hacía un par de años, pero por lo que tenía entendido tras un par de meses practicando se lanzó a tocar canciones de sus grupos favoritos y, frustrada al comprobar que aún no tenía el nivel necesario para hacerlo, en lugar de retomar las prácticas decidió dejarlo, por lo que a día de hoy estaría cogiendo polvo dentro de la funda en algún rincón de su cuarto. Ronie no necesitaba entender mucho de música para saber que eso era un pecado. El siguiente que se le vino a la cabeza fue Robert, quien había expresado muchas veces su deseo por aprender a tocar la guitarra eléctrica y que Jimmy, Albert, Robin y él formasen un grupo llamado *Bells and I don't know where,* pero por el momento no había atravesado el velo que separaba las ideas del mundo real. Por último pensó en Albert, el cual no hablaba mucho sobre sí mismo por lo que desgraciadamente no recordaba haberle oído mencionar que tocase ningún instrumento. Entonces recordó un día durante el recreo la semana siguiente de que Robin recibiese su guitarra. Mientras almorzaban esta mostró los dedos de su mano izquierda a sus amigos y comentó orgullosa que le estaban saliendo callos.

—¿Cómo puede una mujer alardear de algo así? —dijo Robert ganándose un capón por parte de Robin y una mirada de desaprobación ante ese comentario por parte de Jimmy.

—¡Ceporro! Esto es el esfuerzo manifestándose en mis manos. ¡Y para que lo sepas las mujeres también pueden tener durezas! —gruñó la chica.

Ronie recordaba haber visto esas mismas marcas en las manos de Albert poco después de empezar el instituto, lo cual podría significar que Albert también había dado sus primeros pasos con la guitarra. Aunque bien pensado a día de hoy no las conservaba, tal vez porque, al igual que Robin, lo había dejado o tal vez porque las marcas desaparecían con el tiempo. Una vez más, Ronie no sabía lo suficiente sobre música como para saber si eso podía pasar, pero era su mejor opción y debía intentarlo.

Después de comer subió a su habitación, se cambió, sacó los libros de su mochila y metió el cuaderno con la letra. Bajó al garaje, montó en su bicicleta y se dirigió a casa de Albert, que vivía a las afueras.

Por el camino Ronie se preguntaba cuánto tiempo se tardaría en componer una canción. Quizás se requerían semanas y de ser así ella solo disponía de cinco días, de modo que su gozo quedaría en un pozo. De hecho, tal vez Albert estuviese ocupado, o puede que realmente hubiese dejado de tocar hace tiempo, o incluso que no compusiese. El hecho de que alguien tocase un instrumento no implicaba que supiese o le interesara componer.

Cuando llegó a su destino estaba prácticamente convencida de que Albert le diría que no podía ayudarla, que tendría que dar media vuelta y barajar cantar la canción a capela.

Pero cuando llamó al timbre su amable amigo abrió la puerta y la saludó con una gran sonrisa.

—Qué sorpresa, Ronie —dijo alzando levemente su voz, lo que tratándose de él indicaba que estaba realmente emocionado.

—¡Hola! Siento presentarme así, ¿estás ocupado?

—Un poco, estaba ayudando al jefe maestro a destruir el anillo.

A pesar de entender la referencia Ronie se quedó tan pillada al escucharle hacer una broma que no dijo nada. Albert agachó la mirada y se sonrojó.

—Quiero decir, no. Pasa... —dijo nervioso.

Ronie sonrió y le acompañó a su habitación. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había ido a su casa, exactamente desde sexto de primaria cuando Roxanne, la madre de Albert, aún le organizaba fiestas de cumpleaños, y la notó bastante cambiada. El tabique que separaba el salón y la cocina había desaparecido y habían pintado todo del mismo color haciéndolo más bonito y espacioso. Sin embargo al entrar a su cuarto comprobó que este apenas había cambiado. Conservaba los trofeos de atletismo, tenía nuevas figuras de acción en las estanterías, muchos más libros y montones de videojuegos. Las paredes estaban llenas de posters de algunas de sus películas favoritas y diplomas honoríficos. A Ronie le gustaba que aunque Albert fuese tan callado su habitación hablase por sí sola sobre sus gustos y sobre él.

—Siento el desorden —dijo Albert. Ronie sonrió divertida, la habitación estaba impecable y aún más comparándola con la suya en su mejor día.

—Bueno —dijo Albert sentándose en la silla delante de su escritorio—, ¿quieres... que te eche un cable con las mates? Sé que Hannah solía ayudarte... —Albert se calló a mitad de frase, quizá porque no quería meter la pata mencionando lo que había pasado entre ellas.

—No, no estoy aquí por eso —dijo abriendo la mochila—, he estado yendo a clases particulares, me defiendo —bromeó la chica para que su amigo no sintiese que había hablado más de la cuenta.

Sacó el cuaderno y cuando lo tuvo en sus manos se quedó paralizada. Estaba a punto de enseñarle algo muy importante sobre

sí misma a otra persona, sobre cómo se sentía y lo que sentía por alguien a quien además Albert conocía. De pronto se preguntó qué pasaría si Albert quisiera saber el porqué de la canción, o si lo adivinaba, y se asustó. Miró a su amigo de pelo negro quien la miraba con interés. Era demasiado tarde para dar marcha atrás y sabía que de hacerlo sería algo de lo que se arrepentiría de por vida. Ronie respiró hondo. En caso de que preguntase, aunque no le gustaba mentir, podría limitarse a decir que era algo que se le había ocurrido para ser más original en el concurso.

—Es sobre mi canción —dijo por fin. Albert se quedó en silencio y frunció los labios.

—Ronie, yo... lo siento, no sé qué te habrá dicho Robert pero no sé cantar... sé que quiere que Robin se escaqueé con él el día de la obra, pero si te ha dicho que puedo actuar contigo...

—¿Qué? ¡No! No me refiero a eso. —Ronie abrió el cuaderno en busca de la página con la letra—. He escrito una canción y me preguntaba si podrías ayudarme a componer la música. —Se lo extendió a Albert, el cual lo leyó con atención durante varios minutos. De forma inconsciente la postura corporal de Ronie cambió, cruzó los brazos sobre el pecho y empezó a morderse el labio inferior. Sentía como si estuviese mirando una radiografía de sus sentimientos.

—Yo no sé tocar ningún instrumento, esperaba que pudieses ayudarme —dijo Ronie para romper el silencio. Albert seguía sin decir nada, mirando el papel, haciendo que Ronie estuviese cada vez más nerviosa.

«No le gusta. No le gusta. Seguro que no hay por dónde cogerlo y la letra será lo más cursi que ha leído nunca. No debería haber venido, no debería...».

—Es genial —dijo Albert sacándola de su espiral de negatividad.

—¿En-en serio? ¿Te gusta? —preguntó atónita.

—Sí, es muy bonita y creo que transmite mucho... ¿has pensado qué tipo de música te gustaría?

—La verdad es que no... es decir, es una canción romántica pero no tiene que serlo demasiado. Tiene que ser alegre, pero no demasiado. Y un poco melancólica pero sin pasarse...

Ronie escuchó algo parecido a una risa procedente de su amigo, extrañaba oírle reír en voz alta. Este se levantó de la silla y cuando se giró hacia ella tenía una guitarra en sus manos.

—Eh, ¡así que tocas la guitarra! —dijo sin poder contener su emoción.

—¿Has venido hasta aquí sin saber si tocaba? —preguntó confuso.

—Bueno, sé que empezaste hace tiempo pero no estaba segura de si aún seguirías a día de hoy, como no tienes los callos...

—Pues claro, toco todos los días. —Albert se sentó de nuevo en la silla—. Con el tiempo los callos se me han quitado, pero tengo durezas, ¿ves? —dijo agarrándole de la mano para que notase el endurecimiento en la punta de sus dedos.

Ronie se quedó impactada. Aquella era la vez que más había escuchado hablar a Albert con diferencia, quizás se debiese al hecho de que estaban en su casa, en su santuario por así decirlo. Le asombró que pese a ser amigos desde hacía tantos años aún pudiese sorprenderla y seguir conociendo más sobre él.

—Se me ocurren un par de acordes con los que empezar... si quieres voy tocando y vamos probando.

Ronie asintió y se sentó en el suelo frente a él con una sonrisa enorme.

A Ronie le fascinó la seguridad que transmitía Albert cuando tocaba y lo guapo que estaba. No necesitaba palabras para expresarse; su voz era la melodía que creaba con los dedos.

Estuvieron tocando y cantando durante horas, hasta que Roxanne abrió la puerta y les recordó que era la hora de cenar. Ronie se

levantó a toda prisa y se disculpó por haberse quedado hasta tan tarde. Los padres de Albert insistieron en que se quedase a cenar con ellos ya que sabían que Ronie vivía lejos de allí y que tardaría mucho en volver a casa. Además, disfrutaban viendo a su hijo tan entusiasmado. A Ronie le costaba mucho decir que no y más si se trataba de comida, por lo que aceptó la invitación gustosa.

La cena estaba compuesta por verduras en su totalidad, estuvieron charlando todo el tiempo alegremente, sobre todo Ronie, mientras Albert permanecía callado y atento, ese era el Albert que Ronie conocía. Ronie comentó que el chico la estaba ayudando con su canción para el karaoke y el matrimonio Aiken celebró que su hijo tuviese alguien más con quien compartir su afición por la música aparte de Jimmy, ya que era algo que le apasionaba. Después de verle tocar, cómo se transformaba en otra persona, a Ronie no le sorprendió en absoluto.

Cuando terminaron de cenar Marc y Roxanne recogieron los platos. Albert insistió en ayudarles pero sus padres le dijeron que, puesto que había una invitada, podían volver a su habitación si les apetecía. A ambos les gustó la idea, Ronie estaba deseando darle otra vuelta a la canción y Albert tocar la guitarra de nuevo.

Al cabo de un rato Albert colocó el instrumento a un lado y se quedaron en silencio. Ronie releía la letra de su cuaderno, no podía creer que apenas unas horas antes solo fuesen palabras sobre un papel y cómo habían logrado darle forma hasta que tuviesen voz y melodía propias.

—¿Para quién es? —preguntó Albert de pronto.

Ronie se quedó de piedra y notó cómo aumentaba su temperatura corporal. Albert había sido muy directo pero por su expresión veía que no lo decía con mala intención o por cotillear. Aun así el primer instinto de Ronie fue tratar de eludir la pregunta.

—¿A qué te refieres? No es por nada en especial...

—Vamos, Ronie —dijo con su voz de terciopelo—. Tenías al menos siete canciones que elegir para la actuación y estoy seguro de que

cualquiera de ellas te habría salido a la perfección, pero has decidido no solo usar tu voz, sino tus palabras y unas muy concretas. No me malinterpretes, el mensaje es precioso, precisamente por eso creo que una canción así no se canta delante de todo el instituto porque sí, sino para alguien en concreto en medio de la audiencia.

Ronie no salía de su asombro. Albert había sabido entender la situación a la perfección, había dado en el clavo con cada palabra. La estaba viendo tal y como era de verdad, sus sentimientos, y no la estaba juzgando, no se sentía expuesta sino todo lo contrario. La forma en la que lo había dicho, la dulzura de su voz, le hizo quitar el escudo y por primera vez desde hacía mucho tiempo fue capaz de mostrarse y decirlo en voz alta.

—Jimmy. —Solo pronunció un nombre, pero para ella fue como abrir las puertas a todos sus secretos, a todo lo que se suponía que debía ocultar al mundo.

Los labios de Albert se curvaron levemente.

—Lo sabía —susurró—. La verdad es que me habría decepcionado un poco si no fuera así. Desde siempre he admirado vuestra relación, la veía tan... pura y sincera. Incluso desde hace unos años aunque parece que las cosas cambiaron entre vosotros la forma en que os lleváis sigue siendo tan especial que me habría hecho perder la fe si ya no te sintieses así. Es decir, siempre estabais juntos y siempre decíais que así era como queríais estar el resto de vuestra vida... Si lo piensas es una locura que unos críos sean capaces de sentirse así cuando muchos adultos ni siquiera saben qué quieren para desayunar. Es algo admirable.

Ronie estaba alucinando, Albert les había visto desde siempre. No era algo tan fácil de interpretar, si había podido ver a través de ellos quizá era por la forma de ser del chico. Ser tan callado le permitía escuchar a los demás, conocerles de verdad, hasta el punto de ni siquiera necesitar que lo expresasen con palabras. Tenía razón, Ronie seguía sintiendo lo mismo, queriendo lo mismo, el problema era que ya no estaba segura de si Jimmy pensaba igual y el miedo que le daba exponerse y decírselo directamente, de ahí la canción.

—Las cosas han cambiado mucho desde hace tiempo. Aunque... eso no significa que lo que sentía también lo haya hecho —dijo tímidamente.

—Como un árbol; las estaciones pasan, le cambian, pero él sigue ahí —comentó Albert.

Ronie sonrió.

—Sí... Me cuesta creer que lo hayas sabido todo este tiempo, aunque no tanto como el hecho de estar hablando de esto contigo sin tener ganas de salir corriendo —bromeó y tras unos instantes debatiendo si hacerle una pregunta, finalmente lo hizo—. ¿Crees que Jimmy sigue sintiendo lo mismo? Ya sabes, si aunque hayan cambiado las estaciones el árbol sigue ahí —dijo haciendo alusión a su metáfora.

Albert y Jimmy eran muy amigos y sintió la imperante necesidad de tener ventaja, de saber si Albert sabía algo al respecto que ella desconocía.

—Por desgracia no lo sé, Jimmy nunca habla de esas cosas. Aunque, como he dicho antes, me decepcionaría que no fuese así —dijo dedicando una sonrisa a la chica de pelo castaño para animarla.

Ronie suspiró para sus adentros, aunque en realidad no estaba decepcionada, sino sorprendida al descubrir que Jimmy y ella eran más parecidos de lo que creía. Después de todo ella nunca había hablado de esto con nadie, ni con su madre, ni con Hannah cuando esta era su mejor amiga. Al menos hasta ahora.

—Lo que sí creo es no se debe dejar pasar algo que te hace sentir así solo por miedo, o por dudas. Las palabras que más pesan son las que nos callamos. A veces tienes una persona que crees que tu relación está bien como está, que el tiempo no la cambiará y que a medida que este pase quizás encontrarás el valor para decir esas palabras, para ser diferente y atreverte, pero el tiempo no siempre sale como planeamos. Vives esperando que lleguen los mejores años de tu vida y de pronto un día esa persona se va y descubres que no estaban por venir, sino que ya los has vivido. Es una mala costumbre

que tenemos, no sabemos ver las cosas cuando las tenemos delante, solo el tiempo y la perspectiva lo consiguen.

Ronie pensó que se refería a ella y a Jimmy, pero a medida que hablaba, por su forma de hacerlo Ronie comprendió que no se refería a ellos, sino a su propia experiencia. Albert siempre había estado con Robert, Robin, Jimmy y ella, la única persona de la que el tiempo podía alejarle, a quien podía perder, era Jimmy, uno de sus mejores amigos. Pero eso no pasaría hasta dentro de un mes, no comprendía por qué Albert se estaría refiriendo a eso antes de que pasara. Entonces lo comprendió.

—Hannah... —murmuró.

Albert frunció los labios.

—Sí... como el chico más callado te diré que creo que tu canción, esa letra, sus palabras... son muy valientes.

—No es cierto, si lo hago así es precisamente porque no me atrevo a decírselo en persona.

—Al menos lo vas a decir en voz alta. Yo ni siquiera me atreví a hacerlo, ni siquiera me atrevería a hacer algo así ahora...

Ronie miró a su amigo. Albert era tal y como sus padres le habían dicho a ella que fuera, que ocultase sus sentimientos a los demás, y por ello Hannah nunca había sabido lo que sentía y puede que nunca supiera. Ronie no quería que Jimmy no volviese a saber lo importante que era para ella, lo mucho que lo quería.

—Espero que todo salga bien, que el árbol siga ahí y que poco a poco se convierta en un bosque —dijo Albert.

Al día siguiente Ronie volvió a ir a casa de Albert, practicaron la canción y estuvieron hablando. A Ronie le encantaba sentirse tan a gusto con él, no tener que estar fingiendo. Y por primera vez Albert también tenía alguien con quien compartir sus sentimientos.

El lunes por la tarde, antes de empezar los ensayos, Celina les dio una noticia.

—Durante el fin de semana le he estado dando vueltas a la obra y he estado pensando... —comenzó diciendo.

—Oh, oh —soltaron los alumnos al unísono.

—Y me he dado cuenta de que es un desperdicio que unos personajes tan bien escritos no se aprovechen al máximo, ¡podrían dar mucho más juego!

—Oh, oh...

—Además, ¿por qué tener una moraleja pudiendo tener más? Tenemos la ocasión de concienciar a los otros cursos sobre temas sociales, el compañerismo, la igualdad... y es nuestro deber, es nuestra responsabilidad hacerlo. Por eso mismo... —dijo sacando un enorme taco de hojas de su maletín—, he añadido un par de escenas.

El aula enmudeció intimidada ante la feliz idea de su profesora sustituta mientras esta les repartía el guión.

—Un-un momento —dijo Robin a quien la idea de escaquearse de la obra cada vez le resultaba más acertada—, la obra es este viernes.

—Así es —dijo Celina.

—Este viernes —insistió Robin.

—Así es, Robin —repitió Celina, que no parecía entender adónde quería llegar.

Robin miró al taco de hojas que tenía en la mano y de nuevo a Celina.

—Llevamos un mes para aprendernos menos páginas que esto.

—Habla por ti —comentó Robert—, yo aún no me las he aprendido.

—Oh, Robin, si es por eso no tienes que preocuparte. El Bravo es demasiado bruto y aburrido como para llevar la voz cantante así que es el que menos escenas nuevas tiene —explicó Celina. Robert profirió un «¡Ja!» burlándose de su amiga, quien le lanzó una mirada asesina que no pareció afectarle lo más mínimo puesto que empezó a reírse—. Por otro lado Verdemar es un joven con principios firmes y de gran corazón que aún tiene mucho que ofrecer al público, así que aparece en casi todas las escenas.

Robert enmudeció en el acto. Robin tenía una sonrisa de satisfacción.

—Y eso no es todo: para que nos dé tiempo a aprender las escenas nuevas y terminar de hacer el decorado, esta semana vendremos todos los días y ensayaremos durante tres horas en lugar de una.

La sala se llenó de protestas y resoplidos, aunque Celina atajó la situación diciendo que cuanto más protestasen menos tiempo tendrían para aprenderlo y que eso se reflejaría en sus notas reforzando la teoría de que esa «actividad opcional para subir nota» no era tan opcional y que, desde luego, no servía para subir nota.

Los siguientes días Celina resplandecía llena de gozo al ver como «sus actores» como ella les llamaba, daban vida a sus inclusiones al guion, se sentía como una verdadera dramaturga.

—Aaaaay... —suspiró—. Me encantaría que esta obra no acabase nunca... —dijo llena de melancolía.

—A este paso, si sigue metiendo más escenas, no lo hará... —farfulló Robert, el cual estaba deseando que llegase el día de la obra para escaquearse de semejante marrón.

El jueves por la tarde, el último día de ensayo antes de la obra, los alumnos se encontraban en grupos frente a la entrada del instituto mientras esperaban a Celina, como siempre.

—Es horrible, no había estudiado tanto en toda mi vida. Ayer estuve hasta las dos de la mañana repasando el guion. Si alguna vez hubiese estudiado tanto para los exámenes de lengua no tendría que hacer la maldita obra porque tendría matrícula de honor.

—Tuvieses la nota que tuvieses de no haberte apuntado a la obra catearías lengua igualmente. A estas alturas prácticamente hemos comprobado que los rumores no eran solo eso —le recordó Robin.

Robert pareció aliviado por un momento al pensarlo.

—Tienes razón, no había necesidad de estudiar tanto... pero entonces, si es así, ¿por qué tengo que estudiar tanto para esta obra? —dijo alzando la voz y cayendo de nuevo en el bucle de por qué tengo que estudiar tanto para la obra.

Cuando sus compañeros de clase enmudecieron fue la señal para indicar que Celina había llegado, atravesó el pasillo que formaban los estudiantes y antes de llegar a la puerta se giró hacia ellos, tenía una noticia que darles.

—Con los cambios de guion que hemos hecho...

—¿Hemos? —interrumpió Robin que después de su último anuncio se esperaba lo peor.

—Hemos, Robin, somos un equipo y estamos juntos en esto. La cuestión es que con las nuevas escenas la duración de la obra lógicamente ha aumentado, de modo que he hablado con la directora y este año tendremos que prescindir de alguna de las actividades, por lo que no habrá karaoke.

Ronie se quedó helada. Había estado trabajando en la canción toda la semana, cantarla en el karaoke era su única oportunidad de abrirse a Jimmy tal como lo había hecho él enseñándole su blog. Si no podía actuar nunca sabría lo que quería decirle.

—Pero... —susurró Ronie.

—¡Eso es injusto! —saltó Robin—. Ronie estaba apuntada a karaoke y ha trabajado mucho para preparar su canción. Además, la

duración de la obra es excesiva, debería ceñirse a la duración original, como ha sido siempre.

Ronie no estaba segura de si Robin lo hacía para defenderla o porque esta era la gota que colmaba el vaso en su justa personal contra Celina y su forma de llevar la obra, pero aun así agradeció que la defendiese.

—Robin, sé que estás disgustada, pero estoy segura de que Ronie entiende que es más importante lo que esta obra tiene que decir que un concurso de karaoke. Además, Ronie forma parte de la obra junto a todos sus compañeros y es mucho más bonito que podáis compartir vuestro último año haciendo actividades de trabajo de equipo como esta en lugar de ensalzar la competitividad y la individualidad.

Ronie se quedó en silencio, no se atrevía a llevarle la contraria a Celina, no podía explicar por qué era tan importante para ella esa actuación y tenía la impresión de que aunque lo hiciera sería en vano.

—Dicho esto, vamos a por el último ensayo... —dijo abriendo la puerta.

Los alumnos siguieron en fila a Celina por el pasillo hasta llegar a la sala donde habían ensayado todo el mes y donde guardaban el atrezo y el vestuario. Cuando entraron todos se quedaron extrañados al observar a su alrededor.

—Aquí hay algo raro... —dijo Betty.

—Tienes razón, han cambiado las cortinas —comentó Robert.

—¡¿Y EL ATREZO?! —preguntó Celina en un chillido.

El decorado en el que habían estado trabajando había desaparecido. Celina les ordenó tres octavas por encima de lo normal que revisasen los armarios de arriba a abajo hasta encontrarlo mientras ella iba en busca de respuestas. Al cabo de unos minutos volvió abatida.

—Chicos... he hablado con la directora y parece ser que el servicio de la limpieza ha tirado todo el decorado creyendo que era basura... —Apenas pudo acabar la frase. Se notaba que trataba de contener la ira en su interior, hablaba exageradamente calmada.

—Pues se cancela la obra —dijo Robert como si esa fuera la única solución.

—¡Nada de eso! —gritó Celina de nuevo híper agudizando la voz—. Han dejado el material que habíamos descartado, podemos usarlo, nos las apañaremos con lo que podamos hacer hoy.

—Pero habíamos descartado ese material por una razón, es demasiado cutre —dijo Cecily resaltando lo evidente.

—Sí, gracias por el aporte. Es una adversidad, pasa mucho en el mundo del teatro, pero no vamos a dejar que eso nos detenga. ¡A trabajar!

Ensayaron la obra por última vez y en cuanto acabaron comenzaron a preparar el nuevo decorado a marchas forzadas. El disfraz de dragón pasó de ser una obra de artesanía en la que Ronie había trabajado durante todo el mes a una careta cutre y una bolsa de basura. Por suerte el vestuario estaba a salvo cosa que a Robin le fastidió puesto que se había hecho ilusiones de ver a Mandy y Hannah saliendo al escenario vestidas con una bolsa de plástico.

—¡Cenad bien, mañana es el gran día! —dijo Celina, la cual había empleado las tres horas de los ensayos para hacer respiraciones y relajarse. A juzgar por la sonrisa de su cara había funcionado.

Ronie, Robert, Robin, Jimmy y Albert hicieron un corro a la salida.

—Siento que no puedas cantar, Ronie —dijo Jimmy apenado.

—Yo también, pero bueno, al menos así puedes unirte a Robin y a mí y escaquearte de la función. Ya no tienes nada que perder.

Ronie frunció el ceño. Robert no tenía ni idea de lo equivocado que estaba. Albert apoyó su mano en la espalda de su amiga, él sí sabía lo que estaba en juego y sentía no poder ayudarla.

—Gracias... pero no pasa nada, la obra es más importante —dijo tratando de mantener la compostura.

—Dirás el ego de Celina, ¡no entiendo cómo puede ser tan...!

—No te preocupes, Robin, estoy bien.

—Me alegro de que sea así —dijo Jimmy—. Lo siento pero tengo que ir a entrenar, con lo que duran los ensayos voy a llegar tarde, ¡nos vemos! —se despidió mientras se alejaba corriendo.

—Yo también debería irme, empiezo a notar los falsos síntomas de la gripe recorriendo mi cuerpo... —dijo Robert mientras se alejaba. Robin le siguió.

—Esperad —dijo Ronie—. Quedaos un momento.

Robert y Robin se miraron extrañados ante lo enigmática que estaba su amiga. Su actitud había cambiado por completo.

—Necesito vuestra ayuda —dijo cuando se acercaron—. Necesito cantar la canción a toda costa.

—Vaya, Ronie, no imaginaba que el karaoke significase tanto para ti.

—No se trata de eso —le interrumpió. Robert jamás la había visto con tanta firmeza.

—¿Entonces qué es? Ya has oído a Celina, la obra es tan larga que se lo han cargado, ¿cómo pretendes cantar antes de la función? —preguntó Robert, aún confuso.

—No será antes. Lo haré durante la obra, y para eso necesito vuestra ayuda.

Robert la miró en silencio unos segundos tratando de entender a qué se refería. Cuando por fin lo hizo abrió los ojos como platos y empezó a gesticular con los brazos.

—Aaaaah, no. No. No. Ni hablar. Me niego. No. Detesto el papel y detesto la obra. Lo único que me ha dado fuerzas para seguir todo este tiempo ha sido saber que el día decisivo me escaquearía. Me sé la obra, es cierto, pero no por voluntad propia. No. No. Imposible.

—Cuenta conmigo —dijo Albert sin vacilar. Sabía lo importante que era para Ronie y si había algo que pudiese hacer para ayudarla estaba más que dispuesto a ello, costara lo que costase.

—Gracias, Albert —dijo sonriéndole dulcemente—. Por favor, Robert, tu personaje es Verdemar. Eres el que más escenas tiene, te necesito.

Robert volvió a protestar y expuso los cientos de motivos por los cuales no podía hacerlo. Robin miró a Albert, la seguridad con la que este miraba a Ronie. Es cierto que desde el principio Albert no pensaba abandonar la obra, pero si había accedido a ayudarla era por algo. Miró a su amiga, sabía que para ella era importante, Ronie no saldría con algo así de la nada y menos solo porque quisiese interpretar una canción, había algo más.

—Y conmigo —dijo.

—¡¿Qué?! Robin, no puedes hacerlo, ¡estamos juntos en esto! ¿Has olvidado lo horrible que es tu personaje? Es como un gorila pero menos listo...

—Si Ronie necesita nuestra ayuda, la tendrá —dijo tajante.

Robert se quedó en silencio. Miró a Ronie, luego a Robin, de nuevo a Ronie y por último a Robin.

—Aaaaag... ¡está bien, de acuerdo! Lo haré... —cedió.

Ronie sonrió de oreja a oreja. Aún había esperanza.

—¡Muchas gracias, chicos!

—¿A que te alegras de saberte el guion? —preguntó Robin a Robert el cual se cruzó de brazos y lanzó un resoplido.

Al día siguiente, durante el primer acto Ronie trató de concentrarse lo que podía en la obra y no en su actuación sorpresa. Hannah, Mandy, Albert, Jimmy, Robert y Dave protagonizaban el

primer acto mientras Robin y Ronie observaban el espectáculo desde uno de los laterales del escenario.

—Es increíble, ¿has visto lo bien que está actuando Robert? Lo está bordando —comentó Robin anonadada e incapaz de apartar la vista de él.

—Sí, parece que se lo está tomando en serio —coincidió Ronie, aunque ella no apartaba la vista de otro de los hermanos, Ajonjolí, interpretado por Jimmy—. Por cierto, gracias otra vez por acceder a esto.

—Si no puedes contar con ellos para que te ayuden aunque eso implique hacer el ridículo, ¿para qué están los amigos? —bromeó Robin. Ronie le devolvió la sonrisa.

En ese momento el público empezó a aplaudir entusiasmado.

—Ya vienen... —dijo Robin.

Ronie inspiró hondo, el momento de la verdad estaba cerca. Hannah y Mandy fueron las últimas en abandonar el escenario, permanecieron deleitándose con los vítores del público. Cuando Jimmy pasó junto a Ronie le sonrió pero esta sentía tanta vergüenza que no pudo evitar apartar la vista. «Empezamos bien...» pensó.

—Eh —dijo Robin parando a Robert cuando se acercó a ellas—. ¿Qué mosca te ha picado? Estás que te sales, me haces sentir culpable por haberte apoyado en tu idea de escaquearte.

—Si vas a hacer algo, hazlo bien —dijo encogiéndose de hombros —. Además la idea no fue mía, sino de Albert, y si no fuera por ti eso sería exactamente lo que habría hecho. —Al parecer Robert seguía algo resentido por haberse visto obligado a renunciar a su plan—. Estoy deseando verte interpretar al Bravo en el próximo acto —dijo guiñándole un ojo.

—Serás... ¡me alegro de que te fastidies y tengas que hacer toda la obra! —gruñó Robin—. Me saca de quicio... —Ronie se rio—. ¿Preparada? Empieza el verdadero espectáculo —dijo Robin.

Al comienzo del segundo acto los personajes de Betty, Robin y Ronie debutaron en escena, mientras que Jimmy y Robert intercambiaron las posiciones de sus amigas y ahora eran ellos los que disfrutaban como espectadores de la función. Betty abandonó el escenario con el consiguiente aplauso de los asistentes y, aprovechando una de las escenas añadidas de Celina, dio comienzo el plan.

La escena transcurría en una taberna, entre el príncipe Verdemar, defendiendo los ideales de la justicia e igualdad y el Bravo, que representaba todo lo contrario. Era ese el momento en el que de forma totalmente improvisada debían dar pie a la actuación de Ronie, la verdadera (y única) razón por la que estaban haciendo la obra.

—Bravo, aunque nuestras diferencias sean grandes y tú no seas más que un feo, desagradable, grotesco y malhumorado cerebro de mosquito, estoy seguro de que hay algo que tenemos en común.

—JA JA JA, ¿Ah, sí? ¿Y de qué se trata? —dijo Robin con la voz engolada, imitando la forma de hablar de su personaje.

—¡La música! A todo el mundo le gusta la música, ¿no es cierto? —lanzó la pregunta al público, el cual se alborotó eufórico.

Celina revisaba el libreto de arriba a abajo buscando el guion que estaban recitando, no recordaba haber escrito ninguna de esas palabras.

—No. No, no, no, no, no, no, no, ¿qué están haciendo? Con lo bien que iba... ¡van a cargarse mi obra! —murmuró aterrorizada.

Comenzó a hacer señas para llamar la atención de Robin y Robert sobre el escenario, pero estos le ignoraron deliberadamente.

—Ummm... aunque me cueste reconocerlo tienes razón. Pero aquí no hay música. Una vil y egoísta dictadora, a cuyo lado parezco una delicada flor, la prohibió hace mucho tiempo en estas tierras —dijo lanzando una mirada a Celina, a quien se le cayeron la mandíbula y los papeles al suelo. Robert no pudo evitar reírse.

—Yo tengo la solución. En el primer acto ayudé a un duende a salir de su prisión y puedo pedirle que use su magia para devolverla. ¡Duende! —gritó Robert.

—En ese momento Albert hizo su aparición en escena.

—¿Cómo puedo ayudar, príncipe Verdemar?

—Convierte esa escoba en una guitarra.

Albert frunció el ceño y miró a Robert extrañado. Había escoba, pero la guitarra no estaba en el escenario.

—¿Y cómo quiere que haga eso exactamente? —dijo entre dientes señalándole el lugar donde debería estar la guitarra, aunque Robert no pareció darse cuenta.

—Ah, no sé, el duende eres tú.

Albert examinó de arriba abajo en busca de su guitarra y cuando se giró vio que estaba al lado de Celina, la cual debía de haberla quitado antes de empezar el segundo acto ya que no formaba parte del decorado.

—Me temo que UNA FUERZA SUPERIOR CUSTODIA esa escoba, por lo que NO PUEDO USAR MI MAGIA —dijo exagerando las palabras clave mientras señalaba con la cabeza a Celina. Por fin Robert pareció comprender la situación.

—Puedo ir a buscarla por la fuerza, si lo prefieres —amenazó Robin haciendo crujir los nudillos. Celina palideció, no sabía si Robin se había metido de lleno en el papel o si estaba hablando en serio.

—No será necesario, Bravo. Duende, ¡inténtalo! Seguro que una bella dama sin la cual esta orquestación de eventos tan fortuita no habría sido posible se ofrece a ayudarte —dijo lanzando una persuasiva mirada a Celina, quien se vio entre la espada y la pared. Aparentemente, el público estaba disfrutando, y después de todo el trabajo invertido sabía que no podía fastidiarla.

—Está bien... —dijo Albert, y comenzó a escenificar que lanzaba un hechizo a la escoba que amablemente les habían dejado las

señoras de la limpieza para compensar su error. Rápidamente, Celina atravesó corriendo el escenario con la guitarra en la mano y se la entregó a Albert.

—¿Habéis visto? Se consigue más con una cucharada de miel que con un cubo de hiel.

Robin seguía sin dar crédito a lo que veía pero celebraba que la improvisación de Robert hubiese funcionado.

—Pero aún nos sigue faltando algo —dijo exageradamente Robin.

—Con lo fácil que parece en los musicales... —protestó Robert—. ¡Tenemos una guitarra y un duende dispuesto a tocarla, si hay alguien que quiera salir a cantar algo esta es la ocasión! —dijo Robert casi gritando tratando de avisar a Ronie, la cual estaba hecha un manojo de nervios.

—Es la hora... —dijo para sí.

Ronie se coló por el lado opuesto del escenario donde Celina y Jimmy entre otros observaban la función. En cuanto Albert la vio empezó a tocar y Ronie cantó su canción.

¿Ve lo que veo yo?

¿Siente lo que yo siento?

¿Volvemos a estar bajo el mismo cielo?

¿Y si podemos cambiarlo?

¿Y si podemos estarlo?

Al menos en este lugar recordaré

lo que sabes, lo que sé, lo que podríamos ser

está en mi ser, en mi interior

llegará a ti

si al fin soy valiente.

Y puede que me cueste contártelo todo

dejar que me veas
Y tal vez
cuando se trata de dejarte entrar me asuste.
Pero si me atrevo
me conocerás
y tal vez nos enamoremos otra vez.
¿Cómo llegamos aquí?
¿Es donde debemos estar?
¿Y si echamos de menos la luz del sol?
¿Y si subieras las escaleras?
Entonces sabrías, tú sabrías
que está en mi ser, en mi interior
llegará a ti
porque al fin soy valiente.
Y puede que me cueste contártelo todo
dejar que me veas.
Y tal vez
cuando se trata de dejarte entrar me asuste.
Pero si me atrevo
me conocerás
y tal vez nos enamoremos otra vez.

Porque te conocí
cuando éramos jóvenes
cuando éramos jóvenes.
Tú me conociste

cuando éramos jóvenes

cuando éramos jóvenes

y yo solo te necesito a mi lado.

Cuando el sonido de la última nota se desvaneció el público estalló en un gran aplauso.

—¡Qué hermosa canción! —dijo Robert emocionado, nadie sabía si lo fingía o iba en serio—. ¡Ya puedo oír de nuevo!

—No estabas sordo en primer lugar... —dijo Robin.

—Oh, tienes razón. Quería decir que es increíble que un ciego pueda cantar así.

—¡Eso no tiene nada que ver! —dijo Robin dándole un capón.

El público comenzó a reírse.

Ronie miró a todas las personas que habían escuchado su canción y luego a la única a quien se la había cantado, a Jimmy. Este permanecía entre bastidores, con el corazón latiendo a mil por hora, aplaudiendo con tanto fervor como las cientos de personas que había en el recinto, resonando con la misma fuerza en su pecho. No era solo por lo bien que había interpretado Ronie la canción, ni por lo mucho que adorase oírla cantar, sino por la letra de la canción. Nunca antes la había escuchado pero aun así se había sentido identificado con cada estrofa. Una idea, puede que descabellada, comenzó a crecer en su mente: ¿y si esa canción era para él? Apenas era capaz de contener la emoción cuando Robert abandonó el escenario y se acercó hacia él mientras Robin, Albert y Ronie seguían con la escena.

—¿Qué, ha estado guay, eh? —dijo el príncipe Verdemar al llegar hasta Jimmy.

—Ha sido increíble.

—Era una sorpresa, ya sabes que desde el principio mi idea era escaquearme de la función pero Ronie nos pidió el otro día que le ayudásemos con esto. Se ve que esta canción era muy importante para ella. —Robert se frotó la frente para limpiar las gotas de sudor, ese era prácticamente el único momento libre que tendría en toda la función. Jimmy escuchaba las palabras de su amigo y sentía que la Tierra por fin volvía a girar sobre su eje, que estaba precisamente donde debía estar. Hasta que Robert siguió hablando—. Creo que Albert la ha ayudado con la canción, al menos con la parte musical porque ya sabes que Ronie no tiene ni idea de componer. Ahora entiendo por qué quedaban tanto últimamente. Mira a Albert, se le ve radiante... Eh, ¿te imaginas que Ronie la haya escrito para alguien, algún chico del instituto? ¿O que sea para Albert? Aunque eso sería una locura, y muy raro. Yo no soy quien para meterme en la vida de los demás pero sería raro, llevan siendo amigos mucho tiempo y no los vería de otra manera.

—Robert, te toca —avisó Celina—. Esta vez más os vale no improvisar ni una palabra más, ceñiros al guion —amenazó casi susurrando.

—Bueno, colega, el público me reclama —dijo dando un golpe amistoso a Jimmy en el hombro, se colocó el gorro y volvió al escenario.

Aunque Robert estaba de broma, las palabras de su amigo llegaron a Jimmy de forma completamente diferente, quien empezó a preguntarse lo ingenuo que era por su parte haber pensado que esa canción iba dirigida a él. No creía que fuese por Albert, Jimmy sabía lo mucho que le gustaba la música, especialmente la guitarra, y podía haberlo hecho de forma desinteresada por su amiga. Pero desconocía las razones que habían llevado a Ronie a hacer algo así, la necesidad de crear su propia canción. ¿Y si había conocido a alguien más? ¿O si era un mensaje en clave para alguien? Jimmy habría escuchado las mismas palabras que el resto y habría interpretado lo que él había querido ver. Como al girar un reloj de arena, Jimmy pasó de sentir emoción, esperanza y entusiasmo a

desánimo, pena e impotencia. Lo cierto era que él ya no conocía a Ronie como para comprender sus sentimientos con solo mirarla, para saber lo que sentía como si lo llevase escrito en la frente y el hecho de que no supiese reconocer si había un mensaje en clave para él en esa canción era la prueba de ello. La distancia se había hecho cada vez más grande sin apenas darse cuenta. En cuestión de unas semanas esa distancia no sería solo metafórica, sino también física y estando tan lejos ni siquiera sería capaz de escuchar la hermosa voz de Ronie.

Jimmy lanzó una última mirada a la chica antes de irse en silencio. Justo en ese momento, como si notase que una parte de sí misma se alejaba, Ronie dirigió la vista a la zona de bastidores y vio a Jimmy alejándose cabizbajo. No entendía lo que había pasado, hacía apenas unos minutos la miraba con los ojos llenos de alegría y ahora se iba sin ni siquiera decir nada, sin esperar a que acabase la función. Ronie se quedó tan absorta tratando de averiguar la razón que se olvidó por completo de que seguía en el escenario y de que tenía que recitar su texto.

—¿Es que aparte de ciego está sordo? —preguntó Robert, alias el príncipe Verdemar—. ¿Ves, Bruto? Te lo dije. Aunque tú tampoco te libras, careces del sentido más esencial de todos; el del gusto —añadió para hacer reír al público.

—¡Ronie! —susurró Robin, llamando su atención—. Di tu frase.

Ronie trató de recomponerse y recitó los últimos versos de su papel.

A pesar de los contratiempos la obra fue todo un éxito. Cuando terminó el público se levantó entusiasmado de sus asientos aplaudiendo sin parar, momento que Celina no dejó escapar para presentarse en el escenario delante de todos como única responsable de semejante creación.

—Gracias, gracias... ¡la mayor parte del guion es mío! —decía saludando con melodramática elegancia.

Ronie, Robert, Robin y Albert aprovecharon la ocasión para salir pitando a los vestuarios. Una vez habían recuperado su vestimenta habitual y aún con restos de maquillaje en la cara, Robin propuso ir a tomar algo a la cafetería para comentar sus impresiones y para celebrar que por fin la tortura había terminado.

—Ronie, tu canción ha sido increíble. Qué envidia me da verte tocar, Albert, no tienes nada que envidiar a las estrellas.

—Gracias, Robin, pero ha sido todo cosa de Ronie, yo solo he ayudado con la música —dijo Albert tímidamente.

—Chicos, nunca pensé que diría esto pero me lo he pasado en grande y después de ver vuestra actuación sin duda todo esto ha valido la pena —dijo Robert. Robin y Albert se le quedaron mirando atónitos ante su cambio de actitud y una respuesta tan madura—. Bueno, puede que no del todo. ¿Sabéis el calor que dan las mallas, el traje y el gorro con todos los focos apuntándome todo el tiempo? Porque, no sé si os habréis dado cuenta, pero he sido el protagonista indiscutible. El momento musical ha estado guay, me he podido tomar un descanso, pero a decir verdad no tengo ni idea de cómo he podido recitar todo el texto. O inventármelo. Si ni siquiera puedo recordar dos frases seguidas de lo que acabo de decir...

—Aaaaaaag cállate de una vez y vamos a celebrar que somos libres —dijo Robin agarrándole del brazo y tirando de él en dirección a la cafetería.

—Ronie, ¿no vienes? —preguntó Albert al percatarse de que su amiga no se había movido del sitio.

—Creo que no. Estoy cansada y tengo cosas que hacer. Pero ha estado muy bien, chicos, os debo una.

Ronie no podía dejar de pensar en la reacción de Jimmy cuando terminó de cantar y en cómo se había ido unos minutos después. ¿Qué le habría pasado? ¿Acaso no había entendido el mensaje de la canción, que era para él? O tal vez lo había hecho y precisamente

esa era la razón por la que se había ido. Si Jimmy había recibido el mensaje pero no podía corresponderla seguramente habría preferido evitar encontrarse con ella para no aguarle la noche y su gran actuación. Solo eran suposiciones, pero era todo lo que tenía. Ronie había reunido el valor suficiente para escribir la canción, para abrirse delante de todos y para cantar esas palabras a Jimmy y aun así no se atrevía a decirle nada. Solo de imaginarse preguntándole al respecto le abrumaba. Pero en lugar de dejarse llevar por el pesimismo decidió recrearse en lo agradable que había sido crear algo desde cero a partir de sus sentimientos y poder mostrarlo al mundo. Había olvidado esa sensación, la libertad de poder expresar lo que sentía cuando lo sentía y se sintió muy bien al hacerlo de nuevo. Había lanzado al mar un mensaje en una botella con un único destinatario y no sabía si este lo recibiría, después de todo el mar era inmenso y las probabilidades de que eso pasase eran pocas. Pero Ronie no iba a darse por vencida, aunque los días en su calendario le dijeran que en cuestión de semanas Jimmy estaría más lejos que nunca, Ronie prefirió creer que durante ese tiempo ella podría hacer algo no solo para que la distancia se detuviese, sino para recortarla. Utilizar el tiempo, que quería separarlos, a su favor.

ROBIN

Junio de 2011

—Venga, sal. Deja que te vea —dijo Robert cruzado de brazos esperando enfrente del probador.

—Ni hablar, aún no estoy segura de que este sea el elegido —respondió una voz desde el interior.

—¡Es el quinto que te pruebas! ¿Me estás diciendo que todavía tienes que probarte ocho más hasta dar con el bueno? Creía que eso solo pasaba en las películas. Aunque en esos casos la secuencia solo dura unos minutos mientras suena una canción animada y nosotros llevamos aquí dos horas con música deprimente... — protestó el chico.

Robin asomó la cabeza entre las cortinas para lanzar una mirada a su amigo.

—Deja de quejarte. Es el segundo que me pruebo y solo llevamos veinte minutos. Además, ¿cómo sabes tanto sobre escenas de pelis donde las chicas se prueban un montón de vestidos?

—Me gustan las comedias románticas y esas son un clásico —respondió de forma despreocupada—. Por favor, Robin, ¿para qué me has traído aquí si ni siquiera me dejas ver los vestidos que te pruebas?

—Verás, estaba aburrida en casa y me pregunté, ¿a quién podría fastidiar haciéndole pasar una tarde entera en el centro comercial esperando mientras me pruebo un montón de vestidos? Y pensé en ti —dijo divertida volviendo a meterse dentro.

—Ja, ja, ja...

—¿Por qué no aprovechas y miras algo para ti?

—¿Te refieres a un vestido? No sé, Robin, creo que no tengo figura para lucirlos...

Robin no pudo contener la risa.

—No, idiota, me refiero a un traje. ¿Ya sabes lo que vas a ponerte?

—Sí: lo mismo que llevé a la boda de mi padre y lo que me pongo cada nochevieja.

—Qué poco original.

—Es una fiesta de fin de curso, no es que sea una gala de premios... y aun así seguiría llevando lo mismo.

—No es una fiesta de fin de curso cualquiera, ¡es el fin de nuestros años en el instituto! Y la despedida de Jimmy. Es una ocasión especial y merece algo especial.

—¿Así que ese es tu regalo de despedida para Jimmy, que no se vaya de aquí sin verte llevando un vestido?

Se escuchó un ruido que Robert no supo identificar si era un gruñido o una risa pero le hizo sonreír igualmente. Le encantaba bromear con Robin.

Media hora más tarde, Robert había acercado una de las sillas que había por la tienda frente al mostrador donde estaba Robin y miraba al suelo distraído con la cabeza apoyada entre las manos.

—¿Te das cuenta de lo buen amigo que soy por quedarme aquí esperando cuando podría estar en la tienda de videojuegos? Al menos allí me dejan verlos...

—Ya está —dijo Robin saliendo del probador

—¡Por fin! —exclamó Robert levantándose con una sonrisa hasta que se fijó en un bulto de tela azul y negro que Robin escondía a su

espalda—. De verdad no me vas a dejar verlo. —Quiso ser una pregunta, pero lo afirmó.

—Tendrás que esperar —dijo Robin con una sonrisa pícara.

—Igual que en las películas... —suspiró Robert siguiendo a Robin hacia la caja.

Una vez había dado con el vestido para el baile y para compensar a Robert, dejó que este decidiese dónde quería ir antes de tener que volver a la estación de autobuses. La respuesta de este contentó a ambos: una heladería.

Robin se había pasado la semana anterior buscando tiendas de ropa elegante en los pueblos cercanos y, tras comprobar que no existía ninguna, había decidido ir a la ciudad. Había pensado en Ronie para que la acompañase en primer lugar pero estaba ocupada con su propio vestido ya que había comprado uno y ella misma lo estaba reestilizando para que fuese más original. Ronie era su propia hada madrina. Aun así Robin se alegraba de que Robert hubiese aceptado, hacía mucho que no iban a la ciudad juntos y se lo habían pasado muy bien en el centro comercial. Estaba segura de que cuando su amigo la viese con el vestido el día de la fiesta alucinaría en colores. Robin no solía ponerse vestidos o faldas, los pantalones le resultaban mucho más cómodos, pero tratándose de la fiesta de graduación le apetecía mostrar una faceta nueva, demostrarse a sí misma que aunque aquella etapa de su vida a la que estaba acostumbrada llegaba a su fin eso no quería decir que los cambios fuesen malos, al contrario. Por eso empezar por ponerse un vestido y unos tacones, algo que casi nunca solía hacer, para ella era una representación de esos cambios, un reto que superar.

De vuelta a la estación pasearon junto al río mientras saboreaban el helado y disfrutaban de la brisa que hacía más llevadero el calor de la tarde. Cuando estaban a punto de llegar se cruzaron con un grupo de chicas que al pasar junto a ellos se alborotaron y empezaron a chuchear mientras les miraban, a Robert

concretamente, lo cual no pasó inadvertido ni para él ni para Robin, que sin darse cuenta se puso tensa.

—¿Has visto? —dijo señalándolas con el pulgar—. Desde que hice la obra me he vuelto muy popular —dijo con una enorme sonrisa.

—Esas chicas ni siquiera van a nuestro instituto... —espetó Robin de forma más borde de lo que pretendía. Seguramente se hubiesen fijado en él solo por su aspecto.

Aunque a decir verdad Robert tenían razón. Desde el mes pasado, cuando había interpretado al príncipe Verdemar, su popularidad en el instituto River, especialmente entre las chicas, había aumentado considerablemente, lo cual hacía que Robin se sintiese extraña, aunque no sabía por qué. Normalmente le picaría haciéndole creer que su mérito no era para tanto solo de broma, pero ante esas situaciones y viendo su repentino éxito entre el grupo femenino esa clase de comentarios le salían de forma natural. No sabía por qué pero no le salía felicitarle cuando un grupo de admiradoras le paraba por los pasillos ni alegrarse por ello, no de forma sincera. Cada vez que esas chicas pasaban por clase para verle, le esperaban a la salida o le pasaban notitas en clase, Robin se ponía nerviosa. Quizás fuese debido a que Robin siempre había sabido que Robert era especial y no había necesitado una obra para darse cuenta, a diferencia de todas ellas, por lo que le fastidiaba ver toda la atención que recibía de pronto alguien que siempre había estado allí y a quien no habían sabido ver.

—Se ve que la gente no sabe distinguir la realidad de la ficción. Obviamente Verdemar y tú no tenéis nada en común —dijo tratando de suavizar su comentario de antes para gastarle una broma a Robert.

Funcionó. Este le hizo una mueca, le sacó la lengua y acto seguido le sonrió con una sonrisa que eclipsaba el sol.

Subieron al autobús y durante el viaje de vuelta Robin escuchaba música y mientras Robert miraba el paisaje ella le iba mirando a él. Cuando el autobús se detuvo en su parada bajaron y fueron

andando a casa de Robin, donde Robert había dejado su bici. Antes de que el chico se fuera Robin le invitó a subir a su habitación. Allí esta guardó el misterioso vestido cuidadosamente en el armario, momento que Robert aprovechó para intentar verlo, sin éxito.

—Solo te interesa porque no te dejo verlo, ¿verdad? Sabes que no puedes y eso hace que quieras.

—Eso es... enrevesado pero muy posible —admitió Robert tras reflexionarlo unos minutos—. Esa premisa explicaría el historial conflictivo de toda mi vida.

—Eres un simple —dijo Robin divertida.

—Eh, eh, eh, eh... eso es ofensivo para los simples.

Sin duda, esa era una de las cosas que más le gustaban a Robin de Robert, que era el primero en reírse de sí mismo.

Robert paseó por delante del escritorio de Robin y se quedó mirando las fotos que tenía decorando la mesa y en la pared. Robin vio cómo se le dibujaba una sonrisa al hacerlo, igual que le pasaba a ella. Todos eran buenos recuerdos.

—Es increíble, parece que fue ayer... —dijo Robert pensando en voz alta.

—Sí... ¿alguna vez pensaste que estaríamos tanto tiempo juntos? —preguntó la chica mientras se acercaba a su lado y miraba las fotos.

—A decir verdad, no. —Robin frunció el ceño y le miró desconcertada. Robert alargó el momento sosteniéndole la mirada de forma seria. Robin estaba a punto de decir algo cuando el chico habló por fin—. Pensé que en algún punto del instituto repetiría curso y dejaríamos de vernos.

Robin sintió que le quitaban el peso del mundo de encima de sus hombros y soltó una pequeña risa nerviosa.

—A decir verdad... yo también lo creía —dijo soltando la tensión restante que se había acumulado en sus músculos.

Ambos se rieron. Robert y Robin llevaban tantos años juntos que no se podía dibujar la vida del uno sin que apareciese el otro.

—Eh, ¿te acuerdas? —dijo Robert señalando algo en una de las fotos.

Robin se acercó a mirar el objeto de su atención y entonces lo vio, un anillo de juguete. Cuando se habían hecho novios oficialmente Robert tomó prestado uno de los anillos del joyero de su madre para dárselo como regalo de novios, pero entre que el anillo era demasiado grande para la mano de una niña pequeña y que Ruth no tardó en echarlo en falta no le duró mucho. Así que Robert compró un anillo de juguete y se lo dio en su lugar.

Robin no podía creer que hubiese olvidado aquello, los recuerdos volvieron a su mente como agua llenando el caudal de un río, aunque le sorprendía mucho más el hecho de que Robert sí lo recordase.

—Creo que lo perdí en una de las excursiones del colegio —confesó avergonzada.

—Será broma —dijo Robert—. Creí que habías dejado de ponértelo de forma simbólica representando el fin de nuestro noviazgo.

—¿Creías eso con ocho años?

—Bueno, es lo que hicieron mis padres con los suyos cuando se divorciaron.

—Siento decepcionarte pero fue una terrible coincidencia, lo perdí poco después... y para ser sincera ni siquiera me acordaba de que me habías regalado un anillo.

Robert no salía de su asombro.

—¿Te regalé un anillo de novios, el cual perdiste en una excursión, y ni siquiera te acordabas de ello? Tienes diez segundos para arreglarlo, Robin.

—De no haberlo perdido no me lo habría quitado. Éramos unos críos pero aunque dejásemos de ser novios para mí seguías siendo

tan importante como antes, no me habría deshecho de la representación simbólica de nuestra relación porque para mí seguía siendo importante.

Robert sopesó sus palabras unos instantes.

—Se acepta. —Se quedó unos segundos en silencio antes de añadir—. Te quiero, Robin.

—Te quiero, Rob.

Al día siguiente al volver del recreo Robert encontró una sorpresa muy dulce encima de su mesa. Se trataba ni más ni menos que de una nota romántica y una bolsa con bombones de chocolate.

—¡Fíjate, Robert! Alguien te ha regalado bombones —anunció Ronie, que fue la primera en verlo al entrar—. Y te ha dejado una nota... —dijo con voz picarona de camino a su asiento.

—Ya van dos esta semana. Será mejor que tus admiradoras te dejen algo más saludable o acabarás engordando de tanto comer chocolate —bromeó Jimmy.

—Tres, en realidad —le corrigió Robin—. Jimmy tiene razón. Si van a hacerte regalitos todas las semanas ya podrían ser más originales —dijo cruzándose de brazos.

—Robin, nadie dejaría unas hojas de lechuga junto a una nota como detalle porque se cargaría toda la magia. Además, esto solo demuestra lo bien que me conocen, ¡me encanta el chocolate! —dijo llevándose uno de los bombones a la boca.

Robin resopló.

—Y esa es otra, ¿qué clase de admiradora deja una nota pero no dice quién es?

—Una secreta. Precisamente cuando alguien te admira y no quiere que sepas quién es se dice que es un admirador secreto —contestó el chico entusiasmado con su regalo.

—Ya, claro. ¿Eso también lo has aprendido viendo comedias?

—Estás celosa porque a ti no te dejan chocolate a mediodía con una nota bonita —dijo con un moflete lleno de bombones.

—Qué tontería... —respondió Robin soltando otro resoplido.

«¿Celosa?». Esa palabra resonó en su interior como el sonido rebotando en las paredes de una cueva, recorriéndola por todas partes. ¿Y si lo estaba? Pero no de esos detalles, como había dicho Robert, sino de ÉL. La sensación que sentía cada vez que se cruzaba con un grupo de chicas por los pasillos y estas le hacían monerías, a la salida cuando se acercaban a despedirse de él y le acariciaban el brazo, o cada vez que le dejaban regalos en el pupitre de clase... Todas esas situaciones tenían una sensación en común, una a la que Robin no estaba acostumbrada y por lo tanto no sabía identificar. ¿Y si todo ese tiempo se trataba de eso, celos? Robin intentó recordar cuándo fue la primera vez que se sintió de aquella manera y aunque le costó llegar a ese recuerdo logró dar con él: fue el día de la presentación de Mandy, cuando todos se quedaron embobados mirándola, escuchando los comentarios que hacía Robert sobre ella, halagando su belleza. Era innegable que Mandy era guapa, incluso más que eso, pero Robin nunca había entendido por qué todos los demás podían admirar su belleza y ella estaba sin inmutarse y sin embargo cuando se trataba de Robert se ponía a la defensiva o burlona. Pero no podía ser, Robert era su amigo... aunque los amigos se alegran cuando alguien te felicita por tu trabajo en una obra, cuando te invitan a quedar después de la actuación para repetirte una y mil veces lo bien que lo has hecho, o te apoyan cuando una de esas chicas te pide de salir. Pero ella no podía hacerlo. Cada vez que le decían o se enteraba de que a Robert le habían propuesto una cita sentía una sensación en la boca del estómago que le quitaba el aliento. De pronto un pensamiento cruzó por su mente iluminándolo todo: Hannah y Ronie. Robin recordó por qué terminó su relación, cuándo, por quién: Mandy, el rumor de los espejos.

Aunque hacía tiempo que Robin y Ronie se habían convertido en mejores amigas, esta no le había contado qué fue lo que pasó

exactamente entre Hannah y ella, por qué desde aquel día no habían vuelto a quedar nunca más. Hannah simplemente dejó de hablar con todos ellos y Mandy pasó a ser su nueva y única mejor amiga. Pero después de tantos años, ¿qué podía haber provocado que su amistad con Ronie se rompiese definitivamente? No pudo ser solo por la chica nueva, por atrayente que fuese a Hannah y Ronie las unían muchas más cosas de las que podían separarlas. O puede que precisamente aquello que las unía hubiese sido la razón de su distanciamiento. ¿Y si a Hannah también le gustaba Jimmy? Robin siempre había sabido que Ronie sentía algo por él, incluso cuando su relación cambió seguía siendo evidente para cualquiera que no fuera ellos que le seguía queriendo como antes, aunque no pudiese expresarlo. La propia Ronie se lo había confirmado el mes pasado, unos días después de la obra y de su canción. Ronie le había dicho que hablar con Albert y plasmar lo que sentía por Jimmy en su canción había hecho que se sintiese más libre de lo que había sido en años, y a partir de ese momento fue como si hubiese derribado las paredes que escondían sus sentimientos, al menos de cara a Albert y Robin. Aun así nunca le había desvelado lo que ocurrió entre Hannah y ella y eso solo podía significar que no lo hacía porque no era algo que implicase mostrar solo sus sentimientos, sino los de la otra persona. Los de Hannah.

«No fui una buena amiga, no pude apoyarla cuando lo necesitaba...». Esas fueron las únicas palabras que Ronie ofreció como explicación y nunca más habían vuelto a hablar del tema. ¿Y si Ronie no pudo apoyar a Hannah con Jimmy porque, al estar enamorada de él, le estaría mintiendo al hacerlo? ¿Y si era precisamente eso lo que le estaba pasando a ella con Robert? Es cierto que le encantaban sus ojos marrones, cómo los días soleados perecían dorados. Los lunares de su cara, los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír, la nariz chata, su sentido del humor, lo desenfadado que era pese a ser el primero en preocuparse por su madre y por ella cuando le necesitaban... Entonces Robin se formuló la pregunta que más le aterraba: ¿estaba enamorada de Robert?

Robin se pasó todo el día observando al chico de forma diferente, con precaución, tratando de entender qué sentía a cada momento que hablaban, que ella le miraba a él o que él la miraba a ella, como si estar enamorada fuera una marca secreta que aparecía en algún lugar de la otra persona y para averiguar si estaba enamorada solo tuviese que dar con ella. Robin descubriría que, para bien o para mal, el amor era más complicado que eso.

Durante las clases Robin se fijó en que cuando Robert estaba nervioso jugueteaba con el boli.

En el recreo se fijó en que cuando hablaban de los exámenes se mordía las uñas.

Y a la salida se fijó en que, al despedirse, les guiñaba un ojo antes de dirigirse al autobús.

Todas eran cosas que siempre habían estado allí, pero de alguna forma Robin las estaba experimentando como si fuera la primera vez.

Aquel día Robert la llamó por la tarde para decir que se aburría solo en casa y que si le apetecía que quedasen para ver una peli de miedo. Teniendo en cuenta el cacao mental que tenía, la primera reacción de Robin fue decirle que no, pero lo pensó dos veces y llegó a la conclusión de que sería una buena oportunidad para encontrar una respuesta a la pregunta que la había acompañado todo el día.

Robin fue más consciente que nunca de lo que sentía cuando estaba con Robert, de lo feliz que la hacía, de que cuando le miraba no solo sentía que la mirase en ese momento, sino que la veía por completo, sus virtudes y sus defectos, su pasado y su presente, y que la aceptaba como era. Se percató de que Robert siempre le dejaba el trozo más grande de la merienda cuando la compartían y de que prefería las palomitas torradas. O quizá las cogía para que no tuviese que hacerlo ella. También descubrió que cuando discutían por alguna tontería Robert siempre acababa cambiando de tema diciendo algo gracioso.

Todas esas cosas, la forma de ser de Robert, eran lo que hacía que fuesen amigos y muchas otras las había descubierto al serlo, pero eso no significaba que estuviese enamorada de él. Quizás al haber empezado a hablar de estos temas con Ronie durante las últimas semanas había hecho que ella misma relacionase esas situaciones y sentimientos con su propia vida cuando no tenían nada que ver. Entre Ronie y Jimmy había habido siempre una historia de amor, incluso cuando solo eran amigos. Entre Robert y ella había una historia, pero con otro tipo de amor. Ser amigos significaba disfrutar y apreciar cada aspecto de la otra persona de forma incondicional y puede que por eso en cierto punto hubiese llegado a confundirlo con algo más. Además, seguramente los celos fuesen algo pasajero. Nunca antes se había sentido así y estaba convencida de que se irían tan pronto como habían llegado, solo necesitaba darle tiempo. Por un momento Robin se sintió aliviada y se rio de sí misma para sus adentros, no podía creer que hubiese estado a punto de creer que estaba enamorada de su mejor amigo.

—La próxima la vemos en mi casa. Albert me ha recomendado una de superhéroes que dice que está muy bien —dijo Robert estirándose en el sofá cuando los créditos oscurecieron la pantalla.

—Trato hecho —respondió Robin que tras apagar la tele se dispuso a recoger la mesita.

—Espera, te ayudo —Robert se inclinó para coger el bol de palomitas y su mano se encontró directamente con la de la chica, a quien se le disparó el corazón. Robin se apartó rápidamente.

—Y-yo llevo los vasos —dijo cogiendo uno en cada mano y dirigiéndose a la cocina a toda prisa.

—¡Eh, que no es una carrera! —bromeó Robert desde el salón. Pero Robin ni siquiera le escuchó, las únicas palabras que oía eran las que se repetían en su cabeza sin cesar: «¿Qué ha sido eso?». Era como si el contacto de su piel con la de Robert la hubiese electrizado. Había prendido una chispa en su interior que acabaría incendiándolo todo.

—No sabía que te tomases tan en serio la limpieza —dijo Robert al entrar en la cocina provocando una vez más y sin tener que tocarla que el corazón de Robin se acelerase aún más.

—Te... acompaño a la puerta... —dijo pasando al lado del chico en dirección a la entrada. Abrió la puerta y se quedó a un lado esperando a que Robert saliese. Se sentía tan extraña que apenas podía mantener contacto visual con él. Robert apenas había cruzado el umbral cuando se giró hacia su amiga para despedirse, la cual estaba a punto de cerrar la puerta y no pudo evitar encontrarse con sus ojos al alzar la vista.

—Hasta mañana, Robin. Te quiero.

Robin se quedó de piedra mirando la franqueza del chico en sus ojos. Tenía que decir algo, no podía dejarle así, pero no sabía qué decir, mejor dicho no podía decirlo. Tras unos instantes respondió.

—Yo... yo... ¡que descanses! —Y acto seguido cerró la puerta en sus narices.

A un lado, Robert estaba confuso ante el repentino cambio de actitud y la reacción de la chica, pero no le dio más importancia.

Al otro, Robin acababa de darse cuenta de algo que lo cambiaría todo: estaba enamorada de él.

Subió las escaleras de vuelta a su cuarto a toda prisa y cerró la puerta, como si esas cuatro paredes pudiesen retener sus pensamientos, lo que sentía, e impedir que saliesen al exterior, que alcanzasen a Robert. «Robert». Un escalofrío y un cosquilleo acompañaron ese nombre. ¿Cómo era posible? ¿Cómo había podido enamorarse de él sin ni siquiera darse cuenta? Robin siempre había sentido cariño por Robert y esos sentimientos, como una flor a la que se cuida, habían ido creciendo cada día. Había plantado una semilla y de repente se había encontrado en medio de un jardín, rodeada de una belleza indescriptible. Pero tanta belleza la abrumaba y la asustaba. Robin nunca antes había estado enamorada, había conocido chicos que le parecían guapos o

atractivos, pero nunca le habían gustado. Nunca se había interesado por conocerles más allá de lo superficial, lo que cualquiera podía ver. Salvo con Robert. Robert era un mar donde Robin se sumergía una y otra vez, donde era capaz de respirar, donde se sentía más segura que en tierra firme. Pero aquel día, por primera vez, sintió que las olas la engullían arrastrándola hacia el fondo. No era porque ese mar se hubiese vuelto hostil, era porque Robin había perdido la capacidad de mantenerse a flote en él, de bucear en él. Había descubierto que los sentimientos que albergaba por Robert eran más que una amistad. Recordó las palabras del chico al despedirse. «Te quiero». Las había dicho como siempre pero Robin no lo escuchó como otras veces y por primera vez no pudo responderle lo mismo.

Robin llevaba queriendo a Robert prácticamente toda su vida, pero esa forma de querer había cambiado. Ya no podía decirle que le quería porque no sería de la misma manera que lo había hecho hasta ese momento, esas palabras habían cobrado un significado completamente nuevo. Cuando Robin le decía a Robert que le quería era como amigos, casi fraternal, de forma incondicional y porque era la persona más especial de su vida a la que ella había escogido para estar en ella. Pero a partir de ese momento cuando pronunciase esas palabras no querrían decir lo mismo, su significado había cambiado. La próxima vez, si volvía a pronunciar esas palabras, le estaría diciendo que estaba enamorada de él y que le quería como no le había querido antes.

Le resultó curioso pensar cómo aquellas palabras podían tener tantos significados dependiendo de a quién se lo digas, cuándo se lo digas, cómo se lo digas, incluso puede que dónde. ¿Cómo podía decirle las mismas palabras que llevaba escuchando de su boca tanto tiempo y que fuera como si las escuchase por primera vez? Que tuviera ese significado nuevo. La respuesta era tan dolorosa como sencilla: no podía. Era demasiado arriesgado, podría echarlo todo por la borda. Recordó lo que le contó Ronie sobre cómo su relación con Jimmy cambió en el momento en que ya no pudo decirle más cómo se sentía, cuando tuvo que esconderlo. Sin embargo eso para ella no era una opción porque si ella le decía a

Robert lo que sentía tal vez arruinaría su amistad y encima para nada. En ese momento lo que más miedo le daba era el rechazo, que él no la viese así.

Robin tomó una decisión: «Es mejor vivir con algo de esa persona que arriesgarte a perderlo todo».

Por eso se pasó los siguientes días tratando de evitar a Robert y sobre todo que este le dijese que la quería porque su corazón saltaba cada vez que oía esas palabras y al mismo tiempo le dolía porque no era de la misma forma que ella lo sentía. Robin ya no le correspondía en ese sentido por lo que no podía responderle ni tampoco explicarle por qué no lo hacía. Robert le preguntó si se encontraba bien, le dijo una y otra vez lo rara que estaba y Robin se alegró de que la marca que muestra si estás enamorado no existiera porque de esa forma Robert no podría saberlo a menos que ella se lo dijese. Robert acabó achacando su comportamiento al final del curso, a que sus vidas iban a cambiar y que estaba nerviosa. Ronie también le comentó que la notaba extraña y a Robin le sorprendió descubrir que no encontró valor para hablar con ella, para decirle en voz alta lo que ocurría ni siquiera a su mejor amiga, porque sentía que si lo hacía de alguna forma eso haría que todo fuese real. Estaba guardando sus sentimientos bajo llave, en su interior, y mientras estuviesen allí el mundo exterior no se vería afectado por ellos, como si pudiese esconder la gravedad solo con no pronunciar su nombre. Comprendió entonces por qué Ronie no le había hablado de lo que había pasado entre ella y Jimmy antes, el valor que se necesita para abrirse a los demás. Ronie siempre lo había tenido, siempre había sido valiente en ese sentido, era algo innato en ella, pero había tenido que aprender a evitarlo, a esconderlo y Robin no fue capaz de imaginar lo difícil que debió de ser para ella.

Llegó un día en el que Robin no pudo seguir evitando a Robert, el día de la fiesta de graduación. A la salida de clase este insistió en ir a buscarla a su casa para que fuesen juntos a la fiesta. Robin, por supuesto, se negó, le dijo que prefería ir sola, a lo que Robert le

respondió diciendo que su oferta era indeclinable. Aun así Robin insistió en que iría por su cuenta, pero entonces Robert volvió a sacar el tema de lo rara que estaba y si algo quería Robin más que dilatar al máximo posible el encuentro en la fiesta con él era tener que explicarle por qué se comportaba de aquella forma, de modo que terminó por aceptar, aunque con la condición de ir una hora más tarde. Robert aceptó con una enorme sonrisa. Robin sospechaba que lo que le hacía tanta ilusión al respecto era ver por fin el vestido.

Robin se encontraba delante del espejo observando su reflejo. Su madre la había ayudado con el maquillaje y el peinado. El vestido, del mismo color que el cielo de noche y con los mismos puntos brillantes que parecían estrellas, hacía que su piel pareciese aún más clara. Se dedicó una tímida sonrisa, seguía sintiendo inseguridad al llevar un vestido pero le sentaba muy bien y eso le daba más confianza, al menos hasta que recordó que Robert estaba al caer y que sería el primero en verla. Después de la expectativa que había generado el día que fueron a comprarlo esperaba no decepcionarle. Esa era lo que se decía a sí misma que era la razón por la que estaba tan nerviosa. La verdad era que quería gustarle, que se quedase con la boca abierta al verla, como en las películas.

En ese momento Robin escuchó que llamaban a la puerta y el corazón se le disparó.

—Vamos allá —susurró—. ¡Ya voy yo! —dijo mientras bajaba las escaleras.

Abrió la puerta y se encontró con Robert en el mismo lugar donde hacía unos días se había dado cuenta de lo que sentía por él, pero esta vez estaban cara a cara. La sonrisa de Robert le recibió como un rayo de sol y Robin se sonrojó.

—Vaya, Robin... estás increíble —dijo boquiabierto.

—Gracias. Tú también.

Robert se rio.

—Teniendo en cuenta que me has visto con este esmoquin cientos de veces me alegra seguir causándote esa impresión. —Robin escondió tras su sonrisa el pensamiento de que no importaba las veces que le viera, él siempre estaba guapo—. Te he traído algo —dijo llevando la mano al bolsillo interior de su chaqueta, de donde sacó un anillo—. Has estado rara últimamente y da igual cuántas veces me digas que no pasa nada —dijo adelantándose al reproche de Robin—, porque sé que no es así. Nos conocemos desde hace mucho, Robin y creo que sé la razón por la que te has comportado de forma extraña últimamente.

«¿Lo sabe? ¿Tan evidente es?». Robin sintió el impulso de taparle la boca para que no siguiese hablando pero, aunque le aterraba lo que pudiese decir, una parte de ella quería escucharlo. Robert tenía razón, por mucho que se esforzase en hacer como que todo seguía igual era innegable que pasaba algo, aunque a pesar de todo Robin esperaba haber conseguido mantenerlo en secreto. Tal vez fuese como en las historias de amor donde los demás desde fuera pueden ver lo que sienten el uno por el otro mientras los enamorados lo ignoran por completo, como si cuanto más cerca estuvieses de esos sentimientos más difícil fuera verlo. ¿Será eso por lo que dicen que el amor es ciego?

—Estás nerviosa porque las cosas van a cambiar, ¿verdad? Se acaba el instituto, Jimmy se va y no sabemos qué nos espera al resto... Por eso quiero darte este anillo, para que recuerdes que, pase lo que pase, aunque todo a tu alrededor cambie, algo que nunca va a hacerlo es lo que siento por ti. Siempre te he querido y siempre será así —dijo extendiéndoselo—. Además me dijiste que si no lo hubieses perdido no te lo habrías quitado, así que... aquí tienes uno que puedes tener.

Robin se quedó paralizada mirando el anillo. Era precioso, igual que las palabras de Robert las cuales la conmovieron, aunque una parte de ella se entristeció al escucharlas porque Robin sí quería que su forma de quererla cambiase tal y como le había pasado a ella. Se puso el anillo y continuó mirándolo atónita.

—Solo una cosa más —dijo Robert—. Este no lo pierdas, ¿eh? —bromeó.

Robin no pudo evitar reírse.

—Por supuesto que no. Solo una pregunta: no se lo habrás cogido a tu madre, ¿verdad?

Robert hizo una mueca y le extendió la mano a su amiga, quien la agarró sin vacilar ni un segundo.

Cuando llegaron a la fiesta, Albert, Ronie y Jimmy ya se encontraban allí, junto al resto de sus compañeros de segundo de Bachillerato. Todos habían asistido a lo que, para algunos, sería una despedida temporal de las personas con las que habían compartido los últimos seis años o de sus amigos y para otros, definitiva. Tanto Robin como Albert, Ronie, Robert y Jimmy esperaban que su despedida perteneciese al primer grupo, aunque lo cierto era que sus vidas estaban a punto de cambiar y ninguno de ellos podía predecir a ciencia cierta qué les depararía el futuro, por lo que todos decidieron aprovechar esas últimas horas juntos al máximo.

Robin halagó lo preciosa que estaba Ronie, sin duda como su hada madrina había creado un vestido de cuento.

Albert se pasó la mayor parte del tiempo bebiendo ponche y observando a sus amigos, como si quisiera inmortalizar esos últimos instantes en su memoria. De vez en cuando miraba disimuladamente a un grupo de chicas que bailaban al fondo del local y se hacían fotos sin parar, a una en concreto.

Jimmy le pidió un baile a Ronie. Robin al verles sintió como si estuviese presenciando el final de una película de Disney, a juzgar por la complicidad que tenían habría dicho que lo habían ensayado, pero no estaba segura de haberles visto bailar juntos antes.

—¿Te apetece bailar? —preguntó Robert. Robin se quedó atónita.

—¿Sabes bailar? —fue lo primero que se le ocurrió responder.

—¿Acaso importa? —respondió el chico encogiéndose de hombros. Robin sonrió y se dirigió a la pista junto a Robert.

Allí, en medio de la pista bailando con Robert, Robin decidió que durante esa noche se permitiría imaginar cómo sería estar con Robert, que sus fantasías eran más que eso y que él la correspondía. Así fue como Robin se olvidó de sus miedos e inseguridades y volvió a estar con él como antes. Le miraba a los ojos con la misma seguridad con que lo haría al mirase a sí misma en el espejo. Cuando le daba la mano era consciente del tacto de su piel y lejos de asustarla le reconfortaba. Su sonrisa ya no ocultaba nada tras ella, era amplia y sincera.

Durante las siguientes horas bailaron, charlaron y se lo pasaron en grande, Robin siempre junto a Robert, hasta que Jimmy anunció que debía irse, momento en el que todos se reunieron en torno a él para abrazarle y despedirse.

—Hablamos, ¿vale? —dijo Albert estrechándole la mano.

—Te vamos a echar de menos, Jimmy. Nos acordaremos de ti todos los días —dijo Robert mientras le abrazaba.

—Cuídate mucho —dijo Robin.

Solo faltaba Ronie. Jimmy se acercó a ella y ambos quedaron mirándose el uno al otro sin decir nada. Jimmy levantó la mano, como si fuera a darle una caricia, y le colocó un mechón de pelo, entonces sin mediar palabra se fue. Todos quedaron en silencio, no sabían si por la pena que les daba despedirse de su amigo o por lo que acababa de pasar. Nadie se atrevió a decir nada, salvo Ronie.

—Yo... tengo que irme.

Robert miró a Albert y a Robin.

—Vosotros no tendréis que iros también, ¿verdad?

Albert y Robin negaron con la cabeza. Aunque Robert lo ignoraba, ya que para él Jimmy y Ronie ante todo solo eran amigos, ambos sabían que la razón por la que Ronie estaba allí se había ido y que

aunque iba a ser duro para todos que Jimmy se fuera para Ronie lo era aún más debido a lo que sentía por él.

Cuando Ronie se fue, Albert, Robin y Robert se sentaron en torno a una de las mesas, ninguno tenía ánimo como para seguir bailando o celebrando. Por primera vez eran conscientes de lo que suponía que Jimmy no estuviese más, de lo vacío que se quedaba todo sin él. Robin no podía ni imaginar lo que debía de estar sintiendo Ronie. Miró a Robert, que estaba sentado a su lado, y solo de pensar en tener que despedirse de él hizo que se le encogiese el corazón. Lo típico era decir que las cosas no cambiarían, que por muy lejos que se fuese o por mucho tiempo que estuviese fuera todo seguiría igual, pero eso no era algo que se pudiese asegurar. La incertidumbre de no saber cómo sería su relación después de esos cuatro años, cuando Jimmy volviese, asustó a Robin. ¿Seguirían siendo amigos como lo habían sido siempre? ¿Y si alguno de ellos se iba también? ¿Perderían el contacto? ¿Qué pasaría si no le decía nunca a Robert lo que sentía y nada cambiaba entre ellos? ¿Y si se lo decía y lo cambiaba todo? Una dulce voz la sacó de la espiral de pensamientos en la que se estaba sumergiendo.

—¿Estás bien? —dijo Robert, sacándola de su ensimismamiento.

—Sí... sí, estoy bien.

—Todos le vamos a extrañar. No te preocupes, el tiempo pasará volando y antes de que nos demos cuenta volveremos a estar todos juntos, como siempre.

Robert envolvió la mano de Robin con la suya y la apretó.

Entonces Robin se dio cuenta de que por mucho que le asustaba que las cosas cambiasen había algo que le asustaba todavía más; que nunca lo hiciesen. Sin duda no era el camino fácil, podía vivir para siempre en su zona de confort, pero eso no haría que evolucionase. Si nada cambiase no habría sabido lo que sentía por Robert en realidad, ni él podría llegar a sentir lo mismo por ella. Los cambios nos ayudan a seguir adelante, a no marchitarnos, y puesto

que tenemos la capacidad de adaptarnos, es nuestra obligación aceptar esos desafíos.

Robin le devolvió el apretón a Robert.

Al cabo de un rato, cuando Albert anunció que se iba, Robin comprendió por qué ella no quería hacerlo; quería saborear esa noche, lo que había sentido imaginando cómo sería su relación con Robert tal y como ella quería que fuese. Quería detener el tiempo todo lo posible, que los segundos se convirtiesen en horas para no tener que afrontar lo que vendría después. Pero eso no era posible, el reloj iba a dar las doce y cuando lo hiciese el hechizo desaparecería y ella volvería a su vida de siempre, una en la que Robert y ella solo eran amigos.

—Yo también me voy —dijo Robin soltando un suspiro.

—Te acompaño. Ya que hemos venido juntos lo suyo es que volvamos juntos —dijo Robert poniéndose en pie.

Tras los últimos días Robin estaba tan acostumbrada a evitarle que su primer instinto fue rechazar la oferta, pero después de la noche tan especial que habían pasado juntos y la despedida de Jimmy lo cierto era que le apetecía mucho disfrutar de su compañía. Aún no habían dado las doce y Robin quería disfrutar del hechizo todo el tiempo que fuera posible.

—Gracias por esta noche, me lo he pasado muy bien —dijo Robin cuando llegaron a su portal. Después de aquella noche tan mágica no quería tener que despedirse, pero no tenía más remedio que hacerlo—. Ya nos veremos —dijo girándose hacia la puerta, pero Robert la detuvo agarrándola de la muñeca.

—Espera. ¿Te apetece quedarte a dar una vuelta esta noche? Como hacíamos antes.

Robin se quedó extrañada ante esa petición tan repentina, entonces lo vio en la expresión del chico: a él también le asustaban los cambios. Uno de sus mejores amigos desde siempre se iba a ir

muy lejos durante mucho tiempo y solo era cuestión de tiempo que Albert, Ronie o incluso Robin también lo hicieran. Cuando empezaron el instituto, el último día de cada curso, Robin y Robert quedaban para dar un paseo por el pueblo donde vivía este y hacían repaso de lo mejor que habían vivido a lo largo del curso, o de las cosas divertidas que habían ocurrido. Robert quería aferrarse a todo aquello antes de que se convirtiese solo en un recuerdo lejano. Robin comprendió entonces que esa también era la razón por la que le había dado el anillo, porque no quería perderla a ella ni lo que tenían. Su amistad.

—Claro —respondió la chica dulcemente.

Robert sonrió, se quedó mirando a Robin unos instantes y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, Robin.

Y Robin no pudo escapar de esas palabras, aunque no fue capaz de responderle en ese momento comprendió que tenía que hacerlo, que tenía que decirle algo.

—Nos vemos esta noche —prometió ella.

Robin subió las escaleras hacia su cuarto flotando en una nube, recordando lo bien que se lo había pasado Robert, lo guapo que estaba y sus palabras antes de irse. Acababa de cambiarse de ropa cuando empezó a sonar su móvil. El corazón le dio un brinco pensando que era Robert.

—Qué raro, aún es pronto —dijo para sí, pero cuando se acercó a su mesita vio otro nombre en la pantalla, el de Ronie.

Robin se imaginaba que estaría triste, tratando aún de hacerse a la idea de que Jimmy se iba y que necesitaría hablar. Inspiró hondo, no estaba segura de poder darle el consuelo que buscaba, pero aunque así fuera Ronie agradecería tener alguien con quien desahogarse.

—Hola, Ronie —saludó.

—Robin, te necesito, ¿puedes venir a mi casa?

Por la cabeza de Robin pasaron mil preguntas; ¿había hablado con él? ¿Le había dicho finalmente lo que sentía y no había salido bien? ¿O le había correspondido? Pero su amiga había dicho que la necesitaba y Robin no necesitó saber nada más.

—Estoy allí en diez minutos.

Cuando Robin llegó a casa de Ronie le dio un toque al teléfono y esta bajó a abrir la puerta, se llevó un dedo a los labios para que no hiciera ruido y subieron hasta su cuarto. Robin la siguió tratando de no hacer ruido, seguramente Ronie no quería que sus padres se enterasen de lo que fuera que hubiese pasado.

—¿Qué ocurre, Ronie? ¿Has hablado con Jimmy, te ha dicho algo...? —Apenas se atrevía a formular la pregunta por miedo a que la respuesta fuese dolorosa para Ronie.

—No y esa es la cuestión. —Hizo una pausa—. Quiero hacerlo. Quiero hablar con él y decirle lo que siento. Lo que he sentido todo este tiempo... Pero no puedo, no sé si debo... Está a punto de irse al otro lado del mundo. No volveré a verle hasta que regrese, que no será hasta dentro de cuatro años... ¿Y si le digo lo que siento pero él no siente lo mismo y le fastidio el viaje antes de que empiece? Pero ¿y si sintiera lo mismo? Estaríamos separados igualmente, pero lo sabríamos y eso... eso podría ser todo lo que importa.

Ronie caminaba de un lado a otro de la habitación, resultaba evidente que se estaba disputando una lucha en su interior. El miedo de perder a Jimmy, de que nunca supiera lo que sentía era tan grande para ella que por primera vez en años estaba tratando de abrirse, de expresar cómo se sentía, y tenía miedo de que fuese demasiado tarde para hacerlo. Hay palabras que si no se dicen a tiempo, es este mismo el que hace que pierdan todo su poder. Así, cosas que podríamos haber dicho y nos hubieran cambiado la vida, o la de otro, si se espera demasiado a decirlas en voz alta cuando se

pronuncien apenas las escucharemos porque habrán perdido todo su poder.

—Ronie... —Robin se quedó en silencio, quería decir algo que pudiese ayudarla pero no sabía el qué. Ella misma estaba en una situación similar y sabía que nada asustaba tanto como la idea de perder a alguien que quieres por culpa de tus sentimientos. O quizás era aún más aterrador perderlo porque no llegase a conocerlos nunca. Ronie se enfrentaba a ambas opciones esa noche y Robin no sabía qué hacer para ayudarla. Entonces cayó en la cuenta de que estaba acariciando algo, el anillo de su dedo. Pensó en Robert y en los motivos que le habían llevado a entregárselo: su amistad, la cual durante mucho tiempo era todo lo que Robin quería pero ahora le sabía a poco. De repente un pensamiento la alcanzó como una ola; «él solo te ve como una amiga y no tiene intención de que eso cambie». Robin se estremeció al sentir esas palabras. Y a ese pensamiento le siguió otro, «eres una ilusa», otro «él nunca te verá de esa forma» y luego otro, así sucesivamente. Olas cada vez más grandes que se convirtieron en un tsunami que arrastró a Robin como a un náufrago en el mar. «Él no quiere estar contigo. Él no te quiere como le quieres tú». Robin sentía que se estaba ahogando y la única forma de liberarse era drenar toda el agua, todo el dolor que sentía a causa del miedo y la duda. Y eso hizo en aquel momento con Ronie—. ¿No crees que lo estás idealizando? Todo esto con Jimmy. Teníais una relación muy especial y siempre os habéis llevado bien, pero puede que eso sea todo lo que sois; amigos. —Por primera vez desde que había llegado, Ronie se quedó quieta, como si las palabras de Robin la hubiesen encadenado al suelo. Robin sabía que lo que estaba diciendo, lo que le iba a decir, le haría daño, el mismo que estaba sintiendo ella, pero movida por la frustración no podía hacer otra cosa. Habían dado las doce, la magia se había acabado, el hechizo se había desvanecido. Entonces Robin vio cómo eran las cosas en realidad entre Robert y ella y no pudo evitar proyectarlo sobre Ronie y Jimmy—. Puede que no estés siendo realista, puede que estés viendo las cosas como te gustaría que fueran y no como realmente son. Los chicos no son así, Ronie, ellos

no creen en cuentos de hadas, para ellos es más sencillo. Las promesas que hicisteis, el futuro que soñabais... Las cosas cambian, quizás él ahora lo vea de manera diferente. Dime una cosa, si él sintiera lo mismo que tú, si él te quisiera, ¿no tendría las mismas ganas que tienes tú de decírtelo? ¿No querría que lo supieras antes de irse?

Robin sentía que la cabeza le iba a estallar, pero en cuanto acabó de hablar se hizo el silencio, la tormenta pasó y el mar volvía a estar en calma. Había despresurizado su corazón, había soltado todos los miedos que tenía, lo que de verdad sentía, pero no sabía a qué precio. Miró a Ronie, la cual seguía tan inmóvil que de no ser por el precioso color rosáceo de su piel diría que se había convertido en una estatua. En ese momento Robin temió haber sido demasiado dura, demasiado directa. En su cabeza no había cabida para una historia de amor y no pensaba que la hubiese para Ronie, ni para nadie más. Le había dicho lo mismo que se habría dicho a sí misma mirándose en un espejo, lo que necesitaba oír para tener el valor de seguir adelante, de no aferrarse a esos sentimientos, tal vez fantasías, para que no la destrozasen por completo. Pero el ver a su amiga delante de ella, petrificada y en silencio, le hizo dudar de si había tomado la decisión correcta. Estaba a punto de decirle que lo sentía cuando Ronie habló.

—Tienes razón. Si me quiere, me lo dirá. Si me quiere vendrá a por mí.

Los ojos de Ronie se llenaron de decisión, Robin quedó asombrada ante la actitud de su amiga. Creía que le habría hecho polvo, que estaría tan dolida como se sentía ella, y puede que lo estuviese, pero en su lugar se mostró valiente. En ese momento Robin quiso parecerse a Ronie más que nunca. De pronto su móvil comenzó a vibrar indicando que tenía un mensaje nuevo. Robin sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y lo leyó, era de Robert.

Estoy listo, ven cuando quieras.

«Yo no estoy segura de estarlo», pensó Robin. Sin magia, sin hechizos ni un hada madrina. Robin tenía que enfrentarse al chico

del que estaba enamorada, pero a diferencia de los cuentos de hadas tenía que hacerlo sin un toque mágico, por sí misma. Tenía que enfrentarse a su miedo igual, que lo había hecho Ronie, y que fuera lo que tuviese que ser.

—Tengo que irme... —dijo en un susurro, en parte porque le asustaba lo que estaba a punto de suceder y en parte porque no quería dejar tirada a Ronie.

—No te preocupes. Estoy bien —dijo regalándole una de sus sonrisas—. Ve.

Robert se encontraba sentado en el porche mirando al cielo. El corazón de Robin se aceleró en cuanto le vio, como si este también quisiera salir corriendo hacia el chico.

—Siento haberte hecho esperar —dijo poniéndose a su lado.

—Ah, no pasa nada. ¿Has visto lo despejado que está el cielo? En la ciudad no se ve así.

Robin alzó la vista al cielo nocturno y se fijó en todos los puntos brillantes que lo adornaban. El cielo estaba tan claro que hasta daba la sensación de que se podían ver pequeñas galaxias.

—Es bonito... te hace ser consciente de lo pequeños que somos.

—No somos pequeños, solo formamos parte de algo mucho más grande. —Robin le miró fascinada, sentía algo raro en él pero no sabría decir de qué se trataba, o quizás fuese su percepción—. ¿Vamos? —preguntó el chico poniéndose en pie.

Caminaron en silencio durante unos minutos disfrutando del sonido de los grillos en la oscuridad, de sus propios pasos en la tierra y la brisa meciendo las hojas de los árboles de su alrededor. Todos los años Robin y Robert se encontraban en casa del chico, igual que aquella noche, y daban un paseo mientras leían su lista de momentos favoritos del año y hacían una nueva de lo que esperaban para el año siguiente.

—Me alegra que respetemos la tradición, aunque puede que sea la última vez que lo hagamos me parecería bien si esta fuera la despedida —dijo Robert.

—No tiene por qué ser así. A decir verdad no pensaba que volveríamos a quedar hoy, pero me encanta que sea así. Lo haremos siempre que quieras, puede seguir siendo una tradición. —Robert sonrió.

—Bueno, ¿has traído tu lista? —dijo el chico mientras sacaba un trozo de papel del bolsillo.

—N-no, antes de venir aquí estuve en casa de Ronie y se me olvidó cogerla... —Se excusó Robin.

—¿Qué? Bueno, no pasa nada. Recuerdas al menos lo que pusiste, ¿no?

—Sí, claro.

Robin también había hecho una lista, la cual había abandonado cuando empezó a sentirse extraña con Robert. Por entonces no sabía a qué se debía pero esa sensación era tan fuerte que decidió guardar el papel en un cajón hasta que supiese qué la provocaba, aunque cuando comprendió cuál era la razón no la retomó.

—Empiezo yo: el cumpleaños de Jimmy; quedamos a ver una peli y comimos un montón de palomitas. Por entonces no sabíamos que ese era el último año que íbamos a poder celebrarlo todos juntos, al menos hasta que acabe la universidad, y fue un gran día.

—No celebramos el cumpleaños de Jimmy, nunca los celebra.

—Bueno, vale, pero una semana más tarde quedamos todos juntos a ver una peli y para mí fue como si lo estuviésemos celebrando.

—¿Estás seguro de que esa es tu lista original? ¿No la habrás escrito hace cinco minutos movido por la nostalgia de que tu amigo se vaya? —bromeó Robin.

—Si vas a burlarte damos media vuelta y no te digo nada —dijo Robert poniéndose a la defensiva.

—Es broma... Me toca: cuando el señor Perkins dijo que había un suspenso en su asignatura pero que si aceptábamos que nos pusiese un cinco a toda la clase aprobaríamos todos y podríamos graduarnos juntos. Valió la pena sacrificar mi siete, siempre he pensado que el suspenso eras tú.

—¿Lo dices en serio? A mí la media me daba de sobra, en todo caso te sacrificaste por Ralph. O por Betty. Además, eso pasó el mes pasado y hay que ir en orden, ¿recuerdas?

—¡Estoy improvisando!

—Vale, está bien, pero solo porque si me quitases la lista yo tampoco sabría decir la mitad de las que tengo escritas y menos en el orden que están. —Robin trató de reprimir la risa pero le fue imposible—. El día que mi madre dijo que iba a retomar los estudios. Creí que al hacerlo recordaría lo terrible que era estudiar y sería más benevolente conmigo pero en realidad se volvió más dura. Y saca mejores notas que yo... Me siento muy orgulloso de ella.

—Yo también. Lo que me recuerda el día que volvió tarde a casa y le preparamos nosotros la cena. Hicimos un desastre en la cocina pero fue muy divertido y por suerte tu madre se lo tomó bien.

—Entre la peluquería y las clases no le daba tiempo a todo, desde entonces hago yo la cena. Me costó un poco pero he aprendido un montón de recetas y la verdad es que me gusta mucho cocinar. —Robert se quedó pensativo un momento. Robin sabía que desde que su madre había vuelto a estudiar este pasaba más tiempo en casa echándole una mano y le gustaba ver lo realizado que se sentía—. ¡Muy bien, Robin! Al menos este recuerdo era del año pasado. Sigo: las navidades con mi padre y Norah. Celebré el año nuevo en la ciudad con ellos y al volver me esperaban el doble de regalos.

—Lo de los regalos no es verdad.

—Puede que no, pero aun así me lo pasé muy bien y fue agradable estar con mi madrastra.

—Los ensayos para la obra. El proceso fue un horror y sigo pensando que no me merecía ser el Bruto, pero lo pasé muy bien, me gustó pasar tanto tiempo con vosotros y el día de la función pudimos echarle una mano a Ronie... fue genial.

—Veo que has vuelto a lo fácil y recurres a un recuerdo del mes pasado. —Robin le lanzó una mirada asesina—. Pero no está mal porque, ya que lo mencionas, yo también tengo un par de cosas en mi lista que tienen que ver con la obra: mi interpretación marcó un antes y un después en el instituto River y gracias a lo bien que lo hice conseguí mucho chocolate gratis.

—Tus admiradoras... —pensó Robin en voz alta.

—Admite que sigues celosa porque a ti nadie te dejó nada por tu papel de el Bruto, pasó sin pena ni gloria.

—Es mejor así. Créeme.

—Si te sirve de consuelo, yo nunca podré olvidarlo. Literalmente, ni aunque quisiera —dijo Robert para picarla, y funcionó a la perfección.

Siguieron andando y riendo entre anécdota y anécdota memorable de aquel año. Una vez las hubieron citado todas, Robert procedió al segundo paso de la tradición, que consistía en decir sus buenos deseos para el año siguiente.

—Este año me gustaría... para empezar que volvamos a quedar, porque si no, no tendría sentido. Antes has dicho que te encanta y que podemos hacerlo siempre que quiera así que ese es el primer deseo.

Robin sonrió.

—Me parece justo.

—Perfecto. Pues... —Robert se quedó un rato pensativo. Tras unos minutos dijo—: La verdad es que este es el primer año que no sé qué esperar así que tampoco sé lo que pedir. Otros años sabía lo que me esperaba; clases, estar con mis amigos, ayudar a mi madre... Esta es la primera vez que no sé qué va a pasar. No sé si buscaré un trabajo, o si seguiré estudiando. Jimmy se va a Europa así que no voy a verle, pero Albert, Ronie, incluso tú podríais iros a estudiar a algún otro lugar, a la ciudad, a trabajar o adonde sea... No sé, parece que las cosas van a cambiar mucho en muy poco tiempo.

Robin pensó en las palabras del chico, ella se sentía exactamente igual, sentía la misma incertidumbre, como si hasta ahora hubiese estado siguiendo un camino y hubiese llegado al final. «Todo final es el comienzo de un principio», pensó. Al igual que una estación tenía que acabar para dar paso a la siguiente puede que eso fuera lo que les esperaba a ellos, no el final de la vida que conocían y a la que estaban acostumbrados, sino el principio de una nueva etapa. Ya no seguirían más un camino pautado, que pese a la seguridad que ofrece también tiene limitaciones. A partir de ahora ellos lo dibujarían, podían hacer lo que quisieran.

—¿Cuál es tu estación favorita? —preguntó la chica.

—Genial, Robin, yo te muestro mis sentimientos y tú me preguntas por las estaciones —protestó Robert cruzándose de brazos.

—Contesta a la pregunta.

—El otoño.

—Vale, ¿y qué pasa cuando se acaba?

—Que llega el invierno —respondió Robert con tono neutro, como si la respuesta fuese tan obvia que creyese que había alguna trampa.

—Exacto. Las estaciones no se acaban, simplemente dejan paso a la siguiente. Es lo mismo que vamos a hacer nosotros. Dentro de muchos años sabrás qué estación fueron estos años y qué época de

tu vida ha sido tu favorita, tu otoño particular. Puede que hayan sido estos años o que aún no lo hayas vivido.

Robert sopesó las palabras de su amiga. De alguna forma ver esa época de su vida como un cambio de estación no le hacía sentir tan inseguro al respecto.

—También me gusta el invierno —dijo—. Está bien, en ese caso mi deseo es que pasen las estaciones que pasen pueda tener conmigo a las personas que me importan para que juntos averigüemos cuál fue la mejor. —El chico se giró sonriente a la chica, acercándose más de lo esperado—. Y tú, ¿qué es lo que quieres, Robin?

—Yo... yo... —titubeó Robin.

«Quiero lo que tenemos pero más, quererte pero mejor, quiero ESTAR contigo. Que tú y yo se convierta en nosotros. Quiero tenerte de forma que nadie más puede hacerlo, besarte como nadie más puede hacerlo, tocarte como nadie más puede hacerlo. Y que tú también me quieras así». Robin respondió a la pregunta, pero solo en su fuero interno.

Desde que supo que estaba enamorada de él, Robin quería más de todo y entonces pensó que esa era la diferencia que había entre la amistad y el amor; la ambición. Cuando eran amigos a Robin no le importaba que Robert tuviese otros amigos. Que saliese con ellos, que se divirtiese con ellos, cómo hablase con ellos... nada de eso cambiaba la relación entre los dos. Sin embargo novia solo hay una, y quería ser ella. Estar enamorada de él la hacía querer ser única, hacer cosas que nadie más pudiese hacer, estar con él como nadie más podría. Puede que esa fuera la razón por la que la gente se refiriese a ello como «algo más», porque de repente aunque tengas todo de una persona no te parece suficiente. El amor te hace querer lo que tienes con esa persona y más.

Robin pensó su respuesta y finalmente dijo:

—Que aunque todo cambie todo lo que importa siga igual.

—Me gusta —respondió el chico con una sonrisa.

Robert reanudó la marcha, pero Robin se quedó atrás, inmóvil. «Tengo que hacerlo, tengo que decírselo», pensó, porque incluso si él no lo hacía nunca, si no le correspondía, ella necesitaba que lo supiera.

—Robert... —dijo sin moverse. El chico se giró al oír su nombre y se quedó mirándola. Robin alzó la vista y le devolvió la mirada—. Te quiero.

Dos palabras que significaban tanto, que había dicho tantas veces pero nunca como en aquel momento, de pie frente al chico del que estaba enamorada. Robin estaba muerta de miedo y aun así en ese momento se sintió más valiente de lo que nunca se había sentido.

Robert inclinó la cabeza y sus ojos se llenaron de ternura.

—Yo también te quiero —respondió.

Sus palabras fueron las de siempre y su significado también. Ese cariño casi fraternal, la dulzura en su voz... Robin acababa de declararse pero sus palabras no alcanzaron a Robert del mismo modo que ella las había dicho. Su temor se había hecho realidad; para él solo era una amiga, no la veía de otra forma y no sabía si algún día llegaría a hacerlo. Entonces sucedió algo en el interior de Robin, quien atesoraba tanto a Robert y todo lo que tenían que decidió que si la amistad era todo lo que podía tener de él, entonces debía ser suficiente. Al menos por ahora. Podía quererlo todo de él, con él, eso no iba a cambiar, pero tampoco iba a dejar que le arrebatase lo que ya tenía. Las comisuras de sus labios se curvaron y salió corriendo en dirección al chico.

—¡Te echo una carrera! —dijo al pasar a su lado sin detenerse.

—¡Eh! Eso no vale —protestó Robert, que rápidamente emprendió la marcha tras ella, sin llegar a alcanzarla—. ¿A qué viene esto? ¿Va todo bien? —preguntó entre risas.

Robin sentía cómo se aceleraban los latidos de su corazón, su respiración. Sentía la tierra bajos sus pies, el aire en la cara. Escuchaba el agua del río corriendo a su lado y veía las estrellas

sobre su cabeza con más claridad que nunca. Sentía que si quisiera, si corría lo suficiente, sería capaz de volar. Robin sonrió.

«Sí, todo va bien».

SI ME QUIERE...

Junio de 2011

Ronie echó un vistazo al vestido que había extendido sobre su cama. Llevaba dos semanas trabajando en él sin descanso, en parte para prepararse para la fiesta de aquella noche, la última que pasaría con Jimmy allí, y en parte para evitar pensar precisamente en eso, que ese día se acercaba y que después de aquella noche no volvería a verlo hasta mucho tiempo después. Lo había hecho ella misma, nunca antes había confeccionado un vestido pero no había nada que Ronie no pudiese hacer.

Miró el reloj, aún faltaban un par de horas para que empezase la fiesta pero quería llegar cuanto antes, aprovechar cada minuto que pudiese junto a Jimmy. Además había tomado una decisión; esa noche iba a decirle lo que sentía. Sabía que era un cliché de las películas adolescentes, donde el chico siempre se declara a la chica la noche del baile de fin de curso, pero en este caso iba a ser ella quien lo hiciese. Aunque antes tenía que reunir el valor necesario para hacerlo. Sintió un escalofrío solo de pensarlo.

—Tienes tiempo, no pasa nada, podrás decírselo durante la fiesta... —dijo tranquilizándose—. Por ahora vayamos en orden.

Lo primero que hizo fue bajar a la cocina donde su madre esperaba para arreglarle el pelo. Mientras le peinaba ninguna de las dos dijo nada, Yohana sabía que Jimmy se iba a estudiar fuera y que Ronie se pondría muy triste cuando eso pasase, pero una de las consecuencias de que Ronie no se abriese era que desde hacía varios años ya no les contaba nada sobre Jimmy que tuviese que ver

con sus sentimientos ni sobre los de ella misma. Aun así tenerla a su lado hizo que Ronie se sintiese reconfortada. Cuando Yohana terminó de peinarla Ronie se miró al espejo y se le escapó una pequeña sonrisa al verse.

—¿Qué te parece si te maquillo un poco? —propuso su madre. Ronie volvió a mirarse al espejo, le gustaba su aspecto al natural y no estaba acostumbrada a maquillarse por lo que pensó que si lo hacía se vería rara, pero aquella era una ocasión especial y quería estar más llamativa que de costumbre, causar impresión, de modo que accedió—. Estás preciosa —dijo su madre cuando terminó de pintarle los labios. Ronie sonrió.

—Gracias, mamá. Voy a ponerme el vestido.

Aquella era la primera vez que se lo probaba con el pelo arreglado y el maquillaje puesto, los ojos se le iluminaron al verse: estaba radiante, como sacada de una película antigua. Si esa era la última vez que Jimmy iba a verla, el recuerdo que iba a tener de ella hasta que volviesen a verse, estaba encantada de que fuese de aquella manera.

—¿Qué os parece? —dijo entrando en el salón donde se encontraban sus padres, los cuales se quedaron sin habla.

—Oh, Ronie... eres toda una mujer. ¿Dónde está mi niñita de cinco años? —dijo Mike abrazando a su hija, que se había convertido en una estrella de cine. Ronie entornó los ojos pero no pudo reprimir la risa.

—Papá, voy al baile de graduación, no a mi boda.

—El tiempo pasa tan deprisa... —continuaba Mike con exagerado lamento, Yohana y Ronie no sabían si porque estaba de broma o porque realmente le afectaba hasta ese punto.

Después de que le sacasen unas cuantas fotos por toda la casa, Ronie se dirigió a la fiesta y fue de las primeras en aparecer. Algunos de sus compañeros de clase y de los otros grupos que se encontró de camino o a la entrada de local se quedaron fascinados al verla.

Avanzó por los pasillos hasta llegar al salón donde se celebraba el baile y se quedó maravillada admirando la decoración. Entonces se fijó en que a un lado de la sala había dos caras conocidas. Se trataba ni más ni menos que de Albert y Jimmy, quienes por lo visto habían ido incluso antes que ella. El corazón de Ronie comenzó a latir tan deprisa que sintió que se mareaba. «Vale, tengo tiempo, no pasa nada». Aunque Ronie quería decirle a Jimmy lo que sentía más que nada, al mismo tiempo estaba tan aterrada que intentaba posponerlo todo lo posible.

Albert fue el primero en verla, seguido en apenas un segundo por Jimmy que no podía apartar los ojos de ella, y ella no los pudo apartar de él. Llevaba un traje de color azul marino, el mismo color de la corbata, y una camisa azul claro que realzaba el color de su piel. Tenía el pelo peinado hacia arriba, igual que siempre, pero estaba más guapo que nunca.

—Me alegro de veros —dijo la chica al llegar a su lado.

—Y yo... y nosotros —respondió Jimmy.

—Voy a por algo de beber —dijo Albert.

—Tranquilo, estoy bien —comentó Ronie al ver que tanto él como Jimmy ya tenían vaso.

—Es para mí —respondió.

Albert se fue a toda velocidad y Ronie y Jimmy quedaron solos. Ambos se miraron con mil pensamientos cruzando su mente, incapaces de decirlos en voz alta y aunque a Ronie se le presentó la oportunidad de tener un momento de intimidad con Jimmy era demasiado pronto como para que se atreviese a decir nada así que optó por sacar un tema de conversación más desenfadado.

—El salón ha quedado increíble... hay una zona para el *photocall* y todo —dijo tímidamente.

—Sí, han hecho un gran trabajo —coincidió el chico.

Ronie miró hacia la puerta y vio entrar a Mandy y Hannah, la cual la miró y sin decir nada siguió su camino. Cuando se cruzó con

Albert este la saludó y Hannah correspondió a su saludo con una sonrisa, pero Albert, muerto de vergüenza, volvió a toda prisa junto a Ronie y Jimmy. Minutos después Robert y Robin llegaron, por fin estaban todos reunidos. Ronie, al igual que Albert y Jimmy, se quedó sin palabras al ver a Robin. Esa noche todas las estrellas habían bajado del cielo y se encontraban en aquella fiesta.

—Madre mía, Ronie, ¡estás impresionante! Es como un vestido de alta costura —dijo Robin dando vueltas a su alrededor—. En serio, has hecho magia.

Ronie sonrió rebosante de alegría, estaba muy orgullosa del resultado y le encantaba ver que su trabajo había valido la pena.

—Muchas gracias, Robin. Me daba pena no haber ido contigo a por un vestido pero ahora me alegro de que Robert te acompañase, habéis escogido uno precioso.

—¡Pero si no me dejó ver ninguno de los que se probó! —protestó Robert. Robin arqueó una ceja—. Quiero decir, que el mérito es todo suyo... Aunque siendo sincero valió la pena, yo me quedé igual de sorprendido que vosotros al verla. —Robin sonrió al oírle decir eso—. Me muero de hambre, voy a coger algo de picar de las bandejas, vosotros buscad un sitio donde podamos sentarnos —dijo Robert yendo directo hacia la zona donde estaban los canapés.

Sus amigos obedecieron y se sentaron en una de las mesas circulares que había por el local. Al cabo de unos minutos Robert volvió con una bandeja llena hasta arriba con todo tipo de comida. Estuvieron charlando alegremente mientras comían, hablando sobre los profesores, algunos de los cuales habían asistido a la fiesta para despedirse de sus alumnos, y sobre sus compañeros allí presentes. Ronie no podía creer que aquella fuese la última vez que viese a muchos de ellos, incluido Jimmy. Aunque Ronie quería pensar que aún le quedaba mucho tiempo ya eran casi las nueve, llevaba dos horas allí con él y se sentía tan preparada para decirle lo que sentía como cuando había llegado. Quizás no servía de nada posponerlo, si de todos modos no iba a sentirse preparada para hacerlo no

importaba el tiempo que pasase por lo que tal vez debería decírselo cuanto antes.

—¿Te apetece bailar? —Esas tres palabras le sacaron de sus pensamientos. Ronie alzó la vista y se quedó de piedra al ver a Jimmy con la mano extendida hacia ella.

—Claro —respondió agarrando su mano. Avanzaron hacia el centro de la pista, donde menos gente había, entonces Jimmy se giró hacia ella y, pese a que nunca habían bailado juntos, ambos supieron exactamente lo que tenían que hacer. Ronie apoyó las muñecas sobre los hombros del chico, rodeándole el cuello con sus manos, y este la sujetó por la cintura. Comenzaron moviendo un pie, luego el otro y cuando se dieron cuenta estaban bailando perfectamente acompasados—. Madre mía... —dijo Ronie asombrada ante esa sensación. Jimmy sonrió. Cuando se trataba de ellos la conexión que tenían era tan precisa como el movimiento de la luna alrededor de la Tierra, igual de magnético.

—Estás deslumbrante —dijo Jimmy y aunque Ronie se sonrojó estaba tan feliz de estar bailando con él que ni siquiera trató de apartar la vista.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —respondió. «¿Qué hago? ¿Se lo digo ahora? Pero aún queda mucho tiempo por delante y si no sale bien quizás fastidie el resto de la fiesta...». Desde que había llegado Ronie no había parado de pensar en que tenía que hablar con Jimmy, en que quería hacerlo, y los nervios que le producía pensar en ello era lo único que le estaba impidiendo disfrutar de aquel momento con total plenitud. No podía pasarse el resto de la noche así, ni tampoco arriesgarse a decir algo antes de tiempo que pudiese crear una situación incómoda. A decir verdad Ronie no estaba segura de si cada vez que pensaba en posponerlo lo estaba haciendo por miedo, tratando de evitarlo, o porque realmente era lo más sensato. Entonces tuvo una idea—. Oye, Jimmy... ¿hasta cuándo te quedarás en la fiesta?

—Hasta las doce, como en los cuentos. Pero, aunque me vaya, ahora mismo estoy aquí. No pienses en eso.

La seguridad que Jimmy transmitía en su voz hizo que Ronie se enamorase aún más de él.

—De acuerdo —dijo sonriendo.

Jimmy tenía razón, no merecía la pena estar pensando en ello, no en aquel momento. Aunque fuese tan inminente como inevitable, no podía dejar que algo de su futuro que no estaba en su mano cambiar le impidiese disfrutar las cosas buenas que estaban sucediendo en ese momento. Ronie consiguió una respuesta que le proporcionó el alivio que necesitaba para olvidarse de lo que vendría después y que le permitió vivir el presente. En lugar de pasarse todo el tiempo hecha un manojo de nervios buscando la ocasión adecuada para hablar con Jimmy, esperaría a las doce, justo antes de que se fuese, y entonces le diría lo que sentía.

—El vestido te ha quedado genial, dice Robin que eres tu propia hada madrina.

—He tenido ayuda, no habría sido lo mismo sin mi madre ni los tutoriales de YouTube —bromeó.

—Estoy seguro de que sí, no hay nada que Ronie Honely se proponga y no pueda hacer —dijo con una sonrisa.

«Ojalá sea cierto» pensó la chica. Lo que más quería en ese momento era pasar una noche inolvidable que tuviera un final feliz. Ronie se preguntó cómo lo hacía Jimmy para estar tan relajado, o al menos para aparentarlo, pero no dijo nada, estaba siguiendo su consejo de olvidarse de lo que vendría después.

—Y tú, ¿cuál es tu secreto?

—¿A qué te refieres?— replicó frunciendo el ceño, durante un segundo Ronie notó cómo el cuerpo del chico se tensaba.

—¿Desde cuándo sabes bailar?

—La verdad es que no lo sé —respondió Jimmy soltando un suspiro.

—Puede que sea por haber visto todos esos musicales —sugirió Ronie divertida, sabía que a Jimmy le encantaban ese tipo de películas donde no había nada que una buena canción y un baile no pudieran solucionar. Jimmy sonrió.

—Lo que he aprendido viendo esas películas es que lo importante no son los pasos, sino bailar con la persona adecuada.

Ronie se quedó sin palabras y de pronto fue consciente de lo cerca que estaban el uno del otro. Recordó todas las veces que había estado así con Jimmy, cara a cara, cuando él aún era más bajo que ella. En ese momento, años después, él era mucho más alto, aunque los tacones de sus zapatos recortaban algunos centímetros de diferencia. Se fijó en cada facción de su cara, en el color de sus ojos, la forma de su boca, de su mandíbula... Tenía cada línea de su rostro tan definida en su mente que podría reconocerlo con los ojos cerrados, solo con el tacto de sus manos. Durante un minuto Ronie olvidó dónde estaba y que decenas de personas bailaban a su alrededor, ella solo escuchaba la música y veía lo que tenía justo enfrente de ella, a Jimmy. Durante unos segundos quiso besarle, pensó en hacerlo, pero finalmente no lo hizo. Ese momento no necesitaba un beso para ser perfecto, estaba bailando con el chico de sus sueños y eso era todo lo que necesitaba para sentir que volaba.

Justo cuando terminó la canción un grupo de compañeros de su clase comenzó a llamar a Jimmy para que se acercase, seguramente querrían despedirse de él. Jimmy volvió a mirar a Ronie con una disculpa en su mirada que no necesitó expresar con palabras.

—Gracias por el baile —dijo la chica.

—Lo mismo digo —respondió él.

Tras ver al chico alejarse Ronie se sentó en la mesa donde se encontraba Albert. Desde allí observó a Robin y a Robert bailando, cada uno a su ritmo y con su propio estilo, y riendo sin parar. Sin secretos entre ellos, sin duda, sin miedo, solo dos personas que se aceptan y se quieren de forma incondicional. Por un momento le

recordó a su relación con Jimmy antes de que sus padres interviniesen, antes de que les pusiesen condiciones. Para Ronie, Robin y Robert reflejaban la libertad, la misma que ella llevaba echando de menos tanto tiempo. Miró disimuladamente a Jimmy, que se sentó a su lado, y se preguntó si algún día ellos recuperarían esa sensación, esa forma de estar juntos que resultaba tan natural como respirar. Aquella misma noche lo averiguaría y, si todo iba bien, quizá no solo eso, sino que podría volver a ser como antes, como siempre había querido que fuese.

—Poneos esto —dijo Robert soltando sobre la mesa un montón de cintas para el cuello, gafas de tamaño desproporcionado y todo tipo de accesorios para la cabeza.

—Será una broma —dijo Albert.

—Ya lo creo que no. Vamos a inmortalizar esta noche en el *photocall*. Hannah, Mandy y las demás por fin lo han dejado libre, es nuestra oportunidad y no vamos a desperdiciarla porque seáis unos sosos. Andando —dijo dirigiéndose al fondo de la sala donde un decorado con temática caribeña les esperaba.

Jimmy y Ronie se miraron con el ceño fruncido y bastaron treinta segundos para que cambiasen de opinión. Se pusieron los complementos más absurdos que pudieron y fueron corriendo junto a Robin y Robert.

—¡Albert, no me hagas ir a buscarte! —gritó Robert. Albert miraba hacia Hannah avergonzado, era evidente que estaba lamentándose de la carencia de vergüenza de su amigo y sus potentes pulmones. Finalmente, por miedo a que fuera peor, se puso unas gafas con nariz gigante y bigote y un sombrero de copa.

—Estamos ridículos... —musitó Albert al llegar junto a sus amigos.

—De eso se trata —respondió Robert con una radiante sonrisa—. Decid... ¡PA-TA-TAAAA!

Todos se lo pasaron en grande sacándose fotos sin parar, intercambiando los accesorios unos con otros. Se reían tan alto que

incluso aquellos que estaban en la pista bailando se giraban a mirarles, pero a ninguno le importó, ni siquiera a Albert. Ese momento les pertenecía y sin saberlo estaban viviendo el que sería uno de sus mejores recuerdos de aquella noche.

Cuando terminaron de hacerse fotos fueron a la pista y comenzaron a saltar y bailar sin apenas escuchar la música, solo porque les apetecía, porque era divertido. Al cabo de unos minutos, cuando estaban agotados y sin dejar de reírse volvieron junto a las mesas tratando de recobrar el aliento y en ese momento Jimmy dio una noticia que les sentó como un jarro de agua fría, anunció que tenía que irse. Ronie miró a Albert, que era quien había acompañado al chico a la fiesta, preguntándose si lo sabía pero su expresión delataba que no era así. La noticia pilló por sorpresa a todos, que se quedaron paralizados. Ronie volvió a mirar a Jimmy quien pese a tener una sonrisa en los labios no parecía contento.

—Siento no habéroslo dicho —dijo acercándose a Albert—. Creí que si sabíais que no iba a quedarme durante toda la fiesta estaríais desanimados y no quería eso. —Jimmy abrazó a su amigo, a quien le costó un par de segundos reaccionar.

Ronie contempló inmóvil cómo Jimmy se despedía uno por uno del resto de sus amigos incapaz de asimilar lo que estaba pasando. Entonces lo comprendió: cuando le preguntó hasta cuándo se quedaría, la seguridad en su respuesta, fue una mentira. Jimmy sabía que se iría antes pero no se lo había dicho, ¿por qué? Ronie recordó sus palabras: «Ahora mismo estoy aquí. No pienses en eso». Esa era la razón, lo había hecho para que no sintiese que estaba en una contrarreloj, que el tiempo se acababa y que estaba en su contra. Quería que disfrutara de la fiesta y lo pasara bien, tal y como lo había hecho. Comprendió también por qué había ido tan pronto, por qué cuando entró Albert y él ya estaban allí; él también quería más tiempo del que tenía. Pero a Ronie la había cogido totalmente desprevenida, la realidad la alcanzó mucho antes de lo que tenía previsto y no era capaz de decir una sola palabra, ni de abordar la

infinidad de emociones que se enredaban en su corazón, oprimiéndolo.

Jimmy se acercó a Ronie, la última que quedaba por despedirse, y extendió la mano hacia ella.

«No lo hagas, por favor, no lo hagas», pensó la chica, incapaz de articular palabra a medida que la mano de él se acercaba a su mejilla, como si fuese a acariciarla.

«Si me tocas ya no podré dejarte marchar...». Y como si Jimmy escuchase sus pensamientos su mano se detuvo en el acto en un mechón de pelo que agarró con toda la dulzura del mundo, colocándolo detrás de su oreja. Ronie se quedó sin aliento del mismo modo que si le estuviese acariciando directamente el corazón.

—Perdóname —susurró—. Te prometo que no volveré a mentirte nunca más.

Los ojos de Jimmy sostuvieron los de Ronie durante unos segundos en los que ella se quedó con las ganas de todo, de decirle lo que sentía y de lo que pretendía. Pero sobre todo se quedó con las ganas de decir en voz alta que le iba a echar de menos.

Jimmy apartó la mano lentamente, se fue y cuando lo hizo la sala quedó vacía. Los sentimientos de Ronie, sus pensamientos, hicieron eco no solo en su interior, sino en todo el salón y volvían a ella recordándole una y otra vez la misma realidad: Jimmy se había ido. Esa nube que había amenazado desde hacía meses, incluso años, con alcanzarle ya no se encontraba en algún momento futuro, de pronto se había convertido en su presente y Ronie comprendió entonces que lo cambiaría todo. Antes se movía en un mundo donde sabía que Jimmy iba a irse, pero en el que seguía allí, pero a partir de ese momento se movería en uno en la que ya no estaba, y con cada paso, con cada segundo y cada latido estaría más lejos de él de lo que había estado nunca.

Aturdida y mareada ante la oleada de emociones que la embargaban Ronie anunció que se iba. Ya no tenía ninguna razón para quedarse allí.

De camino a casa Ronie solo podía pensar en que había sido una tonta por no haberle dicho nada, que no debería haber esperado tanto y que había perdido su oportunidad de hacerle saber lo que sentía por él.

Una vez en su cuarto, Ronie se cambió de ropa y dejó el vestido encima de la cama, el mismo lugar donde había estado unas horas atrás, horas que lo habían empapado de buenos recuerdos, de magia y de tristeza. El teléfono que tenía sobre el escritorio emitió un sonido avisándola de que acababa de recibir un mensaje.

«¡Jimmy!», pensó Ronie lanzándose a cogerlo, pero no se trataba de él, sino de Albert que le formulaba una pregunta:

¿Estás bien?

Ronie suspiró y su corazón se tranquilizó. Lo cierto es que no sabía cómo se sentía; estaba dolida, triste y enfadada consigo misma, pero nada de eso estaba en mano de Albert cambiarlo, de modo que optó por responder de forma elocuente.

Sí, lo estoy, no te preocupes.

Al cabo de unos segundos recibió otro mensaje de su amigo.

Cuando Jimmy me dijo que fuéramos antes no pregunté la razón, pensaba que tendría sus motivos, pero no imaginaba que fuera esto... Lo siento mucho.

No te disculpes, no es culpa tuya. Ha hecho lo que creía mejor.

Un segundo después de enviar ese mensaje Ronie pensó que tal vez podría sonar resentida o dolida y se apresuró en volver a escribir.

En serio, no te preocupes por mí, estoy bien. Gracias, Albert.

No recibió respuesta, Albert no era de los que se quedaba con la última palabra. Ronie no esperaba que le creyese, al fin y al cabo todos estaban desanimados y Albert, conociendo su situación, sabía que era la que más razones tenía para estarlo, pero teniendo en

cuenta que no había nada que pudiese hacer al respecto no valía la pena que se preocupase.

—Tú deberías hacer lo mismo... —murmuró.

Sabía que tenía razón, que lamentarse no servía de nada, pero a veces la única forma de dejar de sentir dolor es sintiéndolo. Ronie sabía que esa sensación que tenía en el pecho enraizaría en su corazón hasta formar parte de su cuerpo, hasta ser parte de ella. La historia acababa ahí, había intentado reescribir el final pero no había podido y ahora era tarde.

O tal vez no. Jimmy seguía allí, a esa hora debería de estar en casa recogiendo sus cosas antes de ir al aeropuerto. Si quería podía hacerlo, podía ir hasta allí y decírselo. La fiesta era el escenario clásico, el de película, pero lo que importaba no era dónde ni cuándo, sino que lo supiera, decirle lo que sentía por él. Por un momento el cuerpo de Ronie se reanimó con la adrenalina que corría por sus venas, eufórica, pero el efecto terminó cuando miró a la puerta de su cuarto y comprendió que hacía falta mucho más que eso para poder abrirla. Necesitaba el valor que no había conseguido esa noche durante la fiesta ni durante los últimos seis años en los cuales había callado lo que pensaba y ocultado lo que sentía. Ronie comprendió entonces que todo ese tiempo, todos esos secretos guardados habían creado una jaula en la que había estado viviendo y de la que, hasta ese momento, no se había planteado salir. ¿Cómo iba a conseguirlo entonces? ¿El miedo inminente a que Jimmy se fuese sería suficiente para lograrlo? Aquella jaula no tenía cerradura, no había una llave ya que la única que se mantenía ahí prisionera era ella misma de modo que, rehén, la Ronie de siempre que se expresaba y decía lo que sentía, y carcelera, la Ronie que vivía escondiéndose porque era lo que le habían dicho que tenía que hacer, se enfrentaron la una a la otra por el miedo a perder a la persona que más querían en el mundo.

Por un lado quería salir corriendo, ir a casa de Jimmy, encontrarse con él y decirle que estaba enamorada de él, lo mucho que le quería

y que para ella nada había cambiado, que seguía teniendo los mismos sueños que cuando eran pequeños, los mismos deseos.

Por otro lado le aterraba la idea de dar un paso más, la posibilidad de encontrarse con Jimmy, los últimos minutos que compartirían allí y que este le rechazase, que le dijera lo que más temía en el mundo: que él no sentía lo mismo, que esos sueños solo eran fantasías de la infancia.

Ronie pensó que quizás era mejor así, que su último recuerdo de ellos juntos fuese el de la fiesta. Jimmy se iría sabiendo que era importante para ella, aunque no hasta qué punto, y de esa forma ella podría seguir creyendo en que todo lo que soñaba era posible, seguiría en ese limbo donde aún todo podía pasar, mientras que si iba a buscarle y no salía bien la balanza se inclinaría automáticamente hacia uno de los dos lados y ya no habría cabida para nada más. Como no querer saber cuál es el secreto de un mago para así poder seguir creyendo en la magia. Ronie necesitaba creerlo pero temía que el miedo la impidiese volar y la hiciese conformarse con pensar que tal vez podría hacerlo. Quizá debía comprobarlo y sin duda si salía como ella deseaba sabía que podría tocar el cielo.

Los minutos pasaban y Ronie no era capaz de llegar a una conclusión. Su cabeza era un debate constante en el que solo se rebatía a sí misma una y otra vez. Comprendió que necesitaba ayuda, no podía hacerlo ella sola. Pensó en sus padres, pero ellos hacía tiempo que desconocían lo que pasaba por su corazón y no tenía tiempo de explicarles la situación. Entonces recordó algo de esa noche; la forma en la que bailaban Robin y Robert, esa libertad, y pensó que eso era justo lo que necesitaba. Robin no conocía todos los detalles de su historia, pero sí lo suficiente como para poder ayudarla a decidirse.

Cogió el móvil y llamó a Robin, no necesitó decirle nada para que al cabo de unos minutos estuviese en su casa. Ronie intentó explicarle lo que sentía, daba vueltas por la habitación al mismo tiempo que las contradicciones se agolpaban en su cabeza y a la

misma velocidad. Su amiga la observaba en silencio, parecía no saber qué decir que pudiese ayudarla. Ronie comprendía que no era una situación fácil y que con lo alterada que estaba podría resultar aún más difícil darle una respuesta, pero estaba dispuesta a hacer frente a todo lo que Robin dijese. O al menos eso creía ella, porque cuando Robin por fin habló las palabras que salieron de sus labios no fueron lo que imaginaba. Ronie esperaba que su amiga le diese el valor que le faltaba, un último empujón que la ayudase a salir de la jaula, abrir la puerta e ir a buscar al chico del que estaba enamorada, pero no encontró valor en las palabras de su amiga. No encontró consuelo, ni fuerza, en su lugar había crudeza, una honestidad brutal, todo aquello que Ronie no se había atrevido a pensar por el miedo que le daba que fuese cierto. Las palabras de Robin descompusieron su corazón en pedazos.

—Dime una cosa, si él sintiera lo mismo que tú, si él te quisiera, ¿no tendría las mismas ganas que tienes tú de decírtelo? ¿No querría que lo supieras antes de irse?

Ronie escuchó esas palabras en silencio, y cuando sintió que el último pedazo de su corazón estaba a punto de romperse como si fuera un cristal, sucedió algo, y durante unos minutos este se convirtió en hierro. Estaba al borde del abismo y ella misma tomó la decisión de rescatarse, si nadie más iba a hacerlo, si dependía de ella no tenía otra opción y descubrió que el momento de su vida en el que más débil se había sentido fue en el que más fuerza había sacado.

Robin tenía razón, se había pasado toda la noche, muchos años, creyendo que todo dependía de ella, que si quería que Jimmy supiese que para ella nada había cambiado tenía que decírselo. Pero al oír a su amiga, Ronie pensó que esa noche, lejos de ser su responsabilidad, le daba la oportunidad de saber si había estado soñando un imposible o si era realidad. Ronie sintió como una corriente de aire le avivaba por dentro, llevándose todo el miedo y todas las dudas. En ese momento lo vio claro como el agua.

—Tiene razón —dijo llena de determinación—. Si me quiere, me lo dirá. Si me quiere vendrá a por mí.

... VENDRÁ A POR MÍ

Junio de 2011

Jimmy miró el esmoquin que colgaba de la puerta de su armario. Llevaba ahí toda la semana como un recordatorio de ese día, de la fiesta y de lo que suponía; que esa sería su última noche allí en mucho tiempo. Tenía una maleta cerrada junto al armario y otra en el suelo aún sin preparar. Quedaban muchas cosas por recoger y aunque había tenido tiempo de sobra para hacerlo no había querido. Sentía que mientras estuviese abierta, mientras tuviese cosas que guardar, no sería real. Además aún le quedaba lo más difícil por hacer; despedirse. De sus amigos, de la que había sido su vida hasta ese momento y de Ronie. Había decidido que aquella noche, después de la fiesta, se iría para no volver durante los próximos cuatro años y lo haría con Ronie sabiendo lo que sentía o despidiéndose para siempre de lo que fueron y lo que pudieron ser.

Jimmy se puso el traje y bajó las escaleras. Estaba sirviéndose un vaso de agua cuando un suspiro a su espalda le sobresaltó.

—Estás muy guapo, Jamie —dijo Elizabeth con una sonrisa de orgullo. Su hijo parecía todo un hombre y esa noche iba a ser decisiva en su vida, aunque por razones completamente diferentes para ambos. Para ella, Jimmy estaba a punto de emprender el viaje que le cambiaría la vida, que haría de él alguien de provecho con una carrera que le proporcionaría un futuro y un trabajo de verdad. Para él ese día averiguaría si el destino estaba de su lado, si tener un pasado con Ronie les garantizaría un futuro que en el presente era incierto.

—Gracias, mamá —respondió de forma seca.

Su madre frunció los labios y se acercó a él.

—Escucha, tu padre y yo te queremos. —Jimmy resistió la tentación de entornar los ojos, sabía por dónde iba a ir eso—. Y queremos lo mejor para ti... Hoy tienes la ocasión de pasarlo bien con tus amigos y después empezará la etapa más memorable y especial de tu vida. Te hará ver las cosas de otra manera, aunque ahora no lo creas. Ya lo verás.

Jimmy no dijo nada. Si algo sabía que no quería hacer su último día allí era discutir con su madre sobre lo que era mejor para él. Elizabeth estaba equivocada, la etapa más memorable y especial de su vida había empezado hacía mucho tiempo, cuando tenía cuatro años, el día que conoció a Ronie. Ella había dado sentido a su vida, le había hecho *ser* y *estar* y por mucho que sus padres se esforzasen en pretender que la vida que ellos habían planeado para él tenía cosas mejores sabía bien que eso no era cierto. Jimmy había conocido el sol, había vivido bajo el calor de sus rayos y lo que su padres pretendían era encerrarle en una habitación iluminada tan solo con una vela. Ronie era el sol y él la Tierra, siempre girando en torno a ella, incansable, prosperando con su luz.

—Tu padre te ha dejado esto, un regalo —dijo extendiéndole un estuche que había sobre la mesa. Jimmy lo abrió, en su interior había una corbata—. Para que te la pongas con el esmoquin.

Jimmy tenía corbatas de sobra, ese regalo no era más que una vaga forma por parte de su padre de disculparse con él.

Un par de semanas antes Jimmy se había enterado de que sus padres no tenían pensado que acudiese a la fiesta, en su lugar habían decidido que ese mismo día cogiese el primer vuelo a Bruselas para que se instalase en el apartamento que a partir de entonces se convertiría en su nuevo hogar. Cuando Jimmy se enteró sintió una rabia por dentro que no pudo reprimir, fue al despacho de

sus padres y les plantó cara, les dijo que se negaba a irse sin despedirse.

—Podrás despedirte cuando recojáis los títulos, no necesitas ir a una fiesta —replicó James.

—Es la última vez que estaré con mis amigos, la última vez que veré a... —Jimmy apretó los puños—. No podéis hacerme esto.

—Jimmy, hemos pensado que cuanto antes vayas antes te habituarás a tu nueva forma de vida. Te familiarizarás con la gente de allí y dejarás de echar de menos lo que tenías aquí porque podrás hacer nuevos amigos —dijo Elizabeth.

—¡Los amigos que quiero están aquí! Toda mi vida está aquí. Si pensáis que cuando me vaya me olvidaré de todo lo que dejo aquí estáis muy equivocados porque eso no va a pasar. Podéis mandarme todo lo lejos que queráis, pero yo siempre seguiré queriendo a esas personas, seguiré conservando mis recuerdos... ¡Lo único que va a valer la pena de irme es estar lejos de vosotros!

Se formó un silencio sepulcral en la sala. Jimmy había explotado, no podía contener más la pena ni la impotencia y tampoco les estaba pidiendo tanto. Solo unas horas, el tiempo suficiente para poder despedirse de sus amigos como se merecían, para pasarlo bien con ellos y para tener una última oportunidad de decirle a Ronie lo que sentía.

Aquella noche su padre llamó a la puerta de su cuarto.

—Pasa... —dijo Jimmy esperando que siguiese en sus trece.

Su padre se quedó callado durante unos instantes, parecía estar dándole vueltas a algo pero finalmente solo dijo:

—Podrás ir a esa fiesta. El vuelo sale de madrugada al día siguiente, tendremos que salir de noche para llegar a tiempo al aeropuerto...

Por primera vez Jimmy sintió que había podido decidir en algo importante de su vida, no era gran cosa, pero era suficiente.

Desde ese día su padre estaba cohibido con él y su madre no dejaba de llamarle Jamie, cosa que hacía cuando quería animarle y tratarle con extremada dulzura. Jimmy sabía que en parte también era porque le echaría de menos, aunque eso no hacía que se ablandase, después de todo eran ellos los que le habían llevado a aquella situación.

—He quedado con Albert, iremos un rato antes. Nos vemos —dijo a modo de despedida y acto seguido salió por la puerta.

La razón por la que Jimmy quería ir lo antes posible a la fiesta era porque no se iba a quedar hasta el final, a diferencia de lo que le había dicho a los demás. No quería pronunciar esas palabras en voz alta ni tampoco que sintiesen que tenían una contrarreloj con él. Quería que pensaran que era un día más, que no era diferente. Y Albert no era una excepción. Cuando Jimmy le propuso ir antes su amigo no hizo preguntas, cosa que Jimmy agradeció, no quería tener que mentirle de nuevo al respecto.

Cuando llegaron al local estaba prácticamente vacío, aunque de camino a allí se habían encontrado con más alumnos. Las calles se habían convertido en un pequeño desfile particular para los ahora exalumnos del instituto River. Jimmy examinó las salas en busca de Ronie, pero no hubo suerte.

«No importa lo pronto que vengas si ella no está aquí, genio» se recriminó.

Jimmy soltó un suspiro que no pasó inadvertido para Albert.

—Voy por algo de beber, ¿te apetece algo? —preguntó.

—No, pero gracias.

Albert se dirigió a la mesa que había al fondo del salón, Jimmy le siguió con la mirada hasta que escuchó unas voces provenientes de la entrada. En un acto reflejo, esperando ver a Ronie, dirigió la vista allí a toda prisa, pero en su lugar vio a Betty, Sara y Cheyenne las cuales le dedicaron una radiante sonrisa. Albert volvió con un vaso en cada mano.

—Toma —dijo extendiéndole uno—, por si cambias de opinión.

Jimmy esbozó una sonrisa torcida.

—Gracias, Albert.

Los chicos se quedaron en silencio dando sorbos de su vaso de vez en cuando, hasta que Albert comenzó a hablar de un videojuego al que estaba jugando que, casualmente, era el mismo al que Jimmy había jugado antes de empaquetar sus cosas. Discutieron sobre la trama, los personajes, las decisiones que habían tomado y los finales que habían sacado y así, sin darse cuenta, Jimmy se distrajo por completo. Ya no estaba en una fiesta esperando a sus amigos para despedirse, sino que era una tarde cualquiera pasándoselo bien con ellos.

—Eh, mira, ahí está Ronie —dijo Albert.

Jimmy dirigió su vista inmediatamente en dirección adonde miraba Albert y se quedó atónito al verla entrar. Llevaba un vestido precioso de color plata que según había comentado Robin había hecho ella misma, como si fuera su propia hada madrina, y no le faltaba razón. Tenía el pelo ondulado hacia un lado y los labios de color anaranjado. En aquel momento Ronie era la definición de la palabra «deslumbrante».

—Me alegro de veros —dijo la chica con una sonrisa.

—Y yo... y nosotros —respondió Jimmy.

«Contrólate» pensó.

De pronto, Albert, pese a tener el vaso medio lleno, anunció que iba a por algo de beber. Jimmy tuvo la impresión de que lo hacía para que se quedasen a solas y aunque le agradaba la idea de quedarse solo con Ronie seguía tan nervioso e impactado por el aspecto de la chica que no era capaz de articular palabra, no al menos sin correr el riesgo de decir alguna tontería. Por suerte para él Ronie fue la primera en hablar, Jimmy agradeció que lo hiciese sobre un tema liviano como la decoración del local y poco a poco comenzó a relajarse.

Hannah y Mandy fueron las siguientes en llegar, momento en el que Albert volvió junto a Jimmy y Ronie. Poco después aparecieron Robert y Robin.

—¡Ahora que estoy aquí esto puede empezar a considerarse una fiesta! —anunció Robert, pero sus amigos no dijeron nada, los tres se habían quedado con la boca abierta al ver a Robin. Robert miró a la chica y de nuevo a sus amigos—. Os entiendo.

Jimmy, Ronie, Albert y Robin se sentaron en una de las grandes mesas circulares que había dispuestas por el local mientras Robert iba a por algo de comer. Albert y Robin comenzaron a hablar del juego que tenía al chico tan emocionado y Jimmy dejó de prestar atención a la conversación, en su lugar se quedó embobado mirando a Ronie, seguía sin asimilar lo preciosa que estaba. Sin duda aquella fiesta era un escenario idóneo para decirle lo que sentía pero no estaba seguro de que hacerlo fuese una buena idea, después de todo en apenas unas horas estaría de camino al aeropuerto donde tomaría un vuelo que le llevaría a otra parte del mundo, lugar en el cual, en el mejor de los casos, viviría los próximos cuatro años. Su corazón se empezó a acelerar e inspiró hondo tratando de relajar sus pulsaciones, aún no se había acostumbrado a aquella sensación. Volvió a mirar a Ronie y como si de una melodía se tratase su corazón recobró su ritmo natural, verla le daba calma. «Cómo la voy a echar de menos» dijo para sí mismo y no pudo evitar pensar en todas las cosas que después de esa noche ya no podría hacer, todo lo que iba a extrañar: no volvería a encontrarse con ella por las mañanas de camino al instituto, la única razón por la que iba a echar de menos las clases. Ya no le acompañaría de vuelta a casa y durante el recreo no hablarían más sobre las películas que habían visto o los libros que habían leído. No volvería a quedar en la cafetería con todos los demás ni escucharía su risa con los comentarios de Robert... De pronto una luz se iluminó dentro de su cabeza, seguida por un pensamiento: «¿Qué estás haciendo? Mira a tu alrededor, ¿dónde estás ahora? Estás aquí, con ella, con tus amigos y en lugar de aprovecharlo estás perdiendo el tiempo pensando en todas las cosas que no podrás hacer sin darte cuenta

de que aún hay muchas otras que sí puedes. Que aún puedes». Tenía razón, fuera cual fuera la parte de él mismo que pensaba así estaba en lo cierto. No tenía sentido preocuparse de esa manera, la única forma que tenía de no perder el tiempo aquella noche era actuar. Con toda la confianza que le dio esa conclusión se levantó, fue directo hacia Ronie y la invitó a bailar.

A Jimmy le encantaban las películas en general y los musicales en particular. Cuando los protagonistas, locamente enamorados, se olvidan del resto del mundo y comienzan a bailar a su propio ritmo, perfectamente coordinados pese a no haber ensayado esa coreografía. Quizás la razón por la que le gustaban tanto era precisamente por eso, porque era lo más parecido que Jimmy había visto nunca a dejarse llevar por el corazón, a no necesitar saberse la letra de una canción para poder cantarla ni los pasos de baile para ir al compás. En esos momentos parecía que el tiempo se detenía y esa clase de magia era la que él quería para esa noche.

Avanzaron hacia el centro de la pista, Ronie apoyó sus muñecas en torno a su cuello y él la sujetó por la cintura. Ambos empezaron a moverse al ritmo de la música y Jimmy experimentó una sensación de euforia indescriptible al descubrir que, aunque se conocían desde siempre y pese a todas las cosas que habían compartido, aún había muchas otras que podían hacer por primera vez. No podía imaginar un momento mejor que ese para recordar antes de irse. Ese baile juntos fue tal y como Jimmy se había imaginado, mucho mejor que verlo en una película.

Cuando Ronie le preguntó hasta qué hora se quedaría le dolió mentirle, pero creyó que era mejor así. Si supiera que en realidad les quedaba una hora juntos en lugar de tres como le había dicho, Ronie no podría dejar de pensar en otra cosa, ni él tampoco. No podría disfrutar ni un solo segundo así que prefirió seguir dentro de esa burbuja donde se suspendía el tiempo y fingir que no pasaba nada, que era un día normal. Y funcionó porque al oír su respuesta Ronie pareció relajarse, comenzó a hablar más desenfadada y Jimmy la vio como siempre la había visto, risueña y feliz.

«Díselo», pensó, tal vez guiado por el tópico de esa clase de escenas en los musicales, donde sin duda el protagonista se declararía a la chica de la que estaba enamorado y ella le diría que siente lo mismo, se besarían y con una gran actuación final sabrías que fueron felices para siempre. Pero eso no era una película y aunque cada célula de su cuerpo quería decirle a Ronie lo que sentía por ella, que lo supiese antes de marcharse, en la vida real ella no tenía por qué corresponderle y en lugar de acabar una noche perfecta por todo lo alto podría cargarse lo que tenía en ese momento, un baile perfecto con la persona perfecta. Un cliché que sí se cumplió fue que, una vez terminó la canción, una voz les interrumpió llamándole desde el fondo de la habitación, en la zona de los canapés.

—¡Eh, Jimmy!

El chico se giró para ver de quién se trataba y vio a dos parejas mellizos, los Clooney, Ralph y Oscar, junto a los Turner, Christopher y Álex. No recordaba haberles visto por la fiesta antes por lo que seguramente acababan de llegar y querrían despedirse, lo cual no iba acorde con su plan de tratar de fingir que era una noche normal, pero habían sido sus compañeros de clase desde el colegio y entendía que quisieran despedirse. Jimmy miró a Ronie, quien le devolvió la mirada.

—Tranquilo, ve a hablar con ellos. Gracias por el baile —dijo sonriendo.

—Lo mismo digo —respondió él.

Jimmy se dirigió hasta sus compañeros los cuales le recibieron alborotados.

—Tío, ¡no me puedo creer que te vayas fuera! —dijo Christopher.

—Seguro que ligas un montón, he oído que en Bruselas las chicas son muy lanzadas —comentó Oscar.

—Encima sin tus padres, ¡va a ser un desmadre! —añadió Álex.

—Te vas a hartar de chocolate, porque Bruselas es la capital mundial del chocolate, ¿no? —preguntó Ralph. Jimmy no se molestó en explicarle lo equivocado que estaba. A ninguno, en realidad, les escuchó en silencio asintiendo de vez en cuando para hacer ver que les estaba escuchando pero la verdad era que nada de eso le importaba porque la persona a la que más iba a extrañar estaba sentada en una de las mesas a su espalda. Los cuatro seguían hablando entre ellos de todo lo que podría hacer estando allí, las fiestas que podría organizar en su apartamento, cuando Jimmy no pudo aguantar más y les interrumpió. No quería perder más tiempo hablando sobre ello, quería aprovechar el que tenía allí. Jimmy se dirigió a la mesa y se sentó en la silla que había junto a Ronie, el mejor lugar del mundo donde estar en aquel momento.

Cuando Robin y Robert terminaron de bailar el chico de nariz chata se fue en dirección al *photocall* y volvió a la mesa donde estaban sus amigos con un montón de accesorios divertidos que les ordenó que se pusieran. Al principio Jimmy no estaba muy convencido con la idea pero en cuanto miró a Ronie y esta le devolvió la mirada comprendió que aquella era otra oportunidad de hacer algo nuevo y divertido todos juntos, así que sin pensarlo dos veces cogió un casco, gafas, y salió corriendo junto a Ronie hacia Robert. Albert tardó en acceder pero el poder de persuasión de Robert (y la certeza de que si no lo hacía sería mucho peor) consiguieron convencerle.

—Decid... ¡PA-TA-TAAAA!

Se hicieron un montón de fotos, cada una más absurda que la anterior y se lo pasaron en grande. Estuvieron acaparando la cámara media hora hasta que finalmente dejaron paso a los que, al ver lo animados que estaban, decidieron acercarse a probar. Robert, Robin, Albert, Jimmy y Ronie se dirigieron a la pista y comenzaron a bailar cada uno a su manera, saltando y riendo. Se lo estaban pasando como nunca, disfrutando el presente sin ninguna preocupación tal y como Jimmy deseaba.

Al cabo de un rato, estando tan cansado como feliz, el chico de tez morena miró el reloj que había en la pared, el cual había llevado la

cuenta de cada minuto allí, y vio que estaban a punto de ser las diez de la noche, su toque de queda. Miró a Ronie, aquella era su última oportunidad de decirle lo que sentía antes de irse. Pero al mirarla vio lo feliz que era, bailando y riendo con todos sus amigos. Era tan ella, tan radiante, que decidió que no podía hacerlo. Según creía Jimmy, Ronie ya no pensaba lo mismo respecto a ambos desde hacía tiempo y aun pese a creer que ella le veía de forma diferente, su forma de verla no cambió lo más mínimo en todos esos años, todo lo contrario. Pero aunque lo que habían vivido fue muy bonito quizás solo era cosa del pasado, como los años dorados y las épocas de gloria que aparecen en los libros de historia. Además, no era justo decirle lo que sentía y que tuviese que afrontarlo precisamente el mismo día que se iba, apenas unas horas antes de hacerlo. Jimmy pensó que su deseo de declararse no era más que un capricho egoísta por todo lo que habían vivido y por todo lo que él había querido. Ronie era feliz y podía seguir siéndolo sin él allí, siguiendo como hasta entonces; siendo solo amigos. Jimmy inspiró hondo tratando de liberar la presión en su pecho, tratando de creer que estaba haciendo lo correcto.

—Chicos, tengo que irme. —Todos a su alrededor quedaron de piedra al oír esas palabras, era evidente que no esperaban que ese momento llegase hasta unas horas más tarde. Jimmy se disculpó por no haber sido sincero y explicó sus motivos, aunque sabía que no valían de mucho esperaba que le entendiesen. El primero de quien se despidió fue de Albert, después de Robert y luego de Robin.

Por último se giró hacia Ronie, que le miraba desolada. Jimmy se acercó a ella con el brazo extendido, dispuesto a acariciar su mejilla una última vez, para que en su piel pudiese quedar el recuerdo de su tacto, pero algo en su interior le impidió hacerlo. De pronto fue consciente de que si sentía su piel en su mano otra vez no podría irse, hacer lo que se suponía que debía hacer, lo que sus padres esperaban de él. Y, como la marioneta cuyos hilos no podía manejar que se sentía, en el último segundo desvió la mano hasta uno de sus mechones de pelo. Miró directamente a los ojos de Ronie, la pena que reflejaban era su castigo por haberle mentido. Jimmy se

disculpó con ella y le hizo una promesa, la de que no volvería a mentirle nunca más. No quería por nada del mundo que Ronie volviese a mirarle así.

Jimmy quiso decirle que era la persona más importante para él, que gracias a ella esa había sido una noche mágica, que quería que sonriese tanto como lo había hecho entonces y sobre todo quiso decirle que la iba a echar de menos. Pero no lo hizo, ocultó esos sentimientos tras el iris de sus ojos y sin mediar más palabras abandonó la sala, sabiendo que emprendía rumbo hacia un mundo gris.

En casa dejó el esmoquin dentro de la bolsa de plástico de donde lo había sacado, colgado en el mismo lugar de la puerta. Ya no era un recordatorio, sino un recuerdo. Por un momento barajó guardarlo en la maleta, quizás en Bruselas lo necesitaría, pero decidió no hacerlo. Era un traje que había comprado exclusivamente para esa ocasión y el olor de la tela, el tacto de las manos de Ronie en los hombros durante el baile, la purpurina que no fue capaz de limpiar tras la sesión de fotos... quería inmortalizar todo aquello en la tela, como un lienzo.

De pronto la vibración de su teléfono, que había dejado encima de la cama, le desembelesó. «¡Ronie!», pensó descolgando a toda prisa, pero la voz que escuchó al otro lado no era la que esperaba.

—Hola... —saludó un tímido Robert.

—Hola, Robert, ¿pasa algo? —preguntó Jimmy pensando que tal vez Ronie estuviese disgustada y Robert le hubiese llamado para avisarle, para decirle que tenía que hablar con ella. Pero una vez más, se precipitó en sus conclusiones.

—No. No, no, nada es que... acabo de llegar a casa y... no me creo que vayas a irte. Que mañana, el día siguiente y el de después no vayas a estar cuando quedemos todos juntos para dar una vuelta o para ir a la cafetería. Bueno, ya no seremos «todos» si no estás tú... Sé que piensas que soy un tipo duro y esa es la razón por la que

quiero decirte que te voy a echar mucho de menos, más de lo que puedo imaginar ahora mismo. Te lo habría dicho en persona pero probablemente me habría echado a llorar y mis lágrimas son como la de los fénix, no pueden desperdiciarse así como así.

Jimmy sonrió. «Típico de Robert, quitar hierro al asunto con un chiste malo». Jimmy sabía lo mucho que le costaba a Robert sentir que perdía a la gente, igual que le había pasado con su padre cuando se divorciaron pese a que la relación de ambos había mejorado con el tiempo. Para Robert, Jimmy era uno de sus mejores amigos y también era el primero en irse lejos, lo que para él representaba la prueba de cómo podía cambiar todo con el tiempo, de lo mucho que la vida les podía separar, y eso sin duda era lo que más miedo le daba en el mundo.

—Yo también voy a echar de menos tus comentarios ingeniosos sobre casi cualquier cosa y tus bromas... Te voy a echar mucho de menos.

—Me alegra oír eso. Te juro que como me entere de que te has echado otro amigo bonachón y desenfadado como yo me voy a cabrear. O me sentiré halagado sabiendo que me buscas a miles de kilómetros de distancia tratando de reemplazar mi presencia, ya veremos. —Los dos se rieron—. En fin, si he aprendido algo los últimos años es que no hay que dejar escapar la oportunidad de decirle a alguien que te importa, así que... Te quiero, Jimmy.

—Y yo a ti, Robert.

Jimmy no necesitó verle para saber que su amigo había colgado el teléfono con una sonrisa, igual que él. En ese momento, al escucharle decir esas palabras, se sintió realmente afortunado de estar rodeado de personas a las que quería tanto y que le querían. Le daba pena pensar que estarían tristes cuando no estuviese pero prefería que fuera así porque esa tristeza era la prueba de lo felices que habían sido, de todos los buenos momentos que habían creado juntos. Pese a todo esa alegría no le duró mucho porque en ese momento Jimmy se hizo una pregunta: «Si Ronie sintiese algo por mí me lo diría, ¿no? Más ahora que voy a irme».

Robert tenía razón, no había que dejar pasar la oportunidad de decirle a alguien que le quieres. Jimmy había tenido que vivir los últimos años ocultándolo, no siendo sincero al cien por cien en lo que ese «te quiero» significaba para él respecto a ella, y tal vez ese había sido el motivo por el que aquel día había ido a la fiesta dispuesto a hacerle saber lo que sentía, porque aquel día, por mucho que él se hubiese esforzado en pensar o hacer creer lo contrario, no era un día cualquiera. Era su último día allí en mucho tiempo, la última vez que estaría cara a cara con las que se habían convertido en las personas más importantes que él había elegido, con la persona con la que soñaba con compartir el resto de su vida. Él, al ver a Ronie tan dichosa, había tomado la decisión de no decirle nada pensando que al hacerlo estaba siendo egoísta y en ese momento realmente empezó a pensar que había hecho lo correcto, después de todo Ronie sabía igual que él lo que ese día suponía y si ella sentía lo mismo era lógico pensar que también tendría el mismo deseo de que lo supiese. Quizás todo ese tiempo había estado cargándose con la responsabilidad de que ese cuento, su historia de amor particular, dependía solo de él, que estaba en sus manos que se hiciera realidad. Pero no era así como funcionaba. Si Ronie también le quería como él la quería a ella, si esos sentimientos eran más que un recuerdo de la infancia, Ronie querría que él lo supiera y se lo diría.

En ese momento, Jimmy llegó a una conclusión y con más determinación que nunca pensó: «Si me quiere vendrá a por mí».

Y LOS DOS PENSARON LO MISMO

Ronie permaneció frente a la ventana, esperando que Jimmy apareciese. En su mente solo se repetían las mismas palabra una y otra vez: «Por favor, por favor, por favor...». Deseaba que fuese a buscarla, que sonase el timbre como miles de veces antes y encontrarse con él al abrir la puerta. Ni siquiera haría falta que dijese nada porque en ese momento lo sabría todo; que sentía algo por ella, que la promesa de estar siempre juntos seguía significando algo.

Jimmy observó la calle desde su ventana, aplazando todo lo posible el momento de partir. Miraba la acera esperando que apareciese Ronie como quien mira el cielo esperando ver una estrella fugaz para pedirle un deseo. Pero Jimmy ya no podía pedir deseos. Consciente de que tampoco podía retrasarlo más se alejó de la ventana, recogió un par de cosas que tenía sobre la cama y cerró la maleta. Bajó las escaleras y ayudó a sus padres a meter las cosas en el coche sin dejar de mirar de vez en cuando al fondo de la calle. Rezaba para escuchar su voz una vez más, que fuese a despedirse y de esa forma saber lo que sentía, que era exactamente lo mismo que él. Que el sueño de estar siempre juntos no era solo una fantasía.

Pero eso no pasó porque ninguno de los dos apareció. Jimmy no fue a buscarla y Ronie no fue a despedirse. Ambos con el corazón desbordado de amor, ambos con el corazón partido en dos.

Ronie se tumbó en la cama pensando que era una ilusa, que era una ingenua. Robin tenía razón, había pasado mucho tiempo y no se había dado cuenta de que había idealizado su relación con Jimmy, que su forma de verla había cambiado en ese tiempo. Lloró de impotencia. Aunque Jimmy se iba aquella noche hacía ya tiempo que le había perdido. Para Ronie Jimmy no solo había pasado página, había cambiado de libro, ahora estaba en una historia completamente diferente y pensó que ella debía hacer lo mismo.

Jimmy subió al coche creyendo que había vivido todo ese tiempo estancado en el pasado mientras Ronie había seguido avanzando, y sabía que por mucho que corriese era imposible alcanzarla. Ronie había dejado atrás unos sentimientos, una vida, que para ella ahora solo era un recuerdo, como una vieja fotografía. Jimmy estaba dentro de esa fotografía, inmóvil, no porque no pudiera moverse sino porque no quería hacerlo.

Y aunque los dos pensaron que el otro había seguido con su vida y que debían hacer lo mismo no iba a ser tan fácil renunciar a lo que sentían, al futuro con el que tanto habían soñado.

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

Mayo de 2012

Una gota de sudor resbaló por la frente de Ronie que miró el reloj situado en la pared de la cocina, faltaban veinte minutos para que terminase su turno. Se pasó el dorso de la mano por la frente y suspiró. Todavía tenía patatas por pelar y una pila de platos que fregar no sin antes colocar los que había metido en la secadora hacía media hora.

—Tranquila, ya termino yo —dijo una mujer regordeta de unos treinta y pocos años que estaba limpiando la plancha de cocina.

—No, no, tranquila. Todavía no ha acabado mi turno.

—No has parado en toda la tarde. Desde que empezaste a trabajar aquí, mejor dicho. Te esfuerzas demasiado y te mereces un descanso. Vamos, vete. La jefa no se enterará —dijo guiñándole un ojo.

Ronie sonrió.

—Muchas gracias, Elena. Eres la mejor.

Elena se encogió de hombros y le dedicó una amable sonrisa. Tenía el pelo alborotado recogido en un moño y sus característicos coloretes hacían que su piel se volviese rosa.

Elena era la cocinera del bar restaurante El Bucanero, trabajo que llevaba desempeñando desde hacía tres años. Al igual que ella, Ronie empezó a trabajar allí hacía unos tres meses para ahorrar algo de dinero, aunque esperaba no quedarse tanto como su amiga de

pelo anaranjado. Todas las tardes de lunes a jueves de tres a nueve trabajaba allí como ayudante de cocina y, cuando había más ajetreo, también ejercía de camarera. Los días como aquel en los que podía irse un rato antes lo agradecía en el alma.

Ronie se quitó el delantal, lo colgó en almacén, recogió sus cosas y caminó de vuelta a casa.

—¿Qué tal ha ido, *ratatouille*? —preguntó Mike desde el salón cuando le escuchó entrar.

—Bastante bien, aunque yo soy más bien Lingüini, Elena es Remy.

Su padre se rio.

—No se nace aprendido.

—Eso es verdad. Y también que necesito una ducha —dijo subiendo las escaleras a toda prisa.

—Cuando termines pon la mesa para la cena, ¡ya le estás cogiendo el truco! —bromeó su padre.

—Vaya, solo me ha llevado dieciocho años —contestó Ronie riendo desde su cuarto.

Cuando terminó de ducharse bajó a cenar con sus padres y charlaron sobre cómo le había ido el día. Cuando Ronie subió a su cuarto cerró la puerta, encendió el ordenador y entró en su perfil de YouTube. El vídeo que había colgado el día anterior tenía casi seis mil visitas. Ronie sonrió loca de contenta, leyó los comentarios que le habían dejado y los contestó todos con una sonrisa enorme.

Había pasado casi un año desde que Jimmy se había ido y aunque le había costado dar con algo a lo que dedicar su tiempo para distraerse, unos meses atrás lo había encontrado; el doblaje. Ronie sentía pasión por la interpretación desde el instituto cuando Robert, Robin, Albert y ella quedaban para grabar los guiones de Jimmy, fue entonces cuando supo que había encontrado su vocación. Ronie era demasiado tímida como para grabar a las órdenes de nadie más que no fuese Jimmy pero gracias a aquello descubrió que había una

forma de interpretar que le permitía tener mil identidades diferentes, donde no importaba su aspecto ni requería estar frente a una cámara: podía interpretar con su voz. Entonces empezó grabando pequeñas prácticas recortando escenas de sus películas, series o videojuegos favoritos donde ella sustituía la voz de la actriz original por la suya, todo esto sin que Mike y Yohana tuviesen la más mínima sospecha de las aspiraciones de su hija. No fue hasta mucho tiempo después cuando les dijo que quería ser actriz de doblaje. Para su sorpresa y alegría, después de ver los vídeos, sus padres la animaron a perseguir su sueño. Ronie sintió una felicidad que no pudo explicar, no había nada mejor que sentirse apoyada por sus seres queridos, saber que podía contar con ellos.

Cuando el instituto terminó Ronie se encontró con un exceso de tiempo libre que solo podía dedicar a pensar en Jimmy y todo lo que había pasado entre los dos, en lo mucho que le echaba de menos. Así que un día compró un micrófono de mejor calidad que el que tenía y empezó a grabar vídeos otra vez. Y, por primera vez, comenzó a subirlos a internet. Al principio le daba miedo la reacción y las críticas que pudiese recibir, después de todo estaba empezando y nunca había ido a clases de interpretación, pero todos resultaron ser amables y constructivos lo cual la motivó a tomárselo más en serio. Por una vez quería pensar en su futuro y tener una certeza, y esa certeza era que quería dedicarse a aquella maravillosa profesión. Lo cierto era que, aunque Ronie no estuviese dispuesta a reconocerlo, no era coincidencia que hubiese empezado a compartir sus vídeos con el mundo aquel año. Lo hacía porque una parte de ella esperaba que Jimmy los viese, que supiera que seguía luchando por su sueño. Al menos por uno de ellos. Cada vez que miraba las reproducciones una parte de ella se preguntaba si en alguno de esos números se escondería él.

¡De aquí a Hollywood no queda nada! XD

Había comentado Reeve. Reeve era uno de los chicos a los que había conocido en la plataforma aunque este no subía prácticas de doblaje igual que ella, sino partidas de videojuegos para

compartirlas con sus amigos, aunque sus *gameplays*, sumado a su personalidad alegre y vivaz, habían llamado la atención de mucha más gente, Ronie entre ellas. Se lo pasaba en grande viéndole jugar. El chico tenía diez mil seguidores, cosa de lo que estaba muy orgulloso pese a que esa no había sido su intención al crear el canal. Ronie comentaba sus vídeos de vez en cuando agradeciéndole que se hubiese convertido en su nuevo entretenimiento y Reeve empezó a visitar los de ella siempre escribiéndole un mensaje donde la apoyaba y le daba ánimos para convertirse en una de las mejores actrices del mundo. Poco a poco con el tiempo la relación entre ambos dejó de ser casual a convertirles en amigos. Ronie esbozó una sonrisa al escribir una respuesta a su mensaje.

Prometo que cuando sea rica y famosa me seguiré acordando de ti jajaja

A la mañana siguiente vio que había recibido un mensaje de Robin donde la informaba de que por lo visto en ese fin de semana se realizaba una convención en la ciudad y, con motivo del estreno de la segunda temporada de una exitosa serie de televisión, iban a asistir algunos actores de doblaje de esta para dar una charla. Ronie abrió el enlace que le había adjuntado y cuando vio de qué actores se trataba se quedó flipando, ¡tenía que ir!

El sábado por la mañana Robin y Ronie cogieron el primer bus hacia la ciudad. Ronie se pasó todo el viaje explicándole a Robin a qué personajes de sus series y videojuegos favoritos habían puesto voz los actores que iban a ver allí y aunque su amiga había escuchado esa cantinela mil veces le dejaba contarlo una y otra vez, le resultaba agradable ver a Ronie tan ilusionada con algo, sin pensar en Jimmy para variar.

Cuando llegaron se quedaron atónitas al ver la inmensidad de la cola que había para conseguir entradas. Por suerte, gracias a la previsora de Robin, ellas las habían comprado por internet el día antes y aunque también había cola para entrar al recinto no era nada comparada con la otra. Al cabo de unos minutos Robin y Ronie

estaban dentro del local. Revolotearon por todos los puestos durante horas, comprando figuras, llaveros y mangas. Antes de que se diesen cuenta les empezó a rugir la barriga y, nuevamente, tuvieron que hacer cola para conseguir la comida.

—¿Cuánto queda para la charla? —preguntó Ronie entre sorbo y sorbo de sus fideos chinos.

Robin miró el reloj.

—Una hora.

—Deberíamos ir yendo, para guardar sitio.

—Sí que estás nerviosa —comentó Robin divertida.

Se dirigieron al otro lado del pabellón, donde había dispuesto un escenario y un montón de sillas enfrente de él. Sobre el escenario, en la mesa, unas tarjetas con los nombres de los actores hicieron sonreír a Ronie, que fue corriendo a sentarse en primera fila.

—¿Y ya está? Esto es lo que vamos a hacer los próximos... cuarenta y cinco minutos, ¿mirar una mesa vacía? —Ronie asintió entusiasmada—. En ese caso cuéntame algo...

Ronie no desaprovechó la oportunidad y de nuevo comenzó a enumerar a sus actores de doblaje favoritos y sus respectivos papeles. Sin que se dieran cuenta las sillas de su alrededor comenzaron a llenarse hasta que un joven que llevaba un chaleco rojo y que trabajaba como voluntario subió al escenario para presentar a los invitados.

—¡Un fuerte aplauso para Lara Strong, Laura Ross y Charlie Bailey!

Al escenario subieron una preciosa mujer rubia, otra de pelo castaño y un chico de pelo rubio, el más joven de todos. Ronie se quedó prendada al verles, más cuando se presentaron y escuchó sus voces. El público aplaudía entusiasmado, Ronie no se imaginaba que pudiesen tener tantos admiradores allí pero se alegró enormemente al ver que no era la única que apreciaba tanto su trabajo.

Comenzaron la charla hablando sobre sus personajes y contando lo poco que podían avanzar sobre la historia de la nueva temporada sin hacer *spoilers*. Ronie escuchaba embelesada todas y cada una de sus palabras. Era sorprendente ver lo diferentes que eran respecto a sus personajes, lo mucho que cambiaban la voz con su actitud. Para ella estar ahí era como estar ante estrellas de Hollywood. Cuando la charla terminó, procedieron a dar paso a una ronda de preguntas en las que resolvieron dudas de los presentes.

—Tienes que preguntar algo.

—¿Qué? —preguntó Ronie sobresaltada.

—Es una oportunidad única, aprovecha para hacerles alguna pregunta —dijo Robin por lo bajo.

—Pero, pero...

Ronie había pensado miles de veces en lo que le gustaría decirles si alguna vez tuviese ocasión y, tal y como le había dicho Robin, era esa. Pero en ese momento, abrumada por la inminencia, se quedó en blanco, no era capaz de recordar una sola de esas preguntas que alguna vez se había planteado. Ninguna de las que se le pasaban por la cabeza era suficientemente buena como para formularla y cuando lo era se le adelantaba alguna otra persona del público.

—¿Alguna pregunta más? —preguntó el chico del chaleco rojo que se encargaba de pasar el micro entre los asistentes.

Robin lanzó una mirada a Ronie, la cual sentía que le iba a dar un colapso en cualquier momento. El chico del chaleco estaba a punto de dar por terminada la charla cuando Ronie alzó la mano.

—¿Te-tenéis que tener la misma edad que los personajes a los que ponéis voz? —Para cuando el cerebro de Ronie procesó las palabras que acababa de decir ya era tarde, todos los presentes la habían oído. El público se rio al escuchar su pregunta, igual que los ponentes. En ese momento Charlie, el más joven de los actores, se inclinó hacia su micrófono.

—No, no es necesario —respondió con una sonrisa—. La verdad es que una de las mejores cosas que tiene nuestra profesión es que no es necesario que tengas nada en común con el personaje al que vas a poner voz, ni física ni emocionalmente. De hecho, como curiosidad, muchas veces a los niños pequeños los suelen doblar mujeres. —Los asistentes comenzaron a cuchichear al oír eso y otros soltaron una exclamación al enterarse—. Lo único que exige este trabajo es que transmitas la misma emoción que está sintiendo tu personaje de la forma más fiel posible.

Las mejillas de Ronie se pusieron al rojo vivo, no por la vergüenza, sino por la forma en la que la había mirado el muchacho al responder. Había conseguido que una situación embarazosa dejara de serlo de la forma más encantadora posible.

Los presentes decidieron cerrar la charla por todo lo alto con la pregunta de Ronie ya que nadie más quiso decir nada o porque consideraban que no se podía superar la tontería que había dicho o precisamente por miedo a hacerlo.

—Bueno, le has preguntado algo, es más de lo que yo me habría atrevido a hacer —dijo Robin tratando de apoyar a su amiga mientras abandonaban la convención.

—Ha sido una pregunta absurda...

—Eh, ya sabes lo que decía el señor Hickins: la única pregunta absurda es aquella que no se hace.

—Eso es porque no había escuchado esta. Si el señor Hickins hubiese estado presente te aseguro que no seguiría diciendo lo mismo.

Robin se rio.

—Te ha contestado el chico guapo y le has hecho reír. No está tan mal, ¿no?

Ronie pensó en Charlie, la forma en la que la había mirado y volvió a sentir que se le erizaba la piel.

«La verdad es que no. Nada mal», pensó Ronie.

Una vez en casa, ese mismo día por la noche, Ronie buscó a los ponentes de la charla para deleitarse con entrevistas o recopilaciones de sus trabajos. Aún no se podía creer que les hubiese visto en persona, que hubiese estado a escasos metros de ellos. Cuando introdujo el nombre de Charlie en el buscador encontró su página web oficial desde la cual podía enviarle un mensaje. Ronie barajó durante unos minutos la posibilidad de escribirle aunque lo más probable era que no lo viese, tendría cientos de mensajes como el suyo a lo largo del día o, en el mejor de los casos, incluso si lo hacía no respondería, después de todo quizá la página y la opción de ponerse en contacto con él tuviese exclusivamente fines laborales. Pero le había gustado tanto la charla y sobre todo le estaba tan agradecida por la forma en la que había respondido su pregunta, que quiso agradecérselo. Escribió un breve mensaje felicitándole por su trabajo, para decirle lo emocionada que estaba de haberles conocido en persona y le dio las gracias por responder de forma tan amable a su pregunta. Una vez hubo releído el mensaje seis veces pulsó la tecla de enviar y soltó un suspiro. Recordó la preciosa mirada del chico y se fue a la cama con una sonrisa en la cara. Fue la primera vez que se acostaba sin pensar en Jimmy.

A la mañana siguiente lo primero que hizo antes de bajar a desayunar fue revisar su email, aunque no esperaba haber recibido ningún correo. Pero para su sorpresa se equivocaba, tenía un mensaje en la bandeja de entrada a nombre de Charlie Bailey.

«No puede ser. Será el típico mensaje automático para informarme de que han recibido lo que le escribí...», pensó pero, nuevamente, se equivocaba. El chico le había respondido.

¡Hola, Ronie!

Muchas gracias por escribirme, por ir a la charla y por valorar mi trabajo y el de mis compañeros, significa mucho. En cuanto a tu

pregunta entiendo perfectamente que estuvieses nerviosa, ¡probablemente a mí me habría pasado lo mismo! De hecho cuando empecé a trabajar y me encontraba con actores a los que admiraba en los pasillos de los estudios tenía que contenerme para no decir tonterías y, en fin, parecer profesional. Ahí sí que me gané mi título como actor jajaja

Encantado de conocerte.

Charlie.

Ronie no daba crédito a lo que veía, no podía creer lo amable que era, su cercanía. Ni siquiera acababa de procesar el hecho de que hubiese leído su mensaje y le hubiese escrito. Sin pensarlo dos veces respondió a su email.

Muchas gracias por leer mi mensaje y por contestar, para ser sincera no esperaba que lo hicieras pero me alegro de haberme equivocado.

Lo de fingir ser profesional me parece increíble... yo ni siquiera puedo imaginarme en esa situación y después de lo que pasó en la charla con vosotros si estuviese en un estudio rodeada de actores y actrices que admiro seguro que no podría decir ni una frase a derechas, todos pensarían «¿cómo es que quiere ser actriz de doblaje si ni siquiera sabe hablar?» jajaja

Apenas unos minutos más tarde Charlie le contestó otra vez.

Bueno, aunque los antecedentes no sean muy esperanzadores, mejor tomemos el incidente de ayer como un hecho aislado. Créeme, cuando llega la hora de la verdad te sorprendería comprobar la entereza que podemos tener.

Por cierto, ¿has dicho que quieres dedicarte a esto? ¡Eso es genial! Perdona que te pregunte pero siento curiosidad; ¿tienes algún vídeo o algo donde te pueda escuchar para ver cómo lo haces?

Ronie tuvo que leer tres veces el final del mensaje. «Tengo que estar soñando. Está claro que todo esto está pasando solo en mi imaginación. He tenido uno de esos sueños en los que sueñas que te

levantas pero en realidad sigo en la cama...», pensaba. Pero, fuese como fuese, estaba disfrutando tanto y tan feliz con la conversación que estaban teniendo que no iba a desaprovechar la oportunidad de que un actor de doblaje profesional echase un vistazo a alguno de sus vídeos, daba igual si era un sueño. Ronie copió el enlace de un par de vídeos de los que más orgullosa se sentía y le envió otro mensaje.

https://www.youtube.com/watch?v=v2Zgv9ZCHS8

https://www.youtube.com/watch?v=5g0xRmE-0IQ

Tengo que decir que soy autodidacta, practico en casa. Sé que me queda mucho por aprender por eso si tienes cualquier comentario o crítica, por cruel que pueda ser, no te cortes en decírmelo porque todo me servirá para mejorar.

Cuando actualizó la página tenía un nuevo mensaje del chico.

Espera, espera, espera... ¿en serio lo has hecho tú sola? Es increíble, son buenísimos!! En serio, seguro que si quisieras podrías dedicarte a esto. A mí me llevo un par de años hacerlo así y tú apenas estás empezando... me da un poco de envidia xD

Ronie no tardó ni un minuto en contestar, el corazón le iba a mil. Sin duda aquel era uno de los mejores sueños que había soñado nunca.

¿Esto está pasando de verdad? Creo que sigo en la cama y que estoy soñando.

Me temo que primero tengo que ahorrar para poder estudiar, trabajo en un restaurante por las tardes para ganar algo de dinero. Las escuelas están muy lejos de donde vivo por lo que lanzarme requeriría no solo el dinero para las clases sino para mudarme allí... Pero estoy segura de que con el tiempo conseguiré hacerlo, por eso mientras tanto me gusta practicar desde casa.

Y así, sin saber si vivía o soñaba y sin importarle como fuera, Ronie se pasó el resto del día hablando con Charlie. Cada vez que tenía ocasión subía a su cuarto para leer los emails y contestarle. En

el trabajo se pasó todo el tiempo pensando en cuando volviese a casa para poder seguir hablando con él, aquel día las horas le cundieron más que nunca desde que había empezado a trabajar allí. Ese día por la noche, después de contarle todo lo que había hecho en el trabajo y de que él le hablase más sobre el suyo, Charlie sugirió que sería mucho más práctico si ambos pudiesen escribirse desde el móvil, así que intercambiaron los números de teléfono.

Durante las siguientes semanas lo primero que hacía Ronie al levantarse y lo último antes de acostarse era hablar con él. Con el paso de los días sus padres comenzaron a ver que estaba más animada y entusiasmada, incluso Elena se percató de lo feliz que estaba ya que su compañera se pasaba las tardes cantando y tarareando canciones en el trabajo. La relación de Charlie y Ronie iba viento en popa y por primera vez en mucho tiempo la chica sintió que su vida volvía a cobrar sentido. Las cosas entre ellos avanzaron hasta el punto en el que ya no se conformaban solo con escribirse mensajes, querían oír la voz el uno del otro, habituarse a su forma de hablar en vez de que fuera una voz en su cabeza, por eso algunas noches, después de cenar, se llamaban y se quedaban hablando de alguna película o serie que habían visto últimamente, comentaban cómo les había ido el día y se daban las buenas noches antes de colgar.

Un día, después de despedirse de Charlie, Ronie se paró a pensar en la forma tan increíble que se sentía, en lo mucho que disfrutaba de cada día y que era gracias a él. Era como si Charlie fuese una cura a todo; a la tristeza, a la nostalgia, a la pena... era algo nuevo y emocionante. Cada vez que le pasaba algo la primera persona a quien quería contárselo era a él. Hacía semanas cuando Ronie pensaba en su futuro veía desconcierto, incertidumbre, ahora, con Charlie en su vida, podía verlo todo. Posibilidades. La posibilidad de ser feliz, de perseguir sus sueños y de que se hiciese realidad, igual que el día que le escribió, la primera vez que hablaron. En ese momento, mientras su corazón palpitaba lleno de entusiasmo y alegría, no pudo evitar pensar en la otra persona a la que siempre

había asociado esa sensación, Jimmy. Tuvo que recordarse que todo lo que había soñado con él no era más que un espejismo el cual desaparecía en cuanto se acercaba. Charlie era real, sólido como ella misma incluso aunque no pudiese verlo, porque pese a que llevaban hablando desde hacía más de un mes y medio no se habían vuelto a ver en persona desde el día de la convención. Ronie desbloqueó su teléfono, entró en la conversación con Charlie y tecleó un último mensaje antes de apagar la luz e irse a dormir:

Me encantaría poder verte.

Al día siguiente, como de costumbre, Charlie le había respondido, aunque su respuesta constaba solo de una pregunta.

¿Cuándo?

A Ronie se le disparó el corazón. Releyó la frase que le había enviado la noche anterior, la pregunta de Charlie y respondió:

Cuanto antes.

Unos momentos después de enviar el mensaje tenía otro. De nuevo, solo con una pregunta:

¿Mañana?

Ronie se quedó de piedra. ¿Hablaba en serio? Pese al escepticismo respondió la única palabra que se repetía en su mente.

Sí.

Apenas unos segundos más tarde tenía respuesta:

Allí estaré.

Ronie se quedó con el teléfono entre las manos observando las palabras, toda la conversación. ¿En serio iba a ir a verla? De pronto, como si durante esos minutos otra persona hubiese tomado control de sus actos y sus palabras, Ronie fue consciente de lo que acaba de pasar y sintió miedo. Dando razones de peso para que Charlie pensase que era bipolar, Ronie comenzó a escribirle cuestionando todo lo que acababa de suceder.

Pero, pero…

Si ni siquiera sabes dónde vivo

Es demasiado repentino, quizás no hay billetes disponibles...

Además, ¿dónde dormirías? No tengo sitio en casa y no te vas a quedar en el sofá

Sus manos empezaron a temblar. Acababa de conseguir lo que quería y su primera reacción era rechazarlo. En contraposición a como ella se sentía, Charlie respondió con toda la tranquilidad del mundo.

Puedes decirme dónde vives e iré hasta allí.

Seguro que quedan billetes.

Puedo dormir por ahí, habrá hostales en tu pueblo o alrededores, ¿no?

Además... Yo también tengo ganas de verte.

Ronie no pudo resistirse a eso. Dejó de temblar y sintió la misma calma que transmitía el chico en sus mensajes. Acordaron quedar al mediodía en la estación de tren y a partir de ese momento Ronie solo podía pensar en una cosa: al día siguiente iban a verse.

Ronie llegó a la estación media hora antes de la hora a la que se suponía que llegaría Charlie. Saber que solo iba a estar un día allí le aliviaba un poco, ya que aún se sentía tan nerviosa como incrédula, hasta el punto de que una parte de ella creía que el chico no iba a aparecer. Quizás le diría que no había podido coger el tren, o que había cambiado de idea... Por eso no levantaba la vista del teléfono esperando un mensaje del chico en cualquier momento informándola de que finalmente no iba a ir.

—¿Cómo está la mejor actriz del mundo?

Ronie alzó la vista para mirar a la persona que le había hablado. Enfrente de ella se encontraba Charlie y Ronie se quedó prendada al verle. Era más guapo de lo que recordaba, su memoria no había

hecho justicia a los hoyuelos de sus mejillas cuando sonreía, las pecas de su cara, su mandíbula cuadrada, sus ojos color avellana ni su pelo castaño claro. Charlie sonreía divertido, tal vez debido a la expresión de Ronie, que seguía sin creer lo que estaba viendo.

—Has venido —dijo atónita.

—Eso parece. —Charlie avanzó hacia ella, que seguía sin moverse.

—Estás aquí, estás aquí de verdad.

—Así es. A no ser que estemos soñando, o que sea un holograma, o una alucinación...

Ronie comenzó a reaccionar a sus palabras, a su presencia, a cada paso que daba hacia ella. Cuando se trataba de Charlie costaba diferenciar la realidad de la ficción.

—¿Cómo podemos estar seguros de que es real?

Charlie se detuvo frente a la chica. Ronie nunca le había tenido cara a cara, tan cerca. De pronto Charlie dejó caer su mochila y le rodeó con los brazos atrayéndola hacia él, reduciendo a cero la distancia entre ellos.

—¿Te parece real?

Habían abrazado a Ronie muchas veces, pero nunca se había sentido como en aquel momento. Charlie estaba allí, ella le había dicho que quería verle y él había ido. Un sueño que se había materializado. No eran solo palabras, no era un espejismo. Podía oler su colonia, sentir los brazos del chico a su alrededor, la calidez de su cuerpo, el latido de su corazón... Sin duda era real. Todo lo que sentía era real.

Ronie asintió con la cabeza y correspondió a su abrazo.

—Estás aquí —repitió Ronie, esta vez tan segura de ello como de su propio nombre.

—Bueno, siempre podemos volver a asegurarnos —bromeó. Ronie se rio.

—¿Te apetece comer algo? —propuso la chica.

—Estaba deseando que lo dijeses —respondió Charlie entusiasmado.

Ronie le llevó a una cafetería de la que le había hablado Robin. Después de almorzar compraron un helado y dieron un paseo junto al río mientras esperaban la hora para subir al autobús que les llevaría al pueblo donde vivía Ronie. Al principio Ronie estaba preocupada pensando si tal vez su relación con Charlie solo funcionaba a kilómetros de distancia, a través de una pantalla o siendo solo una voz al otro lado del teléfono, pero le fascinó comprobar que funcionaban en todas las distancias. Aunque aquella era la segunda vez que se veían sentía como si se conociesen desde siempre y sabía que él también se sentía así. Pasaron la mayor parte del tiempo hablando sobre su pasión; el doblaje. Charlie le contó cómo descubrió que quería dedicarse a esa profesión, cómo empezó a trabajar y no paraba de repetirle que ella podría hacer lo mismo. Ronie estaba en una nube; hablando con un chico al que admiraba, que se dedicaba al trabajo de sus sueños y que además la apoyaba al cien por cien en sus aspiraciones. Hacía unos meses habría sido imposible para ella imaginar que podría ser tan feliz, estar pasándolo así de bien y estar sintiendo tanta fascinación por alguien que no fuera Jimmy. Charlie no se parecía en nada a él, ni física, ni mentalmente, ni en su forma de hablar, de moverse, ni siquiera en su forma de mirarla. Ambos eran totalmente diferentes y sin embargo cuando estaba con Charlie sentía algo muy parecido a lo que sentía con Jimmy.

Lo primero que hicieron al bajar del autobús fue ir a casa de los Honely para que Charlie dejase sus cosas. Los padres de Ronie habían insistido en invitar a Charlie a comer. Querían conocer al chico que la tenía tan emocionada y que además podía ser un futuro compañero de trabajo. Una vez terminaron de comer y contando con la aprobación de sus padres, que tampoco habían podido resistirse a los encantos naturales del chico, Ronie y Charlie fueron a dar un paseo. Recorrieron las calles por las que Ronie había pasado miles

de veces antes, pero esta no prestaba atención, toda su atención estaba puesta en el chico. Ronie le llevó a uno de sus lugares favoritos a unos cuantos kilómetros de allí, lo había descubierto poco después de que Jimmy se fuese; se trataba de una finca de caballos. Rápidamente se había convertido en una especie de refugio para ella al comprobar que incluso sin Jimmy allí podía seguir encontrando lugares maravillosos como ese, que aún había belleza en el mundo. Aquella era la misma sensación que tuvo cuando conoció a Charlie, el cual se acercó a la valla.

—Es increíble —dijo fascinado al ver esos hermosos animales. Uno de ellos, de color blanco, también se sintió atraído por el característico magnetismo de Charlie y se acercó a él. Ronie se quedó boquiabierta al ver al chico acariciando al precioso animal y no pudo evitar imaginárselo montado sobre él, como un príncipe de cuento y su corcel.

—Toma —dijo Ronie extendiéndole un terrón de azúcar.

—Vaya. —Charlie lo cogió con una sonrisa—. Sabía que eras dulce pero no hasta el punto de crear terrones de azúcar de la nada —bromeó ofreciéndole el terrón a su amigo equino.

—La dueña del establo me enseñó el escondite donde guarda los terrones para que las visitas puedan dárselos. Solo lo conocen unos pocos —dijo acariciando el morro del animal.

—Me alegra ser uno de ellos. —Al cabo de unos minutos en silencio observando a los caballos Charlie añadió—. A Andrea también le apasionaban los animales.

Andrea era la exnovia de Charlie, la había mencionado anecdóticamente en alguna ocasión cuando empezaron a hablar por teléfono. Lo único que Ronie sabía sobre ella era que habían salido durante un par de años pero que lo dejaron hacía casi un año. Ronie desconocía la razón de su ruptura y aunque debía admitir que sentía curiosidad nunca se había atrevido a preguntarle al respecto más allá de lo que él quisiera contarle. Pensaba que quizás Andrea era para Charlie lo que Jimmy para ella, alguien que le había dado

mucha felicidad y a quien recordar traía dolor. Pero en aquel momento, al oírle decir eso rodeados de un escenario de cuento, no pudo evitar preguntarle al respecto. En parte para aliviar la curiosidad que sentía desde que había escuchado su nombre por primera vez y en parte para saber si la razón que les separó podría ser algo que pudiese ocurrirle a ellos. Suponiendo que llegasen a ser un «ellos».

—No tienes que responder si no quieres pero, ¿qué pasó? ¿Por qué se terminó?

—Andrea estudiaba en la ciudad, que fue donde nos conocimos y donde pasamos el primer año y medio juntos. Pero con el tiempo, siguiendo sus estudios, se mudó más lejos y aunque intentaba compaginar mi trabajo con ir a verla los fines de semana llegó un momento en el que para ella no era suficiente con eso... Quién sabe, quizás no era nuestro momento.

Al escuchar esas palabras solo una persona se materializó en la mente de Ronie y pensó que Charlie tenía razón. Quizás tampoco fuese el momento de Jimmy y ella, o quizás ya había pasado. De lo que sí estaba segura era de dónde se encontraba en aquel preciso instante, con quién; alguien que la había elegido, que había actuado para estar allí, no solo para decir que querría hacerlo. Charlie era su presente y eso la hacía muy feliz.

—¿Y qué hay de ti? Nunca me he atrevido a preguntarte al respecto pero me imagino que tú también tendrás una historia que contar. Dime, ¿alguien por quien me deba preocupar? —bromeó con una sonrisa juguetona.

Por un segundo Ronie se planteó hablarle de Jimmy, él le había hablado sobre Andrea y le parecía lo justo, pero, ¿qué podía decir? Él ya no era alguien que estuviese en su vida de forma activa, hablar de él sería como contarle a la luna sobre el sol cuando este ya se ha apagado. Finalmente decidió que no tenía sentido explicarle su complicado pasado, más cuando precisamente gracias a él lo estaba dejando atrás.

—La verdad es que no. Supongo que es como has dicho, aún no ha llegado mi momento.

—Estoy seguro de que no tardará —dijo Charlie con una voz tan suave que atravesó el corazón de Ronie como una flecha. Cada vez estaba más segura de haber conocido a su príncipe encantador.

Cuando empezó a anochecer emprendieron el camino de vuelta. Mientras caminaban hablando animadamente, Ronie recibió un mensaje, lo cual le sorprendió ya que la persona que más solía escribirle (y la única con la que hablaba prácticamente) estaba justo a su lado. Sacó el móvil del bolsillo y vio que quien le había escrito era Robin.

Hola Ronie

Robert se ha enterado de que estás con un famoso y quiere conocerlo. Os gustaría quedar a cenar con nosotros en la hamburguesería?

Albert también irá

Ronie se sonrojó al leer aquel «estás» y no quiso preguntar en qué sentido de la palabra se refería, pero al planteárselo como pareja le gustó mucho la idea.

—A unos amigos les gustaría conocerte y nos han propuesto quedar a cenar juntos, ¿te gustaría ir?

—Por supuesto, me encanta todo lo que me permita saber más de ti y de tu mundo.

Ronie escribió un mensaje a Robin para confirmar el plan y a sus padres para avisarles de que cenarían fuera.

Okei

Te importa si quedamos en tu casa? Robert tuvo la feliz idea de hacer una guerra de agua en el jardín de su casa y estoy empapada, puedes prestarme algo de ropa?

Divisaron el coche de la madre de Robert desde el fondo de la calle. Este había sacado el carnet de conducir el año pasado y aunque había jurado y perjurado que aunque tuviese carnet no dejaría de ir en bici a los sitios lo cierto era que solo la usaba cuando no tenía más remedio. Robin fue la primera en acercarse a saludar.

—Muchas gracias, Ronie. Si no fuera por ti moriría congelada... —dijo lanzando una mirada asesina a Robert.

—¡Eh! Que yo también te propuse usar mi ropa y no quisiste —dijo acercándose a ellas.

—¡No pienso aceptar nada tuyo! —gruñó la chica.

—¡Pues bien que has subido al coche!

—¿Es que acaso esperabas que viniese andando...?

Cuando repararon en la presencia de Charlie ambos se callaron de golpe. Al ver que se le quedaron mirando, el chico de ojos avellana ofreció una sonrisa y les saludó.

—Hola, soy Charlie. Vosotros debéis de ser Robin y Robert. Ronie me ha hablado muchos de vosotros.

Robin se puso colorada al oírle decir eso, un tanto avergonzada por la escenita que acababan de montar.

—Hola...

—¡Vaya! Tú eres actor de doblaje, ¿no? A ver, di algo —dijo Robert acariciándose la barbilla y entrecerrando los ojos.

—Algo —respondió el chico desenfadadamente, Ronie tuvo que fruncir los labios para contener la risa. Tras unos instantes en silencio el chico de pelo alborotado respondió.

—Nah, no te pega tu voz. —Charlie se echó a reír.

—Me caes bien.

Mientras Robert interrogaba a Charlie con decenas de preguntas sobre su trabajo, cada cual más original que la anterior, Robin acompañó a Ronie hasta su cuarto para que se cambiarse de ropa.

—Bueno... ¿qué te parece? —preguntó Ronie tímidamente.

—Sinceramente; sabía que era guapo y además parece simpático. ¡Ha sabido poner a Robert en su sitio! Eso no puede decirlo cualquiera. —Cuando Robin se colocó la camisa se acercó a su amiga y la agarró de las manos—. Te mereces ser feliz. Me alegro mucho por ti —dijo con su mejor sonrisa.

Ronie sonrió. Para ella era importante que Charlie se llevase bien con sus amigos y contar con la aprobación de Robin hacía que se sintiese aún más segura de que estaba haciendo lo correcto siguiendo adelante con su vida.

Cuando bajaron Robert seguía con el interrogatorio.

—¿Y tenéis que doblar los sonidos? Rollo palmadas, golpes, pasos...

—No, nosotros no nos encargamos de los efectos de sonido, hay gente especializada para ello.

—Aaaaaanda... —respondió Robert, cada vez más fascinado con el muchacho.

—Por favor, Robert, dale un respiro —dijo Robin subiendo al asiento del copiloto.

—Estoy aprendiendo muchas cosas. Ahora soy más sabio que la última vez que me viste... —replicó dirigiéndose a la puerta del coche.

Charlie miró a Ronie, la cual mostraba una sonrisa de disculpa en nombre de su amigo, preocupada al pensar que tal vez le estuviese atosigando, pero Charlie le guiñó un ojo y abrió la puerta de atrás del coche invitándola a entrar.

Albert les estaba esperando a la entrada del local. Cuando vio a Charlie lo saludó estrechándole la mano sin decir ni una palabra y así se mantuvo hasta que se sentaron en una de las mesas y leyeron la carta para decidir qué iban a pedir. Pasados unos minutos y viendo la cantidad de preguntas que le estaba haciendo Robert, Albert se

relajó y le confesó a Charlie que era un gran admirador de su trabajo. Había jugado un montón de videojuegos en los que él había trabajado y le estaba costando hacerse a la idea de que esa misma persona a la que había escuchado tantas veces antes estuviese sentada delante de él. Cuando por fin se decidió a preguntarle por su trabajo muchas de las preguntas que le hizo las respondió Robert, que ya las había hecho con anterioridad y parecía disfrutar explicándole los entresijos de la profesión como si fuera un experto en la materia ignorando el hecho de que todo aquello lo hubiese aprendido treinta minutos antes.

Ronie estaba encantada con el alboroto que la presencia de Charlie había formado y viendo cómo sus amigos se interesaban tanto por saber sobre el trabajo del chico y el que algún día sería también el suyo. Todos estaban encantados con él y por un momento estando allí, charlando como si nada con sus amigos de siempre, recordó cuando Jimmy estaba con ellos. Le alegró que al comparar ambas imágenes no hubiese tanta diferencia, que Charlie fuese uno más. En ese momento una suave caricia en su mano la sacó de sus pensamientos. Miró a Charlie, que mientras escuchaba todo lo que Robert y Albert tenían que decir, había deslizado su mano hasta agarrar la de ella. Un gesto aparentemente tan inocente hizo que el corazón de Ronie se disparase en un segundo y tuviese cosquillas en el estómago. Era una sensación maravillosa.

Cuando acabaron de cenar, Robin se despidió diciendo que volvería andando a casa para bajar la cena mientras Albert se subía en su bici y se despedía de los demás, esta vez hablando con todos. Fue en ese momento cuando Ronie cayó en la cuenta de algo: había estado tan absorta todo el día con Charlie disfrutando de su presencia allí que había olvidado por completo que no tenía dónde pasar la noche. Por suerte para ella, Robert tenía la solución perfecta.

—¿Por qué no dormís en mi casa? Mi madre se ha ido a pasar el fin de semana con su novio así que hay sitio de sobra. Podéis dormir

en el sofá cama del salón.

Ronie miró a Charlie para medir su reacción ante esa idea, pero el chico se adelantó a responder.

—Me parece perfecto. Gracias, Robert.

—En ese caso, en marcha —dijo Robert dirigiéndose al coche.

—El cuarto de baño está al fondo a la derecha, si al entrar os encontráis conmigo sobando es que os habéis equivocado de derecha. Si queréis algo de picar o de beber podéis mirar en la cocina —dijo Robert mientras preparaba el sofá cama—. Bueno, que descanséis.

—Buenas noches, Robert —se despidieron Charlie y Ronie.

Ronie miró al colchón y luego a Charlie. No sabía decir por qué pero le daba vergüenza tumbarse con él, solo de pensar lo cerca que iban a estar el uno del otro la ponía al borde del colapso.

—¿Qué lado prefieres? —preguntó el chico.

—La verdad es que me es igual —respondió Ronie tímidamente.

—En ese caso... —dijo Charlie tumbándose. Ronie se quedó embelesada observando su torso cuando se quitó la cazadora y la dejó a un lado, sus oblicuos cuando al tumbarse se le subió la camisa—. ¿Vas a quedarte ahí toda la noche? Vamos. Tranquila, no muerdo.

Aunque el comentario de Charlie tenía la intención de relajarla surtió el efecto contrario y Ronie soltó una risa nerviosa.

—Está bien... —Ronie obedeció y se tumbó a su lado. Los dos se quedaron en silencio y Ronie rezó para sus adentros pidiendo que el chico, estando tan cerca de ella, no pudiese oír lo rápido que le latía el corazón.

—¿Qué tal lo has pasado? —preguntó por fin tratando de calmarse.

—De maravilla. Tus amigos son geniales y este pueblo también.

—Me alegro mucho de que pienses así.

—Y yo de haber venido. Gracias por proponerlo, ha sido un día genial.

—Sí... y pensar que estuve a punto de echarme atrás... —recordó Ronie avergonzada.

—Las cosas que más miedo nos dan son las que más merecen la pena.

Charlie agarró la mano de la chica y esta, igual que las otras veces, se estremeció y, a diferencia de las otras veces, agarró la mano de él. Y así se quedaron dormidos.

Al día siguiente despertaron con el delicioso olor de unos gofres que Robert estaba preparando. Ronie miró al chico que estaba tumbado a su lado y se fijó en sus manos que aún seguían agarradas.

—Buenos días —susurró Charlie.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—La verdad es que sí... —Ronie volvió a mirar sus manos—. Sorprendentemente bien.

Ronie alzó la vista y se encontró con los ojos de Charlie que la observaban fijamente, a sus labios en concreto. Durante un instante la gravedad de la Tierra se desvaneció y fue sustituida por una fuerza aún mayor que provenía de los labios del chico. Por un segundo Ronie creyó que Charlie iba a besarla y durante ese segundo quiso que lo hiciese.

—Qué bien, ya estáis despiertos. He preparado el desayuno.

Ronie se sobresaltó al oír a Robert, pero siguió sin soltar la mano de Charlie. Ambos se sonrieron y fueron a la cocina. Cuando terminaron de desayunar y tras halagar el talento culinario de Robert, Ronie miró el reloj de la cocina y al ver la hora que era le

preguntó a su amigo si podía llevarles a su casa para que Charlie cogiese sus cosas.

—Claro, sin problema. Aprovecharé el viaje para ir a ver a Robin y ofrecerle unos gofres en son de paz por la guerra de agua de ayer —respondió Robert.

Cuando llegaron a casa de Ronie, Robert y Charlie se despidieron como si fuesen amigos de toda la vida. Robert le dijo que estaba encantado de conocerle y que esperaba seguir disfrutando de sus trabajos.

Yohana y Mike se encontraban en la cocina preparando la comida cuando oyeron a su hija y al amigo de esta entrar.

—¡La hija pródiga ha vuelto! —anunció Mike.

Ronie se rio avergonzada

—Papá, solo he estado una noche fuera...

—En una noche pueden pasar muchas cosas.

—Mike, no la agobies —le reprendió su mujer—. ¿Qué tal lo habéis pasado?

Ronie dirigió la vista de forma inconsciente a su habitación, donde en ese momento se encontraba Charlie, y sonrió.

—La verdad es que ha sido un día inolvidable.

—Me alegro mucho, cielo.

—Hemos venido a por su mochila. El tren sale a mediodía, así que vamos a ir ahora a la estación.

—¿Tan pronto? Bueno, supongo que tiene que volver al trabajo. Dile a Charlie que puede venir siempre que quiera, aquí es bienvenido.

—Muchas gracias, señora Honely**,** lo tendré en cuenta —dijo Charlie entrando por la puerta con la mochila colgada al hombro—.

Tienen una hija maravillosa, con mucho talento y muy segura de lo que quiere. Estoy convencido de que llegará lejos.

Yohana miró a Ronie con ternura, la cual estaba colorada, resplandeciente de felicidad.

—Lo sabemos, tenemos un tesoro —dijo Mike estrechándole la mano al chico.

—Encantada de conocerte, Charlie. Cuídate —dijo Yohana dándole dos besos.

Ronie y Charlie estuvieron en silencio todo el camino hasta la estación de tren. A Ronie le costaba creer que hubiese estado allí mismo hacía tan solo un día.

—No quiero irme... —dijo Charlie.

—Yo tampoco quiero que te vayas —confesó Ronie.

—Entonces decidido; demos media vuelta y volvamos a tu casa. Creo que tus padres me adoran —bromeó el chico. Ronie se rio—. No malinterpretes lo que te voy a decir, me encanta hablar contigo por escrito o por teléfono, pero espero verte otra vez muy pronto. Escuchar tu voz a través del auricular no se puede comparar a hablar contigo mirándote a los ojos. Este ha sido uno de los mejores días que he vivido en mucho tiempo. —Charlie agarró la mano de Ronie y se inclinó hacia ella de forma que la chica creyó que iba a besarla, pero los labios de Charlie aterrizaron en su mejilla, rozando la comisura de su boca. Charlie se separó lentamente mientras por megafonía llamaban a los pasajeros de su tren—. La próxima vez —susurró.

Ronie no supo si se estaba refiriendo al beso, si él había pensado lo mismo, o si realmente tenía intención de besarla y había cambiado de opinión en el último momento, pero fuera como fuese esas palabras no pudieron hacerla más feliz. La promesa de que solo era el principio, que habría una próxima vez.

Charlie apretó suavemente la mano de Ronie y Ronie le correspondió apretando la suya.

—Hasta pronto —dijo Charlie.

—Hasta pronto —respondió Ronie sin dejar de mirarle mientras se alejaba hasta que despareció por la puerta de la estación. Incluso cuando el tren se había ido Ronie permaneció allí unos minutos más disfrutando de ese día, de esa sensación, de ese beso y de las palabras del chico.

De vuelta a casa Ronie estuvo haciendo repaso de todo lo que había vivido en las últimas veinticuatro horas, en lo maravilloso que había sido ese día y en lo maravilloso que era Charlie. Por primera vez en mucho tiempo había sido puramente feliz, además Charlie había logrado sacar a Jimmy de la cabeza, lo cual era un hito. Entre ellos había habido química al instante y, tal como había comprobado el día anterior, funcionaban perfectamente en todas las distancias. El chico estaba dispuesto a mover cielo y tierra por ella y no solo lo decía sino que lo había demostrado yendo a verla. Ronie siempre había creído que nunca sería capaz de sentir algo por alguien que no fuera Jimmy, pero Charlie, conocerlo, le había demostrado que se equivocaba. Todo entre ellos había sido tan exprés, tan platónico, que había empezado a pensar que tal vez esa era otra forma de gustar y que te gusten, que no hacía falta estar sintiendo algo tan fuerte por alguien durante tanto tiempo como lo había sentido ella por Jimmy para que fuese «real» o para que mereciese la pena. Ronie debía seguir con su vida y de ser así no le perecía tan mala idea que fuera con Charlie.

Una vez en casa, subió a su habitación y escribió un mensaje a Charlie.

Te echo de menos. Gracias por venir y por este día tan increíble... para mí también ha sido el mejor en mucho tiempo. Estoy deseando que llegue esa próxima vez

Dejó el teléfono encima de la cama y al cabo de unos minutos escuchó el tono de su respuesta. «Vaya, había olvidado cómo era esto» pensó. Aunque la mayor parte de su relación con él la había pasado hablando a través de una pantalla y aun teniendo en cuenta que solo había estado unas horas allí sintió que necesitaría volver a acostumbrarse a todo aquello de nuevo. Desbloqueó la pantalla y leyó el mensaje.

Fue un placer, ese día fue muy divertido. Estoy seguro de que vamos a ser muy buenos amigos.

Ronie sintió un escalofrío al leer la última frase, la última palabra.

Bueno, yo diría que ya lo somos jaja

Respondió algo nerviosa.

Sí, tienes razón. Y créeme, tu amistad es muy importante para mí. Eres una gran amiga, Ronie.

Ronie empezaba a ponerse cada vez más nerviosa. Aunque Charlie le escribía animadamente, como siempre, había algo extraño. ¿Por qué hablaba en pasado? ¿Y por qué repetía tanto la palabra «amiga»? Después de aquel día, de haberle visto y todo lo que había sentido, Ronie esperaba que ser amigos fuese solo el principio, no todo lo que serían. Ronie escribió un mensaje tratando de forzar una repuesta que la ayudase a comprender qué estaba pasando.

Tal vez podamos ser más que eso la próxima vez

Tras unos instantes escribiendo, el mensaje de Charlie llegó.

No estoy seguro de que vaya a haber una próxima vez.

El suelo bajo los pies de Ronie comenzó a tambalearse. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué estaba tan distinto a como cuando se despidieron en la estación? Entonces Charlie parecía querer lo mismo que Ronie sin embargo en ese momento todo lo que le decía indicaba que, para él, se habían topado con el punto final de su historia. Aterrada, con todas esas preguntas en su cabeza, Ronie decidió llamarle para hablar con él, para pedirle una explicación.

Sonaron un par de tonos antes de que el chico descolgase, aunque no dijo nada al hacerlo, esperó a que Ronie formulase su pregunta.

—¿Qué ocurre, Charlie? —Trató de mantener la voz lo más firme posible.

—Nada, no pasa nada. Tú... eres genial, Ronie, de verdad que sí pero yo... me he precipitado. Nos conocemos desde hace poco y... Creo que me he dejado llevar demasiado. Nos va bien siendo amigos y tú eres alguien muy importante para mí, no quiero hacerte daño...

Ronie seguía sin entender a qué venía ese cambio de actitud tan repentino, hacía apenas un par de horas que se habían despedido en la estación y por aquel entonces él parecía querer lo mismo que ella. Ronie aguantó con todas sus fuerzas las ganas de llorar, no quería mostrarse así, exponer lo dolida que se sentía.

—No puede ser solo eso. Hace un rato, en la estación, tú... —Ronie quiso mencionar el beso, esa «próxima vez» pero no pudo—... Estabas tan distinto, parecías estar tan seguro de todo y ahora... No lo entiendo.

—Andrea me ha llamado. Dice que me echa de menos, que se arrepiente de su decisión y que le gustaría que nos diésemos otra oportunidad... Y quiero hacerlo. —El corazón de Ronie se petrificó en ese momento, en cuanto oyó su nombre. Al ver que se había quedado en silencio Charlie siguió hablando—. Ronie, todo lo que te dije, todo lo que he hecho, ha sido de corazón. Eres maravillosa, de verdad, y no me arrepiento de nada de lo que ha pasado pero... creo que eso es todo lo que puede haber entre nosotros. Creía que no era el momento para mí y para Andrea pero ahora, tal vez, podría serlo. Siento mucho haberte involucrado, ha sido culpa mía.

—No. Está bien —mintió—. Tenías razón, no pasa nada. Adiós, Charlie. —Acto seguido colgó el teléfono y se dejó caer sentándose al borde de la cama.

Sintió como si Charlie hubiese formando un puzle y la pieza que le faltaba para resolverlo fuese una de las que había dejado su corazón

al romperse. Pasó de la euforia a la apatía más rápido de lo que tarda en caer un rayo dejando el mismo rastro desolador que un terremoto. Cuando se fue Jimmy se le había roto el corazón. Cuando conoció a Charlie y empezó a hablar con él este comenzó a sanar solo para que pudiese descomponerlo de nuevo. Se atrevió a abrirse, por primera vez se atrevió a sentir algo por alguien que no fuese Jimmy, tal y como se suponía que debía hacer, y en un flash no era más que una ilusión. Jimmy y Charlie, aun siendo tan diferentes, habían sido capaces de hacerle sentir lo mismo, para lo bueno y para lo peor. Se tumbó en la cama y se quedó mirando al techo sin saber en qué momento habían empezado a desbordarse las lágrimas de sus ojos. Sin saber si lloraba por Jimmy, por Charlie o por ella. Sin resistirse a la tristeza que le inundaba. Había vuelto a pasar:

Las palabras eran solo palabras.

LA MANCHA DE UNA MORA ROJA CON UNA VERDE NO SE QUITA

Noviembre de 2013

Antes de que sonase el despertador Roman ya se encontraba dando vueltas por el piso llevando cosas de un lado a otro. A Jimmy no le importaba porque, al igual que él, llevaba despierto desde hacía un rato, la alarma solo servía para recordarle que tenía que levantarse para ir a la universidad.

—¡Jimmy, sé que estás despierto! Ayúdame con el desayuno —dijo la voz que daba vueltas por el pasillo.

Jimmy suspiró resignado. Desde que se había mudado a Bruselas le encantaba remolonear en la cama, escuchar el sonido proveniente de la calle, a Roman tarareando las canciones que sonaban en la radio mientras recorría el piso... pero sobre todo, lo que más le gustaba era que estando así, por un momento, tenía la misma sensación que cuando estaba en su anterior habitación de la que había sido su casa durante diecisiete años. Por unos minutos tenía el poder de parar el tiempo y saborear el recuerdo de bajar a desayunar con su madre, prepararse para ir a clase, encontrarse con Ronie de camino a allí... hasta que una punzada en el corazón acababa con su ensoñación, haciéndole ver que no eran más que recuerdos. Su realidad era otra muy diferente.

Cuando se levantó abrió la puerta de su cuarto, salió al pasillo y de camino a la cocina se topó con Roman, su compañero de piso, un chico de su edad que tenía pelo rubio y perilla. Jimmy le miró con los ojos entrecerrados, todavía necesitaba unos segundos para acostumbrarse a la luminosidad del piso.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó frotándose los ojos.

—Mis CD de música, estoy reorganizando el apartamento.

—Oh, ya veo... —dijo Jimmy sin más reanudando su camino a la cocina.

Cuando llegó a Bruselas, Jimmy se encontró en una ciudad completamente diferente, con gente completamente diferente. La primera persona a la que conoció allí fue Roman, quien le recibió con una enorme sonrisa el día que se mudó con él. Ambos sabían que el desconocido que tenían enfrente pasaría a ser su mejor amigo en esa nueva etapa de sus vidas, aunque también sabían que ninguno de los dos podría reemplazar a los que habían dejado atrás. Roman era un chico peculiar, durante los dos años y medio que Jimmy había vivido con él había reorganizado el apartamento cuatro veces (siempre coincidía con fechas especiales que solía celebrar con su familia). Jimmy sabía que para Roman había sido muy duro dejar de vivir con sus padres y su hermana pequeña para mudarse tan lejos. En su caso no había sido idea suya, sino de sus padres y para él esa distancia entre ellos había sido liberadora en cierto sentido. No estaba viviendo la vida que quería, eso no había cambiado, pero al menos podía hacerlo a su manera, sin tenerles encima diciéndole qué hacer constantemente. Hablaban por teléfono una vez a la semana y a veces ni siquiera eso. Todo lo que querían saber era que los estudios le estaban yendo bien, por lo que Jimmy se encargaba de mantenerles al tanto de sus buenas notas. Sin embargo ellos no tenían las respuestas para las preguntas que Jimmy se hacía: ¿cómo estaba Ronie? Después del tiempo que había pasado desde la última vez que se habían visto, ¿seguía sintiendo un vacío cuando pensaba en él? ¿Como si hubiese perdido algo importante en lugar de olvidarlo? ¿Se arrepentía de no haber ido a buscarle el día que se

fue? Porque Jimmy sí lo hacía, aunque se esforzaba por recordarse a sí mismo que las historias de amor son cosa de dos, que por mucho que el príncipe quisiera estar con la princesa si esta no le correspondía el cuento acababa ahí. Pero eso no significaba que él dejase de pensar en ello. Ni el tiempo ni la distancia podían impedirlo.

Cuando terminó de desayunar fregó los platos, se vistió, cogió sus cosas y fue con Roman a la universidad. Vivían tan cerca que podían ir andando. A Jimmy le gustaba mucho el paisaje; los edificios, la naturaleza, la gente... cosas cotidianas como los rayos del sol o incluso el aire que respiraba le parecían distintos. Era como haber dado un salto a un universo paralelo, como si hubiese empezado a vivir en la piel de una versión de sí mismo que estaba lejos de todo lo que conocía, de todos los que quería y de Ronie. Un pequeño experimento para comprobar si alguno de esos factores podía hacer que se olvidase de ella. De momento el resultado indicaba que no sería así.

—Tío, no me estás escuchando, ¿ya estás ensimismado otra vez? Pasas más tiempo pensando en las cosas que no tienes que disfrutando de las que sí —dijo Roman, acto seguido pegó un mordisco a su manzana. El vapor del aire caliente entrando en contacto con el frío invernal típico de esa época acompañó sus palabras.

—¿En serio me vienes tú con esas? ¿Don «no quiero deprimirme pensando en mi familia así que reorganizo todo el apartamento para distraerme»?

—Eh, eso es un golpe bajo. Es el cumpleaños de mi hermana, me da pena perdérmelo y lo sabes. Pero mi forma de lidiar con ello no es maleducada hacia ti, tú sin embargo te abstraes mientras te hablo y no me haces ni caso.

Aunque no quería reconocerlo, Roman tenía razón.

—Perdona es que... yo también lo extraño mucho a veces.

—Lo sé, pero céntrate en donde estás. El tiempo acabará pasando y podrás volver allí. Pero no querrás que al hacerlo y echar la vista atrás te lamentes de no haber escuchado mis interesantísimas conversaciones, ¿verdad? Te guste o no, cuando esto acabe, a mí también vas a echarme de menos. Aprovecha mientras puedas —bromeó dándole un codazo.

Jimmy sonrió. La forma de hablar de Roman muchas veces le recordaba a la de Robert. Pensó que si se conocieran seguramente se llevarían muy bien, aunque Robert querría asegurarse de que él seguía siendo su mayor mejor amigo. Entonces Jimmy comprendió que lo estaba haciendo de nuevo, intentar fusionar ambos mundos. Sus dos vidas, la pasada y la presente, y que eso no era posible.

La universidad era todo lo que su página web prometía: el lugar donde estudiantes de todas partes del mundo se aseguraban tener un buen futuro (como si un futuro sin estudios no pudiese serlo), vivir una experiencia nueva que les cambiaría la vida y que recordarían para siempre. Era como escuchar a sus propios padres hablando, todo lo que ellos querían palabra por palabra.

Una vez en el aula Jimmy hizo grandes esfuerzos por prestar atención a su profesora y no distraerse dándole vueltas a las fantasías de su mente. Como había dicho Roman, tenía que centrarse en donde estaba. Quién sabe, quizás si consiguiese hacerlo aprendería a disfrutar de su vida allí y todo lo que esta podía ofrecerle. Aunque por suerte o por desgracia, una de las pocas cosas que parecían no haber cambiado en absoluto era el ritmo al que avanzaba el reloj durante las clases.

—*Quel ennoui...* —se dedicaba a repetir Roman una y otra vez, por cada vez que lo hacía lo acompañaba con un suspiro.

—«*Quel ennui*» —le corrigió Jimmy—. Si vas a quejarte sobre lo aburridas que son las clases al menos hazlo bien —dijo para picarle. Roman le miró sin mostrar ninguna expresión en su rostro y se hundió en el asiento.

Cuando se mudó, Jimmy se pasó todo el verano estudiando francés, lengua que a partir de ese momento escucharía cada día durante su residencia allí. Aunque Roman había empezado a estudiar mucho antes que él, las palabras, como el mismo Roman decía, parecían resistirse a quedarse grabadas en su cerebro, por eso Jimmy procuraba sentarse a su lado en todas las asignaturas para echarle una mano. Aunque Roman apreciaba su gesto se sentía tan frustrado ante su aparente impotencia con los idiomas y la facilidad de Jimmy que no podía evitar ponerse de morros.

—Vine aquí con dos propósitos; aprender francés y conseguir el título, pero a este paso no voy a hacer ni lo uno ni lo otro... —se lamentaba Roman de vuelta a casa.

—No exageres, con el francés te apañas bastante bien. Bueno, salvo cuando se trata de quejarte en clase. —Roman le miró frunciendo los labios—. Pero estás aprobando. No son las mejores notas del mundo pero algo es algo.

—Pero a ti el francés se te da muy bien y eres de los que mejor nota sacan de nuestro curso.

Jimmy frunció el ceño.

—Pensaba que estábamos hablando de ti.

—Sí, de lo mal que se me dan las cosas a mí y lo mucho que me fastidia lo bien que se te dan a ti.

—Roman, compararte con los demás no te va a llevar a ninguna parte. Valórate por tus propios méritos y no los ensombrezcas pensando en los de los demás, no a todos se nos dan bien las mismas cosas. Por ejemplo; tú tienes mucha facilidad para relacionarte y te orientas muy bien incluso en sitios donde no habías estado antes.

Roman se quedó en silencio unos segundos, parecía estar sopesando las palabras de Jimmy cuando de nuevo habló.

—Ahora además eres filósofo. ¿No te cansas de ser tan repelente?

Jimmy entornó los ojos y ambos empezaron a reírse.

Una vez de vuelta en el apartamento, Roman se dirigió a su cuarto con la intención de repasar los ejercicios que habían hecho en clase, pero lo dejó a los pocos minutos y continuó cambiando de sitio las cosas del piso. Jimmy por su parte se dedicó a la que se había convertido en su nueva afición allí: tocar el piano. El teclado de segunda mano que había comprado era una de las pocas cosas buenas que se llevaría de aquella experiencia. Por su puesto sabía que si sus padres sospechaban que no lo hacía enfocado simplemente como un mero hobby se sentirían súper decepcionados con él, saltarían todas las alarmas y le prohibirían volver a hacerlo, como con la escritura. Pero por suerte para él sus padres no estaban allí. Ojos que no ven...

Al cabo de un rato tocando se tumbó en la cama, encendió el portátil y entró en su blog, del que sus padres tampoco sabían de su existencia. La única persona de su entorno que conocía su secreto era Ronie. La única cuyos ojos no podía ver pero a la que su corazón seguía sintiendo. Cada vez que agregaba una entrada nueva se preguntaba si ella la leería, o quizás no había vuelto a entrar en esa página. No la culparía por ello, de hecho sería lógico que no lo hiciese. O tal vez sí le interesase y le sirviese para saber qué tal le iba en Europa. Quizás siguiese siendo una ventana que solo ella conocía a través de la cual podía asomarse cuando quisiera para sentirse más cerca de él. La razón le decía que era absurdo pensar así, más teniendo en cuenta lo sucedido entre ellos, pero su corazón era más testarudo que cualquiera. Jimmy abrió el navegador, entró en YouTube y buscó el canal de Ronie. A él ver sus vídeos sí le servía para sentirse más cerca de ella, para saber que estaba persiguiendo su sueño. Jimmy quería seguir creyendo en ese espejo donde se reflejaban sus sentimientos y cada vez que entraba en su perfil quería creer que ella haría lo mismo con él. Aunque pensar en eso era como tratar de adivinar cuántas estrellas habría en el universo.

De pronto Jimmy escuchó a su amigo Roman cantando en el pasillo, pero no era como hacía un rato, ni como aquella mañana. Ya no daba vueltas por el piso y su voz sonaba decaída. Salió a ver qué le pasaba y se lo encontró sentado junto a la puerta de su cuarto con una foto en las manos. En ella aparecía junto a sus padres y su hermana, eran la viva imagen de una familia feliz.

—¿Te apetece que pidamos unas pizzas y cenemos viendo una peli? —propuso Jimmy.

—Me encantaría. Ya no se me ocurre qué más hacer, estaba a punto de bajar a comprar un bote de pintura para pintar las paredes.

—Sabes cómo acabó eso la última vez... —advirtió Jimmy.

Ambos se rieron, entonces sonó el timbre.

—Ya voy yo, tú vete pidiendo las pizzas —dijo Roman incorporándose—. Ah y gracias, Jimmy.

Jimmy le respondió con una sonrisa. Aunque no sabía lo que era tener esa clase de relación con tus padres sabía lo que era echar de menos. Jimmy fue a la cocina, buscó el teléfono de la pizzería y justo cuando se disponía a marcar una voz que entraba por la puerta anunció:

—¡He traído pizza!

Pese a que Jimmy ya la conocía le pilló por sorpresa y no pudo evitar girarse para mirar a la chica que acaba de llegar, una joven de pelo corto castaño y rasgos asiáticos entró en su piso cargada con unas cajas de cartón. Roman la miraba alucinado.

—Yoon... ¿te presentas en nuestra casa con pizza? —preguntó Roman, incrédulo. La chica sonreía eufórica, parecía estar muy emocionada con su sorpresa—. ¿Cómo te atreves?

La expresión de la chica cambió en un parpadeo.

—A todo el mundo le gusta la pizza —dijo como si fuera una de las verdades universales.

—No. Quiero decir, sí, eso es cierto, pero la cuestión es que, precisamente, Jimmy y yo acabábamos de decir que íbamos a pedir unas pizzas... ¿acaso tienes micrófonos en casa? —preguntó Roman y parecía que lo preguntaba totalmente en serio.

—Si acabáis de decirlo no me habría dado tiempo a pedirlas —respondió Yoon.

—Entonces es peor... ¡eres vidente!

Yoon miró estupefacta a Jimmy, que se encontraba aún con el teléfono descolgado en la mano observando la escena, estaba casi tan desconcertado como ella.

—Roman, he venido porque sé que hoy es el cumpleaños de tu hermana y sé lo mal que lo pasaste el año pasado. —Roman se quedó en silencio—. Y he traído pizza para animarte, así que espero que si vas a decir algo más tus próximas palabras sean: «Gracias, Yoon, qué detalle».

—Gracias, Yoon, qué detalle —repitió Roman avergonzado.

Yoon sonrió ampliamente.

—¡Mucho mejor! —dijo tan feliz avanzando hacia la cocina mientras Roman cerraba la puerta—. Sí que le ha dado fuerte esta vez... —susurró cuando llegó junto a Jimmy.

—Y que lo digas, no ha parado en todo el día —comentó Jimmy.

—Bueno, vamos a procurar que se anime un poco a ver si vuelve a entrar en razón —dijo la chica guiñándole un ojo.

Yoon fue la primera persona que conoció Roman al mudarse a Bruselas, ambos habían ido a vivir allí sobre las mismas fechas y coincidían en la biblioteca a la hora de estudiar francés, así que con el tiempo se hicieron buenos amigos. Para Jimmy, Yoon era una brisa de aire fresco. Era extrovertida, activa, siempre estaba de buen humor y dispuesta a ayudarles en lo que hiciera falta. Gracias a su espontaneidad, Yoon era la única que parecía tener el poder de sacarle de la rutina en la que muchas veces caía su vida allí.

—No sé qué me ha pasado —dijo Roman a modo de disculpa cuando llegó a la cocina.

—Te has pasado —dijo Jimmy reprendiéndole con la mirada.

—No importa, nada que una deliciosa pizza no pueda solucionar. ¿Os apetece ver una peli? —preguntó Yoon desde el salón, acababa de servir las pizzas en la mesita que había frente al sofá. Roman y Jimmy se miraron.

—Yoon, eres la mejor —dijo Roman dejándose caer en una de las plazas y acto seguido se llevó un trozo de pizza a la boca.

Jimmy sirvió unas latas de refresco que habían sobrado de la última reunión. Se pasaron toda la cena hablando sobre la universidad, las clases y demás. Roman se lamentaba de lo difícil que era aprender francés, dar clases en francés y aprobar exámenes en francés mientras Yoon y Jimmy trataban de convencerle de que lo estaba haciendo muy bien. Llegó un momento en que los dos empezaron a sospechar que Roman exageraba a propósito solo por lo mucho que disfrutaba escuchando sus ánimos. Cuando por fin se dispusieron a ver una peli estuvieron más tiempo tratando de decidir qué ver de lo que iba a durar la propia película. Al final decidieron dejar una que daban por la tele. Jimmy miraba la pantalla sin prestar demasiada atención a lo que pasaba cuando de pronto sintió el contacto de la piel de Yoon contra la suya. Jimmy miró discretamente sus brazos, uno pegado al del otro, y luego a Yoon, que a diferencia de él parecía estar completamente inmersa en la película que estaban viendo. Jimmy se quedó embelesado mirando su rostro y como siempre y sin saber cómo se encontró pensando en Ronie. Yoon y ella se parecían mucho físicamente, a diferencia claro está de la ascendencia coreana de Yoon, su ADN programado para tener rasgos finos y suaves y su piel bronceada. Ambas tenían unos enormes ojos marrones, vivos y expresivos, los pómulos que tomaban un color rosáceo cuando sonreían, los labios carnosos...

En ese momento, como si algo la alertase de que llevaba un rato observándola, Yoon giró la cabeza y le cazó mirándole los labios. El instinto de Jimmy le hizo volver la vista al frente rápidamente,

aunque no había nada que hacer, Yoon le había visto. Jimmy se puso tenso y sintió cómo se sonrojaba, una evidencia más en su contra que le delataba. Yoon sonrió para sí y volvió a mirar a la tele. Pese a lo que Jimmy imaginaba no parecía disgustada. Puede que hubiese decidido ahorrarle el mal trago y fingir que no había pasado nada. Fuera como fuese, Jimmy se sentía aliviado de no tener que explicarle lo que había pasado.

—Me tengo que ir —dijo Yoon estirándose cuando la película acabó.

—Pero si es súper pronto —protestó Roman.

—Pero mañana hay clase —le recordó Yoon.

—Ag, la próxima vez que me vaya a vivir por mi cuenta recordadme que no me haga amigo de gente tan responsable... —bromeó, asumiendo que su amiga tenía razón.

—Ha sido divertido —dijo ella mirando a Jimmy, el cual seguía algo avergonzado.

—Sí, gracias por venir, Yoon. Y por las pizzas... Ha sido un detalle —dijo por fin.

Roman y Jimmy acompañaron a Yoon hasta la puerta. Antes de irse la chica se giró y aunque sus palabras iban dirigidas a los dos su mirada fue para Jimmy.

—Nos vemos —dijo con una sonrisa.

Jimmy no pudo evitar sonreírle también. Roman cerró la puerta y se dirigió al salón para recoger:

—Es increíble.

—Sí que lo es —coincidió Jimmy.

—Ella no. Bueno sí, pero me refiero al hecho de que ha venido a verte a ti.

Jimmy se paró en seco al oírle.

—No, ha venido por el cumpleaños de tu hermana. Te ha traído pizza y todo, ¿lo has olvidado?

—Lo recuerdo pero, por si no te has dado cuenta, la frecuencia de las visitas de Yoon aumentó exponencialmente cuando tú te mudaste aquí. Te comía más a ti con los ojos que a cualquiera de esos trozos de pizza. Y cómo te ha mirado al salir... Es evidente que le gustas —comentó Roman como si nada mientras limpiaba la mesita.

Jimmy se quedó desconcertado. Era cierto que Yoon les visitaba más a menudo, pero como en cualquier relación cuanta más confianza tenían y más amigos se hacían más tiempo pasaban juntos. Jimmy no se había fijado en cómo le miraba, de esa noche solo sabía que le había cazado mirándole a los labios y que le había ahorrado el mal trago de decir nada. Y en cuanto a la despedida había sido tan amable y dulce como siempre.

—Estás delirando otra vez, será mejor que te vayas a la cama o no quiero imaginar cómo me las harás pasar mañana en clase —atajó Jimmy dándole unas palmadas amistosas en el hombro a su amigo, quien empezó a reírse.

—Eh, ¿qué te parece? ¡Por fin hay algo que se te escapa! —dijo Roman orgulloso.

Jimmy entornó los ojos.

—Buenas noooches —dijo dirigiéndose a su habitación.

Una vez en la cama Jimmy se quedó dándole vueltas a lo que había dicho Roman. Seguía sin tener sentido, al menos para él, pero por primera vez se encontró planteándose la posibilidad de que realmente fuera así, si podría gustarle a Yoon, y eso le hizo sentir bien.

Al día siguiente, a la salida de clase, Yoon se acercó a Roman y Jimmy con una propuesta de lo más inesperada.

—Vayamos esta tarde a Brujas.

El entusiasmo y confianza con la que lo dijo pilló por sorpresa a sus amigos, que fruncieron el ceño tratando de procesar lo que acababan de oír.

—Hola a ti también —comenzó diciendo Roman—. Disculpa, debo de seguir medio dormido, ¿acababas de decir que vayamos a Brujas, hoy? —dijo haciendo énfasis en la última palabra. Yoon asintió entusiasmada mientras su sonrisa se ensanchaba. Parecía que escuchar su idea en boca de otro hacía que le sonase aún mejor—. Hoy. Esta tarde —insistió Roman.

—Sí, solo tenemos que llevar un par de cosas y coger un tren hasta allí —dijo Yoon con un tono de voz que si hubiese dicho «coger rayos de sol con un cubo» habría hecho que sonase fácil.

—Mañana hay clase —dijo Roman.

—Lo sé —respondió Yoon.

—Nos perderemos un día de clase.

—Lo sé.

—¡Estaríamos haciendo pellas!

—¿Es que prefieres ir a clase? ¿No decías que querías amigos menos responsables? Aquí los tienes.

—Sí. Me refiero a lo de los amigos, no a lo de la clase, pero es que es tan repentino que...

—¡Precisamente por eso es tan guay! Hoy empieza el festival de nieve y hielo en Brujas, podríamos ir a ver la exposición esta noche y pasar el fin de semana haciendo turismo por la ciudad.

—Me has convencido —adjudicó Roman.

—¡Bien! —exclamó Yoon girándose hacia Jimmy, esperando la misma respuesta por su parte, pero lo que recibió fue un:

—Tengo que pensarlo.

Yoon se dejó caer ligeramente hacia un lado para escenificar su decepción.

—Vamos, será genial, ya verás. ¿Acaso tienes algo mejor que hacer? —dijo tratando de persuadirle.

Jimmy frunció levemente el ceño. Sabía perfectamente lo que haría durante ese fin de semana sin Roman y Yoon allí; pasarse el día entero rememorando su vida anterior, pensando en sus amigos, en Ronie. En si tenía sentido que él siguiese sintiendo algo por ella y deseando que esos sueños, que hacía mucho tiempo les habían hecho creer en un cuento de hadas donde estarían juntos para siempre y serían felices, eran posibles. La nostalgia y autocompadecerse no eran la mejor compañía ni el mejor plan para pasar solo un fin de semana cuando una chica simpática y preciosa te propone hacer un viaje improvisado a una de las ciudades más bonitas del mundo, y sin embargo ahí estaba Jimmy, resistiéndose a aceptar el plan. Resistiéndose a dejar atrás el pasado por miedo a perder todo lo que había en él.

Yoon se acercó a Jimmy y agarró su mano. La forma en que la sujetó entre las suyas le hizo sentir como si le estuviese abrazando.

—Si no vienes, será un día más. Pero si vienes te aseguro que será inolvidable.

Había algo especial en la forma en que Yoon le miraba directamente a los ojos, una fragilidad y una fuerza que hizo que a Jimmy se le erizase la piel. Yoon tenía una forma de tocar que te hacía sentir el calor, de hablar y hacer que las palabras sonasen más claras que nunca, y de mirarte y que sintieras que no existía nada más que lo que se veía reflejado en sus grandes ojos marrón oscuro. De forma casi traicionera, Jimmy recordó lo que le había dicho Roman la noche anterior; que a Yoon le gustaba. Entonces solo fue capaz de articular una palabra.

—Iré. —Tragó saliva.

—No te arrepentirás —prometió la chica.

Roman y Jimmy fueron a casa, sacaron de las mochilas todo lo que les hacía falta en la universidad y las llenaron con todo lo que

les sería necesario para pasar los próximos días fuera. Bajaron a esperar a Yoon la cual no tardó en aparecer, pidieron un taxi que les llevó a la estación y compraron un billete para el próximo tren a Brujas.

Jimmy se sentó junto a la ventanilla, delante de él Yoon y a su lado Roman. Aún no podían creerse lo que estaban haciendo, pero todos sonreían con un entusiasmo que, sin duda, no estarían sintiendo si el día hubiese ido como solía hacer. A esas horas, Yoon estaría estudiando en su apartamento. Jimmy y Roman, cada uno en su habitación, uno tocando el teclado y otro desesperándose con los ejercicios para reforzar francés. Pero en lugar de eso estaban a punto de conocer un lugar completamente nuevo y todo gracias a Yoon.

El tren se puso en marcha. Roman hizo un par de comentarios sobre el expreso a Hogwarts de Harry Potter y dijo que se pedía ser Hermione porque era la más lista de todos y seguro que a ella se le daría muy bien el francés. A medida que el tren avanzaba Jimmy se quedó fascinado con la belleza de los paisajes que veía; tan brillantes, tan vivos, tan verdes... Pese a saber que esos campos habían estado allí durante mucho tiempo y que aun cuando dejase de verlos seguirían estando, algo en esa vista levemente difuminada por la velocidad le conmovió. Era como si esa imagen le hubiese recordado que el mundo aún tenía muchas maravillas que enseñarle, mucha belleza que compartir. Jimmy miró tímidamente a Yoon, que observaba el exterior a través del cristal de la ventana tan embelesada como él. Una sonrisa se dibujó en el rostro del chico sin ni siquiera darse cuenta. Desde luego aún le quedaba mucha belleza por ver.

En apenas una hora llegaron a su destino, dejaron las mochilas en unas taquillas y salieron de la estación. A escasos metros de la entrada se encontraba la exposición, un conjunto de naves cuyo exterior no permitía adivinar todo lo que escondía en su interior. Compraron entradas y se dirigieron a una de las naves. Avanzaron por unos pasillos de madera cuyas paredes estaban decoradas con

posters de películas y los temas que conformaban la exposición y una serie de pantallas donde se veía el proceso de creación de dichas esculturas. Atravesaron las puertas situadas al fondo y lo que vieron nada más entrar les dejó pasmados: absolutamente todo estaba hecho de hielo, razón por la cual la temperatura era de unos menos seis grados.

—Hala... —susurró Roman. Y ni Jimmy ni Yoon podrían haberlo dicho mejor.

De pronto se encontraban en medio de escenarios de películas fantásticas rodeados de algunos de sus personajes más míticos. Avanzaron lentamente siguiendo el recorrido que les guiaba de escultura en escultura, ninguno quería perder detalle de nada, por lo que se paraban prácticamente en todas. Las luces de colores que se reflejaban en el hielo, a veces tan transparente que parecía cristal, junto con la música que sonaba compuesta por la banda sonora de algunas de esas películas, creaba una atmósfera que dejaba sin aliento.

Caminaron hasta llegar a un bar helado. La barra, vasos, mesas, asientos... todo estaba construido con hielo. Junto a la barra se amontonaban unos cuantos visitantes que optaban por tomar algún licor para calentarse.

—Tenemos que ir ahí —dijo Yoon.

—No sabía que tenías tantas ganas de beber algo —comentó Roman.

—Me refiero a lo que hay detrás —dijo señalando hacia la barra. Roman y Jimmy se fijaron en que detrás de ella había un gran muro que desembocaba en lo que parecía ser un tobogán de hielo por el que algunos niños pequeños y no tan pequeños, se estaban tirando. Yoon agarró la mano de Jimmy y sin tener que decir nada, ambos echaron a correr en dirección a él. Por primera vez en muchísimo tiempo, Jimmy se estaba dejando llevar.

—Es asombroso —dijo Jimmy.

—Ya lo creo —suspiró Yoon. La vista desde la parte alta del tobogán era espectacular, desde ahí arriba podían ver todo el pabellón—. ¿A que te alegras de haber venido? —preguntó sonriente.

—La verdad es que sí, mucho. Gracias por ser una mala influencia —respondió.

—Se me ha dado bastante mejor de lo que pensaba. No sé qué será lo siguiente... ¿irnos a Francia? —bromeó la chica.

—La próxima vez no tendrás que convencerme, me apunto —aseguró Jimmy. Yoon le miró de una forma que parecía como si estuviese pidiendo un deseo a una estrella fugaz.

—¿Qué? ¿Nos tiramos? —dijo la chica señalando el tobogán con la cabeza. Jimmy asintió, se acercó a Yoon, rodeó su cintura con las manos y avanzaron hasta el borde del tobogán, se sentaron y Jimmy la aferró contra él.

—Una... dos...

—¡Tres! —exclamó Yoon y ambos cayeron por la estructura de hielo riendo a carcajadas. En mitad del recorrido el flash de una cámara les pilló por sorpresa, aunque no dejaron de reírse. En ese momento Jimmy experimentó una sensación tan familiar como lejana, algo que había sentido hacía muchos años, cuando era pequeño, jugando con Ronie. Al principio se le antojó extraño sentirse así sin estar con ella, como si sintiese el calor del sol pero no fuera este el que le alumbrase. Pero él ya no era un niño y ella no estaba allí. Yoon tenía un brillo diferente, una calidez diferente que le hacía sentir tan bien como cuando estaba con Ronie. De repente la luna resplandecía tanto como el sol.

Yoon se giró para mirar a su amigo aun riéndose y Jimmy sintió cómo su corazón se saltaba un latido al verle sonreír de esa manera. De alguna forma cuando estaba con ella no sentía el frío. Era innegable que Yoon le atraía y, si Roman estaba en lo cierto, él a ella también. En ese momento una idea loca se asentó en la mente y el corazón de Jimmy: quería dar una oportunidad a esos sentimientos.

Sabía que podía enamorarse de Yoon, ¿cómo no hacerlo? Incluso cabía la posibilidad de que de esa manera dejase de sentir lo que sentía por Ronie. Podría dejar atrás el pasado centrándose en lo que tenía en el presente, sustituir la nostalgia de los recuerdos por la esperanza de un futuro nuevo. Como se suele decir, un clavo saca a otro clavo, ¿no? Era lógico pensar que nunca había dejado de sentir lo que sentía por Ronie porque nunca había dejado entrar a nadie más, no de esa manera. Y en ese momento, por primera vez, estaba dispuesto a hacerlo.

Puesto que cuando volvieron a la zona de la barra no había ni rastro de Roman, Jimmy y Yoon continuaron el recorrido pensando que se había adelantado. Cuando terminaron salieron de la zona de hielo y entraron de nuevo en los pasillos de madera. En la zona de suvenires había un puesto con unas pantallas donde se veían las fotos de aquellos que se habían tirado por el tobogán. Yoon y Jimmy buscaron la suya. La cámara había inmortalizado ese instante a la perfección, los dos riendo con la definición de felicidad en su rosto.

—Ve a ver si Roman está fuera, yo voy enseguida —dijo Yoon.

Jimmy obedeció y salió al exterior. Comparado con la temperatura a la que había estado expuesto fue como si de pronto hubiese viajado al Caribe. Miró por los alrededores sin rastro de su amigo. Empezó a sopesar que tal vez se hubiese quedado en el bar cuando Yoon le sorprendió.

—¡Tachán! —dijo extendiéndole la foto del tobogán—. Un recuerdo de este día.

Jimmy pensó que para él, con foto o sin ella, sería imposible de olvidar. En ese momento apareció Roman el cual, por increíble que pareciese, se había perdido en la exposición. Pasó de estar tiritando de frío a quitarse la cazadora abrasado por el calor en cuestión de segundos.

—¿Qué os parece si vamos a comer algo? —propuso Yoon, que se había convertido oficialmente en la líder de aquella aventura.

—Eso suena de cine —dijo Roman.

—Me encantaría —coincidió Jimmy.

Volvieron a la estación a por sus mochilas, pidieron un taxi para que les dejase en el centro de la ciudad y así, sin tener ni idea de adónde se estaban dirigiendo, comenzaron a andar por las calles de ese magnífico lugar.

De noche aquella ciudad medieval parecía un set de película, las luces de colores cálidos iluminaban las calles reflejando en las piedras de la calzada y en el agua de los canales. Jimmy comprendió entonces por qué la llamaban «la Venecia del norte». Al final fueron a dar con un restaurante junto al canal. Cuando terminaron se quedaron hablando largo y tendido como otras veces, pero no sobre la universidad o sus estudios, sino contando historias de su infancia y anécdotas del pasado, especialmente Roman y Yoon. Jimmy apenas participó en la conversación. Por primera vez no quería rememorar el pasado, ni dejarse arrastrar por él, ese día no. Escuchó atentamente a sus amigos y disfrutó conociendo aún más de sus vidas. Se lo estaba pasando en grande.

Cuando los camareros comenzaron a recoger las mesas de la terraza los tres supieron que era el momento de ir en busca de dónde pasar la noche, para lo cual siguieron el mismo procedimiento que utilizaron para encontrar el restaurante; caminar sin rumbo fijo en busca de un hostal. No les llevó mucho encontrar uno y alquilar una habitación. Los tres cayeron rendidos en sus respectivas camas, estaban agotados de tanto caminar.

A la mañana siguiente se despertaron por los rayos del sol que iluminaban la habitación. Después de un sueño reparador, el cansancio del día anterior había dado paso a la euforia de estar en un lugar tan sorprendente como aquel y desde luego tenían que recorrerlo entero. Desayunaron en una cafetería que había cerca de su alojamiento y procedieron a recorrer las calles de Brujas de arriba a abajo. Aunque lo cierto era que con un día tenían tiempo más que suficiente para verla entera, la ciudad era tan bonita y estaban tan emocionados que no se cansaban de dar vueltas. Las calles de

piedra y los edificios de ladrillo, las tiendas locales pequeñas y encantadoras... absolutamente todo era impresionante. La ciudad conservaba el encanto de siglos pasados. «El arte es una necesidad básica» decía una pintada en una pared de por ahí, y Jimmy pensó que tenía toda la razón. El arte y el amor son tan necesarios como el agua para vivir.

A la noche volvieron a cenar en el mismo restaurante donde habían ido el día anterior, allí se toparon con un grupo de turistas que al igual que ellos acababan de llegar y compartían su ferviente entusiasmo por experimentar todo lo que aquella ciudad tuviese que ofrecer. Aunque no todos hablasen el mismo idioma hay cosas que son universales, como las ganas de pasarlo bien, por lo que se unieron a ellos y después de cenar salieron en busca de un pub donde bailar y tomar algo.

Bien entrada la madrugada Jimmy y Yoon buscaron a Roman para decirle que estaban cansados y que volvían al hostal, pero Roman se lo estaba pasando tan bien con sus recién descubiertos amigos turistas que decidió quedarse con ellos. Lo cierto es que estaba como pez en el agua y con su segunda copa de más había adquirido una fluidez con el francés pasmosa.

Jimmy y Yoon caminaron de vuelta al hostal en silencio, aun procesando todo lo que estaban viviendo. A esa hora las calles estaban desiertas y a medida que se alejaron del local todo se quedó en silencio. Sin duda era un escenario de película, acompañado de una chica de película. Jimmy miró a Yoon, que caminaba distraída. Tenía el pelo algo revuelto de haber estado bailando y seguía estando guapísima. Jimmy se quedó embelesado mirándola, cuando de repente ella dijo.

—No tienes que avergonzarte por mirarme.

Jimmy se quedó de piedra, Yoon seguía mirando al frente, pero sin duda las palabras iban dirigidas a él.

—¿A... a qué te refieres? —preguntó él tratando de disimular. Entonces Yoon le miró.

—Lo primero que haces cuando te quedas mirándome y te descubro es apartar la vista y no tienes por qué hacerlo. —Jimmy sintió como se ruborizaba y aunque estaban a finales de noviembre de pronto se sentía tan abochornado como si estuviese en el centro del sol—. ¿Qué te acabo de decir? —dijo Yoon riéndose—. No tienes que avergonzarte.

Sin duda era más fácil decirlo que hacerlo. Jimmy quería darle una explicación, aunque no estaba seguro de cuál era. Ni siquiera él mismo sabía por qué lo hacía. Obviamente, Yoon era muy guapa, pero la forma en que le atraía era más como si fuese un imán. Había algo en sus rasgos que le impedía apartar la vista una vez la había fijado en ella, y no era solo porque le recordase a Ronie.

—Yo... verás, no quería que...

—Jimmy, me gusta que lo hagas. Casi siempre cuando me doy cuenta me aguanto las ganas de devolverte la mirada porque sé que tú apartarás la tuya cuando lo haga y preferiría que no fuera así. Prefiero mirarte y que me mires —dijo poniéndose delante de él. Jimmy no se había dado cuenta de que hacía tiempo que no se estaban moviendo, ¿cuándo se habían parado?

Jimmy fue consciente como nunca de todo lo que les rodeaba: de las luces de las farolas que alumbraban la calle, del arrullo del agua del canal que había junto a ellos, del sonido de su respiración, de los latidos de su corazón... todo se fue nublando hasta centrarse en una sola persona, la chica que tenía justo en frente.

—No tienes que esconderte —susurró Yoon sujetando su cara con las manos.

Jimmy sintió un escalofrío, no por el contraste de temperatura entre las manos de Yoon, que eran como tocar fuego sin quemarse, y el frío que les envolvía. Sino porque era la primera vez que escuchaba esas palabras. Había pasado muchos años ocultando lo que sentía, convirtiendo en secretos sus sentimientos, tal y como le

habían dicho que hiciera. Porque los adultos no muestran sus sentimientos así como así. Porque él no sabía lo que estaba en juego. Pero en aquel momento, por primera vez alguien le había dicho que no tenía por qué ser así. Alguien le estaba invitando a abrirse, a liberarse de la jaula en la que tan difícilmente se había acostumbrado a vivir y de la que tan fácil parecía ahora salir. Con mil pensamientos recorriendo su mente y sin pensar en nada en absoluto, Jimmy obedeció el único impulso que nacía de su pecho. Atrajo a Yoon hacia él y la besó. A la chica la pilló por sorpresa, pero era algo que deseaba desde hacía tanto tiempo que se entregó a ello como quien cede ante el sueño.

Pese a que aquella era la primera vez que lo hacía, a Jimmy no le preocupaba estar besando bien o no. Estaba haciendo exactamente lo que sentía, estaba dejándose guiar por una brújula que hasta ahora no se había permitido seguir antes y era algo glorioso.

A medida que pasaban los latidos, los pensamientos de su mente se fueron asentando, llevándole a una serie de recuerdos que formaban su vida, todo lo que era, la base de su ser. Y todos ellos tenían algo en común. Mejor dicho, a alguien.

Jimmy se apartó en una fracción de segundo. Yoon respiraba agitada, pletórica.

—¿Ocurre algo? —preguntó recobrando el aliento.

Y ante esa pregunta Jimmy no pudo ignorar la respuesta. Estaba haciendo exactamente lo que quería hacer, dejarse guiar por el corazón, pero no con quien realmente quería hacerlo. Aunque su cuerpo estaba ahí, aunque sus labios estuviesen contra los de ella su mente estaba muy lejos de ese lugar, donde siempre había estado, con Ronie. Fue precisamente cuando saboreó de nuevo cómo era ser libre que comprendió quién era la persona a la que había querido. Por mucho que él lo hubiese deseado, la luna no podía eclipsar al sol. Jimmy sabía que lo que sentía por Yoon era real y sabía que podría funcionar, pero cuando has experimentado lo que se siente al volar, al caminar por la tierra el corazón siempre querrá echar el vuelo.

De pronto Jimmy volvió a sentirse como si estuviese subido en un tren. Siempre había soñado con que Ronie fuese su compañera de viaje, aunque no resultó como él esperaba. Recordó las impresionantes vistas desde el vagón. Yoon era como ese paisaje que observaba a través del cristal; precioso, conmovedor e inolvidable. Jimmy estaba en marcha, sabía que lo vería solo de paso, pero siempre que lo recordase lo haría con una sonrisa. Sin embargo Ronie era el destino. Siempre lo había sido y siempre lo sería. Porque al besar a Yoon, al abrirse por primera vez, había comprendido que ya no podía escribir su nombre sin el de ella, ni dibujar su corazón sin el suyo.

—Yoon, yo... Estoy enamorado de alguien.

Jimmy esperaba ver decepción, incluso enfado reflejado en los ojos de la chica, pero en lugar de eso se fundieron en comprensión.

—Debí imaginarlo... Siempre andas distraído, como si alguien te rondase la cabeza constantemente. No son tus padres porque sé la relación que tienes con ellos y no son tus amigos porque os escribís a menudo... solo quedaba una opción.

—Lo siento mucho.

—No lo sientas. Te lo he dicho, no debes esconderte. Es la primera vez que te veo de verdad, que sé cómo te sientes y por quién... Hace falta valor para abrirse, porque de esa forma te expones a todo lo bueno y a todo lo malo, pero hay que atreverse. Me alegro de que hayas decidido hacerlo.

—Ha sido gracias a ti, aunque siento que haya sido de esta manera.

—En los cuentos hay que besar una rana para que se convierta en príncipe y a veces en la vida real hay que besar a una atractiva coreana que está colada por ti para darte cuenta de con quién quieres estar realmente —bromeó.

Jimmy sonrió. El hecho de que se lo hubiese tomado tan bien la hacía injustamente maravillosa.

—Gracias, Yoon.

—No hay por qué darlas. Aunque espero que sepas que habríamos sido una pareja increíble —dijo divertida.

A Jimmy no le cabía duda de que hubiese sido así. Puede que realmente hubiese más de una persona perfecta para cada uno y que Yoon fuese una de ellas, pero en un mundo donde Jimmy conocía a Ronie no había cabida para nadie más.

Yoon agarró de la mano a Jimmy y reanudaron el camino de vuelta al hostal. Cuando entraron se encontraron con Roman dormido como un tronco en su cama.

A partir de ese día la relación entre Yoon y Jimmy no cambió, los dos seguían siendo buenos amigos, seguían quedado como antes y cada vez que Yoon aparecía con una propuesta Jimmy era el primero en apuntarse. Lo único que había cambiado era que los dos sabían que entre ellos no podía haber algo más que una amistad, no al menos en esa versión de la realidad. Tal vez existiese un universo paralelo donde esa parte de ellos que se atraía, que se gustaba, estaban enamorados y eran muy felices. Pero la realidad de Jimmy era otra y solo había una persona a la que le unía esa vida.

Jimmy continuó su viaje disfrutando del paisaje, teniendo en mente el mismo final feliz con el que siempre había soñado. Su destino.

AL ENCUENTRO: JIMMY

Agosto de 2015

Jimmy volvía de regreso a su apartamento con una bolsa llena de regalos en una mano y la mochila a la espalda. Aquel era su último día en el hotel Brusseles, donde llevaba trabajando desde el verano pasado como recepcionista, hacía justo un año. El hecho de que fuese bilingüe y su facilidad con los idiomas hacían de Jimmy el candidato perfecto para el puesto. Además era muy guapo y la dueña del hotel sabía que eso siempre era bueno para el negocio. Exceptuando los fines de semana, vacaciones y algún festivo, Jimmy apenas había tenido un día de descanso. Los últimos meses habían consistido en:

Levantarse para ir a clase.

Volver al piso a comer algo antes de

Ir al hotel donde pasaría el resto de la tarde

De vuelta al piso y

A dormir.

Pese a estar tan ocupado prefería que fuese así para no dar vueltas de más a la cabeza. Los estudios no le exigían tanta atención como deberían y de no haber tenido alguna otra obligación en la que centrarse se habría pasado todo ese tiempo pensando en que aquella experiencia estaba llegando a su fin. En que en menos de trescientos sesenta y cinco días volvería a estar con sus amigos de siempre, Robert, Albert, Robin y que volvería a ver a la chica que le había cambiado la vida, Ronie. Por no mencionar el reencuentro con

sus padres. Se había acostumbrado con demasiada facilidad a poder escoger cuándo hablar con ellos y cuándo se terminaba la conversación poniendo cualquier excusa. Tenía la impresión de que una de las cosas más difíciles que supondría la vuelta a su antigua vida sería enfrentarse a ellos, aunque hacía tiempo que sabía cómo hacerlo.

Roman y Yoon, su inseparable grupo de amigos en Bruselas, habían hecho mucho más llevaderos esos meses tan ajetreados yendo a visitarle al trabajo de vez en cuando u organizando por él los fines de semana. Como decía su amigo, lo hacían «para que no se olvidase de disfrutar lo que tenía allí». Al menos durante el tiempo que se quedaron, ya que ambos se habían ido a principios del mes de agosto de vuelta con sus familias. Debido a su trabajo y a que la reserva del vuelo llevaba hecha desde hacía meses, Jimmy fue el último en marcharse. El día antes de que sus amigos se fueran y para despedir lo que Roman llamaba «el fin de una era» prepararon una cena que parecía para diez personas en lugar de para tres, alquilaron su saga de películas favoritas y se quedaron hasta las tantas jugando a juegos de mesa, hablando, bebiendo y riendo. Todos prometieron que seguirían en contacto después de aquello y que irían a visitarse a menudo. Para la guerra que había dado Roman echando de menos a su familia y pese a saber que faltaban unas horas escasas para reunirse de nuevo con ellos, parecía tan triste como cuando llegó allí.

—Es terrible; coges cariño a la familia, te alejas de ella viajando a una tierra inhóspita, entonces coges cariño a tus nuevos amigos allí y al final también te alejas de ellos... ¡No es justo! —lloriqueaba.

—Roman, no es para tanto. ¡Piensa que vas a volver a ver a tus seres queridos! ¿Recuerdas cuánto los has echado de menos? Hoy en día hay mil formas para estar en contacto y yo el año que viene me mudaré a Lion. Si te vienes podremos compartir piso allí y estaremos a nada de distancia de Jimmy —trataba de animarle Yoon.

Hablar y hacer planes sobre que todos volverían a reunirse, que sus destinos se habían unido y a partir de ese momento permanecerían así, parecía una forma de hacer más llevadera la despedida. La promesa de que el tiempo o la distancia no les separarían en el futuro aliviaba el dolor de la separación en el presente. Como si al hacerte una herida lo único que pudiese aliviar el dolor fuese pensar que en unas semanas se habrá curado.

—¿Quién fue el que me dijo que disfrutase el presente? Has aprovechado al máximo el tiempo aquí, dale el gusto al Roman del pasado de disfrutar lo que te espera en casa. Dentro de nada volveremos a vernos.

—Eso no vale. Como soy el que más desanimado está vosotros adoptáis el rol de los fuertes para tratar de animarme. Si los que estuvieseis tristes fueseis vosotros me estaríais diciendo a mí lo mucho que me vais a echar de menos y no al revés... —se lamentaba.

Yoon y Jimmy se rieron.

—¡Claro que te vamos a echar de menos! —exclamó Yoon dándole un abrazo.

—Puedes estar seguro —se unió Jimmy.

Jimmy sacó las llaves del bolsillo, abrió la puerta del portal y tras mirar el ascensor unos segundos decidió subir por las escaleras, después de todo la próxima vez que estuviese allí sería para abandonar aquel edificio que había sido su hogar durante más de cuatro años. En casa le esperaban dos maletas gigantes a medio hacer y un piso prácticamente vacío. Jimmy nunca lo había visto así ya que cuando él se mudó Roman estaba instalado desde hacía unos meses. Se paseó observando las paredes blancas, recordando los cuadros y posters que la habían decorado antes. Miró el salón y vio todas las veces que Roman, Yoon y él se habían reunido allí y el recuerdo de sus voces hizo eco por todo el apartamento. Se acercó a la mesa de la cocina y recogió la razón que le había llevado a estar

allí; el título de la carrera. Leyó su nombre escrito en mayúsculas, soltó un suspiro y lo guardó en su mochila.

A la mañana siguiente, cuando acababa de cerrar las maletas y se disponía a coger un taxi hacia el aeropuerto recibió un mensaje, era de su compañía de vuelo:

Por problemas ajenos a nuestra empresa lamentamos informarle de que su vuelo ha sido cancelado. Sentimos las molestias que esto pueda ocasionarle. En breve recibirá un reembolso del dinero.

—¿Qué? —exclamó en voz alta.

Jimmy llamó al ascensor y una vez en la calle, pese al mensaje que acababa de leer, cogió un taxi en dirección al aeropuerto. Se negaba a quedarse allí. Había esperado ese día demasiado tiempo, toda una vida. Y si había aprendido algo era que nada ni nadie más volvería a decidir su futuro por él, menos una aerolínea.

Cuando llegó al aeropuerto dejó propina al taxista, el último que usaría en Bruselas, y se dirigió a la taquilla. De camino se cruzó con un panel que anunciaba los vuelos con sus respectivas horas de salida y la puerta de embarque. El único que aparecía en rojo con el mensaje «cancelado» era el suyo.

—De eso ni hablar —murmuró Jimmy, que para él era como estar leyendo «una vez más no eres tú quien decide su futuro».

Una encantadora mujer le atendió ofreciéndole alternativas a su vuelo anterior y aunque tenía que hacer escala y tardaría unas horas más de lo que esperaba, podría salir ese mismo día.

Al cabo de un rato el móvil empezó a vibrar. Su madre le estaba llamando, seguramente sus padres habrían visto el mensaje anunciando la cancelación del viaje. Jimmy silenció el teléfono y volvió a guardárselo en el bolsillo. No le apetecía hablar con ellos ni darles explicaciones de lo que iba a hacer.

Antes de embarcar vio que tenía dos llamadas perdidas más y cinco mensajes de sus padres.

Acabamos de saber que el vuelo se ha cancelado. Llámanos.

Vamos a mirar billetes. Llámanos.

Estamos preocupados. Llámanos.

Podemos coger el mismo que tenías pero para dentro de dos días, pasa la noche en un hotel.

Llámanos.

A Jimmy no le sorprendió lo más mínimo que en ningún caso le preguntasen qué quería hacer, seguían decidiendo por él. Puso el modo avión y se dirigió a la cola para embarcar.

Durante el vuelo, aunque sentía que debía estar nervioso no lo estaba en absoluto, quizás porque por primera vez sabía exactamente lo que quería. Pensó en la promesa de Ronie, en si ella recordaría lo que dijeron hacía casi diez años; encontrarse cuando acabase la universidad para dar un paso que le ayudase a cumplir su sueño, el primer paso real. Jimmy ya no creía en las esperas, en dejar que el destino actuase. Desde hacía tiempo, su viaje a Brujas, había aprendido que si quieres que algo ocurra tienes que hacerlo tú mismo.

Cuando llegó a su destino recogió las maletas y pidió un taxi que le llevase al centro de la ciudad. El día de la fiesta de graduación, su último día allí, había perdido a Ronie por quedarse esperando a que algo pasara, por lo que no iba a dejar que la historia se repitiese. Esta vez iba a ir a buscarla. Sacó el móvil del bolsillo, introdujo la nueva tarjeta SIM y llamó a Robert, quien al descolgar el teléfono se notaba en su voz lo alucinado que estaba.

—Esto tiene que estar mal. ¿Jimmy? —saludó.

—Hola, Robert.

—¿Pe-pero cómo es posible? ¿Te va a salir esta llamada por un ojo de la cara? O peor, ¿me va a salir a mí?

—No te preocupes, no estoy en Bruselas, acabo de llegar.

—¿Quéééé? ¡Creía que tu vuelo se había cancelado! —Al parecer los padres de Jimmy habían corrido la voz. Robert no salía de su asombro.

—Y así fue, pero no podía esperar y he cogido otro.

Robert se puso como loco de contento.

—Sabía que era al que más echabas de menos. Fíjate, ¡pero si lo primero que has hecho al llegar es llamarme! Jimmy, yo... —Parecieron oírse unos sollozos—. Tenemos que quedar, cuanto antes. ¡Los demás van a flipar cuando se lo cuente!

—No puedes decirle a nadie que estoy aquí, todavía no.

—Ya veo, quieres darles una sorpresa. Ya no me siento tan especial después de todo pero me encantará ser tu cómplice, se me da bien hacerme el sorprendido. El otro día Robin organizó una fiesta de cumpleaños a la que invitó a mis padres y aunque ya lo sabía me...

—Robert —le interrumpió Jimmy—. ¿Puedes conseguir la dirección de Ronie?

Jimmy sabía que el año pasado Ronie se había mudado para convertirse en actriz de doblaje profesional y, como no podía de ser de otra manera, lo había conseguido. Cuando tuvo su primer papel y Jimmy lo supo le envió un mensaje felicitándola, aquella fue de las pocas veces que le escribió estando fuera.

—Se lo preguntaré a Robin, aunque tendré que inventarme una buena excusa para que no me descubra y llegue hasta ti —dijo como si de una peli de espías se tratase—. Te escribo cuando lo tenga.

—Gracias, Robert.

—Me alegra que estés de vuelta. Nos vemos.

Al cabo de un par de minutos Jimmy recibió un mensaje con la dirección exacta.

Jimmy bajó del taxi y observó la fachada del edificio al que le había llevado. Parecía mentira que en un lugar totalmente desconocido para él se encontrase la persona que más le conocía en el mundo. Dejó las maletas en el hall y subió en ascensor. No fue hasta que estuvo delante de la puerta y llamó al timbre que tomó conciencia de lo que estaba a punto de suceder: Iba a verla. Después de más de cuatro años separados, sin apenas hablar, sin apenas saber nada el uno del otro, estaba a punto de verla de nuevo. Iba a reencontrarse con sus ojos marrones, su nariz perfecta, su sonrisa. Iba a decirle todo lo que sentía, lo que siempre había sentido, que quería que estuviesen juntos y a disculparse por haber tardado tanto tiempo en hacerlo.

De pronto la puerta se abrió y Jimmy se encontró cara a cara con un chico moreno de unos treinta años. Los pensamientos se detuvieron en seco, como su corazón. Quizás se ha equivocado de dirección, a lo mejor Robert la había escrito mal.

—¿Sí? —dijo el desconocido al cabo de unos segundos al verle inmóvil.

—¿Vive aquí Ronie Honely? —preguntó Jimmy aturdido.

—Ahora mismo no está.

Jimmy se quedó de piedra. El chico le miró extrañado y de nuevo sus palabras obligaron a Jimmy a reaccionar.

—¿Quieres dejarle algún recado? ¿Le digo que has venido o...?

—No, no es necesario.

Jimmy se giró sin mediar palabra y bajó las escaleras. Las ilusiones que se había hecho se habían desvanecido de golpe. Sentía como si le hubiese engullido un agujero negro, y allí donde había alegría y euforia no quedó nada. Era tan profundo el vacío que le consumía

que sintió vértigo. Llegó a la planta baja y miró los buzones buscando el 4º A.

Ronie Honely

Lewis Reeve

No era un error, sin duda era la letra de Ronie. ¿Cómo había podido ser tan estúpido como para no pararse a pensar en aquella posibilidad? Que en todo ese tiempo ella había podido conocer a alguien, igual que él había conocido a Yoon. Había sido tan ingenuo o tan egoísta como para creer que, como él había rechazado a Yoon al darse cuenta de que con quien quería estar de verdad era Ronie, ella habría hecho lo mismo. Y al parecer no había sido así. Pensó en ese chico, Lewis, en lo mucho que se parecía a él físicamente; ojos marrones, piel morena, pelo oscuro... Jimmy apretó los puños ante la idea de que quizás, de no haber sido tan idiota, ese podría ser él. El nombre escrito en el buzón junto al de ella, podría ser el suyo. Podría estar compartiendo piso, compartiendo sueños, su vida, con ella. Salió de nuevo a la calle y no tardó mucho en coger otro taxi.

—A la estación de tren —dijo sin un atisbo de emoción en su voz.

Sonó el timbre.

—Ya voy yo —dijo Elizabeth dirigiéndose a abrir la puerta y la persona con la que se encontró al otro lado le dejó sin palabras.

—Hola, mamá.

—Jimmy... —susurró la mujer, como si de una aparición divina se tratase—. N-no has contestado nuestros mensajes. Creía que seguías en... tu padre no se lo va a creer cuando te vea. Pasa, pasa.

Jimmy entró en silencio, dejó las maletas a un lado y observó el interior de la casa. Habían cambiado un par de electrodomésticos desde que se había ido y la pintura del salón era reciente, pero por lo demás estaba tal y como la recordaba.

—No me lo puedo creer, qué guapo estás... —repetía Elizabeth una y otra vez—. Voy a avisar a tu padre. Siéntate, estás en tu casa —dijo, como si tuviese que recordárselo.

Jimmy fue al salón y dejó la mochila en uno de los asientos. Cuando James bajó las escaleras adoptó la misma expresión que su madre al verle.

—Jamie —dijo acercándose a él. Parecía que acababa de volver de la guerra y no de un país extranjero donde ellos mismos habían decidido que estudiaría hacía muchos años.

—Hola, papá. — La forma en la que lo dijo, frío como un iceberg y tan duro como él, pareció disuadir a James de su intención de abrazarle. James y Elizabeth se sentaron en el sofá que había enfrente de donde estaba Jimmy. Notaban algo raro en él. Aparte de su evidente cambio físico, había algo intangible que les decía que el joven que tenían delante poco tenía que ver con el Jimmy al que habían visto por última vez hacía cuatro años.

—Bueno, dinos, ¿cuándo has vuelto? —preguntó su madre tratando de iniciar la conversación—. ¿Qué tal tus últimas semanas allí? ¿El vuelo...?

—Os he traído algo —le interrumpió Jimmy. Sus palabras eran tan cortantes como una guillotina.

Elizabeth y James se miraron. Jimmy sacó un diploma de la mochila y lo dejó en la mesa, frente a ellos, quienes lo miraron confusos y luego a él.

—Aquí tenéis vuestro título —dijo dándoles la espalda dispuesto a marcharse, pero la voz de su padre le detuvo.

—¿Qué quiere decir esto?

Y como si esas palabras fueran la chispa que encendió una mecha, Jimmy explotó y girándose hacia ellos respondió.

—Toda mi vida he estado a vuestra merced: de lo que queríais que hiciese, de lo que creíais que era lo mejor para mí. Y lo único que habéis conseguido con ello es que sea un desgraciado que ha vivido

con miedo a mostrar lo que sentía y a decir lo que sentía cuando quería hacerlo. Por vuestra culpa he perdido lo más importante para mí, lo mejor que me había pasado en la vida. —Sus padres se quedaron petrificados ante el ímpetu con el que hablaba, la fuerza de sus palabras. Nunca habían visto a su hijo de esa manera—. Hay quienes se pasan toda la vida buscando algo por lo que valga la pena luchar, que te haga sentir que estás vivo... Yo lo tenía, lo había encontrado y vosotros me lo arrebatasteis. Solo por un trozo de papel.

—Qué sabrás tú —dijo su padre al cabo de unos segundos—. ¿Qué sabrás tú de la vida? De lo que cuesta salir adelante, conseguir las cosas. Tu madre y yo lo sabemos, somos mayores que tú, lo hemos vivido. ¿Cómo ibas a saber mejor que nosotros lo que tienes que ser? ¿Lo que es mejor para ti? Solo eras un niño y aunque no quieras creerlo lo sigues siendo. ¿Preferirías que te hubiésemos permitido todo? ¿Dónde ibas a llegar así? En la vida se aprende a golpes y lo único que hemos pretendido tu madre y yo desde que naciste es protegerte, evitarte esos golpes, y garantizarte un buen futuro. Que te conviertas en alguien de provecho.

—¿Esa es vuestra idea de protegerme? ¿Tomar decisiones por mí? Si para vosotros un buen futuro consiste en estudiar una carrera que no me interesa lo más mínimo, felicidades, lo habéis conseguido. Pero en la vida hay mucho más que eso. ¿Qué hay de lo que te apasiona? ¿De tener un sueño y perseguirlo?

—Hablas como tu tío. ¿Es que no lo ves? Precisamente son esas cosas las que más daño pueden hacerte. La vida es muy competitiva; ser escritor, director de cine... no se pueden tener esa clase de aspiraciones porque son imposibles de conseguir y lo único que acarrean son decepciones. Hay que ser realista. ¿De verdad quieres dedicar tu vida a algo que no te va a reportar nada?

—Si es algo que me hace feliz, entonces sí. El éxito o el fracaso no se mide en si conseguiste algo o no, sino en si lo intentaste. Para mí un verdadero fracasado es quien acepta que el mundo es como dices que es. El que se rinde sin ni siquiera haber empezado. Pero

tienes razón en una cosa; no hay garantías, y sé que cometeré errores pero asumiré las consecuencias sabiendo que son parte de mi decisión.

—No sabes lo que dices —dijo su padre negando con la cabeza.

—Es posible. Pero prefiero mil veces eso a vivir arrepentido sabiendo que perdí algo porque no me atreví a luchar por ello. Asumiendo las consecuencias de las decisiones de otros y pagando por sus errores.

Elizabeth y James se quedaron inmóviles viendo cómo su hijo se marchaba. En cambio, Jimmy se sentía más libre que nunca. Por fin había plantado cara a sus padres, había mostrado lo que sentía exactamente y ahora que lo había hecho no había vuelta atrás. Razón por la cual Jimmy se dirigía a ver a la persona a la que sus padres siempre habían temido que se pareciese, la amenaza constante de cómo podría haber acabado de no ser por ellos. Un fracasado: su tío.

AL ENCUENTRO: RONIE

El metro se detuvo y Ronie miró la lista de paradas, aún faltaban siete para llegar a casa. Inspiró hondo y cambió la canción del móvil. Aquel día había cogido los cascos para poner música sin intención de escucharla, solo para distraerse de sus pensamientos. Repetía la letra de cada canción mentalmente para evitar que sus propias palabras reflejasen lo que de verdad estaba pensando, cómo se sentía. Esa mañana, antes de ir al estudio a trabajar, una noticia había puesto su mundo del revés: el vuelo de Jimmy se había cancelado. Las últimas semanas no había parado de darle vueltas a esa fecha, el día en el que Jimmy volvería, y a la promesa que hicieron años atrás. Se suponía que entonces harían algo que le llevase a cumplir su verdadero sueño. Seguía sin saber qué podría ser eso, pero a estas alturas se habría conformado solo con estar con él. Parecía que había pasado toda una vida, pero a veces los cambios más grandes solo llevan un segundo. Cada vez que se planteaba ir al aeropuerto para encontrarse con Jimmy, si tenía sentido o era una locura que después de todo lo que había pasado entre ellos siguiese recordando esa promesa, no era capaz de llegar a una conclusión. Adivinar el número de granos de arena en el desierto se le antojaba más fácil que comprender sus propios sentimientos, por qué no había podido dejar atrás lo que sentía por Jimmy. Olvidarse de él era como extirpar su propio corazón. No importaba las veces que este se hiciese daño, seguía esperando un milagro, una palabra, algo que le demostrase que todo había valido la pena. Pero la realidad siempre cortaba las alas a sus esperanzas

recordándole cuáles eran los hechos: Jimmy se había ido hacía más de cuatro años y ni él ni ella habían dicho o hecho nada al respecto. Además, en todo ese tiempo apenas habían hablado. Ronie leyó el mensaje que le había enviado Jimmy el año pasado cuando consiguió su primer papel, el único que tenía suyo.

Sabía que lo conseguirías.

Aún seguía sonriendo sin darse cuenta al leerlo. Pero ese mensaje le recordaba algo que su corazón no podía negar y era que esas cuatro palabras eran la prueba de que Jimmy no estaba, que hacía mucho que no había estado. El futuro que habían imaginado juntos no eran más que eso, palabras.

—¡He llegado! —anunció cerrando la puerta del piso tras de sí.

—¿Cómo está la mejor actriz del mundo? —preguntó una voz desde el fondo del pasillo.

—No lo sé. Si me das su número tal vez podríamos llamar y preguntárselo —bromeó Ronie.

Lewis salió de la cocina y se acercó a ella con una sonrisa.

—Qué boba eres —dijo dándole un abrazo cariñoso y un beso en la cabeza—. He preparado tu plato preferido.

—¿Eso significa que has pedido pizza?

—Ja, ja... veo que estás graciosilla.

Ronie curvó la comisura de los labios. Lewis siempre estaba de tan buen humor, especialmente con ella, que no quería estar desanimada con él. Recurrir al humor era su forma de evitar mostrar cómo se sentía de verdad.

Lewis y Ronie se conocieron a través de los vídeos que subían a internet, ella sus prácticas de doblaje y él sus *gameplays*. Ambos comentaban respectivamente los vídeos del otro dándole ánimos y felicitándole por su trabajo, no tardaron en caerse bien y en hacerse buenos amigos. Después de lo de Charlie, Lewis comenzó a notar a

Ronie mucho más decaída de lo habitual y aunque le hubiese gustado saber a qué se debía nunca le preguntó al respecto. Hasta que un día Ronie le contó lo que había pasado, cómo la carroza se había convertido en calabaza en un abrir y cerrar de ojos. Lewis, que en treinta años había vivido sus propios desamores, comprendió perfectamente cómo se sentía y le prometió que la persona indicada aparecería a su debido tiempo. «Si algo no funciona es porque no estaba hecho para ti» le dijo.

Ronie le contó lo que había pasado entre Charlie y ella, cómo se había conocido y se habían gustado, que los días que pasó con él se sintió como en un cuento de hadas y cómo no resultó más que en una fantasía. Le contó el cuento obviando al verdadero protagonista; Jimmy. No se sentía preparada para hablar de él y teniendo en cuenta que el que siguiese en su corazón no significaba que estuviese en su vida lo mantuvo en secreto, como si fuese un recuerdo de otra vida. Eso, en cierto modo, le sirvió para abrirse con más facilidad a Lewis. Salvando esa parte que estaba bajo llave, Ronie le contó a Lewis todos los sueños y aspiraciones que tenía, que estaba trabajando para ahorrar dinero y mudarse para convertirse en actriz de doblaje. Quería ir a una escuela y demostrar de lo que era capaz. Lewis escuchaba esas historias con la misma fascinación que un niño escucha su libro favorito. Un día, Lewis sorprendió a Ronie con la noticia de que había encontrado trabajo en una agencia de publicidad, iba a mudarse a la ciudad y quería que ella fuese con él.

—Nuestros sueños pueden hacerse realidad.

Con los tres años que llevaba trabajando, y descontando gastos que habían surgido a lo largo de ese tiempo, no le llegaba aún para mudarse a un piso ella sola y pagar la escuela, pero si compartía piso con Lewis sí. Por primera vez Ronie se tiró a la piscina sin pensarlo dos veces y así fue como acabó cumpliendo su sueño, dedicándose a lo que siempre se había querido pero sin la persona con la que quería compartirlo. Aun así Lewis hacía que estar allí valiese la pena. Tenía algo que a Ronie le gustaba, y no solo era su

aspecto físico, muy similar a grandes rasgos con el de Jimmy, sino su actitud. Siempre esperaba lo mejor de los demás, lo mismo que él ofrecía a cambio, era divertido, generoso y dulce. Ronie sabía que Lewis sentía algo por ella, lo reconocía en su forma de mirarle, en lo atento que era con ella. De algún modo, puede que porque eran conscientes de que hablar sobre ello podía hacer que se complicasen las cosas entre ellos, nunca habían hablado sobre el tema. Lewis no era como Charlie, no iba a decirle adiós a la primera de cambio, se lo había demostrado todo ese tiempo siendo lo que ella necesitaba que fuese entonces, su amigo. Tampoco era como Jimmy, en absoluto, y era esa la diferencia que hacía que Ronie en ocasiones se plantease si precisamente por eso podría funcionar. Lewis convertía las palabras en hechos. Con Jimmy, Ronie había construido castillos en el aire, creyendo que podía volar. Con Lewis no vivía en un castillo, pero tenían los pies sobre la tierra.

Cuando terminaron de comer jugaron a la consola. Ronie no tenía muchas ganas pero era una buena forma de distraerse. O eso creía, porque le estaba costando tanto concentrarse que estaba jugando fatal. Lo cual no pasó desapercibido para Lewis.

—¿Te pasa algo? —preguntó mirándola de reojo—. No te ofendas, pero me lo estás poniendo tan fácil que con cada victoria me siento sucio.

«Es que no dejo de darle vueltas a las ganas que tenía de ver a Jimmy», pensó.

—No, no es nada. Cosas del trabajo, ya sabes —respondió.

Lewis frunció los labios, sabía que no estaba siendo sincera pero nunca le había insistido cuando no quería hablar de algo.

—Pase lo que pase sabes que cuentas conmigo para lo que sea —dijo inclinándose para apoyar su frente en la de ella. Ronie sonrió.

—Voy a salir a dar una vuelta —dijo levantándose para coger sus cascos. No es que la música le hubiese servido del todo para evadirse pero parecía el método más efectivo.

—Muy bien. Yo seguiré dándole caña un rato y luego me pondré a ver una serie. Estilo de vida saludable es mi segundo nombre.

Ronie salió del piso entre carcajadas, se puso los cascos y dejó que el eco de su risa se desvaneciese por las escaleras.

Era una locura, sin duda, y no tenía el menor sentido. Decir que cuatro más cuatro era igual a dos hubiese sido más lógico que lo que estaba a punto de hacer: ir al aeropuerto. Llevaba semanas dudando de si ir y lo único que necesitó para saber que quería hacerlo fue saber que ya no tenía una razón para ello. Por eso, aunque sabía que no iba a encontrarse con él, algo dentro de ella le hacía sentir que hasta que no fuese allí no podría sacárselo de la cabeza.

En el aeropuerto Ronie observó el bullicio a su alrededor. Cientos de personas cargadas con maletas infinitamente más pequeñas y menos pesadas que los recuerdos que les acompañaban. Miraba a unos y otros y pensaba si la persona que les acompañaba para despedirse sería una pareja, o un familiar. Observó a los que llegaban, siempre siendo recibidos entre abrazos y besos, gestos de cariño. Esa imagen le hizo pensar que realmente ninguna distancia, por muy grande que fuese, podía impedir un sentimiento. Ronie se permitió fantasear un momento con cómo habría sido si Jimmy hubiese llegado aquel día. Ella habría ido a la hora prevista, por sorpresa, habría sido la primera persona que él habría visto al volver, la primera cara amiga en recibirle con gestos de cariño. ¿La habría reconocido? Los años la habían cambiado, aunque ella se seguía viendo igual que cuatro años atrás. ¿Le habría reconocido a él? ¿Habría cambiado mucho estando en Bruselas? Trató de imaginarse el aspecto que tendría pero le fue imposible, seguía viendo el mismo rostro que recordaba de aquel día en la fiesta. Ronie se sentó en uno de los bancos que había en el aeropuerto, subió el volumen de la música y se quedó durante unos minutos viendo cómo la vida se movía como si fuera una espectadora viendo una película.

Cuando volvió al piso se encontró con Lewis en el sofá viendo la tele, tal y como había dicho que haría.

—Lo único que le falta a esta serie para ser la mejor del mundo es que tú pongas voz en ella —dijo alegremente.

—Bobo —fue la respuesta de Ronie, reprimiendo una sonrisa. Le encantaba que dijese cosas así.

—¿Qué tal el paseo? ¿Es agradable eso de salir y tomar aire fresco? ¿Lo recomendarías?

—Bien. Bastante. Y sí.

—Me has convencido. La próxima vez, si te apetece, podemos ir juntos.

—Trato hecho —dijo Ronie dirigiéndose a su cuarto.

—Ah, por cierto. Mientras estabas fuera ha venido un chico preguntando por ti.

—¿Qué quería? —preguntó extrañada. Las únicas personas que conocía allí eran sus compañeros de trabajo y, de momento, ninguno había ido a verle a casa.

—No lo sé, no me lo dijo. La verdad es que era un poco raro, se quedó parado en la puerta y se largó. Lo que sí me dijo es que no hacía falta que te dijese nada pero como puedes ver no le he hecho caso.

Ronie se quedó de piedra. Tenía un presentimiento, o simplemente el nombre que llevaba pululando todo el día en su cabeza volvió a aparecer en ese momento.

—¿Qué aspecto tenía?

—Alto, pelo oscuro, moreno, veintipocos....

La imagen de Jimmy se formó en la mente de Ronie como uniendo las piezas de un rompecabezas.

«No puede ser. Es imposible. Su vuelo se canceló, está a cientos de kilómetros de aquí», pensó. Además, aunque así fuera, ¿por qué

iba a ir a verla? Ni siquiera sabía dónde vivía. Ante el repentino silencio de la chica, Lewis se giró hacia ella.

—¿Ocurre algo? Has puesto la misma cara que él ¿es que le conoces? —preguntó extrañado.

—Tengo que llamar a alguien —dijo Ronie yendo a toda prisa a por su teléfono a la habitación.

No quería creérselo, no hasta asegurarse de que era cierto. Si de verdad había vuelto y había ido a verla eso significaría que... no podía ni pensarlo.

Buscó en favoritos y llamó a Robin, que contesto al momento.

—¡Hola, Ronie! Qué gracia, justo hoy me...

—¿Has hablado con Jimmy? —preguntó sin ni siquiera dejar que su amiga acabase la frase.

—No desde hace tiempo. Todo lo que sé de él es prácticamente a través de Robert, ¿por qué lo dices?

—Robert... —murmuró Ronie. Claro, ¿cómo no lo había pensado? Robert era el que más había mantenido el contacto con Jimmy, siempre estaba poniendo al día a los demás. Si alguien sabía si Jimmy había vuelto sin duda era él.

—Luego hablamos. —Y colgó. Buscó de nuevo en sus favoritos y llamó a Robert.

—¡Hombre, Ronie! Dime, ¿qué tal ha...?

—¿Ha vuelto Jimmy? —preguntó, más ansiosa por momentos.

—¿Qu-qué? ¿Cómo? ¿No lo sabes? —preguntó Robert confuso—. En... entonces yo tampoco —sentenció.

—Robert, por favor si está aquí tienes que decírmelo.

—Mierda. ¿Qué demonios dice el manual de amigos que hay que hacer en una situación así?

—Por favor, Robert... —suplicó Ronie.

—Vaaaaale, está bien, te lo diré... Me llamó esta tarde. Evidentemente me quedé flipando, no solo porque pensé que me iba a costar un ojo de la cara. Me dijo que había cogido otro vuelo porque no podía esperar. Me preguntó tu dirección pero como no la sabía le pregunté a Robin. A quien por cierto no le dije nada de nada.

Por un segundo, la Tierra dejó de girar, el sol se congeló y quedó suspendida en gravedad cero.

Jimmy había vuelto y no solo eso, sino que había ido a buscarla. De haberse quedado en casa habría abierto la puerta y se habría encontrado con él, tal y como deseaba haberlo hecho cuatro años atrás. De haberse quedado podría haber visto si con solo mirarle todas sus preguntas recibían respuesta. Si ese era el milagro, el algo que estaba esperando.

Ronie se preguntó qué habría sentido Jimmy al ver que se abría la puerta y que ella no estaba al otro lado. ¿Y si al ver a Lewis había pensado lo que no era? O lo que pudo haber sido. Había ido a buscarla y ella tenía que hacer lo mismo.

El camino que habían recorrido juntos, que hacía tiempo se había bifurcado, estaba a punto de encontrarse de nuevo.

LA HISTORIA DE UN SUEÑO

Lo único que sabía Jimmy sobre su tío Arthur era:

Trabajaba en un ciber-quiosco en el pueblo.

No se había casado ni había tenido hijos.

Y que tanto para su madre como para su padre, era la definición de ser un fracasado.

Según ellos no había hecho nada de provecho en su vida, Jimmy suponía que porque él no había estudiado una carrera mientras que su hermano, James, sí. Pero teniendo en cuenta el enfrentamiento que había tenido con sus padres como resultado de una vida con esa premisa era posible que Arthur, después de todo, resultase ser alguien interesante. Tendría su propia versión de los hechos, una historia que contar, y Jimmy estaba deseando escucharla.

La fachada de la tienda estaba plagada de revistas apoyadas en el suelo entorno a la puerta, que estaba abierta. Jimmy entró, pero no vio a nadie tras el mostrador ni en ninguna parte. Era un local pequeño, con algunos ordenadores en la parte de la izquierda (los cuales usaban aquellos habitantes que aún no tuviesen o no pudiesen permitirse tener uno) y lleno de libros, revistas, material escolar, etc. a la derecha.

—¿Hola?

—Un segundo... —respondió una voz que provenía de una habitación situada detrás de la caja. Al cabo de unos instantes un

hombre de unos cincuenta y pocos años salió a recibirle. Tenía el pelo canoso y los mismos ojos y nariz que su padre, aunque la cara un poco más alargada que este. Parecía cansado, tenía unas marcadas ojeras bajo los ojos—. ¿Jimmy? ¿Eres tú? —preguntó al verle. Sin duda le había reconocido, pero había pasado tanto tiempo desde la última vez que se habían visto que no estaba seguro de que fuera él.

—Hola... —respondió Jimmy en un repentino ataque de timidez.

—Cuánto tiempo, has crecido mucho. ¿Qué tal por Europa?

—Bien, estuvo bien... —Su tío ofreció una cálida sonrisa, pero algo en su mirada le decía que sabía que no había ido solo de visita. Después de todo nunca lo había hecho antes, sus padres no querían tener nada que ver con él por lo que nunca le invitaban a eventos familiares y por supuesto no iban a visitarle—. Verás, es que... no sé por dónde empezar...

En ese momento Jimmy se dio cuenta de que pese a su determinación no tenía ni idea de qué decir exactamente. «¿Por qué mis padres te consideran un fracasado?» o «¿por qué tienen tanto miedo a que me parezca a ti?» no parecía la mejor forma de empezar la conversación con un miembro de su familia con el que apenas había hablado y al que era la primera vez que iba a ver.

—Prueba por el principio —sugirió el hombre.

Jimmy inspiró hondo y ordenó sus pensamientos.

—Llevo toda la vida haciendo lo que mis padres querían que hiciese, lo que esperaban de mí o lo que ellos creían que era lo mejor y... solo he conseguido perder algo que era lo más importante para mí. Todo. Hoy por primera vez les he plantado cara, me he hecho oír y aunque seguramente estén más decepcionados conmigo de lo que lo han estado nunca es la vez que más a gusto me siento conmigo mismo. Aunque he cometido errores no siento que esto sea uno de ellos, todo lo contrario...

Jimmy se calló al ver la forma en que le miraba su tío. A saber qué estaría pensando de él, quizás ni siquiera le hacía gracia que hubiese ido a visitarle. Sería lógico, más teniendo en cuenta que era un sobrino al que había visto en contadas ocasiones y que ahora, por puro interés, había decidido honrarle con su presencia.

—Si quieres hablar de errores has venido al lugar indicado, yo he cometido muchos. —La forma en que lo dijo dejó a Jimmy pasmado. No parecía enfadado, más bien divertido—. ¿Sabes? Lo que acabas de decir me ha recordado mucho a la infancia de tu padre y mía. Tú ya no te acordarás de él, murió cuando eras muy pequeño, pero tu abuelo era un hombre con mucho carácter. Se había curtido a base de sacrificios y, como muchos padres, no quería que nosotros, sus hijos, pasásemos por lo mismo. Siempre nos decía que él no tuvo oportunidad de estudiar y que de haberlo hecho estaba seguro de que su vida hubiese sido más fácil, y así quería que fuese para nosotros. Por eso desde muy pequeños nos insistía en lo importante que eran los estudios, esforzarse en clase, sacar buenas notas... algo que a mí no se me daba nada bien. James siempre me decía que tenía que hacerlo para no decepcionar a papá, que era el hermano mayor y que tenía que dar ejemplo. Pero mi cabeza estaba siempre en las nubes, me pasaba las clases inventando personajes e historias. Había muchas otras cosas más allá de los estudios que llamaban mi atención y no quería dejarlas pasar. —Tras una breve pausa prosiguió—. Nunca olvidaré el día en que le dije a mi padre que no iría a la universidad, casi le da un infarto... Me preguntó qué demonios pensaba hacer con mi vida y, bueno, digamos que mi respuesta no mejoró la situación.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Jimmy intrigado.

—Que quería ser escritor. Ya había hecho méritos suficientes a lo largo de mi vida, pero fue en ese momento cuando me convertí oficialmente en la oveja negra de la familia. No podían creerse que, con lo mucho que nuestro padre había luchado para que tuviésemos un futuro mejor que el suyo, el que él quería para nosotros, yo lo tirase por la borda con «fantasías absurdas». —Usó el mismo tono

de voz que seguramente habían empleado entonces para referirse a su sueño—. Decían que ser escritor era más que difícil, era imposible, que había mucha competencia y que yo nunca triunfaría.

Jimmy se quedó estupefacto. Empezaba a entenderlo todo, el porqué de la forma de pensar de su padre. Estaba educándole del mismo modo que su padre había hecho con Arthur y él, aunque evidentemente el primero no había seguido el camino trazado. Pero Jimmy no tenía ni idea de que su tío fuese escritor, si había publicado algún libro nunca había oído hablar de él. ¿Se había enfadado James con él porque Arthur se había rebelado contra los planes de su padre y le había salido bien? ¿Porque le había demostrado que en un mundo donde se premiaba sacrificar los sueños, evitar la incertidumbre de no saber si conseguirías tus aspiraciones, a cambio de estudiar una carrera para conseguir «una vida digna», él había luchado por lo que de verdad quería y lo había conseguido? Aunque eso no explicaría por qué le consideraba un fracasado. A no ser que...

—No lo conseguiste —susurró.

Arthur frunció los labios.

—No. En lugar de ir a la universidad busqué un trabajo del tres al cuarto y me apunté a clases de escritura, lo que venía siendo un grupo de chicos y chicas que en sus ratos libres se reunían en la biblioteca para leer y escribir sus propias historias. Allí corregíamos los manuscritos y nos dábamos ideas entre nosotros. Durante ese tiempo debo reconocer que mis historias no eran precisamente de lo más originales, pero en mi defensa diré que estaba empezando. Desde niño había tenido ideas pero nunca me había puesto a desarrollarlas hasta ese momento, cuando conocí a Dana. Se suele hablar de las musas de forma metafórica, pero ella lo era de carne y hueso. Siempre que la veía, solo con tenerla cerca, las ideas empezaban a fluir y necesitaba plasmarlo con papel y boli lo antes posible, sino sentía que la cabeza me iba a explotar.

»Dana, a diferencia de mí, compaginaba sus estudios con el grupo de escritura, algo que a mi padre le habría encantado, enfocar una

actividad no lucrativa solo como un pasatiempo. Pero Dana era brillante escribiendo. Tenía una forma tan particular de ver el mundo y su don para reflejarlo en todo lo que escribía era tal que todos nos quedábamos embelesados escuchándola contar sus historias como niños en una guardería. Fue a través de lo que escribía, de sus palabras, que me enamoré locamente de ella.

»Después de las reuniones en la biblioteca, a veces me hacía con el valor suficiente para invitarla a tomar algo, y ella siempre me respondía que sí con una sonrisa. Entre copa y copa, hablábamos de nuestra vida, nuestras aspiraciones y nuestra familia. Los mismos temas de conversación para ambos pero con versiones completamente diferentes, como las historias que se escriben. Allí fue donde me habló por primera vez sobre un proyecto secreto, una historia que aún no se había atrevido a escribir. Era una novela de misterio, protagonizada por una inspectora llamada Julia Sparks. Solo por diversión, igual que charlábamos sobre nosotros mismos, empezamos a hablar de los personajes que compondrían el libro, a desarrollar sus historias y lo que los movía. Un día, Dana se presentó en el bar con un manuscrito de los primeros tres capítulos y al igual que todas sus otras historias era fantástico. Del bar pasamos a su apartamento, donde con algo menos de alcohol de por medio, seguíamos charlando, pensando ideas y extendiendo la historia que llevaba soñando con escribir tanto tiempo.

»Años más tarde, cuando acabó la carrera, Dana se mudó a la ciudad para buscar trabajo. Se llevó todos los manuscritos de sus historias, los buenos ratos que pasamos en los bares plasmados en cada página, y mi corazón... Hicimos muchas promesas sobre que seguiríamos en contacto, que la distancia no cambiaría nuestra amistad y para ser justos, no lo hizo... pero el tiempo la fue difuminando hasta convertirla en un recuerdo. Yo acabé trabajando en un almacén a cambio de un sueldo miserable y un lugar donde dormir. La realidad es muy celosa, si te dejas embaucar por ella acabarás dando de lado a todos tus sueños, a cualquier idea de un futuro mejor absorto ante el innegable presente y todas sus limitaciones. Mis aspiraciones de convertirme en escritor morían con

cada carta de rechazo que recibía, hasta dejarlo completamente de lado. Mis días se redujeron a buscar oportunidades de un trabajo mejor. Aunque por entonces mi relación con tu padre era prácticamente como ahora, no dudaba en aprovechar cada ocasión que tenía para recordarme que, de haber estudiado una carrera tal y como nuestro padre quería, no estaría así.

»Al cabo de un par de años, en la misma biblioteca en la que tiempo atrás nos reuníamos para crear mundos de la nada, reconocí el nombre en el dorso de uno de los libros de las estanterías: «Dana Summers». Había publicado su primer libro, una novela de misterio protagonizada por una inspectora llamada Julia Sparks. Aun a día de hoy no puedo describir cómo me sentí en aquel momento...

Jimmy agachó la vista, no podía ni imaginarlo.

—Lo siento, debió de ser un golpe duro.

—No. Al contrario, me sentí feliz. Es uno de los momentos más felices que he vivido.

Jimmy frunció el ceño, su expresión no pasó desapercibida para su tío, quien explicó.

—Dana había cumplido su sueño. Dios, estaba tan orgulloso de ella... Aún lo estoy. Puede que suene estúpido, pero haber formado parte del origen de esa historia, de cómo se desarrolló... me hizo sentir tan especial y realizado como nunca me había sentido en mi vida. Como nunca me he vuelto a sentir —dijo pasando junto a Jimmy. Cogió uno de los libros de la estantería y se lo extendió.

«*El botón rojo*, por Dana Summers. Sexta edición». Jimmy miró a su tío asombrado.

—¿Esto es...?

—En efecto. Continuó la historia hasta convertirlo en una saga de libros. Ha publicado más títulos, pero este sigue siendo el buque insignia de su obra.

Jimmy miró el libro tratando de imaginar todo lo que le había contado su tío. Se los imaginó en la biblioteca, riendo en el bar y

escribiendo en su apartamento. La cara de su tío al hablar de Dana sin duda reflejaba el mismo amor que había sentido entonces por ella. Jimmy volvió a mirar a Arthur.

—¿Por qué no le dijiste lo que sentías?

—Por la razón más complicada del mundo: no me atreví a hacerlo. Mientras pasábamos las semanas y los años juntos no quería arriesgarme a estropear lo que teníamos, y cuando estás viviendo algo así no te paras a pensar en que tal vez algún día se acabará. Cuando se fue a la ciudad, pese a las promesas que hicimos, poco a poco perdimos el contacto. Hablábamos de vez en cuando por teléfono o nos escribíamos, pero nuestros horarios eran incompatibles, ella trabajaba por las mañanas y yo toda la noche, y un día las cartas dejaron de llegar... Cuando supe que había publicado me dije a mí mismo que hasta que yo no lo hiciese, hasta que no consiguiese tener mi propio libro, no me pondría en contacto con ella. Como bien sabes, eso no llegó a pasar, por lo que nunca le dije nada. —La expresión de Jimmy cambió al conocer que ese era el final de la historia—. Debes pensar que tu padre tiene razón sobre mí, que soy un fracasado. —Jimmy quiso decir algo, excusarse por hacerle creer eso, explicarle que él no lo veía así, pero Arthur se adelantó—. Y si lo piensas tiene razón: intenté ser escritor y fracasé. Me enamoré de la chica más maravillosa que he conocido en mi vida y la dejé escapar. Pero como te he dicho, yo sé mucho de errores ¿y sabes lo que he aprendido? Que un error no es un fracaso a no ser que no aprendas de él. Yo he cometido errores. Muchos, muchos, muchos errores —dijo divertido—, pero he aprendido de todos y cada uno de ellos. De algunos más tarde y de otros más temprano, y la mayor lección que he sacado es esta:

»Nunca pospongas la felicidad, Jimmy. Ni le pongas condiciones. Sobre todo cuando se trate de querer a alguien. Hay personas que solo pasan una vez en la vida. Las oportunidades vienen y van, pero si das por sentado a alguien entonces puedes perderlo para siempre. —Arthur se dirigió a la parte de atrás de la tienda, la habitación donde estaba cuando llegó Jimmy y volvió con un taco de papeles

en la mano—. Yo sigo escribiendo. Puede parecer una pérdida de tiempo, pero me apasiona. Es algo que me hace sentir bien y ya no me importa si me publican o no porque disfruto con ello. Tal vez un día suene la flauta y consiga tener mi propio libro en una estantería de una tienda como esta, eso puede pasar el día menos pensando. Sin embargo a Dana no la recuperaré. Mi forma particular de seguir formando parte de su vida y que ella esté en la mía es a través de esto: vendiendo sus libros aquí. —Arthur miró a su alrededor, a las paredes del establecimiento que se había convertido en su forma de ganarse la vida y de mantener vivo el sueño que construyó junto a la mujer a la que más había amado—. ¿Y bien? Tú qué crees. ¿Soy un fracasado? —preguntó finalmente a Jimmy.

Jimmy sonrió y con total certeza respondió.

—No, solo eres humano. No imaginaba lo que este lugar podían albergar, lo que has vivido... y después de todo lo que sé ahora, lo que me has contado, estoy seguro de que lo que he hecho hoy no ha sido un error, porque me ha traído aquí. —Los ojos de Arthur se iluminaron.

—Me alegro de que haya sido así. No es fácil luchar por lo que queremos, incluso cuando eso suponga enfrentarnos a nuestros padres. Pero es mucho más difícil vivir sin haberlo hecho.

—Gracias, Arthur. Por todo —dijo Jimmy. Este se limitó a hacer un gesto con la cabeza.

—Buena charla. Oye, antes de irte... —dijo cogiendo un libro que había en el mostrador—. ¿Te importa llevarle este libro a Yohana Honely?

—Claro, faltaría más —dijo Jimmy, el cual se dirigió a la puerta y antes de salir añadió—. ¿Sabes? Los errores tienen algo particular —dijo Jimmy.

—¿Ah, sí? ¿De qué se trata? —preguntó Arthur con interés.

—No solo puedes aprendes de los tuyos, también nos permiten aprender de los de los demás.

Jimmy había aprendido un montón de cosas aquel día, muchas gracias a su tío. Ronie era su persona, aquella que solo pasa una vez en la vida. Él había tenido la suerte de encontrarla cuando tan solo era un niño y desde entonces había sabido que quería que estuviesen siempre juntos. No sabía si sería demasiado tarde, si aunque le dijese lo que sentía, que la quería y que no quería pasar un día más sin ella, Ronie sentiría lo mismo, pero sabía que de no hacerlo se arrepentiría para siempre.

ALGO PARA TI

Jimmy se quedó parado frente a la entrada de la casa número cuatro. El mismo número de años que había estado fuera. Esa placa siempre había estado ahí, pero era la primera vez que Jimmy la veía de esa forma, que podía achacarle a su número el significado del tiempo que no había estado allí. Pero eso no era todo, tenía que empezar desde el principio:

Cuatro, los años que tenía cuando conoció a Ronie.

Cuatro años después, en un claro en medio del bosque, le prometería que la cuidaría.

Cuatro años después, al poco de empezar el instituto y a causa de sus padres, cambiaría su relación en ella.

Por lo que parecía ese número le había acompañado en muchos de los momentos clave de su vida aún sin saberlo. Y ese día iba a hacerlo otra vez.

Jimmy se acercó a la puerta y llamó al timbre. Yohana le recibió con una inmediata sonrisa. Estaba tan guapa como recordaba, los años no se notaban en su aspecto, solo en las arrugas de sus ojos cuando sonreía y en algunas canas de su cabello castaño.

—¡Jimmy! Cuánto me alegro de verte —dijo dándole un abrazo—. Dios mío, cuánto has crecido... Estás muy guapo. —En ese momento la mujer cayó en la cuenta de algo y se puso más seria—. Ronie no está aquí, se mudó el año pasado.

—Lo sé, no te preocupes. Te he traído esto —dijo extendiéndole el libro. Yohana le miró con dulzura.

—Siempre has sido un buen chico... gracias. Pasa, te invito a un café y hablamos un rato.

—En realidad no me gusta mucho el café.

—A mí tampoco —dijo la mujer sonriendo.

Jimmy dudó si aceptar su invitación, pero finalmente accedió. Era la vez que más cerca había estado de Ronie en mucho tiempo, de saber qué era de su vida de primera mano. Tuvo miedo al pensar que no le gustaría lo que podía escuchar, pero su deseo de saber sobre ella era mayor que cualquier cosa.

Jimmy siguió a Yohana hasta la cocina. La casa de los Honely, a diferencia de cuando había estado en la suya, la veía desde una perspectiva completamente diferente, no solo porque era mucho más alto que la última vez que había estado allí, sino por la cantidad de recuerdos nuevos que albergaba. Fotos y dibujos nuevos (hechos por Ronie) decoraban las paredes y presidían los muebles.

—Lo único que tengo para ofrecerte es esto, a Mike le encanta —dijo la mujer sirviéndole una lata de cerveza.

—Oh, no era necesario. Pero muchas gracias —dijo Jimmy tomando asiento y pegando un trago a la bebida. Sabía amarga, pero le resultó refrescante. Yohana se sirvió un vaso de té.

—¿Llevas mucho por aquí?

—No, he vuelto justo hoy.

—¿Y qué tal en Bruselas? ¿Te costó adaptarte a tu vida allí?

—A decir verdad, sí. Más que adaptarme lo que me costó fue... aprender a dejar atrás mi vida aquí. Cuando lo conseguí fue más fácil disfrutar de las cosas que tenía allí, de la gente...

—¿Hiciste buenos amigos?

—Sí —respondió con una pequeña sonrisa recordando a Yoon y Roman.

—Tus padres estarán muy orgullosos.

Jimmy frunció el ceño.

—Bueno, por un lado sí pero por otro... es complicado.

—Me lo imagino... —se limitó a decir la mujer dando un sorbo a su té. Cuando se trataba de James y Elizabeth siempre era complicado. Con cada silencio que se formaba Yohana notaba que una pregunta rondaba por la mente del chico—. Ronie está bien. —Los ojos de Jimmy se abrieron como platos, fue como si le hubiese leído la mente—. Se mudó para estudiar doblaje, ¡y ahora es actriz profesional! Aunque Mike y yo la extrañamos mucho vale la pena por saber que está viviendo su sueño —dijo la mujer, resultaba evidente que se sentía la madre más orgullosa del mundo.

—Albert me avisó el día que tuvo su primer trabajo, me alegro mucho por ella. Se merece lo mejor... —Una vez más, algo rondaba la cabeza del chico aunque no parecía capaz de verbalizarlo, de modo que Yohana siguió diciendo:

—Siento mucho lo que pasó entre vosotros. Desde pequeños teníais una relación tan bonita, tan inocente, tan pura... hasta que nosotros, tus padres, Mike y yo, intervinimos. Sé lo mucho que cambiaron las cosas entre Ronie y tú desde ese día. Y para ella. Se volvió más callada, supongo que porque al no estar contigo ya no tenía aventuras que contar. También se fue haciendo más reservada. Tenía la misma cara que tú ahora, como si tuviese constantemente el mismo nombre en la cabeza, solo queriendo hablar de él, pero pensando que no podía hacerlo. O no sabía cómo. —Jimmy se sonrojó—. El día que te devolvió esa mariquita de cerámica, la que le regalaste, fue muy duro para ella. Creo que nunca he llegado a comprender lo que significaba para vosotros...

Las imágenes aparecieron una tras otra en la mente de Jimmy como diapositivas iluminando un cuarto oscuro. Recordó el día que vio esa mariquita por primera vez, cuando su madre le ayudó a pintarla, cuando se la regaló a Ronie, cuando esta se la devolvió... Jimmy había seguido dibujando un lunar cada año. Incluso cuando

se fue, incluso cuando sus vidas estuvieron separadas, Jimmy seguía queriendo estar con ella, conmemorando el inicio de su vida. Reduciendo años a un pequeño punto negro decorando el caparazón de aquella figura. Jimmy miró a Yohana, resultaba tan dulce y comprensiva que Jimmy sintió la libertad de abrirse, contarle lo que había estado rondando su mente desde que había entrado.

—Sé que mis padres hicieron lo que creían mejor para mí, pero desde ese día... nada volvió a ser igual. No sabía cómo se suponía que debía comportarme con ella. No sabía qué decir ni qué hacer porque nada de lo que pudiese decirle iba a cambiar los hechos. Por aquel entonces empecé a pensar que algún día, cuando hubiese conseguido lo que mis padres querían, ya no tendrían derecho a elegir por mí, que podría tomar mis propias decisiones y volver a recuperar la relación que teníamos... Nunca pensé que cuando llegase ese día sería demasiado tarde.

—¿A qué te refieres? —preguntó la mujer.

—Lo primero que hice al llegar aquí fue ir a buscarla. Le pedí a Robert su dirección y fui a verla. Quería explicárselo todo, decirle que sentía haberla abandonado y que supiera que jamás volvería a hacerlo pero... ella ya no siente lo mismo. Y probablemente lleve mucho tiempo sin hacerlo. Después de todo he estado cuatro años fuera, pero empecé a alejarme mucho antes. Ha seguido con su vida y lo entiendo, pero...

—Jimmy —le interrumpió Yohana—, ve al cuarto de Ronie. Hay algo para ti.

Jimmy, pese a no entender a qué se refería, obedeció. Subió las escaleras y se encontró cara a cara con una puerta cerrada, tenía las mismas pegatinas que Ronie había puesto hacía años decorando la madera y aunque sabía que ella no estaba dentro sintió cómo se le aceleraba el corazón. Inspiró hondo, abrió la puerta y lo que vio le dejó de piedra.

Delante de él, cubriendo por completo la pared, como un mural, había una mariquita pintada, una con unos lunares muy particulares.

Los del centro, los más grandes, formaban un corazón. Jimmy sintió una explosión de la magnitud del Big Bang en su interior, llenándole de vida, una sensación totalmente opuesta a la que había sentido aquel mismo día al encontrarse con Lewis. De la nada surgió todo.

SÍ. Ronie sentía lo mismo que él.

SÍ. Ronie quería el futuro que habían creado en su pasado.

SÍ. Le importaba.

Jimmy contó los lunares. Uno, dos, tres cuatro, cinco... catorce. Catorce lunares. El caudal de felicidad que recorría las venas de Jimmy bombeado directamente desde su corazón, comenzó a detenerse. No podía ser. Faltaban dos lunares, lo que significaba que Ronie no había sumado los dos últimos años. ¿Por qué? ¿Había tirado la toalla con él? ¿Por eso se había mudado a la ciudad, con Lewis? Quizás era el tiempo que hacía que lo había conocido, dos años. Dos años le habrían bastado para darle todo lo que él no había podido en una vida.

Jimmy experimentó en cuestión de segundos la esperanza, el alivio de saber que Ronie le había querido incluso durante los años en que él no podía verlo, y cómo esos sentimientos se escurrían entre sus dedos ya que, quizás por primera vez, llegaba tarde.

Jimmy bajó las escaleras aturdido, mareado por todas las emociones que se agitaban dentro de él, abrumado por el miedo y la alegría. El Yin y el Yang fusionados en su interior. Se encontró con Yohana al final del pasillo junto a la entrada.

—Para Ronie tú siempre has sido parte de ella, de su vida. Una muy importante. Creo que llegados a cierto punto se obligó a creer que debía seguir adelante, y a decir verdad, no sé si lo consiguió. Uno no puede ignorar los latidos de su propio corazón. —Tras una breve pausa dijo—: Ronie está de camino. Me llamó para decir que iba a coger un bus, llegará esta noche. —La esperanza floreció en los ojos del chico de forma tan clara como se ve salir el sol durante el amanecer—. No te rindas, no des por perdido el mundo que construisteis cuando erais niños. Me partiría el corazón saber que mi

hija ha perdido a la persona que más ha querido en su vida solo por unas premisas falsas que tus padres y nosotros os inculcamos. Nadie debería poder decidir sobre la forma que tenemos de amar a alguien, ni coartársela. El amor es el sentimiento que más libre debería hacernos sentir y lamento haberos arrebatado eso...

Jimmy sujetó las manos de la mujer, cuyos ojos empezaban a volverse vidriosos.

—Tranquila, todo irá bien. —Le asombró la facilidad con la que pudo decir esas palabras, quizás porque él mismo necesitaba escucharlas—. Gracias por el café —dijo dándole un beso en la mejilla. Yohana sonrió.

Antes de marchar Jimmy le hizo una petición.

—¿Puedes decirle a Ronie que esta noche vendré a buscarla? Será la última vez que tendrá que esperar por mí —dijo el chico con una voz dulce como la seda.

Yohana asintió con una sonrisa. Había vivido muchos años con la culpa de pensar que había privado a Ronie y a Jimmy de estar juntos, tal y como ellos habían querido siempre. Ver a Jimmy allí, dispuesto a luchar por ella, queriendo exactamente lo mismo que en aquel entonces, le hizo saber que tenía razón. Jimmy y Ronie no eran un capricho el uno para el otro, una cosa de niños. Eran una casualidad que muchos tardan años en encontrar y que cuando lo hacen lo llaman «destino». Ellos habían tenido la suerte de encontrarlo desde muy pequeños y también habían tenido la desdicha de tener que aprender a vivir sin ello, como nos pasa a todos. Unos nacemos en la oscuridad buscando el sol. Ellos se bañaron bajo su luz desde niños y luego tuvieron que vivir en la oscuridad. Cuando has sentido el calor, el frío se siente más. Pero tal vez después de ese día ambos volviesen a encontrar el sol y no tendrían que volver a vivir sin él nunca más.

FINAL

Cuando sonó el timbre Ronie esperó unos segundos antes de abrir pese a que llevaba más de una hora dando vueltas alrededor de la puerta. Sabía que era una tontería, como no responder los mensajes al momento solo para hacer esperar a la otra persona y que piense que estás más ocupado de lo que en realidad estás, pero Ronie seguía tan abrumada por todas las emociones que se habían desatado en su interior desde ese día, cuando descubrió que Jimmy había ido a verla, que no quería dejarse llevar por ellas. De alguna forma mentirse a sí misma actuando como que no estaban tan nerviosa/emocionada por verle le hacía tener la sensación de que tenía el control de la situación y de algo imposible, sus sentimientos. Lo cual quedó demostrado en cuanto abrió la puerta.

«Qué guapa» pensó él.

«Qué guapo» pensó ella.

El tiempo había vuelto las facciones de Jimmy más marcadas y definidas haciendo a sus ojos parecer más pequeños pero tan llamativos como siempre. Sus labios se habían vuelto más gruesos y la nariz más ancha. Era más alto y musculoso.

Por su parte, Ronie tenía el pelo más largo, llevaba la raya al medio enmarcándole la cara. Sus cejas eran un poco más gruesas, sus pestañas más oscuras y los ojos más vivos que nunca. Sus labios también eran más carnosos y la forma de su cara se había vuelto menos redondeada. Tenía la misma altura y complexión física.

Ronie se quedó sin palabras, no porque no supiese qué decir, sino porque olvidó por completo cómo hacerlo. Se habría olvidado de su propio nombre si en ese momento se lo hubiese preguntado. Pero Jimmy comenzó por algo más simple, puede que debido a que él se había llevado la misma impresión que ella al verle.

—Hola —dijo con una sonrisa torcida. El sonido de su voz provocó un escalofrío que recorrió todo el cuerpo de la chica como una chispa devolviéndole a la vida y el habla.

—Hola —respondió Ronie.

La sensación de seguridad y control que se había empeñado en construir se desvaneció en un segundo. Le resultaba imposible estar a la defensiva con Jimmy, todo él era un imán que la atraía con más fuerza que un agujero negro. En un segundo, Ronie volvía a sentirse exactamente igual que la última vez que le había visto, como siempre se sentía con él. Volvían a ser dos niños que habían construido un mundo más grande que ellos, dispuestos a conquistarlo.

—¿Te apetece dar una vuelta? —propuso Jimmy y la forma en que lo dijo hizo que Ronie sintiese que no había pasado ni un segundo desde la última vez que se habían encontrado en ese mismo umbral. Fue tan familiar hacerse a él, volver a estar juntos, como decir las siguientes palabras.

—Sí, claro.

Caminaron en silencio durante unos minutos, siendo más conscientes que nunca de la presencia el uno del otro, lanzándose miradas fugaces sin ser descubiertos. De forma inconsciente siguieron una ruta que habían recorrido cientos de veces antes, se dirigieron a un lugar que los dos conocían muy bien pese a no haber estado allí en mucho tiempo: su lugar de siempre.

—Hacía mucho desde la última vez... —dijo Ronie pensando en alto.

—Sí, ha pasado mucho tiempo sin vernos. Estás muy guapa...

—Me refería a que hacía mucho que no venía aquí —respondió Ronie divertida. Jimmy agachó la cabeza y aunque no se apreciaba a simple vista se puso colorado.

—Ronie, tengo algo que decirte, algo que llevo queriendo decir desde hace años —dijo Jimmy.

—Espera —espetó ella dando un paso hacia él de forma automática—. Déjame a mí primero. Dependiendo de lo que digas no sé si seré capaz de hacerlo luego.

—De acuerdo. —Jimmy asintió. Quería escuchar todo lo que Ronie tuviese que decir.

—Me gustaría preguntarte por qué no viniste a buscarme el día que te fuiste. No habrías tenido que hacer ni decir nada, ni siquiera habrías tenido que quedarte, pero necesitaba saber que seguías queriendo lo mismo. Sintiendo algo por mí. —Otro paso—. Me gustaría reprocharte que no hicieses ni dijeses nada los años siguientes, que no supiese nada de ti entonces. Estuve tan triste y tan enfadada contigo que... —Ronie no pudo acabar la frase. Jimmy entendía perfectamente que se sintiese así y sabía que no había nada que pudiese decir que justificase su comportamiento, por lo que estaba dispuesto a asumir las consecuencias que pudiesen acarrear—. Pero no puedo hacerlo —sentenció Ronie—. Porque yo tampoco hice nada, y no sé si tuvimos los mismos motivos, si fue por miedo, inseguridad, por lo que dijeron nuestros padres o por nosotros mismos... pero fuera como fuese fuimos nosotros los que aceptamos aquella situación y no hicimos nada para cambiarlo. Y lo siento mucho porque eso nos echó a perder.

—No digas eso. —Jimmy dio un paso hacia ella—. He visto el mural de tu cuarto. Por primera vez he sabido que tú también sentías lo mismo incluso cuando yo pensaba que no era así, que habías pasado página. Que te gustaban los mayores... —dijo Jimmy en voz más baja. Su yo de catorce años seguía algo dolido al respecto y sobre todo sintiéndose un estúpido sabiendo que no podía estar más equivocado. Ronie hizo una mueca.

—Te portaste como un idiota, no tuve ocasión de explicártelo... A eso me refiero precisamente. Eso nunca nos habría pasado antes, cuando hablábamos de todo. Podía saber lo que pensabas solo con mirarte, cómo te sentías según lo que sentía yo misma... —Ronie se llevó una mano al pecho. Aún podía recordar esa sensación, aunque débilmente—. Pero se interpuso un muro entre los dos y en vez de escalarlo o destruirlo nos acostumbramos a él. Llegó un momento en el que fue parte de nosotros y nada de lo que hiciera o dijese podía atravesarlo ni llegar a ti. Como mi canción en la obra de fin de curso... ahí comprendí lo lejos que estábamos el uno del otro, lo fácil que hubiera sido haberte dicho lo que sentía directamente y cómo el miedo me impidió hacerlo, y a ti oírlo.

—Eso no es justo. Quiero decir, tienes razón, debí saberlo, pero por entonces yo estaba tan perdido como tú. Pasé de saber cómo te sentías a tener que averiguarlo. ¿Y si ya no sentías lo mismo? ¿Y si lo estropeaba con fantasías de la infancia? No quería arriesgarme a que me rechazases, a que me apartaras. Creí que era más fácil vivir sin saber la respuesta. Ahora sé lo equivocado que estaba y esa es la cuestión. Tú y yo hemos actuado según lo que sabíamos, lo mejor que sabíamos. No tiene sentido reprocharnos esas cosas que ahora sabemos cómo eran en realidad porque en aquel entonces no era así, nos faltaban piezas.

Ronie frunció los labios. Jimmy tenía razón, y comprendió que el único motivo por el que se lo reprochaba era porque, ahora que disponía de toda la información, no podía evitar pensar que debería haber actuado de otra forma, una que no les hubiese mantenido separados durante tanto tiempo, que les hubiese evitado cometer los errores que cometieron.

—Creí que debía dejarlo atrás... a ti. Conocí a otras personas... —confesó Ronie. Se sentía culpable, como si hubiese traicionado sus sentimientos por él al haber tratado de engañar a su corazón para que aceptase la idea de debía querer a alguien más como si así pudiese hacerle olvidar sus verdaderos sentimientos. Con Jimmy allí, probando que todo ese tiempo había estado donde desde el

principio prometió que estaría, le hacía sentirse avergonzada. Jimmy, viendo el pesar en la expresión de la chica, supo al instante lo que estaba sintiendo. Poco a poco el muro se estaba resquebrajando y entre las grietas podían volver a verse con total claridad.

—Yo también lo intenté, pero a la hora de la verdad supe que no podía hacerlo... Saber lo que no quería me hizo saber exactamente lo que sí —dijo tratando de hacerle comprender que lo que sentía por él no era de menos solo porque alguna vez hubiese intentado sentir algo por alguien más, o incluso si llegó a hacerlo.

Ronie se puso tensa al imaginar a una chica desconocida conociendo a Jimmy, compartiendo su vida, estando allí para celebrar los momentos buenos y apoyarle en los malos... Justo tal y como debió sentirse Jimmy al ver a Reeve. Ronie sonrió para sus adentros, después de todo volvía a ver sus sentimientos reflejados en el espejo. Pero aun así algo dentro de ella se resistía a aceptar que aquello fuera real, a pensar que podía tener lo que siempre había querido solo porque estaba enfrente de ella. Una voz en su interior trataba de hacerle creer que era más fácil seguir con el camino que habían trazado los últimos años, que su momento ya había pasado.

—Me cuesta tanto no pensar que esto sea solo un espejismo, que a la mañana siguiente seguirá siendo real... Que quizás sea demasiado tarde.

—Eso pensé yo durante mucho tiempo y no quiero volver a hacerlo —dijo Jimmy, le tocaba hablar a él—. Ronie, puedo aceptar vivir en un mundo donde no me correspondas, incluso uno en el que estés con otra persona. Pero no puedo aceptar vivir en un mundo en el que no sepas que te amo. —Ronie se quedó paralizada, era la primera vez que le oía decir esas palabras en voz alta—. Te quiero. Siempre te he querido. Me enamoré de ti en el momento en el que te vi por primera vez y desde entonces no he podido imaginar mi vida de otra forma que no fuese juntos. Los años que he pasado contigo han sido los más felices, incluso cuando las cosas cambiaron entre nosotros era feliz de tenerte en mi vida... pero estos últimos

cuatro años no ha sido así. Hoy alguien me ha enseñado que no se debe posponer la felicidad y eso es lo que tú eres para mí. Lo he estado haciendo mucho tiempo por las razones equivocadas y no volverá a ser así. —Jimmy sacó una figura del bolsillo de su pantalón y se la extendió a Ronie quien al verla sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Habían pasado muchos años desde la última vez que había visto esa pequeña mariquita de cerámica, tantos como lunares nuevos tenía dibujados sobre su caparazón. Esa figura llevaba la cuenta de toda su vida desde que conoció a Jimmy—. No quiero seguir dibujando lunares de años en los que tú no estés. Quiero seguir sumando años *contigo*. Como siempre y para siempre. —Cada palabra había salido directamente de su corazón, eslabón tras eslabón, hasta liberarlo por completo. Por fin le había dicho a Ronie lo que sentía por ella y ninguna sensación se podía comparar a lo que sentía. En ese momento recordó algo—. Es curioso... la promesa que hicimos aquí hace diez años se ha cumplido.

Ronie le miró confundida.

—No hemos hecho nada que te acerque a tu verdadero sueño, no...

—Te equivocas. Estoy aquí contigo, tal y como quería. Ronie, tú siempre has sido mi mayor sueño. Por eso no quiero seguir aferrándome a esa mariquita de cerámica, te quiero a ti.

Pasara lo que pasase después de aquello Jimmy sabía que no iba a necesitar más aquella figura que le había acompañado durante toda su vida, pero por motivos completamente diferentes. Si después de todo Ronie decidía que quería estar con él, Jimmy podría conservarla junto con sus lunares. Ya no sumarían más años cada uno por su lado, lo harían juntos. Sin embargo, si Ronie decía que era demasiado tarde, esos lunares no sumarían más, ni ellos tampoco. Se habría acabado.

La chica volvió a mirar la figura que sostenía entre sus manos, la prueba de que todo aquello era real, no un espejismo. Jimmy la quería, por primera vez no solo lo deseaba, no era algo que esperase oír, lo sabía y aunque quería decirle que ella sentía lo

mismo seguía siendo incapaz de dar el paso, de atravesar de una vez por todas los escombros del muro al que se había acostumbrado. El mismo que durante tantos años la había mantenido alejada de lo que quería pero que al mismo tiempo la había protegió de las dudas y el miedo a que las cosas entre ellos hubiesen cambiado a medida que ellos también lo hacían.

Aunque habían empezado la conversación cada uno a un lado, sin darse cuenta a medida que hablaban se habían acercado paso a paso hasta estar uno enfrente del otro. Jimmy rodeó la cara de Ronie con sus manos haciendo que esta alzase la vista para mirarle y cuando lo hizo vio la seguridad en los ojos del chico, toda la que le faltaba a ella, justo antes de que este se inclinase para besarla. En el momento en que sus labios se tocaron Jimmy y Ronie olvidaron todas las dudas que alguna vez tuvieron, los miedos que alguna vez sintieron, porque en ese momento lo comprendieron todo:

Los ojos de Jimmy estaban hechos para mirar los de Ronie.

Las manos de Jimmy estaban hechas para tocar la piel de Ronie.

Y los labios de Jimmy estaban hechos para besar los de Ronie igual que los de ella estaban hechos para besar los suyos.

En ese momento exacto de sus vidas descubrieron algo que habían sabido siempre: que habían nacido para estar juntos.

De pronto todo lo que había pasado entre ellos, para bien y para mal, no importaba. Cada paso que habían dado, cada decisión que habían tomado les había conducido a ese lugar en ese momento, a ser ella y a ser él. A quererse de forma que no podían explicar y sin tener necesidad de hacerlo. Ellos lo sabían y con eso bastaba.

El amor es como el sol; no tienes que saber lo que es para sentir su calor, solo tienes que dejar que sus rayos te iluminen. Jimmy y Ronie se enamoraron cuando ni siquiera sabían lo que significaba esa palabra, pero aun así podían sentirlo. Y en ese momento, años después, el sol brillaba con más intensidad que nunca, iluminándolo todo.

AGRADECIMIENTOS

Las únicas personas a las que me queda agradecerles algo por este libro son precisamente las que están leyendo esto. Así que, lector, gracias por llegar hasta aquí, por impulsar este sueño y por tener un corazón abierto a amar incluso a través de sus personajes.